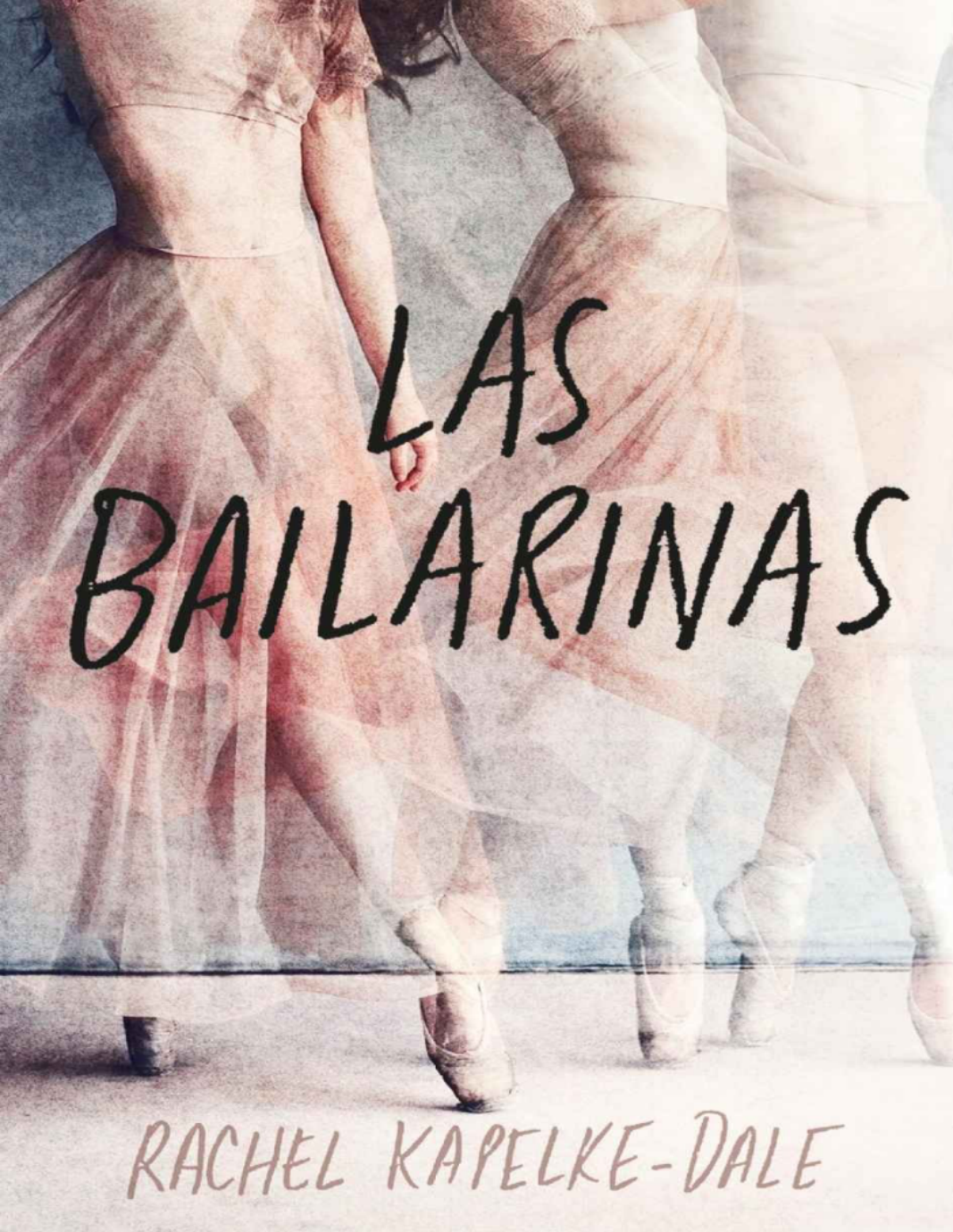
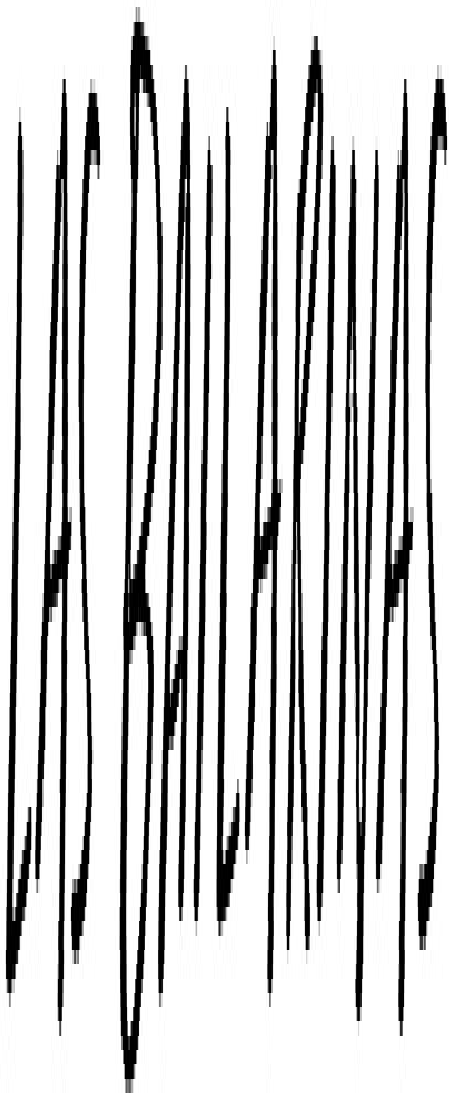
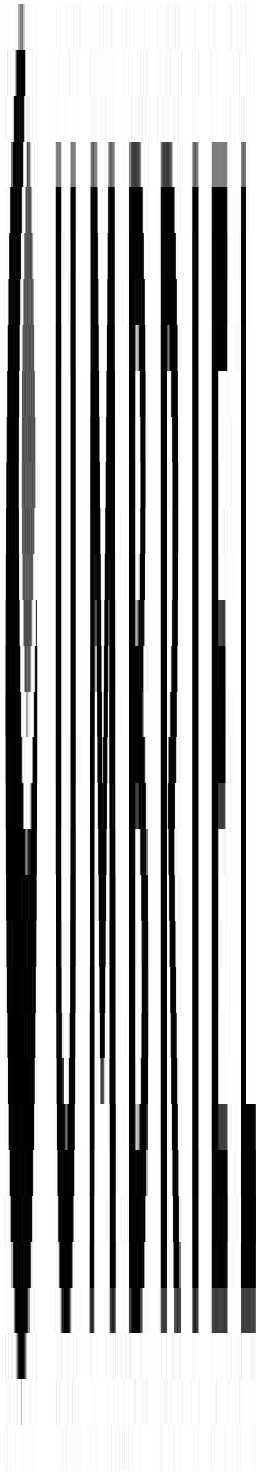

LAS
BAILARINAS
RACHEL KAPELKE-DALE



LAS BAILARINAS

RACHEL KAPELKE-DALE

Traducción de Nerea Gilabert Giménez



Argentina · Chile · Colombia · España
Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

Título original: *The Ballerinas*
Editor original: St. Martin's Press
Traducción: Nerea Gilabert Giménez

1.ª edición: enero 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2021 *by* Rachel Kapelke-Dale.
Publicado en virtud de un acuerdo con St. Martin's Publishing Group, gestionado por International Editors' CO. Barcelona.
All Rights Reserved
© de la traducción 2023 *by* Nerea Gilabert Giménez
© 2023 *by* Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-19413-26-0

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Jess

No comprendéis lo que supone para nosotros esa humillación
—privarnos de la única hipótesis que hace viable nuestra existencia—
que alguien nos mire…

—Tom Stoppard, *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*

Empezamos siendo una energía potencial y luego nos derrumbamos.

Antes de que Nathalie me enviara un correo electrónico y se ofreciera a acogerme de nuevo, antes de que matara a alguien, veía versiones de la misma frase en todas partes: *París es siempre una buena idea.* En tazas, en cojines, en Instagram. Siempre atribuida a Audrey Hepburn, siempre en rosa. No lograba deshacerme de ella; dondequiera que fuera, estaban esas malditas palabras. En ese momento, parecían una señal que me indicaba que eso era lo que debía hacer. Debía volver a casa. Cuando vivía en París, nunca llegué a tener esa concepción idealizada de lo que era la ciudad, pero estaba totalmente dispuesta a empezar a tenerla en ese mismo momento si aquello significaba que podía volver. ¿París es siempre una buena idea? Por supuesto. Traed los *macarons*, el vino y los paseos por el Sena.

Pero lo cierto es que no sabía cómo era París para la mayoría de la gente.

Cuando eres la mejor en algo, el mundo se vuelve más pequeño; la vida se vuelve más pequeña. Y yo, durante unos años, fui una de las mejores bailarinas del planeta. Fui miembro del Ballet de la Ópera de París. Nunca me paraba a pensar en que la ciudad se extendía más allá de mi pequeño círculo, lo cual significa que París también se volvía pequeña para mí.

París fue el lugar donde nací, un hogar durante los primeros veintitrés años de mi vida. Fue donde me dieron el primer beso, donde conocí a mis dos mejores amigas, donde bailé en sesenta y cuatro representaciones de *El lago de los cisnes*, en cuarenta y tres de *El cascanueces* y en veintiséis de *La Sílfide*. Donde mi madre me agarró la mano con fuerza cuando solo tenía tres años y la aferró, dolorida, contra la madera de la barra.

—Es como cuando vamos a la iglesia, ¿vale? ¿Recuerdas que tienes que estarte calladita y quieta durante la misa? Haz como si estuvieras allí. —Me agarró el muslo y lo giró para que mi rodilla quedara hacia fuera y formara un ángulo de noventa grados hacia un lado. Luego hizo lo mismo con el otro, para que mis talones se tocaran —. Ahí. Esa es la primera posición.

—¿Es como… ir a la iglesia?

—Me refiero a que no estás a cargo de nada, ¿de acuerdo? La

única cosa de la que estás a cargo es de tu propio cuerpo.

Empiezas entera y luego te rompes.

Ahora, por supuesto, las cosas han cambiado mucho. Sigo viendo esa frase por todas partes y hace que me hierva la sangre. Si estoy de buen humor, me irrita; si estoy de mal humor, me da ganas de agarrar a Audrey Hepburn por esos hombros huesudos que tiene y sacudirla hasta oír cómo le repiquetean los dientes.

¿Que siempre es una buena idea? París no es más que un escenario vacío. Es tan buena o tan mala como la gente que la habita, y la ingenuidad voluntaria que implica hacer esa afirmación me revuelve el estómago. No veo de qué sirve mitificar una ciudad. Claro, es bonita. Pero ¿qué valía tiene lo *bonito*? París es también un lugar donde el gobierno masacró a sus ciudadanos: los alineó contra la pared del cementerio y arrojó los cadáveres a una enorme fosa común. París es un lugar en el que, bajo el asedio de un gélido invierno, los ciudadanos se comieron todos los animales del zoológico. París es un lugar que transportó a más de diez mil niños a campos de exterminio.

Sin embargo, Audrey acertó en una cosa: París es, sobre todo, una idea.

Puede que, al fin y al cabo, los románticos que sueñan con París vean en la ciudad lo mismo que yo: ese escenario vacío. Un lugar donde las asperezas se liman entre bastidores, donde el dolor desaparece tras el satén y las sonrisas, donde las luces del escenario te alumbran con un fulgor excepcional que esconde cualquier sombra.

Pero empiezas siendo perfecta y acabas por convertirte en algo completamente diferente.

CAPÍTULO 1

Septiembre de 1995

Margaux entró en el dormitorio a trompicones y se dejó caer contra la pared mientras soltaba un gruñido.

—Odio el amarillo.

—Te encanta el amarillo.

Me miró de arriba abajo.

—No es justo. Eres tan pálida… A ti te quedan bien los colores pastel. Vas a lucir perfecta hasta que nos graduemos y yo, en cambio, pareceré una… una…

«Una mona vestida de seda», iba a decir. Sin embargo, a pesar de tener solo trece años, ya sabía que no me convenía acabar sus frases. Todos los años cambiábamos el color de los *maillots,* y todos los años era un color pastel que no la favorecía. Tenía el pelo castaño y los ojos color avellana; su cálida belleza quedaba mejor con cualquier otro tono: rojos, dorados, naranjas. Era una persona *verano*, según leímos en una de nuestras revistas el año anterior. Yo, con el pelo negro y los ojos azules, era un clásico *invierno*.

—En un par de años, podrás vestirte de blanco.

Pero ambas sabíamos que no era solo cuestión de esperar. Aproximadamente, una cuarta parte de nuestra clase desaparecía cada año después de los exámenes. Aquellos últimos días de verano eran estimulantes y desgarradores a la vez. Había chicas —amigas— sollozando junto a la entrada, donde la escuela publicaba los resultados. Las abrazábamos y les dábamos palmaditas en la espalda mientras al resto nos inundaba el alivio porque no nos había tocado a nosotras. Seguíamos teniendo la forma y el tamaño adecuados, seguíamos siendo lo suficientemente buenas.

Dejé caer el cepillo con frustración.

—¿Me ayudas con el peinado?

Margaux se acercó y empezó a recoger los mechones negros en un

moño, luego los dejó caer para ir a por un bote de gomina. Si no me ponía, mi pelo era demasiado fino como para aguantar, y ninguna de nosotras tenía tiempo entre clases para volver a los dormitorios. El pelo de Margaux nunca se soltaba del moño.

Nos dirigimos juntas al estudio, listas para ver quiénes estaban ahí, listas para descartar a las nuevas caras como si fueran algo temporal. Habían expulsado a cuatro de nuestras compañeras el mes de junio anterior. La escuela no tenía obligación de mantener el mismo número de alumnas en cada clase, pero casi siempre lo hacía y rellenaba las nuevas vacantes con estudiantes que se habían presentado a las audiciones. Sin embargo, aquel era el último año en el que se añadiría alguien nuevo a nuestra clase, ya que no aceptaban a nadie mayor de trece años. A partir de ese momento, ya era demasiado tarde. Jamás conseguirían absorber lo suficiente el estilo del Ballet de la Ópera de París; no tendrían ese famoso toque del BOP de forma natural.

—Solo tres chicas nuevas —susurró Margaux cuando abrí la puerta del estudio.

—Sí —dije con tristeza—, pero, si son buenas, con tres es suficiente.

Suficiente para poner en peligro todo aquello por lo que habíamos trabajado, para empujarnos de la cima a la mediocridad.

Hay un acuerdo entre la compañía, el Ballet de la Ópera de París, y la academia. Hay unos 150 bailarines en la compañía y quizá diez se han formado en otro sitio. Pero esos son siempre artistas que ya llevan media vida en esto, extranjeros. La academia forma a la gran mayoría de los bailarines del BOP. Cuanto más pequeños empezamos, mejor, y luego nos unimos a las filas de la élite.

Bueno, quizá, solo quizá, nos unimos a las filas de la *élite*. Solo algunos lo consiguen. La academia del BOP admite diez veces más estudiantes de los que puede aceptar en la compañía con la esperanza de que al menos uno cumpla las expectativas deseadas. Lo que significa que, si quieres entrar en la compañía, estudiar en la academia es necesario, pero no siempre suficiente.

Con trece años, todas y cada una de nosotras estábamos seguras de que íbamos a estar entre las elegidas. Igualmente, teníamos muy presente la competición. Entramos en el estudio con ojos cautelosos y saludamos a la profesora, Marie-Cécile, con una reverencia. Allí estaban Aurélie y Mathilde, Corinne y Talitha. También había una chica nueva con una sobremordida tan severa que, si no se daba prisa en ir al dentista para que se lo arreglaran, no tendría posibilidad alguna de entrar en la compañía. Al BOP le gustan las niñas bonitas. Otra chica, tímida, más bien bajita, se observaba las piernas mientras

estiraba. No era capaz de mirarnos a la cara.

Y luego estaba Lindsay.

Doce o trece años. Es la edad en la que todo el mundo es solo piernas y ojos. Su mirada cautelosa se posó en la nuestra. *Qué bonita*, pensé. Era la primera vez que pensaba conscientemente eso de alguien de mi edad. También era la primera vez que reconocía que alguien era inequívocamente más guapa que yo. Lindsay tenía tanto pelo que su moño rubio parecía contener una explosión; sus ojos, de color azul, eran enormes y tenía la piel aterciopelada y de un color rosado que recordaba a los pétalos de una rosa.

La clase comenzó. Parecía buena en la barra, pero no se puede saber nada con seguridad hasta que no pasas a estar en el centro. Es muy difícil observar a otra persona cuando estás en la barra: todas estamos alineadas y, con cada combinación de ejercicios, vamos dándonos la vuelta para trabajar ambos lados del cuerpo. Los ejercicios de calentamiento son así: encadenados. En realidad, solo pude estudiar su técnica la mitad del tiempo.

Escuché la voz de mi madre. «Centrarte en los demás no te llevará a ninguna parte. Céntrate en ti misma».

Pero no podía dejar de mirar a Lindsay.

Se puso en primera fila; no tenía intención de escabullirse de la mirada de Marie-Cécile solo por ser nueva. Al recorrer la secuencia de pasos, se podía observar que tenía gracia. A diferencia de Mathilde y Talitha, lograba llevar a cabo incluso las combinaciones más difíciles sin perder el aliento. Pero no fue hasta el *adagio* que vi lo buena que era su extensión. Podía levantar la pierna hasta estar a pocos centímetros de su cabeza con firmeza y elegancia.

Era mejor que cualquiera de nosotras. Mejor que yo y que Margaux, que siempre ocupábamos el primer y el segundo lugar en nuestra clase.

Luego nos cambiamos los zapatos para practicar las puntas y vi que no teníamos de qué preocuparnos.

—Señoritas —nos llamó Marie-Cécile mientras daba unas palmadas—, vuelvan a la barra, por favor.

Llevábamos solo un año *en pointe*, pero todas teníamos nuestras rutinas bien definidas. Vendas alrededor de los dedos de los pies (en realidad, yo prefiero el esparadrapo), un apósito para prevenir las ampollas (pero solo después de haber formado el callo) y recubrirlo todo con lana de cordero. Pero Lindsay aún no dominaba la técnica. Estaba rodeada de montoncitos de lana mullida y envoltorios de tiritas. Ahí sentada, se la veía desesperada mientras intentaba meter los dedos de los pies en unas zapatillas que, con la de cosas que había puesto, se le quedaban demasiado pequeñas.

—Se está demorando demasiado, señorita Price.

Lindsay levantó la vista con los ojos muy abiertos. Marie-Cécile se puso las manos en la cadera. Margaux y yo intercambiamos miradas. Nunca era buena señal que Marie-Cécile se dirigiera a ti directamente. Esa postura era el único aviso que recibíamos antes de que perdiera los nervios.

Todas observamos cómo Lindsay intentaba meterse la zapatilla en el pie y tiraba de la parte trasera sobre el talón. Se le quedó colgando inútilmente de los dedos y volvió a mirar hacia arriba.

—Bueno —dijo Marie-Cécile—, a lo mejor deberíamos volver todas en media hora, cuando esté usted lista.

Las risitas se abrieron paso entre las ocho como una ola. Y ahí estaba. Fue la primera vez que vimos a la verdadera Lindsay. Nos miraba con unos ojos todavía llenos de desesperación, pero ahora también de rabia.

Lanzó su zapatilla hacia la otra punta de la sala, donde rebotó en el espejo con un golpe sordo.

—Señorita Price —dijo Marie-Cécile—, fuera de mi clase inmediatamente. Podrá volver cuando sepa comportarse como una dama.

Lindsay la miró fijamente, sin pestañear. Luego se levantó, con una leve sonrisa en el rostro, y se marchó dejando sus zapatillas y aquel montón de basura a su paso.

—No va a durar ni una semana —le susurré a Margaux ante el silencio atónito.

Pero, igualmente, ese día me quedé hasta tarde, dando saltos por el estudio hasta bien entrada la noche.

Septiembre de 2018

Desde el estudio no se ve la ciudad. Cuando los bailarines asisten a las clases de la compañía, están en París, pero no forman parte de la ciudad. Las ventanas de cristal esmerilado se alzan por encima de sus cabezas y ni siquiera pueden ver el cielo. En vez de eso, se observan a sí mismos. En los espejos del estudio, sus cuerpos se convierten en elementos arquitectónicos; sus movimientos son el tráfico. Son los únicos ciudadanos de esa ciudad privada, cuyas fronteras se cerraron hace tiempo.

Durante mucho tiempo, esa ciudad fue mía.

Desde el otro lado de la ventana del pasillo, Nathalie, la directora artística, me miró y dio unos golpecitos al reloj que llevaba en la

muñeca. La clase se estaba alargando. Asentí y sonreí. Me giré para alejarme del estudio a la vez que el rebaño de bailarines, todos ellos de rostro paliducho, levantaba el cuello para ver quién era la afortunada que había captado la atención de la directora. Fijaron su mirada en mí durante un segundo y después todos la apartaron.

No los culpaba. Muy pocas personas seguían reconociéndome; había estado fuera durante mucho tiempo y sus vidas habían seguido adelante sin mí. Todos sus días eran iguales desde hacía décadas, y lo seguirían siendo hasta que llegaran a los cuarenta y dos años y se vieran obligados a retirarse, o hasta que las fracturas les impidieran continuar. Clases, pruebas, ensayos, actuaciones. Les daban un horario y seguían ese horario. Se tomaban un plátano o un yogur cuando tenían tiempo, dormían cuando podían, se despertaban cuando debían y vuelta a empezar.

El retrato de mi madre brillaba desde su posición privilegiada en el pasillo, justo enfrente de la puerta del estudio. *Isabelle Durand, Étoile, 1970-1987*. Esos no eran los años que vivió (eran, en realidad, de 1945 a 2004), ni los años que estuvo en la compañía (de 1964 a 1987). Eran solo los mejores años, la época en la que fue una estrella inmortalizada para siempre. Estrella, *étoile*, es un rango que solo se otorga en el Ballet de la Ópera de París. La jerarquía de otras compañías culmina con los bailarines principales, pero el BOP reconoce que ciertos bailarines merecen algo más. Como ella.

Nunca me había parado a examinar detenidamente aquella foto; el fotógrafo la había captado en medio de un *grand jeté*, con las piernas abiertas y el largo tutú suspendido sobre ellas. Eso quería decir que estaba interpretando algún clásico: *La Sílfide* o *Coppélia*. Era de antes de que yo naciera, cuando ya se había ganado el rango de estrella. Después tuvo lugar el trágico accidente de mi nacimiento y estuvo un año fuera de la compañía, un año que jamás podría recuperar. A su regreso, le mantuvieron el rango, claro, pero a regañadientes, por tradición y por ese sentido del deber que suelen tener las instituciones. Así fue hasta su jubilación, cuatro años después.

Aquí estaba en su mejor momento. Joven. Perfecta. Volando.

Esta es la promesa que nos hacemos las bailarinas: puede que el mundo no te recuerde, pero las demás bailarinas siempre lo harán.

En el estudio se paró la música. Los bailarines empezaron a salir, una cadena interminable de veinteañeros, todos intercambiables entre sí. Fingí estar absorta en la fotografía hasta que una mano fría me agarró la muñeca.

—Delphine —dijo Nathalie. Su larga melena pelirroja me hacía cosquillas en el antebrazo.

—Hola. —La multitud que nos rodeaba ahogó mi hilo de voz. Me

recordé a mí misma que aquel era un regreso triunfante. No era una de sus pequeñas aprendices a bailarina. Había resultado ser mucho más. Me aclaré la garganta—. ¡Hola!

Inclinó la cabeza hacia las escaleras.

—Mi oficina está por ahí.

Los bailarines habían abierto de par en par la puerta del camerino y el olor a sal y tierra se extendía por los pasillos. Uno puede pensar que las duchas eliminan el sudor, pero el olor es demasiado fuerte y, en vez de eso, se eleva con el vapor y nos envuelve.

Cuando volví a girarme, Nathalie ya estaba en mitad del pasillo. Se volvió hacia mí y enarcó una ceja.

—Bueno, ¿qué? ¿Vienes o no?

* * *

Cuando estábamos en la compañía, las bailarinas mayores eran nuestras sacerdotisas. Las observábamos para aprender qué hacer: qué ropa llevar a clase, qué supersticiones seguir… También las observábamos para aprender qué no debíamos hacer: a quiénes debíamos hacer la pelota, a quiénes podíamos ignorar tranquilamente… Pero la cuestión era que nosotras éramos sus sustitutas. Lo veíamos claramente en la cara de Nathalie Dorival. Tenía veintitrés años más que nosotras, ya era una estrella cuando entramos en la compañía. Más tarde, se retiró, y ahora era la directora artística, siempre con esa aura de hermana mayor inalcanzable que no podía perder el tiempo con nosotras.

Hasta que tuvo que hacerlo.

En su despacho, que olía a lirios y a cera de vela, me senté en el borde del sofá de color marfil y vi cómo Antoine, su asistente, traía una bandeja con una tetera, té de hojas sueltas y coladores. Nathalie tamborileaba con los dedos desde detrás del escritorio. Estaba esperando.

Podía notar el sudor bajándome por la espalda mientras le devolvía la sonrisa.

—Bueno —dijo ella mientras contraía y relajaba los dedos para acabar dando un golpecito con las palmas sobre los muslos—, ¿dónde está la lista del reparto?

Me agarré las manos y apreté. Siempre era de ir directa al grano.

—Todavía no he preparado nada.

Nathalie se rio y se colocó un mechón invisible de pelo rojizo detrás de la oreja.

—Pero seguro que tienes alguna idea. ¡Nada formal, Delphine!

Solo quiero charlar contigo.

Ahuyenté la creciente ansiedad y me recordé a mí misma: *Soy buena en esto. He visto las caras del público al ver mi trabajo. Y me encanta este proyecto*.

Desde el momento en el que aterricé en San Petersburgo, trece años atrás, me fascinaron los palacios de los Románov bajo aquel cielo de colores tan vivos. Una y otra vez, había intentado que el ballet saliera adelante: la historia de la última zarina del país, una princesa extranjera traída por amor a un lugar que acabaría volviéndose contra ella. La obsesión con Rasputín, el curandero místico de barba salvaje. La desesperación por su hijo, que tenía hemofilia y era el único heredero de su marido. Y, finalmente, la sangrienta muerte a manos de los revolucionarios.

¿Cuántas veces se lo había propuesto al Mariinsky? Todas y cada una de ellas, Olga me decía que no. Decía que no era yo quien tenía que contar esa historia.

Sin embargo, cuando se la conté a Nathalie, enseguida se subió al barco. Apenas un día después de habérselo propuesto por correo electrónico, estábamos hablando por teléfono y planeando mi gran regreso al Palacio Garnier. «Es una historia *sobre* el amor», le había escrito, «pero no es una historia *de* amor. Es sobre cómo creemos que el amor puede salvarnos y, sin embargo, nunca lo consigue».

Respiré tan profundamente que noté cómo el aire me tocaba el fondo de los pulmones.

—Vale, esto es lo que se me ha ocurrido —dije mientras me inclinaba hacia delante—: me gustaría mucho que Jock Gerard hiciera el papel de Rasputín.

Pasó los dedos por el reposabrazos de la silla.

—Lo veo más como un príncipe de cuento de hadas que como un cura loco.

Jock, en realidad, se llamaba Jacques, pero los estadounidenses le habían mancillado el nombre, al igual que su técnica de baile, durante el verano que pasó en la Escuela de Ballet Americano de Nueva York. La dirección del BOP no aprobaba que se fuera a Nueva York, ni mucho menos, pero su madre montó tal escándalo que al final lo permitieron. Cuando volvió en otoño, más virtuoso que nunca, ¿qué iban a hacer? ¿No aceptarlo de vuelta? Cuesta encontrar a hombres que sean buenos bailarines.

Llevaba ese apodo, Jock, como una insignia de honor. Ahora todo el mundo, incluida Nathalie, lo llamaba así. Incluso aparecía como *Jock Gerard* en nuestros programas. Jacques no era más que un antiguo conocido con el que ya no me llevaba.

—Bueno, sí, pero creo que es la oportunidad perfecta para ampliar

sus horizontes. ¿Lleva cuánto siendo una estrella? ¿Dos años? —Mentí como una bellaca. Sabía perfectamente que eran tres—. Podría tomárselo como un reto y le serviría para abrirse a una mayor variedad de papeles. Además, tiene una… cualidad que siempre me ha gustado. Que creo que podría serme útil.

Un cuerpo en el escenario. Se me hacía raro hablar así de él, ya que siempre había sido algo más para mí. Era el que se colaba en el dormitorio de las chicas para hablar conmigo cada vez que encontraba un nuevo vídeo de Balanchine en internet, el que me grababa CD y los dejaba sin título ni carcasa en mi buzón, lo cual hacía que solamente se pudieran identificar por su combinación de Noir Désir, Serge Gainsbourg y Stravinsky; el que tenía esos ojos azules tan brillantes que un día se cruzaron con los míos desde el otro lado del auditorio y el que compartió conmigo una sonrisa mientras Marie-Cécile hablaba con entusiasmo sobre lo especial que era el Ballet de la Ópera de París a nivel mundial.

—No sé, Delphine. Lo cierto es que me gustaría ver a alguien… más fresco en ese papel. Una futura promesa, alguien que la gente no se espere, ¿sabes? Aunque sí creo que sería perfecto para el papel de zar. Sería casi como un cameo, ¿no?

No creí que fuera a oponer resistencia con este tema. Al fin y al cabo, ella misma había elegido a Jock de entre la multitud para otorgarle el mayor honor que podía ofrecerle la compañía. A diferencia de los otros rangos (*coryphée*, *sujet* y *premier danseur*), que se otorgan durante un concurso anual con jurado, solo ella, la directora artística, puede nombrar a las estrellas.

—Tenía pensado que ese papel fuera para Claude Berger —dije rápidamente. Estaba más que dispuesta a ofrecerle a Nathalie una concesión e incluir a uno de sus preferidos—. Es un papel más crucial e integral en la obra. Definitivamente, es más que un cameo. Rasputín, en cambio, es más bien un papel aislado. El zar tiene mucha más presencia en el escenario.

Nathalie suspiró.

—Está bien. Si quieres a Jock, todo tuyo. Ensaya con él. Aunque no te garantizo que no acabe pidiéndote que cambies el reparto si esto sigue adelante. ¿Quién más?

Lo de incluir a todos mis viejos amigos en el reparto era algo muy francés. Los rusos no trabajaban así. Si soy sincera, involucrar a Jock no fue más que un regalo de mí para mí, pero uno lo suficientemente plausible como para que Nathalie lo comprendiera. Pero ¿mi segunda petición? No había forma de suavizarlo, tenía que soltarlo y punto. Al fin y al cabo, se lo debía. A ella. A su recuerdo. A lo que podría haber sido.

—Quiero a Lindsay.

—Lindsay. ¿Lindsay Price? —Como si hubiera otras. Los ojos verdes de Nathalie se abrieron de par en par—. No, no la quieres. Delphine, confía en mí. De verdad que no.

—Sí —dije—, para el papel de zarina.

Nathalie hizo un ruido que era una mezcla entre risa y atragantamiento.

—Es viejísima, Delphine. ¡Tiene treinta y cinco años!

Esto lo tenía ensayado. Sabía qué hacer.

—La zarina tenía cuarenta y seis años cuando murió —respondí. *Más joven que tú ahora*.

—No.

—Sé que es arriesgado, pero la quiero a ella.

Frunció el ceño.

—Incluso si no tenemos en cuenta lo de la edad, es imposible. ¿Una solista en un papel principal?

—Ni que estuviera en el ejército. —Ella era más que un extra—. Y ni que fuera la primera vez que hacemos algo así.

Nathalie cerró brevemente los ojos.

—Muy bien. ¿Quieres saber la verdad? —Sus ojos me miraban fijamente, penetrantes, con un punto de antipatía—. No puede bailar con nadie más. Se congela cuando alguien la toca.

No pude esconder el asombro.

—Si fuera así, creo que lo recordaría —dije.

El *pas de deux*, un baile que involucra a un hombre y a una mujer, es la pieza central de todo ballet clásico. Está en *El lago de los cisnes*, en *Don Quijote,* incluso en *El cascanueces*. Es imposible evitarlo. El hombre agarra a la mujer, la hace girar y la lanza el aire. No puedes tener una estrella que solo baila sola. Nadie quiere ver eso. Incluso las bailarinas principales necesitan hombres para lucirse: no hay ballet que no dependa de ellos.

—Es una pareja pésima —añadió Nathalie—. Se queda inmóvil, como si fuera de piedra.

Cuando estábamos en la academia, Lindsay era una gran pareja. No entendía por qué no la habían ascendido al elenco principal hacía años en vez de estar donde estaba: siempre atascada en medio, una cara sonriente más entre todas las bailarinas. Aparecía ocasionalmente en solos de poca importancia, pero, por lo demás… era ruido de fondo.

Ahora bien.

Para el papel de zarina, que tendría que bailar mucho con el zar y con Rasputín, ¿podía permitirme el lujo de equivocarme?

—Fuimos a la misma clase de *Pas de Deux* durante años —repuse

—, era muy buena.

—Fuera lo que fuera cuando tenía diecisiete años, ya no lo es.

Tuve que contenerme para no saltar. ¿Quién de nosotras lo es? Pero ese no era el tipo de argumento que convencería a Nathalie.

—Mira, si fichamos a Lindsay para el papel, esto es lo que va a pasar —dije mientras preparaba los dedos para ir punto por punto—: vas a darle motivación para que mejore su rendimiento como pareja. Mejorará. El BOP, finalmente, conseguirá darle un uso al talento en el que tanto ha invertido durante dos décadas, y tú conseguirás otra estrella.

Nathalie resopló.

—Le quedan cinco años para retirarse. Siete, como máximo. No me convence la idea.

—¿De verdad quieres una compañía llena de bailarinas que no tienen ningún motivo para hacer más que lo mínimo una vez cumplen los treinta? He revisado la plantilla, Nathalie. Son un tercio del total. ¿Quieres ser tú quien les diga que no tienen nada que hacer? ¿O quieres ser tú la que… —Aquí tiré de vocabulario corporativo—… las incentive a hacer algo más que caminar como sonámbulas en interminables repeticiones de *El lago de los cisnes*?

Nathalie se recostó en la silla y cruzó los brazos como una adolescente enfurruñada. Las ventanas la iluminaban y la pared exterior de piedra se cernía sobre el paisaje que había detrás. Había vistas al Louvre y al río.

Ya casi la tenía.

—Al darles estos papeles a Jock y Lindsay —seguí—, revitalizarías a toda la compañía.

Asintió.

Ya era mía.

Pero entonces su cabeza se quedó quieta, inclinada hacia un lado, como si fuera un lobo.

—Te daré un mes para que la pruebes en el papel con una condición: elijo yo a la suplente. Y créeme, voy a nombrar a una suplente desde el inicio. —Su mirada penetrante me atrapó—. Alguien joven, Delphine.

Normalmente, no se eligen los suplentes tan pronto. No mientras todavía se decide la coreografía, no mientras la pieza todavía está en proceso de creación. Era una bofetada en la cara de Lindsay. Es un gran honor para cualquier bailarín que hagan un ballet a tu medida, creado contigo en mente. Tener una suplente y que, además, fuera más joven, ponía de manifiesto lo mucho que la dirección dudaba de sus capacidades. Lo mucho que sentían que necesitaban cubrirse las espaldas.

Lo mucho que querían que ella fuera plenamente consciente de ello.

—¿No podemos esperar? —pregunté, y, para mi vergüenza, sonó como un lloriqueo—. ¿Darle tres meses para ver qué tal se le da? —*¿Esperar tanto tiempo que sea imposible imaginar a otra persona en el papel?*

Las cejas invisibles de Nathalie se juntaron.

—Esta temporada celebramos nuestro tricentésimo quincuagésimo aniversario. Hay demasiadas cosas en marcha. Así que no, no podemos —respondió.

Asentí lentamente. Aunque no pudiera darle a Lindsay todo lo que quería, el premio perfecto, seguía pudiendo darle algo que le cambiaría la vida. Catorce años después de habérsela arruinado.

—Está bien —dije—, estoy lista.

CAPÍTULO 2

Mayo de 1996

Cuando entras en un colegio tan pequeño y aislado del resto del mundo a los ocho años, no existen los secretos entre amigos. Todo el mundo ha presenciado todos y cada uno de tus logros y humillaciones; cualquier historia que tengas es una historia compartida. Para cuando Lindsay llegó, las permutaciones y combinaciones entre chicos y chicas eran bien sabidas, mucho más que la geografía que el BOP se empeñaba en enseñarnos, a menudo sin éxito. Entre nuestros chismorreos más importantes figuraba que yo había estado una semana yendo de la mano de Adam cuando teníamos doce años, que Lindsay estaba mucho más interesada en los bailarines adultos que en cualquiera de los alumnos de la academia y que Talitha estaba enamorada hasta las trancas de Jacques, pero no era correspondida.

Talitha se convirtió en nuestra palabra clave para decir *desesperación*; ser como ella era lo peor que nos podíamos imaginar. La desesperación desprende un olor sutil pero inconfundible, y lo percibíamos en ella siempre que Jacques estaba cerca: el ligero cambio en la forma de gesticular, que se escabullera al baño para retocarse el pintalabios, la forma en que sus ojos parecían magnetizados por él… Convertirse en *Talitha* significaba que tus deseos eran evidentes, demasiado evidentes, para el resto del mundo. Significaba que te convertías en un objeto de burla.

Por aquel entonces, hacíamos como si fuéramos gimnastas en una viga de equilibrio: nos movíamos por la línea entre el querer y el no querer; tanteábamos el camino a seguir en sesiones de estrategia improvisadas.

—Victor, Adam, Paul, Laurent, Gabriel, Edouard, Arthur, Pierre.

Debajo del póster de Margot Fonteyn y Rudolf Nureyev, Lindsay estaba usando el estirador de empeine para intentar que la curva de

sus pies se doblara aún más y adquiriera la forma de un plátano perfecto. Se suponía que no debíamos usarlo, pero a Lindsay nunca le habían importado mucho las reglas. Torció la boca.

—¿De quién me olvido?

—Mmm… —dije mientras fingía que pensaba— de Jacques.

El hecho de que a mí también me gustara Jacques no había suavizado mi actitud hacia Talitha. En todo caso, me hacía ser más borde aún.

Lindsay puso los ojos en blanco y cambió de pie.

—Por supuesto. Jacques. La bicicleta del pueblo.

—¿La qué?

—Todo el mundo se monta en él tarde o temprano.

Bajé la mirada para evitar que viera cómo me sonrojaba. Conmigo era diferente. O eso pensaba yo. No podía arriesgarme a que no fuera diferente conmigo. Sus ojos eran los que buscaban a los míos. Era él quien aprovechaba la mínima oportunidad para que nuestras piernas se tocaran cuando salíamos a tomar un café por ahí. Eran sus dedos los que se demoraban demasiado en apartarse cuando me pasaba una cuchara.

Pero ¿y si me equivocaba?

No podía arriesgarme. ¿Y si admitir lo que sentía me convertía en otra Talitha? Igualmente, no podía evitar defenderlo.

—¿No te parece que eso es más propio de Laurent que de Jacques?

Sus ojos se agrandaron y me di cuenta de que había un buen cotilleo.

—Sí, pero creo que por fin ha encontrado a la persona indicada.

—¿Quién?

Era imposible que todavía no me hubiera enterado. Las otras chicas siempre acudían a mí en busca de consuelo después de las discusiones y rupturas, y yo les cubría los hombros con una manta y corría a la sala común para prepararles una taza de chocolate caliente. Además, nuestra clase era lo suficientemente pequeña como para que no se me escapara este tipo de información. Y, sin embargo, al repasar la lista de alumnas, ningún nombre me parecía plausible.

De las veteranas, Margaux no podía tener menos interés en los tíos, Corinne tenía un novio fuera de la escuela, Aurélie era una mojigata y se negaba a hacer nada más allá de darse un par de picos, y Mathilde había roto con Laurent hacía seis meses. Hacía tiempo que habíamos catalogado a las otras dos chicas nuevas como *Ninguna amenaza* y *Definitivamente, ninguna amenaza*.

—¿Talitha? —pregunté.

Lindsay no pudo contener la sonrisa y dejó entrever esos dientes suyos tan blancos.

—Gabriel.

—¡Noooo!

No me sentía especialmente atraída por Laurent (tenía una boca tan grande que resultaba hasta cómica), pero, si seguía soltero, desviaba la atención de la persona que realmente me gustaba.

—Sí —respondió Lindsay mientras ensanchaba la sonrisa.

—Entonces, ¿solo quedan Pierre, Victor, Adam, Paul, Edouard y Arthur?

—Y Jacques —matizó ella—. No te olvides de Jacques.

La sangre me subió hasta las mejillas y aparté la mirada.

Nunca me olvidaba de Jacques.

Septiembre de 2018

Mi padre se fue, bueno, mi madre lo echó cuando yo tenía cinco años, pero tengo un recuerdo de cuando éramos una familia. Si hubiera estado involucrado en el tema del ballet, probablemente recordaría más, pero era un abogado fiscal que mi madre había conocido al preparar el testamento tras haberse convertido en una estrella y haber ganado bastante dinero. Un romance apasionado que, seis meses después, se convirtió en un matrimonio y, unos años más tarde, llegué yo. Siempre entraba y salía de nuestras vidas, incluso cuando vivíamos todos juntos. Iba a visitar la sucursal del bufete de abogados en California. Resultó que aquello no era lo único que hacía, también estaba conociendo a una estadounidense y creando una nueva familia. Supongo que, una vez hubo probado lo que era la vida familiar, le resultó tan insufrible como a mi madre estar sola, aunque solo fuera durante unas semanas.

Tengo muchos recuerdos de la ruptura, pero todos son de Maman: estaba desquiciada como nunca antes la había visto y como nunca más la volví a ver. Pero tengo también un bonito recuerdo ahí, escondido como un huevo de Pascua entre toda la porquería. Los dos preparándose para salir a tomar algo una noche: él llevaba un traje y se recostó en la cama para observar a mi madre mientras se arreglaba en el tocador. Yo debía de estar en la puerta o quizá en la cama con él, pero en mi memoria es como si viera todo ese ritual desde arriba, con una visión general de la habitación. Vi la mano firme de mi madre que se deslizaba por los párpados con una sombra azul claro y trazaba una línea por el contorno de las pestañas. La boquita de pez que hizo cuando se puso el rímel. La forma en que su boca se tensaba y se relajaba a la vez mientras utilizaba un pincel para aplicarse

pintalabios, poquito a poco. Por último, se dio unos toques con polvos de maquillaje, se levantó, roció perfume en el aire y pasó andando para impregnarse. Todo este rato, él la observaba con una mirada de… no sé de qué era. Ni impaciencia ni admiración. Orgullo, tal vez. Posesión.

Ella llevaba a cabo la misma rutina cada vez que tenía una cita, pero después de que él se fuera, la magia desapareció. Ya no era una ceremonia religiosa, sino que se limitaba a seguir los pasos.

Desde que había vuelto, pensaba en ella todos los días cuando me sentaba en ese mismo tocador para arreglarme. La agencia de alquileres vacacionales vació el apartamento cuando me fui a San Petersburgo, pero habían conservado los muebles más bonitos, entre ellos esa mesa. Habían puesto dos camas individuales en mi antiguo dormitorio, así que no tenía sentido que durmiera allí, pero dormir en la habitación de mi madre, incluso después de repintarla y reformarla, seguía dándome la sensación de ser una niña pequeña jugando a los disfraces. *Esta es su habitación, me va a caer una bronca*.

Ese domingo por la mañana, me senté en su mesa y me examiné el rostro. Empecé por los ojos: sombra, delineador y rímel. A continuación, la piel: corrector, base de maquillaje, iluminador, colorete y bronceador. Después, la boca: perfilador y pintalabios. El toque final: polvos para fijar aquella máscara en su sitio durante todo el día.

En Rusia, habría tenido el aspecto correcto. Sin embargo, en Francia, a la luz del día, parecía que estaba lista para salir a un escenario.

Peor que eso. Parecía una muñeca antigua.

Había quedado con Lindsay e iba a llegar tarde, así que corrí al baño y me limpié toda la cara con agua micelar. De vuelta a la mesa, me puse un poco de corrector bajo los ojos, una sola capa de rímel y me pinté los labios de rojo.

Me sentí desnuda, expuesta. Las imperfecciones —la nariz un poco demasiado larga, la flacidez alrededor de la mandíbula…— saltaban a la vista. La belleza francesa tiene que ver con la estructura, no con el artificio: lo importante son los huesos. Pero me obligué a sostener mi propia mirada y, después de un momento, me permití levantarme. Quizá no era perfecto, pero, al menos, era apropiado. Y, además, no podía perder ni un segundo más de mi precioso tiempo arreglándome la cara. Era el momento de cambiar la vida de Lindsay.

Las palabras resonaban en mi cabeza mientras corría por la Rue des Francs-Bourgeois: *Lindsay, estoy a punto de darte todo lo que siempre has querido*.

Todo lo que siempre has querido. Era una frase fea, mucho más fea

que en francés. Palabras pegajosas, palabras oclusivas. Si lo convirtiéramos en pasos, parecería una serie de *grand pliés* en segunda, seguidos de una pierna que sube para el *petit battement*. Mi mano rozó algo sedoso y, al levantar la vista, me encontré con una extraña mujer que me miraba incrédula. Había estado imitando los movimientos con las manos y la había tocado; cuando empecé a disculparme, ya se había ido.

Me reprendí a mí misma y reduje la velocidad hasta quedarme detrás de una pareja mayor que se detenía a mirar las vidrieras, las lámparas colgantes y las torres con estética de castillo. Cuando era pequeña, la calle estaba llena de lugareños que iban a ver a sus sastres y tintoreros durante la hora del almuerzo. Ahora, la antigua vía se había convertido en un centro comercial al aire libre donde se podían comprar velas aromáticas por ciento sesenta euros y perfumes por el triple, todo ello en tiendas que se podían encontrar, literalmente, en cualquier gran ciudad del mundo: Diptyque, Guerlain… Sin embargo, las estrechas aceras seguían llenas de turistas que se movían lentamente.

Todo lo que siempre has querido.

Sonreí ante el escaparate de Kiehl's.

Llevaba meses imaginando sus gritos de emoción. Todo nos había llevado hasta este momento. Y, por mucho que quise decírselo nada más llegar, tuve que esperar hasta tener la reunión con Nathalie.

Después del correo electrónico en el que anunciaba mi regreso, llegaron a la bandeja de entrada las respuestas de Lindsay con chillidos virtuales. Las de Margaux las seguían con una perplejidad muda. Habíamos planeado reunirnos en el Bar Hemingway tres horas después de que mi vuelo reprogramado finalmente aterrizara; fue idea de Lindsay, por supuesto. La clásica impaciencia de Lindsay.

«Pero ¿qué dices, Linds? ¿Acaso quieres que aparezca cargada con las maletas?», escribió Margaux. «¡¡¡Sí!!!», respondió Lindsay. Se moría de ganas de verme y eso me daba sensación de calorcito en el corazón: no habían sabido arreglárselas sin mí. Nuestra vida seguía ahí, estaba esperando a que yo volviera a entrar en ella.

Cuando abrí la puerta que daba a ese salón cubierto de paneles de madera y mobiliario de cuero, sentía que el cansancio del viaje había amplificado la nostalgia. Al verlas desde la distancia, sentadas en el reservado, con esas melenas rubia y castaña, noté una descarga de adrenalina en el corazón. Hacía trece años que no nos veíamos. Nos escribíamos correos llenos de excusas todos los meses. En mi caso, en Rusia siempre era todo «una locura»: un nuevo ballet de Dmitri que se estrenaba, mis propios proyectos… Siempre contestaban que lo entendían perfectamente. Sus vacaciones se «llenaban de planes muy

rápido» por ir a visitar a sus padres o que estos vinieran a visitarlas a ellas, y, más tarde, lo mismo con sus respectivas parejas. Volveríamos a vernos un día de estos. *Un día de estos*.

¿Cómo es posible que hubieran pasado ya trece años sin ellas?

Lindsay me vio primero y la sonrisa que se le dibujó en la cara me devolvió a 2005.

Volvíamos a estar juntas.

Dieron un salto, chillaron y yo también chillé. Le di dos besos a Margaux, luego a Lindsay. *Ya no estás en San Petersburgo*, me recordé a mí misma. *Puedes sonreír*.

Tras años de ver la versión que ellas elegían compartir en redes, me di cuenta de que habían ocultado la verdad sobre sus cuerpos. Dado que solamente tenía acceso a las imágenes públicas, estas se habían vuelto más reales que nunca para mí. Los cambios en su aspecto me recordaban a los típicos juegos infantiles de encuentra las cinco diferencias. Las patas de gallo alrededor de los ojos, las líneas de expresión alrededor de los labios, las arrugas en la frente de Margaux, los surcos entre la nariz y la boca de Lindsay. Desprendían un cierto aire de cansancio incluso cuando sonreían.

—Bueno —dijo Lindsay, y yo sabía lo que venía después: lo mismo que decía siempre que teníamos todo por contar y nada que decir—, ¿cómo te va la vida?

Sonreí.

—Me va… —*De maravilla* me sonaba demasiado fuerte, ya que todavía tenía la imagen de Dmitri bailando en mi mente. Pero no me iba mal; estaba de vuelta, con ellas—. Me va —concluí. Ellas rieron.

Eran las mismas y no lo eran a la vez. Incluso mientras pedíamos, mientras hablábamos, las cosas iban casi como me había esperado, pero no del todo. Su conversación estaba salpicada por la letanía de papeles que habían interpretado, fiestas a las que habían asistido, giras a las que habían ido (unas cuantas veces a Tokio e incluso una visita a Nueva York). Luego, su catálogo de lesiones, que enumeraban con la misma facilidad que los papeles. Intenté que mi cara mostrara interés, dedicación, pero me costaba cada vez más. Ya me habían contado todo eso por correo y, de todos modos, era tan revelador como leer sus currículos. *¿Cómo os sentís?*, quise preguntar. *¿También os pasa que siempre estáis cansadas? ¿Os cuesta cada vez más perder un kilo? ¿A veces estáis irritables sin motivo aparente?*

Cuando me fui ese día, con la camaradería disipándose por un cansancio que me calaba hasta los huesos, supe que realmente no había vuelto. No para ellas.

Había pasado tanto tiempo…

Tendría que esforzarme para volver a integrarme en el grupo. Lo

primero que había que hacer era contarle a Lindsay la noticia; le había enviado un mensajito para proponerle tomar un café el domingo por la mañana, aunque, al buscar el número, vi con una mueca de dolor que no le había escrito desde 2016. Todo lo demás había sido por un chat en grupo con Margaux, cuando ya todas nos habíamos hecho WhatsApp.

«¿OS HABÉIS CASADO? ¡OMG, Linds, qué guay!».

«Solo PACS», respondió ella. Era una unión civil francesa, no una ceremonia religiosa. «Por los impuestos». Lindsay nunca se ponía sentimental con los hombres; se la pasaba elaborando estrategias y, finalmente, sus maquinaciones habían dado resultado. En algunos aspectos, su vida había ido exactamente como la había planeado. Su carrera laboral, no tanto.

Estaba girando desde la Rue Vieille du Temple hacia el callejón que llevaba a la cafetería cuando la imagen de dos mujeres sentadas frente a una fuente me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Margaux estaba allí, con Lindsay.

La idea de que las dos hubieran pasado los últimos trece años así, yendo juntas a todas partes, me produjo una sensación extraña. En el lapso de tiempo que yo había estado fuera, habían vivido toda una vida juntas, una amistad por separado.

Y, sin embargo, Margaux y yo siempre tendríamos una relación diferente. Nos habíamos conocido primero, sí. También éramos las guardianas de los secretos más profundos de la otra. Ella y yo éramos las únicas personas en el mundo que sabíamos lo que yo había hecho.

—¡Delphine! —gritó Lindsay mientras me acercaba.

—Espero que no te moleste que me acopie —dijo Margaux mientras expulsaba una nube de humo que se cernía como un halo sucio sobre su cabeza.

—Acople —la corrigió Lindsay—. Que te acoples.

Margaux puso los ojos en blanco mientras me inclinaba para darle dos besos.

—Nos reunimos todos los domingos para ir de *brunch*. Nos ayuda a alejarnos un poco de ese sitio. No te importa que haya venido, ¿verdad?

Me estaba estudiando, esperaba ver mi reacción.

—¡Claro que no! —le contesté con entusiasmo.

La mesa estaba repleta de esos absurdos *brunchs* franceses. Un poco de todo: yogur, fruta, croissants, tostadas, embutidos y quesos; café con leche, zumo y champán.

Margaux vio cómo lo analizaba.

—Ya ves —dijo mientras se metía medio croissant en la boca y asentía con la cabeza—, ahora sí como.

No se notaba. La cara de Margaux seguía teniendo el mismo aspecto de siempre: afilada y angulosa, como si la hubiera dibujado un niño con líneas rectas, hasta sus ojos eran triangulares. El de Lindsay, en cambio, era todo curvas suaves y giros delicados. Empujé la silla de hierro forjado hacia atrás sobre los adoquines y me senté.

—Bueno —dijo Lindsay—, tu primera reunión…

Empecé a buscar los Camel Blues en mi bolso, pero tuve que hacer una pausa para agarrar una copa de champán de la mano de Margaux.

—Bueno, ya sabes. Nathalie es muy Nathalie.

Los ojos saltones de Lindsay se clavaron en mí.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Apoyó la cabeza en la mano como una modelo de *Vogue* de los años veinte. *Cuéntame más*. No era la primera vez que me sentía agradecida por su gran fiabilidad. Era como una ecuación de álgebra: con cualquier introducción de datos, se obtiene un resultado predecible y determinado.

—*Zarina* —dije mientras encendía el cigarrillo—, va sobre los últimos Románov en los años previos a la Primera Guerra Mundial. —Hice una pausa—. Y adivina quién interpretará a la zarina.

Hubo un breve momento de suspenso mientras pensaba la respuesta. Entonces le vino. Se llevó la mano al pecho y, con los ojos muy abiertos, preguntó:

—¿Yo?

—Tú. —La palabra salió mezclada con humo y me atraganté.

—¡No! ¿Estás de broma? ¡Delphine! —Se abalanzó sobre mí, pero yo seguía tosiendo y le tiré toda la ceniza por encima. No se dio ni cuenta—. ¡No me lo puedo creer! ¿La protagonista? ¿La titular? —Apenas tuve tiempo de asentir con la cabeza antes de que siguiera hablando. Su cara desprendía luz—. Los demás se van a morir de celos. Estamos todos tan cansados ya del puto repertorio. Todos los ballets son más de lo mismo. Nathalie no para de repetir: «Más suave, Lindsay, eres una princesa y él tu príncipe. Ve hacia él, ve hacia él. Ahora sonríe. Sonríe más. Sonríe como si fuera de verdad». Esto me dará mucho más… margen. Espera, ¿qué es un Románov?

Margaux se sonrojó.

—¿A quién más vas a incluir? —dijo en voz baja.

A pesar de sus divagaciones, Lindsay la oyó y se detuvo en seco. Le dio una palmada en el brazo como de broma.

—Marg, tía, pues claro a que ti también te habrá tocado un buen papel.

Margaux puso los ojos en blanco.

—Aún no he llegado tan lejos —repuse.

—Pero… —intervino Margaux.

—Pero tenía pensado que… Bueno, Claude para el Zar, Camille no sé qué, esa nueva, ¿sabéis a cuál me refiero? Ella de Anastasia y la suplente de Lindsay, y, mmm… Jock como Rasputín.

El correo de Nathalie había llegado unas horas después de que nos reuniéramos: «Que Camille sea la suplente. Procura que no haya muchas escenas con Rasputín, ¿de acuerdo?».

Aparte de esa extraña petición (que más que una petición era una orden) del final, me pareció bien. Camille d'Ivoire, el prodigio de este año. Si eso era lo que quería, adelante. En realidad, no iba a necesitarla. En cuanto a su orden, el ballet no se titulaba *Rasputín* ni nada por el estilo, así que no entendía por qué lo decía. Igualmente, haría aparecer a Jock tanto como quisiera. Al fin y al cabo, la coreógrafa era yo. Era yo quien decidía.

La cara de Margaux denotó que lo había captado. Su expresión se suavizó y levantó levemente los pómulos para crear algo parecido a una sonrisa. Lo único que dijo fue:

—Mmm.

Lindsay se quedó petrificada.

—¿Suplente?

Nathalie me ha obligado. Las excusas se acumularon rápidamente en el fondo de mi garganta. *Yo no quería, eres la única que puede hacer el papel*. Pero todas eran tristes imitaciones de la verdad, de lo único que nunca sería capaz a decir. *No lo entiendes, Linds*. *Es muy arriesgado que seas tú*.

La copa de champán salió volando de la mano de Margaux y aterrizó con estrépito en el suelo.

—*Merde* —dijo mientras se miraba la mano, como si hubiera actuado sin que ella lo supiera.

Lindsay se arrodilló inmediatamente y recogió los cristales. Eché la silla hacia atrás, dispuesta a unirme a ella, y entonces escuché que soltaba un grito.

—Mierda —murmuró.

Se llevó la mano ensangrentada a la boca.

—Será mejor que vayas a limpiarte. Pídele una venda al camarero —dijo Margaux—. ¿Te imaginas tener que agarrar la barra así?

—Sí —dijo Lindsay. Se puso de pie tan rápido que su silla acabó en el suelo. Sonó con estrépito contra las piedras, pero ella de un zarpazo la volvió a poner en pie—. Tienes razón. Vuelvo enseguida.

Mientras Lindsay iba a limpiarse, echamos el resto de los cristales al cenicero e intenté volver a la mentalidad de hacía trece años. Era bueno tener una amiga como Margaux porque nunca nadie se metía contigo, te protegía de la mala leche de los demás con sus réplicas mordaces y se vengaba de los que te hacían algo sin pensárselo dos

veces. Era bueno tener una amiga como Lindsay porque atraía a los chicos al grupo, tu valor aumentaba si la gente te veía a su lado, sobre todo si ella realmente creía que tú también eras guapa. Fueron buenos tiempos. Bailar con ellas, beber juntas, trepar por las vallas de la Place des Vosges una noche de verano y reírnos en la oscuridad…

Llené las copas con lo que quedaba de champán y miré a Margaux. Ella tenía la mirada fija en mí.

—Tienes que estar de puta broma —me dijo en su rápido francés.

Noté cómo me empezaba a arder el pecho. Me quedé mirando las luces del sol mañanero sobre el mantel. ¿Celos? Pero seguro que entendía por qué lo hacía. No tenía nada que ver con que me cayera mejor Lindsay o con que pensara que era mejor bailarina. Al fin y al cabo, Margaux era una de las bailarinas más preciosas que había visto nunca.

—Margaux, lo siento mucho. Me aseguraré de darte un buen papel a ti también. Lo prometo.

—¿De qué coño me estás hablando? ¿Del ballet? ¿Crees que me importan esas mierdas? Me quedan cinco años para retirarme, Delphine, créeme. Al menos yo sí soy consciente de ello.

—¿Entonces…?

—Sé lo que pretendes y no va a funcionar. Prometerle la zarina ha sido una cagada enorme. No está preparada para un papel tan importante.

Había olvidado la facilidad con la que Margaux podía leerme. Lo único que, ahora, ya no sabía lo que estaba leyendo. Hice una mueca.

—Tiene treinta y cinco años. Sí está preparada.

—¿Quieres jugar a la semántica? Bien, entonces: está preparada, pero es incapaz. No es lo suficientemente buena. Vas a romperla en pedazos otra vez. Sí —dijo con los ojos entrecerrados, desafiante—, otra vez.

Se me hizo un nudo en la garganta y tragué saliva.

—No es más que un papel en un ballet, Marg. No es el fin del mundo.

Pero ambas sabíamos que podía serlo.

—Lo único que tienes que hacer es mantenerte al margen de su carrera. No vale la pena —contestó.

Suspiré.

—Pero si está en mi mano ayudar… Es solo un detalle…

—No es «solo un detalle», y lo sabes. Nathalie está hasta arriba de trabajo y no tiene tiempo para las bailarinas mayores ahora mismo. Va a echar a Lindsay —chasqueó los dedos— así de rápido. Y para ti es muy fácil volver aquí y hacer el papel de hada madrina que concede deseos, pero yo la tengo que ver todos los días. —Tragó saliva, le

temblaba el rostro—. ¿No lo entiendes, Delphine? Tengo que vivir con lo que hicimos todos los días. Todos los putos días. Vive tú así un tiempo, a ver si entonces también te parece solo un detalle.

La puerta se abrió, Lindsay estaba de vuelta.

—Mucho mejor —proclamó mientras se acercaba a nosotras con los dedos de la mano muy abiertos, como una niña pequeña.

—Genial —respondí.

Durante un momento, nos quedamos todas ahí sentadas en un silencio casi insoportable.

—Bueno, y ¿cómo te va? —preguntó Lindsay. Su voz sonó fuerte en aquel patio que, de no ser por nosotras, estaba vacío—. Desde… bueno, desde lo de Dmitri.

«Los domingos por la mañana, somos franceses». No era la primera vez, desde que lo había dejado hacía casi seis meses, que la voz de Dmitri aparecía de improviso en mi mente. El resto de la semana éramos rusos: él cocinaba blinis y picaba remolacha, hacía sopa de guisantes y salaba pepinos. Pero los sábados por la tarde, iba a la tienda gourmet situada a unas manzanas de distancia y compraba baguettes, mermeladas, huevos de corral y setas calabaza, esas diminutas y saladas que quedan tan bien en las tortillas. Luego, yo me levantaba y encendía la cafetera. Servía el café con leche caliente en los cuencos que solíamos usar para los cereales y desayunábamos en la cama. A menudo, sobre todo al principio, esas mañanas acababan con los tarritos de mermelada importados de Normandía y las sábanas por los suelos después de que nuestros cuerpos se unieran en un arranque de pasión.

Intenté concentrar mis sentimientos y comprimirlos en una respuesta a la pregunta de Lindsay.

—No lo echo de menos —dije, y era verdad, pero mi voz sonaba falsa—. Es más bien que… echo de menos nuestra vida juntos. Echo de menos esa estabilidad. Echo de menos tener a alguien en quien poder confiar para cualquier cosa. Aunque no resultó ser así al final, claro. Supongo que, simplemente, echo de menos tener a alguien con quien rendir cuentas. Creo que no era consciente del poco sentido que le iba a encontrar a la vida cuando nadie me prestara atención. No sé si tiene sentido lo que estoy diciendo…

Lindsay me agarró la mano. La suya era fría, todo huesos.

—Nosotras sí —dijo—. Nosotras sí te prestamos atención. —Tragué saliva—. De todas formas… —Se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho—. Deberías estar contenta. Ahora eres libre. Yo odio la mierda esa de tener que avisar de lo que hago y dejo de hacer; tener que rendir cuentas. Ahora puedes hacer lo que quieras. Eres la persona más afortunada que conozco.

—Yo te entiendo —dijo Margaux. Más que hablar, murmuraba; parecía que estaba gruñendo—. Si te soy sincera, creo que, si no tuviera todo eso, a estas alturas ya estaría muerta.

Lindsay y yo nos la quedamos mirando. Lindsay llevaba años con Daniel. Sus primeros correos electrónicos habían creado una imagen particular de él en mi mente: un hombre sexy y fuerte que sentía una admiración casi adorable hacia ella. No era bailarín, lo cual fue una sorpresa, después de tantos años. Cuando le pregunté en qué compañía estaba él, casi pude ver cómo se encogía de hombros al escribir el correo de respuesta. «No es bailarín. Soy la única intérprete en nuestra relación». Sin embargo, por mucho que lo amara, no me sorprendió que, tras un tiempo, la relación empezara a resentirse. Lindsay era la mejor versión de sí misma cuando actuaba para un público. Pero ¿a solas? Una vez que el subidón inicial de serotonina y dopamina se desvanecía, hacía falta alguien que se esforzara de verdad para que ella no perdiera el interés ni la voluntad de ser fiel. Para no perderla, en general.

Margaux, sin embargo, nunca parecía necesitar ese subidón propio del enamoramiento. Nunca parecía necesitar nada ni a nadie. Cuando éramos más jóvenes, a veces desaparecía con un ligue durante un mes entero, incluso dos. Todas lo hacíamos, pero ella nunca contaba el cotilleo después, se lo guardaba para sí misma. Dondequiera que estuviera la parte abierta y vulnerable de su ser, la parte que era capaz de enamorarse, la mantenía oculta bajo esa máscara de sarcasmo y la interminable retahíla de *me la suda* que soltaba constantemente. La sorpresa en la cara de Lindsay me decía que no había cambiado en todo este tiempo, que a ella también le sorprendía aquella pizca de vulnerabilidad.

—En cualquier caso, tenemos que reunirnos todos pronto. Los… los cinco —dije. Los cinco. Siempre habíamos sido solo las tres—. Necesito conocer a estas parejas tan misteriosas.

—Uf… —dijo Lindsay mientras hacía una mueca. Margaux y yo nos echamos a reír y Lindsay nos miró con los ojos muy abiertos—. ¿De verdad queremos eso? Al fin y al cabo, las mejores somos nosotras.

Cuando volvimos a soltar una carcajada, vi nuestro reflejo en la ventana del restaurante. Tres chicas riendo y bebiendo en una mesa del Marais con un jardín de rosas de fondo. El agua de la fuente caía por detrás de mi cabeza y cubría el reflejo con un resplandor de los colores del arcoíris. Las tres juntas de nuevo.

Y, por un momento, si no las miraba demasiado fijamente a los ojos, si no me miraba demasiado fijamente a mí misma, me sentía exactamente como hacía trece años.

Exactamente como antes.

CAPÍTULO 3

Septiembre de 1998

La clase de *Pas de Deux* era como la primera menstruación: sabías que iba a pasar años antes de que llegara, tenía pinta de que iba a ser muy desagradable y aterrador, pero era necesario que sucediera. Sin embargo, a diferencia de la menstruación, llegaba tanto para los chicos como para las chicas, y estábamos igual de petrificados. El *pas de deux*, en el que el hombre y la mujer bailan juntos, es clave para el ballet. Para cualquier ballet. Pero, anteriormente, yo solo lo había visto como un producto acabado: el escenario despejado para que la pareja bailara, el hombre mostraba a la mujer, la elevaba por encima de su cabeza, la dejaba caer de una forma bastante peligrosa y la hacía girar en una serie de piruetas que ella sería incapaz de hacer sola. No tenía ni idea de cómo se llegaba desde donde estábamos, ahí, en la academia, a ese tipo de actuación.

Sí sabía que tendría que aprender a bailar con chicos, y que sus manos tenían que tocarme por todas partes: por las costillas, el culo, en la parte interior de los muslos… Después de años de bailar completamente sola, a los dieciséis años tenía que poner mi cuerpo a merced del de otra persona. Después de años de tomar clases de técnica por separado (las chicas enseñadas principalmente por mujeres, los chicos, por hombres), había llegado el momento de unirnos.

Hombres, y no mujeres, son los que suelen impartir estas clases. Para las chicas, bailar en pareja se centra en lo que hacen contigo: debes convertirte en un paquete fácil de girar, de lanzar al aire, de llevar del punto A al punto B. Para los chicos es totalmente diferente: tienen que trabajar los músculos, la resistencia, el ritmo. Tenemos que ser capaces de confiar en ellos. Si nos dejan caer, podría ser el final de nuestra carrera. Abundaban las historias de terror sobre mujeres que se habían roto los huesos, la médula espinal o las costillas, lo cual

hacía que fuera aún más importante que los chicos supieran lo que hacían.

Por tanto, no solo era nuestra primera clase con chicos, sino también con un profesor varón: Phillippe Condorcet.

Todo el mundo lo llamaba Monsieur Condorcet, pero para mí siempre sería Phillippe. Lo fue desde el día en que, a los siete años, lo vi por primera vez sentado sin camiseta en la mesa de la cocina, con las manos de mi madre sobre los hombros. Ella se apartó de un salto cuando entré en la habitación, pero él se limitó a esbozar una sonrisa perezosa, como la de un gato. La escena se repitió en varias ocasiones durante el año siguiente, antes de que desapareciera de nuestro apartamento y se convirtiera en una estrella más del BOP: una imagen en el programa, un borrón en el escenario. Mi corazón se aceleró cuando vi su nombre en nuestros horarios, pero no me había dado cuenta de lo diferente que sería verlo en este contexto.

Y ahora estaba de pie frente a nosotros.

Me sonrió y yo hice una mueca con la intención de convertirla en algo parecido a una sonrisa. No me había dado cuenta de que era mucho más joven que mi madre. Ella tenía cincuenta y tres años; él tenía cuarenta y dos, acababa de jubilarse de la compañía y se dedicaba a la enseñanza. Lindsay había refunfuñado por tener que ser conejillos de indias de un profesor novato, pero se calló cuando Margaux y yo le enseñamos una foto. Tenía la melena rubia y una mandíbula tan marcada como la de los príncipes de Disney.

—La relación entre un hombre y una mujer es el epicentro del ballet —dijo con esa voz de tenor, tranquila y resonante al mismo tiempo—. Por supuesto, hemos intentado evitarlo, y el BOP, como en tantas otras cosas, ha sido pionero en este aspecto. —Levantó una mano con los dedos extendidos—. A mediados del siglo xix, Fanny Elssler utilizó a su hermana, Thérèse, como pareja de baile. —Levantó la otra y la puso frente a la primera, como si fueran el reflejo la una de la otra—. Y tenemos la versión original de *Coppélia*, donde una bailarina interpretó el papel de Franz. —Juntó las manos—. Pero solo cuando tenemos la unión de lo masculino y lo femenino, tenemos algo que vale realmente la pena.

A mi lado, Margaux hizo un ruido de asco.

—¿Alguna objeción, Mademoiselle Bisset?

Por primera vez en la vida, la vi dudar. Después de un momento, Phillippe asintió.

—Eso me temía. Muy bien. Poneos, por favor, en fila. Los chicos aquí; las chicas aquí —señaló con el dedo—, por orden de altura.

Se me encogió el estómago. Me puse al frente de la fila. Me costó un rato poder mirar hacia los chicos para ver quién sería mi

compañero, pero una parte de mí ya lo sabía.

Jacques. El año anterior habíamos hecho los estirones a la vez. Ahora, con 165 y 183 centímetros, éramos la chica y el chico más altos de la clase. Tenía que ser Jacques. ¿Cómo era posible que algo que deseaba tanto me diera, a la vez, tanto miedo?

Phillippe nos observaba. Yo sentía cómo Lindsay, a mi lado, lo observaba a él. Pero yo solo tenía ojos para Jacques, que en ese momento daba un paso hacia delante con confianza.

—Juntaos por parejas —ordenó Phillippe.

Jacques y yo caminamos uno al lado del otro hacia el extremo izquierdo de la sala. Vacilante, me volví hacia él. Nuestros ojos se encontraron y él me guiñó uno. Rápidamente, bajé la mirada. Tenía la cara roja como un tomate.

—¡Ay, relajaos! —gritó Phillippe—. No os voy a pedir que os toquéis enseguida. Por Dios, tenéis dieciséis años, la mitad de vosotros probablemente se correría en el acto.

Todos soltamos una risa nerviosa, pero algunos de los chicos parecían un poco perturbados. Su voz se volvió más amable al continuar.

—Estáis asustados. Es normal. Sois adolescentes, estáis atontados —continuó sin ni siquiera percatarse de nuestras caras de indignación —. Esto es lo que vamos a hacer. Durante los próximos cuatro minutos, quiero que os miréis a los ojos. Nada más.

Margaux resopló. Estaba emparejada con Gabriel y se notaba de lejos el desinterés que sentían el uno por el otro. A él le gustaban los chicos; a ella, las chicas. Para ellos no era más que otra clase como cualquier otra.

—Los cuatro minutos empiezan… —Los ojos de Phillippe se dirigieron al reloj—… ahora.

Respiré hondo y me volví hacia Jacques.

Su pecho era ancho, más ancho que el de los otros chicos. Por encima del cuello redondo de su maillot, asomaba un poco de pelo oscuro contra la piel pálida; solo verlo me hizo tragar saliva. Sus clavículas estaban justo en mi línea de visión, fuertes y delicadas al mismo tiempo. Mi corazón empezaba a acelerarse, no era justo.

—Oye —dijo Jacques con ligereza—, Delfina, se supone que debemos mirarnos a los ojos.

Dauphine, *Delphine*. Las palabras en francés se parecen tanto que me sorprendió que nadie hubiera hecho la broma antes. Pero mi cara estaba petrificada, como si mi cuerpo me protegiera y quisiera impedir que encontrara otra cosa más que me gustara de él. Tragué y ladeé la cabeza. No me atreví a mirarlo directamente a los ojos. Ya sabía lo mucho que me gustaban, con ese azul brillante. Me fijé en su nariz.

No podía faltar mucho para que esto acabara, ¿no? Ya debían haber pasado cuatro minutos.

—¡Eh! ¡Delphine y el chico guapo! —llamó Phillippe. Nos giramos y vimos que se dirigía hacia nosotros—. Sí, vosotros dos. —Me agarró la barbilla con una mano, la otra en la nuca—. Miraos. A. Los. Ojos.

De repente, mis ojos se fijaron en los suyos. Aquellas pestañas largas y oscuras. El azul que asomaba por debajo. El patrón de los iris que recordaba a un cristal agrietado. Nunca había estado tan cerca como para verlos bien. Eran como un caleidoscopio, como un espejo roto.

El blanco de sus ojos, sin embargo, estaba ligeramente rojo, inyectado en sangre. Jacques estaba cansado. ¿Se había pasado la noche en vela preocupado por lo que iba a pasar en esta clase? ¿Preocupado porque, por primera vez en su vida, fuera a suspender?

Fue entonces cuando me di cuenta: olía a jabón y a menta. Los chicos nunca olían bien. Las chicas tampoco. Nos movíamos demasiado, siempre olíamos a humanidad.

Era evidente que le había dado vueltas a este momento. También tenía miedo.

Mis pulmones empezaron a arder y me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Pero ese azul me hablaba. No era que preguntase algo o esperase algo; simplemente, estaba ahí. Inspiré profundamente mientras la calidez de su mirada se envolvía por las costuras de mis caderas, por el bajo vientre. Sus ojos se volvieron interrogantes y me pregunté, por un momento, si podía ver dentro de mi cabeza cuando nos mirábamos así.

Si hubiera podido apartar la vista, lo habría hecho.

Cuando Phillippe me soltó la barbilla, yo la bajé y me quedé mirando las manos. Estaban temblando.

Había sentido ansiedad, incluso pánico, antes de algunas audiciones y actuaciones, pero, si me temblaban las piernas durante las clases, era por las cosas que había hecho, por las decisiones que había tomado para intentar ser mejor, más fuerte. En cambio, lo que sentía por Jacques vivía únicamente en mi cabeza, metido con cuidado en un cajón de donde podía sacarlo a mi antojo y examinarlo con la seguridad de que era invisible para los demás.

Me sorprendió que se manifestara así. Que pudiera cambiar lo que hacía mi cuerpo. Que pudiera cambiarme a mí.

—Muy bien, chicos. Pasamos al siguiente nivel. Quiero que os mováis. Copiad los movimientos del otro. No importa quién lidere, pero quiero que os mováis juntos. Cuatro minutos desde… ¡ya!

Miré a Margaux, que empezaba a hacer el charlestón mientras Gabriel la miraba, desconcertado, antes de sonreír y unirse. Lindsay le

había pedido a Phillippe que se acercara hacia donde estaba ella con Adam para interrogarlo. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y los labios entreabiertos mientras escuchaba su respuesta. Joder, ¿quería liarse con Phillippe? Tenía a todos los chicos de la academia haciendo cola para servirla, pero no era suficiente. Por Dios, mi madre y mi mejor amiga, ¿en serio?

—Hagámoslo fácil —dijo Jacques, y me agarró las manos temblorosas.

Las suyas eran tan grandes que engulleron por completo las mías y me quedé mirando el lugar donde nos encontrábamos. Siempre había imaginado que su tacto sería suave, resbaladizo, incluso, pero no era así. Sus manos eran ásperas, callosas. Por las pesas, probablemente. Durante el último año, su pecho se había vuelto más ancho; los chicos tenían ahora entrenamiento de pesas obligatorio. Había estado yendo al gimnasio cuatro veces por semana, se tumbaba en el banco de musculación, su cuerpo se tensaba mientras soltaba gruñidos…

Noté que me tiraba suavemente del brazo y eso me apartó de esos pensamientos y me devolvió a la realidad.

Nuestros ojos se encontraron. Esos malditos ojos.

—¿Sí? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

Y entonces empezamos a movernos. Juntos. Era fácil seguirlo con las manos entrelazadas —las suyas ásperas; las mías suaves— mientras giraba, empujaba y tiraba. Y durante todo ese rato, yo seguía temblando como un flan. Por primera vez en la vida, no tenía control sobre mi cuerpo. No era un mero instrumento. O, si lo era, era uno que otras personas podían tocar. El calor en la base de mis abdominales seguía ahí, pero esta vez se sumaba a una opresión en el pecho, a un nudo en la garganta. Mi cuerpo era mío y no lo era. Mi cuerpo era… ¿nuestro?

Jacques redujo la velocidad y luego se detuvo. Nuestras manos colgaban entre nosotros, todavía unidas.

—Tu turno —dijo.

Su voz era grave. Sonaba casi como un adulto, y el calor en mi interior se volvió líquido. Respiré y traté de extender la sensación por todo el cuerpo para diluirla.

Y entonces levanté los brazos. Con él, bastaba con tirar suavemente en una dirección determinada y me seguía con facilidad, sin impedir que fuera yo quien llevaba la iniciativa. Como habíamos hecho antes, hice que nos moviéramos y, juntos, pintamos dibujos imaginarios en el aire mientras giraba, lo estiraba y lo empujaba. Al cabo de un minuto, me di la vuelta. Pensaba que me soltaría la mano y me seguiría, pero, en su lugar, ajustó la forma en la que me agarraba

para que nuestras manos permanecieran juntas y me rodeó con el brazo. Ahora lo tenía detrás, con el brazo contra la parte delantera de mi cuerpo, el resto separado de mí por uno o dos centímetros de aire. Podía sentir el calor que desprendía y, justo cuando Phillippe nos hizo un gesto de aprobación, me zafé de su agarre y me di la vuelta.

El resto de la clase fue más fácil. Pasamos a ejercicios más tradicionales: los chicos se ponían detrás de nosotras para arrastrarnos de un lado a otro mientras nosotras estábamos de puntas, tiraban de nosotras hacia adelante y hacia atrás… Al final, nos pidieron que paseáramos por la sala cogidos de la mano, pero era un paseo de ballet, no se parecía en nada a un paseo real, y la forma en que nos tomábamos de la mano era cortés, nada del entrelazamiento de dedos casi obsceno que Jacques y yo habíamos hecho antes.

—¿Veis? —dijo Phillippe al terminar—. No se ha muerto nadie.

Mientras los demás recogían sus cosas, me acerqué a Lindsay, que estaba de pie con la boca ligeramente abierta, mirando a Phillippe. Margaux y Gabriel ya se habían ido, juntos y entre risas.

—Madre mía —dije en medio de un suspiro, con una exhalación exagerada—. Muy duro, ¿no? ¿Quieres que nos escapemos para fumarnos un cigarrillo?

—Adelántate tú —dijo Lindsay sin apartar los ojos del profesor—. Yo tengo unas cuantas… preguntas.

—Uf, Linds, no lo hagas, por favor.

Se volvió hacia mí.

—Venga, Delphine. Dame el gusto. Al fin y al cabo, tú tienes a Jacques y es el mejor compañero con diferencia. Si fuera un centímetro más alta… O si vosotros no parecierais dos putas gotas de agua, quizá el resto tendríamos posibilidades.

No pude evitar sonreír. La mayoría de la gente de nuestra clase tenía el pelo oscuro, pero era cierto que el nuestro era más oscuro que el del resto, rozaba el negro. También era cierto que nuestros ojos eran iguales, de un azul pálido. ¿Los demás se habían fijado en eso? ¿Pensaban en nosotros como una pareja?

—¿De verdad crees que me parezco a él?

Lindsay puso los ojos en blanco.

—Deja de pensar en cómo será tu pastel de bodas. Te estás desviando del tema.

No es cierto, pensé mientras salía del estudio sola. Sabía cuál era el puñetero tema, el objetivo de todo esto. Nos habíamos pulido durante años hasta llegar a algo parecido a la perfección. Habíamos desarrollado nuestra fuerza, nuestro control. Y, a partir de aquí, los chicos seguirían desarrollándose más y más: harían crecer sus músculos y se volverían más grandes, mejores y más fuertes. Lo que

teníamos que hacer las chicas, en cambio, era tomar nuestra fuerza y hacerla flexible, dúctil, elástica.

E incluso mientras el eco del tacto de Jacques seguía retumbando en mi cuerpo, sentí algo más, algo oscuro y pesado en la base de la columna vertebral. Supongo que esa fue la verdadera lección aquel día: nunca más volvería a ser completamente mía.

Septiembre de 2018

Es fácil creer que los edificios son estáticos, inmutables; aceptar que el tiempo que pasas allí es intrascendente ya es más complicado. Es aún más fácil con un lugar como el Palacio Garnier, que se aferra al patrimonio de su alrededor con tanta avidez como los aristócratas con capa que matamos dos siglos atrás. Unos cuantos pisos por debajo de las aulas, se encontraban las escaleras cubiertas por una alfombra roja, los candelabros, los espejos dorados y las butacas de terciopelo. El escenario que acogió a Petipa y Nureyev. A Taglioni y Zambelli. A mi madre y a mí.

Pero ya no era nuestro.

Mi madre muerta estaba colgada en la pared y ninguna de las dos había pasado por esos pasillos desde hacía más de una década.

Ella era una reliquia; yo, una visitante.

Sabía que, si quería hacer algo que valiera la pena ver en ese escenario, tenía que volver a él.

Llegué temprano al día siguiente, antes de la clase de las nueve y media, antes incluso de que llegaran los tramoyistas. En las semanas previas a la gala que daría comienzo a la temporada, el escenario se había desvalijado por completo. Ya no era una corte real ni un lago maldito ni el reino de un hada; era solo un espacio vacío.

Mientras me abría paso entre los decorados, las cuerdas y las luces, supe que tendría que empezar a pensar en grande para este ballet. Mientras la familiaridad de los bastidores pintados de negro me envolvía el corazón, me recordé a mí misma que el Garnier tiene el mayor escenario de Europa. Más grande incluso que el del Mariinsky, lo cual es mucho decir, porque los rusos nunca se reprimen con estas cosas, al menos en apariencia. Mientras que, de cara al público, el Mariinsky también es todo oro y terciopelo, entre bastidores no hay más que pintura desconchada, madera desgastada y tablones que chirrían. El BOP, en cambio, sí sabe cómo tratar a sus bailarines.

Y allí estaba. Otra vez. En el escenario del Palacio Garnier.

Me acerqué al escenario, a los asientos. No estaba acostumbrada a

esa oscuridad: solo estaban encendidas las luces de emergencia y las luces fantasma. Tuve la extraña sensación de haber muerto y haber recobrado la vida en un mundo de tinieblas que, en parte, era mi Ópera y, en parte, no.

Habían empezado a renovar el auditorio unos años después de mi partida. Nunca había llegado a abrir los correos electrónicos de la oficina de prensa en los que se mostraban las fotos; quería mantener el recuerdo intacto en mi mente. Pero, al levantar la cabeza hacia ese techo lleno de sombras, me di cuenta de que el Palacio seguía siendo el mismo, solo que con más intensidad. El oro se veía más brillante, más fresco incluso en la penumbra. La lámpara de araña resplandecía, aun en la oscuridad. Las figuras de ensueño de Chagall flotaban a su alrededor; se veían como grandes manchas de color desde donde yo estaba.

Saqué el teléfono y pulsé *play* para que sonara la música que había estado escuchando durante el trayecto. Sonó Jeanne Moreau: *Le Tourbillon de la vie*. Desde que había decidido volver, me apetecía escuchar canciones francesas antiguas, y esta melodía alegre y sencilla, con la misteriosa heroína que se reunía con su amante, tan parecida a la versión idealizada que tenía de mí misma, siempre me llegaba al corazón. La voz de Moreau sonó sobre el escenario, metálica y casi fantasmal, y no necesité nada más; me quité los zapatos y empecé a moverme.

Elle avait des yeux, des yeux d'opale.

Mis pies se movían a un ritmo rápido, mis brazos se extendían, volaban, jugaban. Por primera vez en años, estaba bailando, bailando de verdad. No me limitaba a hacer leves imitaciones de los pasos como coreógrafa. No me limitaba a mover el cuerpo de otra persona.

Qui m'fascinaient, qui m'fascinaient…

Y, de repente, estaba dando saltos por el escenario, una serie de saltitos cortos y giratorios. Mi mente volaba, pero mi cuerpo… mi cuerpo ya se estaba quedando sin aliento. Ahora me movía de forma diferente, y también pesaba más. La última vez que había estado aquí arriba, era puro músculo. Una gata, siempre lista para saltar. Ahora pesaba diez kilos más, repartidos entre el estómago y el culo, que ocultaban quién era realmente.

Este edificio había sido mi hogar.

¿Cómo podía haber cambiado todo tanto?

Me detuve y me incliné, con las manos en los muslos, mientras intentaba recuperar el aliento y la voz rasposa de Serge Gainsbourg empezaba a decir algo sobre demasiados cigarrillos.

Y mientras se escuchaba cómo una sola persona aplaudía en el teatro.

Por un momento, me quedé congelada, con una sensación de miedo punzante.

Intenté apagar la música.

—¿Quién anda ahí? —pregunté con una rabia que me subía por el pecho.

Entrecerré los ojos para enfocar la figura. Un hombre se levantó del asiento y, a medida que se acercaba, sus rasgos resultaban cada vez más legibles y extrañamente familiares. Su pelo, abundante y de un color claro, le nacía de una amplia frente. Lo llevaba peinado hacia atrás. Su boca era fina y tenía una de las comisuras levantadas mientras me observaba recuperar el equilibrio. Sus ojos eran tan oscuros que probablemente parecían negros en las fotografías. Sin embargo, su rostro desprendía una cierta suavidad que le daba un carácter infantil y aquello empezó a disipar el miedo que sentía.

—Lo siento —dije con un hilo de voz—. Me has asustado, eso es todo.

—No, la culpa es mía —dijo mientras arrugaba el contorno de los ojos—. Estabas tan en tu mundo que quería ver hasta dónde podías llegar antes de notar mi presencia. Supongo que suena bastante *creepy* —añadió. Al llegar al foso de la orquesta, se detuvo. Lo dijo en inglés: *creepy*. No existe una palabra como tal para *creepy* en francés. La traducción más cercana es algo parecido a *aterrador*.

No sé si fue ese acento tan marcado al decir la palabra inglesa, pero sentí que me fallaban las piernas y que la piel de mi cuerpo se volvía más porosa, abierta al mundo.

¿Nos conocíamos? Pude ver que no se trataba de un bailarín; era demasiado bajo. ¿Por qué lo había reconocido y por qué él a mí no?

—Soy Delphine, por cierto —dije.

—Daniel —se presentó, y sentí que un puño se cerraba alrededor de mi corazón.

—¿Daniel el de Lindsay? —pregunté.

Se rio con una risa plena y sonora.

—No tengo claro que sea así como me presentaría, pero sí, vale —respondió mientras se apoyaba en la valla de la orquesta—. Eso significa que tú eres la Delphine de Lindsay.

Así que aquí estaba, después de todos estos años, el hombre que le había robado el corazón a mi amiga. El tipo que estaba a cargo del departamento de prensa del BOP en 2013 se había ido convirtiendo,

poco a poco, en su marido. «Nunca había sentido algo así», me escribió en su día. Yo puse los ojos en blanco al leerlo. Desde que éramos adolescentes, Lindsay se enamoraba de alguien nuevo cada tres o cuatro meses. Pero pasaban los días y Daniel seguía ahí. «Solo tiene ojos para mí. Me sorprendería mucho que supiera que existen otras mujeres siquiera. ¡Y Delphine, el sexo es…!». Con el paso de los años, había ido creando una imagen suya en mi mente, como si fuera la Polaroid más lenta del mundo: un hombre sensual, tranquilo, con una obsesión por Lindsay que solo igualaba a la de ella por el ballet.

Por un momento, sentí más que nunca la ausencia de Dmitri. *Tú también tuviste eso una vez*, se burló la voz de mi cabeza. *No*, me corregí. *No. Creí que lo tenía. Pero, en realidad, nunca lo tuve.*

—Sentimos mucho que no pudieras venir a la boda.

—Ah. Sí, me dio mucha pena perdérmela —coincidí—. Todo estaba patas arriba en Rusia, ya sabes. Pero enhorabuena.

—Lindsay te echó en falta —dijo.

Analicé su rostro en busca de alguna señal que me indicara que había un motivo ulterior, pero no lo conocía lo suficiente como para detectarlo.

—¿Qué… haces aquí? —pregunté.

—Traje a Lindsay esta mañana. He tenido una reunión antes, en esta misma calle, pero tengo las próximas horas libres, así que pensé que igual podía ir a tomar un café con ella cuando acabara la clase. —Sonrió ligeramente y levantó el iPhone—. Mientras tanto, puedo trabajar desde casi cualquier lugar que tenga cobertura. Soy relaciones públicas, no estoy seguro de cuánto te ha contado… —Asentí—. Me dieron un pase de seguridad cuando hice un trabajo para la empresa. Resulta que, en realidad, no comprueban la fecha de esas cosas.

Me resultó muy dulce, pero, probablemente, muy inútil por su parte. ¿Cuántas mujeres darían un brazo por tener un marido que se desviviera por acompañarlas al trabajo? Lindsay no. Lindsay no daría una extremidad por nada.

—Siento decirte que tiene ensayo conmigo a la una —dije con una mueca de disculpa.

Sonrió.

—Sí. Igualmente, viene a verme siempre que tiene ocasión. Bueno. Últimamente, menos. Se alegró mucho de que le dieras el papel principal en la obra.

A su alrededor, el auditorio pareció oscurecerse.

—Siempre fue la mejor de todas. Quiero ficharla para un ballet desde hace… años.

Incluso mientras hablaba, no podía evitar fijarme en todos esos asientos vacíos. Cada uno de ellos era un espectador fantasma. Cuando

todavía estaba en la compañía, la gente se me quedaba mirando cuando iba por la calle y decía que me reconocía del BOP. Era una estupidez. Nunca fui una celebridad, ni mucho menos; aun en mi mejor época, no era más que una *sujet*. Pero cuando pasas tanto tiempo en un escenario, sienta bien saber que la gente te presta atención.

Esa sensación de que todo el mundo está mirando, de que todo el mundo está esperando, había desaparecido casi por completo en Rusia, pero ahora estaba de vuelta.

Me miré las manos, enlazadas entre sí.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Quince años? —preguntó.

—Trece —respondí.

—Bueno, Delphine, me voy y te dejo volver al trabajo. Pero ha sido un verdadero placer conocerte por fin, después de tanto tiempo. ¡He escuchado tantas historias de vosotras tres!

La insinuación era inocente, pero las palabras en sí mismas me parecieron siniestras. Escucharlas hizo que se abriera paso una extraña sensación de hormigueo por mi estómago, como la que se siente en los ascensores.

—Siempre dice: «Delphine es la simpática». Bueno, supongo que tienes que serlo, con Margaux y Lindsay como amigas. Pero, aun así, parece que lo eres de verdad. Simpática, me refiero —dijo entre risas.

Cómo no. Era casi como un refrán en la academia: *Lindsay está buena, Margaux es una arpía, Delphine es simpática*.

—Gracias —respondí con poco entusiasmo.

Simpatía. En Rusia, eso ocupa el último lugar en la lista de virtudes nacionales. La inteligencia, en cambio… Ser inteligente es bueno. Ser inteligente te consigue cosas. La fuerza es aun mejor. Ser fuerte te permite sobrevivir. ¿Y lo más preciado? El poder.

«No pensamos en el poder como tal», me dijo una vez Dmitri. «Nos referimos más bien a la influencia».

Eso fue, más o menos, en la época en la que su influencia me consiguió un puesto en el Mariinsky, unos años antes de que descubriera cuáles eran exactamente los límites de mi propia influencia.

¿Simpática? Si nos paramos a pensar, ¿qué es la simpatía? La simpatía se basa en cómo haces sentir a la gente que te rodea. No se trata de ti, sino de ellos. No sé por qué la gente siempre ve eso en mí. Pensaba que Rusia, buena es ella, me habría sacado la simpatía a base de golpes.

Además, yo nunca he sido tan simpática como dicen.

CAPÍTULO 4

Mayo de 1999

En la academia, la sombra de mi madre era como una ampolla a punto de formarse. Me rozaba la piel, me hacía sentir ligeramente incómoda, siempre con la promesa del dolor. Su leyenda, el hecho de haber sido una de las últimas musas de Nureyev, tenía un gran impacto en mi vida allí. Su foto aún colgaba en los pasillos del Palacio Garnier. El crítico de danza de *Le Monde* seguía comparando cada nueva Coppélia con su versión. Todos los bailarines me paraban por los pasillos para preguntarme qué tal estaba ella. No recuerdo ningún momento en el que no fuera consciente de su influencia.

Cuando tenía diez años, un fin de semana, en casa, le pregunté:

—¿Podías hacer esto cuando tenías mi edad? —Levanté la pierna hasta tocarme la cara.

Apenas me miró.

—Claro.

Ella, como yo, tenía hipermovilidad en las caderas. Eso era lo que me hacía mejor que las demás chicas de clase, lo único que me hacía destacar. Pero cuando se trataba de mi madre, era imposible ganar; ella siempre estaba por delante de mí. Me conformaría con superarla aunque solo fuera una vez, aunque fuera en algo tan simple como la flexibilidad. Pero eso nunca fue una opción siquiera.

También pasaba en clase, con los profesores:

—De nuevo, Delphine, te juro que si no fuera porque sé que eres la hija de Isabelle…

Y con los estudiantes:

—¿Crees que tu madre podría presentarnos a Baryshnikov?

Y siempre tenía en mente ese gran secreto que me atormentaba: cuando quise acceder a la academia, era dos centímetros más baja de lo que estipulaban las normas. Hicieron una excepción. La secretaria le guiñó un ojo a Maman mientras anotaba las medidas. Dos

centímetros. Una diferencia tan pequeña que las otras niñas no se dieron cuenta de que les había robado aquello que ellas habían ganado.

Pero debían sospechar. ¿Cómo no iban a sospechar al ver que mis piernas temblaban mientras que las suyas se mantenían firmes? ¿Al ver a los miembros del jurado de la compañía susurrar con furia cada vez que ponía un pie en el estudio para la revisión anual? ¿Al ver que siempre quedaba en primer o segundo lugar en clase, a pesar de mis más que evidentes debilidades?

Sin embargo, para cuando tenía diecisiete años, estaba segura de que me las había ganado. Cuando Aurélie recibía una dura reprimenda de Marie-Cécile, yo estaba allí para consolarla y afirmar lo hija de puta que había sido. Cuando Mathilde corría el riesgo de suspender Biología, le dejaba copiar mis deberes. Cuando Corinne tenía problemas con una diabólica combinación de *petit battement*, me quedaba después de clase para practicar con ella, lo cual reducía las horas extra que habitualmente me quedaba para practicar yo misma.

Y luego vino Historia de la Danza.

Sabía que mi madre estaría en el temario. Había muchas cosas que todavía no sabía sobre la historia de la danza, pero era una experta en el tema de mi madre. No se puede enseñar la historia del ballet sin hablar sobre Rudolf Nureyev. Y no se puede hablar de Rudolf Nureyev sin hablar de sus musas. Ahí estaba ella, con esa mezcla perfecta de fuerza y flexibilidad, con ese cuerpo que formaba líneas perfectas y esculpidas mientras flotaba por el escenario. De nuevo y como siempre, mejor que yo.

Pasamos todo el mes de enero hablando sobre el siglo xvii y nuestro fundador, el inventor del ballet moderno, el bueno de Luis XIV. El mes de febrero transcurrió en una nebulosa de óperas y danzas de tres actos del siglo xviii. Cuando llegó marzo y ya íbamos por 1875 y la construcción del Palacio Garnier, supe que se me acababa el tiempo. Sería en abril, pues. Pero abril estuvo ocupado por los Ballets Rusos y su emblemático fundador, Sergei Diaghilev.

El último día del mes, mientras Madame Beaumont apagaba el proyector, pensé que quizá no llegaríamos a dar a Nureyev ese semestre.

Pero entonces me guiñó el ojo. Directamente a mí.

—Que nadie llegue tarde el lunes —dijo—. Veremos algunas caras conocidas.

Algo desconocido me recorrió el cuerpo. Era… ¿emoción? Una emoción y un orgullo que me golpeaban el esternón con fuerza.

Los mitos sobre su talento rodeaban nuestras vidas como un pañuelo de gasa y, sin embargo, no recordaba haber visto nunca a mi

madre actuar. Seguramente, no era así; cuando era muy pequeña y Stella no estaba disponible, me llevaba al camerino durante sus actuaciones y dejaba que cualquier miembro del equipo que estuviera por ahí se ocupara de mí. Pero no recordaba haberla visto en el escenario como tal.

Mi madre, la leyenda. Iba a verla bailar por primera vez.

El lunes por la mañana, llegué a clase demasiado temprano y me senté sola en el aula durante un largo rato. Era tan nueva que las paredes blancas aún olían a pintura y yeso. Empezaron a llegar Madame Beaumont, con el pelo encrespado y los ojos en forma de luna creciente, sonrientes; Lindsay, con la raya del delineado medio deshecha y el pelo alborotado, como si acabara de salir de la cama de Phillippe (y, probablemente, así era); Margaux, que se dejó caer en el asiento con un gemido y que no parecía dispuesta a aceptar que el fin de semana se había acabado; y una gran multitud de chicos que parecía que solo se movían si era en grupo. Entonces, empezó la clase y Madame Beaumont, por algún motivo, se puso a hablar de la Guerra Fría. Ah, claro, porque Nureyev era ruso, por supuesto, y desertó. Luego tocó Fonteyn, sí, mucho sobre Margot Fonteyn.

—Pero ella tenía diecinueve años más que él —dijo Madame mientras sacaba un televisor de tubo enorme del carrito—. Y, dado que ella actuaba cada vez menos, reservaban sus actuaciones en pareja para el Royal Ballet. A lo largo de los años 70 y 80, sobre todo en las giras, tuvo otras bailarinas más jóvenes como parejas. Bailarinas francesas.

Allí estaba. En la grabación, con la imagen teñida de azul por los bordes y con mucho ruido, se veía a mi madre subiendo al escenario del Garnier. Las letras blancas que aparecieron sobre ella —«Isabelle Durand en el papel de Nikiya, *La Bayadère*»— me produjeron un escalofrío.

Hubo un primer plano de su rostro. Cuando estaba ahí quieta, mientras esperaba a que empezara la música, recorrió al público con la mirada. Sus ojos estaban muy abiertos, se lamió los labios resecos y tragó saliva.

Parecía que tenía miedo.

Y, además, éramos idénticas. Casi me quedo sin aliento.

«¡Es la pequeña Isabelle!», había gritado un miembro de la compañía al verme por el pasillo de la Ópera durante los ensayos de *El cascanueces*. Y yo solo pensé: *No*. No sabía mucho por aquel entonces, pero eso sí lo sabía. Solo nos parecíamos de lejos: pelo negro, ojos azules, piel pálida. De cerca, yo era la imitación de un diseño de alta costura. Mis detalles estaban mal acabados, mi etiqueta no era la correcta.

Mi madre había sido portada de *Vogue* dos veces: en marzo de 1974 y en mayo de 1976. Mi madre había hecho de modelo para Cartier, con una mano enjoyada suspendida en el aire. Mi madre había tenido cameos en películas de François Truffaut y Federico Fellini. Sus pómulos parecían icebergs y su cuello, el de un cisne. Tenía unos brazos finamente musculados y unas piernas míticas.

Yo tenía cara de bebé y unos brazos blandengues que temblaban si los mantenía levantados durante más de diez segundos.

Mi madre era la bomba.

Pero cuando la vi en esa pantalla, detecté un destello de vulnerabilidad. El maquillaje, el vestido rojo de gasa, la corona y los pañuelos se desvanecieron. Ella era yo y yo era ella. Noté algo en el pecho, algo que me hinchaba y me aportaba calidez. No podía dejar de mirarla. Éramos iguales. Y ella estaba reluciente.

—Madre mía —dijo Lindsay después de clase mientras enlazaba su brazo con el mío.

—Sí —coincidió Margaux—. Una puta delicia, Delphine.

Cada palabra era como un chorro de aire para el orgullo que me ardía en el pecho. Sonreí.

A medida que avanzábamos por el pasillo, empezaron a resonar unos pasos por detrás de nosotras. Aceleraron. Se oía cómo los golpes se acercaban cada vez más en ese lugar frío y blanco. Y, de repente, Jacques estaba frente a mí, sin aliento.

Lindsay y Margaux hicieron una bomba de humo. Antes de desaparecer, Lindsay me miró agrandando los ojos por detrás de la espalda de Jacques y Margaux puso los suyos en blanco.

—¿Isabelle Durand? ¿Esa es tu madre? —preguntó Jacques.

¿Cómo es posible que no lo supiera? Quizá los chicos no cotilleaban tanto como las chicas. Quizá prestaban menos atención a las estrellas femeninas que a las masculinas. Quizá nunca me había prestado suficiente atención como para darse cuenta. Al fin y al cabo, mi madre y yo teníamos apellidos diferentes. Aunque mi madre se había desprendido de él como si de una piel de serpiente de tratara, yo había conservado el apellido de mi padre después de que este se trasladara a California con su nueva familia. *Delphine Durand* sonaba ridículo, tanto ella como yo estábamos de acuerdo.

—Sí —dije mientras alzaba la vista para mirarlo.

Era un bloque sólido, todo músculo y carne. Lo mismo que en la clase de *Pas de Deux*, pero, por algún motivo, aquí, fuera del estudio, con la ropa de calle, era todavía más real. La mandíbula afilada. Las suaves líneas del cuello. Las tenues oleadas de calor que desprendía su piel.

—Qué pasada. Eres idéntica a ella.

El pecho me volvió a arder.

—Te gustaría… —murmuró, pero no terminó la frase.

—¿Que si me gustaría qué? —pregunté, y noté que había sonado algo borde.

Y allí, en el vestíbulo, sentí, quizá por primera vez, que realmente era su hija. Me sentí imperiosa y regia. Más de lo que lo era; más de lo que lo había sido jamás.

—¿Tegustaríaverunapelículaconmigoalgúndía? —dijo en voz baja, gutural, con los ojos fijos en un punto del suelo que se encontraba entre nosotros dos.

Abrí la boca para responder enseguida, pero me detuve.

¿Qué haría ella? ¿Qué diría?

Me eché el pelo hacia atrás. Mi cuello crujió ante ese movimiento desconocido y él levantó la vista, alarmado por el ruido.

Respiré hondo y sonreí como la había visto sonreír a ella. De forma lenta y mesurada. Aterradora.

—Claro —dije—, ¿por qué no?

Septiembre de 2018

Las bailarinas son como las zapatillas de punta: hay que romperlas para que puedan ser de utilidad. Hay que poner pegamento alrededor de las cajas, de donde van los dedos, para endurecerlas. Esto es especialmente importante en el BOP, donde las bailarinas solo reciben siete pares gratis al mes. Eso no es nada teniendo en cuenta que una sola actuación puede dejar inservible un par nuevo. Hay que recortar el satín de las puntas o zurcirlo para que tengan tracción, coser cintas de raso y elásticos en la parte del talón, arrancar la plantilla y cortar el alma para acentuar la curva de los pies. Si eres negra o morena, tienes que cubrirlas con maquillaje para que se adapten a tu tono de piel. El tema racial es una asignatura que está muy pendiente en el mundo del ballet. Incluso hoy en día, casi ninguna empresa fabrica zapatillas en un «tono de piel» que se aleje mucho del rosa palo. Te las tienes que poner y, luego, rociarlas con agua para moldearlas a la forma de tu pie. Cada par de sesenta euros dura un día o así, aunque puedes alargarlo a dos o tres si tienes cuidado.

Lo mismo ocurre con los bailarines. Cuando eres coreógrafo, tienes que conseguir ese equilibrio tan delicado. Ser fuerte para demostrarles que no vas a pasarles ni una. Evitar que ofrezcan sus propias ideas o que cambien los pasos. No están ahí para eso. Son cuerpos, instrumentos. No son la canción en sí. No hay que terminar nunca el

ensayo antes de tiempo; hay que exprimir cada segundo de trabajo que puedas sacarles. Hay que hacerlos trabajar hasta que les tiemblen los músculos. Hay que hacerlos trabajar hasta que sangren.

Al fin y al cabo, estaban ahí para eso y ya sabían a lo que se atenían.

Era el momento de mostrarles de lo que era capaz.

—¡Delphine! —gritó alguien.

Sobresaltada, me encontré con los ojos dorados de Camille, la suplente de Lindsay de diecinueve años. La elección de Nathalie.

—Perdón —dijo rápidamente—, no quería asustarte.

—No lo has hecho. ¿Qué pasa?

Estábamos de pie en medio del pasillo, con puertas que daban a las aulas a ambos lados y los bailarines correteando a nuestro alrededor. En medio de todo aquello, noté que sus ojos pardos tenían un toque inquietante, como si me estuviera vigilando.

—Solo quería decirte que… bueno, gracias, supongo. Esta es una gran oportunidad para mí, ya sabes, y estoy muy contenta de que hayas vuelto. Es curioso, ¿no? La mayoría de los bailarines vienen de Rusia a Occidente, no al revés.

Balanchine. Baryshnikov. Nureyev. No se equivocaba. Mudarme a San Petersburgo a los veintitrés años fue ir a contracorriente. Pero ¿contaba si era porque un ruso te había arrastrado con él?

—Da igual, la cuestión es que, cuando vi el plan de rodaje, no me lo podía creer. ¡Este papel! Aunque sea como suplente. Porque, por supuesto, sé que solo soy suplente —dijo con una risita. Estaba claro que no tenía ni idea de que Nathalie había forzado la situación—. Es la oportunidad de mi vida.

Se quedó inmóvil, a la espera de mi respuesta. Es difícil ver a una bailarina así: tienen tantos tics nerviosos que llega a ser irritante lo mucho que se mueven. La quietud de Camille hacía que pareciera de vidrio, inquietante. Robótica.

—Estoy segura de que tendrás muchas otras oportunidades antes de acabar —dije—. No tienes ni idea de lo larga que es la vida. Bueno, larga, pero también corta.

Sus ojos de autómata me miraron fijamente durante demasiado tiempo antes de sonreír.

—Supongo. Pero… ¡gracias igualmente! —repitió, y salió trotando hacia el estudio.

La sustituta observaba desde lo alto, lista para intervenir de un momento a otro y borrar del mapa a una de mis amigas más antiguas.

Y lo único que podía pensar era: *Lindsay, más te vale dar la puta cara por mí.*

Camille se acercó trotando a un grupo de jóvenes bailarinas. Tenía

esa cualidad que hacía que quisieras mirarla, eso se lo reconozco a Nathalie, pero ese atuendo a juego que llevaba —zapatos, medias, falda, maillot y jersey, todo de color rosa palo— era como el prototipo de bailarina para una niña de tres años.

Por un momento, no fui capaz de distinguir a Lindsay entre la multitud. Tras una década de llevar uniformes impecables en la academia, los miembros de la compañía se empeñan en mostrar su individualidad mediante las capas de ropa que se ponen encima. Recortan el cuello de su sudadera favorita, se ponen mallas de un azul brillante que son más agujero que tejido, se visten de negro, negro y más negro. Deberían ser más fáciles de identificar, pero hay una uniformidad en el caos que hace que sea más complicado diferenciarlas.

Al final, todos tienen cuerpos alarmantemente similares. Una gran parte de la razón por la que esas treinta y ocho personas estaban en ese estudio era porque todas habían tenido suerte en la lotería de la genética.

Una bailarina es una mujer perfecta. Delgada. Hermosa. Invisiblemente fuerte.

No hay razones evolutivas para que tengamos el aspecto que tenemos. Si lo que quieres es una buena procreadora, busca en cualquier sitio menos en una compañía de ballet, donde es poco probable que encuentres una menstruación que llegue más que uno de cada tres meses. Lo que quieres es a alguien curvilíneo, con caderas anchas y pechos colgantes; alguien preparado para soportar unos meses de guerra o hambruna y seguir garantizando el futuro de la raza humana. Brazos listos para arar un campo, amasar un poco de pan, consolar a un niño. Una buena estirpe campesina.

Sin embargo, por algún motivo, a pesar de nuestra delicadeza y fragilidad, nos hemos convertido en el súmum de la perfección femenina.

Bueno, ellas. Ellas se han convertido en el súmum de la perfección.

En la academia, los instructores nos entrenan para bailar como un grupo: sin rostro, sin nombre, indistinguibles. Si hablamos de cuántos bailarines acaban teniendo éxito, vemos que, con el tiempo, hay un descenso exponencial. Al final de nuestros estudios, la compañía toma alrededor del diez por ciento de los pocos bailarines que quedan y los convierte en *quadrilles* o aprendices, quienes se forman para convertirse en *coryphées* o miembros del coro: una masa de bailarines idénticos. Tal vez la mitad de ellos tendrán una carrera a largo plazo en la compañía, tan a largo plazo como lo permite este nuestro oficio. De ellos, alrededor de un diez por ciento ascenderá de miembro del

coro a *sujet* o solista y bailará en papeles cortos y destacables. De ellos, un diez por ciento ascenderá de solista a *premier danseur* o bailarín principal. Y, de ellos, un diez por ciento ascenderá a estrella.

Así que, si eres un niño de ocho años que acaba de ser aceptado en la academia, las posibilidades de que llegues a ser una estrella siguen siendo, literalmente, de una entre un millón. Tu mejor opción es bailar exactamente igual que los demás.

Y, sin embargo, las estrellas son aquellas personas en las que uno piensa cuando piensa en bailarines. Son a quienes vienes a ver.

Carraspeé.

—Bien, chicos. Empecemos.

Nadie se movió. Nadie dejó de hablar. Ni siquiera Lindsay.

Bueno, en realidad, una persona sí. Camille me miró.

Yo era la coreógrafa. Deberían haberse callado en cuanto entré en la sala. Según Jock, Balanchine había impuesto un silencio absoluto en el New York City Ballet, había un nivel de respeto inquebrantable por parte de los bailarines, la mayoría de los cuales tenían miedo incluso de hablar en su presencia. No solo les daba miedo hablarle *a* él, sino también hablar *delante de* él.

Tampoco les dejaba llevar calentadores.

Jock seguía de vacaciones una semana más; no estaba allí para ayudarme a imponer el orden. A pesar de las ganas que tenía de volver a verlo, era un alivio poder concentrarme en el baile sin que él estuviera cerca. Siempre me había distraído demasiado.

Encontré una silla, me puse encima y di una palmada. Mis ojos se encontraron con los de Margaux. Me guiñó uno. Después del almuerzo, me había mandado un mensaje: «Siento haber perdido los nervios. El ballet será genial sea cual sea el elenco». Y ahora, mirándola, casi podía oír su voz: *Delphine, tú puedes*.

—¡Comencemos!

Ahora sí prestaban atención.

—Bien. Hoy quiero repasar la primera escena. El encuentro entre Alix y Nicky.

Siempre había sabido por dónde quería empezar el ballet: cuando Alix, la futura zarina que, actualmente, no es más que una princesa de poca monta en un pequeño principado alemán, se enamora de Nicky, Nicholas, el futuro y último zar de Rusia. Pero era un lío intentar que la narración funcionara. La primera vez que se conocieron, técnicamente, fue cuando su hermana se casó con el tío de Nicky, pero ella tenía once años y él dieciséis. No queda muy bien para el ballet. Así que falseé un poco la historia y empecé cuando ella tenía dieciséis años y fue a visitar a su hermana a Tsarskoe Selo, la finca de la familia imperial. Que ella tuviera dieciséis y él veinte hacía que el romance

fuera mucho más apetecible.

—Lo primero que debéis saber —dije— es que esta no es una historia de amor.

—Pero las cartas… —me cortó Camille, y luego cerró la boca.

Todo el grupo la miró sorprendido. Les había dado a todos ejemplares de *A Lifelong Passion*, el libro donde se recogen cartas de amor y extractos de los diarios de Alix y Nicky, para que los leyeran antes del ensayo. No estaba segura de si lo que les sorprendía era que Camille sí se lo hubiera leído (como grupo, nunca habíamos sido muy dados a hacer los deberes) o que esta jovencita de diecinueve años se hubiera atrevido a hablar.

—No me malinterpretéis, hay amor en esta historia, pero la historia en sí es sobre una mujer con un enorme potencial. Una mujer brillante, una mujer divertida, una mujer cariñosa. Una mujer que toma una decisión que la lleva a miles de kilómetros de su hogar, lo que finalmente conduce a su trágica muerte y al fin del linaje de su marido, por no mencionar la caída de la casa imperial de los Románov. Y esa elección comienza aquí, en esta escena, cuando se enamora de Nicky —le hice un gesto con la cabeza a Claude, que se encogió de hombros de forma exagerada, lo cual hizo reír al grupo. *¿Qué se le va a hacer? Me adora*—. Así que sí, lo interpretamos como una historia de amor, pero quiero que haya siempre esa sensación de fatalidad inminente. ¿Entendéis? Linds, ¿puedes ponerte a la derecha del escenario, por favor?

Me bajé de la silla mientras Lindsay ocupaba su lugar, seguida de cerca por Camille. Mi amiga llevaba unas mallas negras y una camiseta destartalada con el cuello recortado y las palabras «*Sidwell friends*» ya apenas visibles. Llevaba esa camiseta a clase desde hacía veinte años, los recuerdos de primaria resonaban en el presente, y su significado original se desvanecía con cada año. Detrás de ella estaba Camille, que parecía una puñetera princesa Disney.

—Nada más entrar, quiero un pequeño *pas de deux*. Linds, Claude. —Les mostré lo que quería que hicieran. Se hicieron eco de los movimientos mientras los explicaba y ellos asentían.

Me volví hacia los espejos.

Le di al *play*.

* * *

Jamás lo voy a admitir en voz alta, pero lo que más me gusta de ser coreógrafa es llevar a los bailarines al límite. Ser quien tiene el poder, para variar.

Solo los bailarines saben realmente lo que es elevarse, flotar, recorrer las infinitas combinaciones de las mismas posturas, día tras día, bajo la mirada atenta de una coreógrafa, una maestra de ballet o una directora artística.

Cada vez que trabajo, observo sus pies de satén rosado y soy consciente: debajo de esos zapatos, la carne está expuesta, se han formado heridas profundas, unas sobre otras. Bajo esas mallas de color rosa brillante, les duele hasta la médula. Debajo de las coronas, los tutús y la perfección, no son más que un desastre tiritante.

Y es todo por mí.

Hasta que, por supuesto, suben al escenario y se convierten en mis agentes, mis pinceladas, mis herramientas. Entonces es todo por el público. Es todo por ti.

Quince años atrás, tras haber hecho una representación especialmente espeluznante de *El lago de los cisnes* y haberse bajado ya el telón, le susurré a Margaux:

—¿Es que no se dan cuenta de que, debajo de estas zapatillas, estamos todos llenos de llagas horripilantes?

Ella esbozó una amplia sonrisa y me agarró de la mano cuando la cortina se volvió a levantar para exponernos una vez más.

—Claro que lo saben —dijo entre dientes—. Por eso les gusta mirar.

Y eso era lo que me gustaba. Ocultar el sufrimiento con mi propia perfección.

También es por eso que odio tanto que no lo entiendan.

* * *

Con Claude a su lado, Lindsay parecía una marioneta. De repente, ya no quedaba ni rastro del fuego que había en su interior. Tener a Camille de fondo tampoco le hacía ningún favor. Mientras Lindsay seguía mecánicamente la secuencia de movimientos, había una versión más joven y fresca de ella a dos pies de distancia. Sin las limitaciones de tener un compañero como pareja, los movimientos de Camille estaban llenos de orgullo juvenil, como el ángel de la *Anunciación de Cestello* de Botticelli, delicado y precoz, pero, a su vez, consciente de todo.

En otras palabras, exactamente como debía ser. Y lo único que provocaba eso era que Lindsay quedara todavía peor, como una bailarina en una caja de música.

¿Era posible que, durante todo este tiempo, hubiera estado recordando a una Lindsay diferente? ¿Una Lindsay entrenada al estilo

francés pero que conservaba una ligera americanidad? ¿Una Lindsay acrobática que hacía que al resto nos invadieran los celos? ¿Una Lindsay llena de gracia, inocente y seductora a la vez?

Y entonces la verdadera Lindsay se cayó.

Como bailarina, haces muchas cosas a la vez. Piernas arriba, rectas, firmes, giradas hacia fuera; brazos que se extienden, dedos más arriba aun; torso recto, hombros hacia atrás y hacia abajo; cabeza alta, barbilla levantada y no te olvides nunca de sonreír. Si no puedes sonreír, al menos mantén la espalda recta. Si no puedes mantenerte recta, al menos mantén los brazos en alto. Si no puedes mantener los brazos en alto… bueno, qué menos que intentar no caerte de bruces.

—¡Bien hecho, chicos! —grité mientras pausaba la música y Lindsay se levantaba—. Lo único que vamos a tomárnoslo con un poco más de calma esta vez, ¿sí?

Lindsay, sin aliento, asintió con fuerza. Detrás de ella, Camille estaba quieta, con las manos en las caderas.

—Desde el principio, entonces.

Me sudaban las manos y tardé tres intentos en volver a poner en marcha la música. Esto todavía era salvable. Todavía podía funcionar.

Camille cobró vida, bailó la mitad del *pas de deux* mejor que Claude y Lindsay juntos. Hizo su arabesco a la perfección, quieta en el aire.

Frente a ella, Lindsay se tambaleó.

Llegó la serie de giros, empezaron las piruetas y los *fouettés*. Camille bailó de forma nítida y limpia. Clavó todos los movimientos y tenía, además, un toque especial, algo que sugería inteligencia y despreocupación.

Las bailarinas francesas están hechas de otra pasta. Llevaba trece años trabajando casi exclusivamente con rusos y, por muy maravillosos que fueran en el escenario, era como si pudiera oír su acento mientras bailaban; está en su naturaleza ser performativos. En el BOP no se trata de presumir. Lo nuestro es la precisión.

Lindsay y Claude se separaron dando una serie de saltos. Detrás de Lindsay, Camille se elevó en el aire. Más alto. Más rato. Mejor.

A pesar de su supuesto lirismo, los bailarines rusos siempre eran pétreos en los ensayos, como si fueran de metal. Dmitri solía regañarme por tratarlos como máquinas: «No puedes poner cincuenta céntimos y esperar que te salga una pirueta perfecta».

Pero aquí, en el BOP, eso era exactamente lo que esperaba.

Claude fue girando en una serie de pequeños *battus* hasta ocupar el centro del escenario. Sus piernas parecían desdibujarse mientras añadía más y más con cada salto. Cinco. Seis. Ocho. A un lado, Lindsay intentaba ocultar que se había quedado sin aliento; sofocaba

los jadeos de modo que solo su caja torácica la delataba. Camille estaba ahí, sin más, firme.

Las bailarinas francesas son como violines. Hechas a mano, increíblemente bellas, con todo el cuerpo unido solo por unas finas astillas de madera. Pueden romperse en cualquier momento.

Lindsay y Claude volvieron a juntarse. Se separaron.

Camille dio un paso adelante.

Y, entonces, Lindsay se salió por completo de la coreografía, levantó la pierna en un *grand battement* y golpeó a Camille en toda la nariz con el pie.

La sala se quedó totalmente quieta. Por un momento, fuimos un retablo: estáticos, congelados.

Entonces Camille gimió, cayó de espaldas con las manos en la cara mientras la sangre goteaba entre sus dedos. Y el mundo volvió a acelerarse. Los bailarines corrieron hacia ella y la rodearon.

Lindsay volvió a tropezar.

Margaux soltó un chillido que se transformó en carcajada.

Mis ojos no sabían a cuál de las tres mirar, no sabía si me molestaban más las risas o la sangre.

En los ensayos, a veces, hay accidentes. Suele pasar. Los bailarines se doblan los tobillos, se caen, incluso se golpean la cabeza. Y cuando eso pasa, la única persona a la que tienden a herir es a ellos mismos. Pero ¿esto? Esto no pasa. Los bailarines se ganan la vida llevando a cabo los movimientos con exactitud. Saben lo que les rodea casi instintivamente; los mejores podrían bailar una determinada secuencia con los ojos vendados en una sala llena de gente. ¿Un codazo en las costillas? Puede pasar. ¿Un rodillazo en la ingle? También. ¿Una patada en la cara? Nunca lo había visto. Ni siquiera en Rusia.

—Claude, ve a buscarle un poco de hielo —grité por encima de la música—. Camille, ay, pobrecita. Toma. —Agarré mi sudadera del suelo. Ella parpadeó, entre las manos se podía ver cómo la sangre pintaba su cara desde el puente de la nariz hacia abajo—. Mantén la cabeza hacia atrás, ¿vale? No, más atrás.

Lindsay se acercó al frente de la sala y detuvo la música. El estudio quedó en silencio excepto por la risa de Margaux, que resonó en las paredes, extraña, fuerte y fuera de lugar. Un miembro del coro puso una mano sobre la espalda de Margaux, pero se desprendió de ella y siguió doblándose de la risa.

Mientras otra bailarina atendía a Camille, agarré a Lindsay del brazo.

—Linds, ¿en qué coño estabas pensando? —susurré.

—No he podido evitarlo. Estaba ahí, esperando a que me equivocara.

—No es cierto. Estaba aprendiendo la coreografía, Lindsay. Es su trabajo.

La cara de Lindsay se volvió suplicante.

—Esta es *mi* coreografía. Sabes cuánto tiempo he esperado para tener una oportunidad como esta. Y sabes tan bien como yo que, a esta edad, todas las jóvenes están esperando en fila detrás de nosotras. Literalmente. Listas para ocupar nuestro lugar.

Claro que lo sabía. Nosotras también habíamos sido esas chicas. Y también sabía exactamente cómo se sentía en esos momentos. ¿Qué se supone que debes hacer cuando todavía tienes los sueños de una adolescente pero resulta que ya te has hecho mayor?

Aunque yo nunca había hecho sangrar a nadie.

—Además —siguió Lindsay en voz baja—, ¿no odias esa carita que tiene? Es que odio mucho su carita.

Unos cuantos miembros del coro que estaban cerca levantaron la cabeza, sorprendidos. No es que el inglés fuera nuestro idioma secreto. Todo el mundo en la compañía lo hablaba; se habían asegurado de que lo aprendiéramos.

—Esto… —me interrumpí y luego me dirigí al grupo—. Esto es todo por hoy, chicos. Camille, ¿por qué no vas al médico? Así nos aseguramos de que… —*¿No tienes la cara rota?*—… Así nos quedamos más tranquilos.

Camille asintió como pudo. Las bailarinas salieron del estudio de dos en dos y de tres en tres hasta que me quedé allí, sola, con las mejillas enrojecidas por la culpa.

Porque no importaba que lo hubiera hecho Lindsay. Este era mi estudio, mi ensayo. Era como si yo misma le hubiera dado una patada a Camille.

Y la cosa era que no me habría importado hacerlo. Sabía perfectamente a lo que se refería Lindsay.

Yo también odiaba esa puñetera carita.

CAPÍTULO 5

Mayo de 1999

Vi a Jacques antes de que él me viera a mí. Estaba rondando la salida de la estación Franklin D. Roosevelt. Llevaba una camiseta gris de Oxbow y unos pantalones vaqueros holgados. Lo mismo que llevaba siempre a las clases de la academia. Como si fuera un día cualquiera.

Ni se te ocurra tratarlo como si fuera especial. La advertencia que me había hecho Lindsay la noche anterior resonó en mí. *O él tendrá todo el poder*.

Observé cómo la luz del día teñía de rojo el pelo oscuro de Jock. Era tan guapo. Era imposible que yo fuera lo suficientemente guapa para él. No importaba lo que dijera Lindsay sobre que nos parecíamos.

Hacía menos de una hora, estaba en el tocador de mi madre, con el lápiz de ojos en la mano. Desde que empezó a salir con Phillippe, Lindsay se paseaba por los dormitorios mientras se preparaba para sus citas. Mostraba su conquista como si de un bolso nuevo se tratara.

«¿Crees que a Phillippe le gustará que me ponga esto? ¿Y qué hay de esto?».

Se me hacía insoportable pensar en que las mismas manos que habían tocado a mi madre ahora tocaban el cuerpo de Linds. Y ella no podía soportar mi constante desaprobación.

«No hay un límite de edad de consentimiento en Francia», me había espetado a principios de esa semana. «Asúmelo ya de una puta vez».

Tenía razón. No la había, por aquel entonces. Así que volví a casa para pasar el fin de semana. El fin de semana más importante de mi vida.

Si Maman hubiera estado en el piso, nunca me habría atrevido a revisar sus cosas. Pero ese fin de semana estaba en Niza, su ciudad natal (con un hombre, pensé, aunque no sabía quién y ella tampoco

me lo había contado). Rebusqué con desesperación entre el maquillaje que había dejado esparcido por los cajones. ¿Dónde estaba el ingrediente secreto que lograría convertirme en ella?

Cuando por fin encontré el delineador líquido, tuve que agarrarlo con fuerza para conseguir abrir el antiguo frasco. Podía oír a mi madre riéndose de mí. Con dedos inseguros, deslicé el líquido negro sobre el párpado y comprobé qué tal lo había hecho en el espejo. Estaba a medio camino entre el ojo y la ceja. Suspiré, lo limpié con una de las bolas de algodón que había sobre la superficie de mármol y volví a empezar.

Al final, opté por una gruesa capa de rímel y un poco de sombra de ojos marrón. Pensé que, con el vestido azul de tirantes y las plataformas beige, el lápiz de ojos haría que pareciera que me estaba esforzando demasiado.

Me alegré de no haberme puesto más mientras subía las escaleras del metro y me agarraba el dobladillo de la falda para evitar que la brisa del tren me la subiera por los muslos. La luz que había ahí habría hecho que pareciera un payaso. Alrededor de Jacques, el neón de los Campos Elíseos parpadeaba y giraba en las pantallas, y, a su vez, le teñía la piel con un tenue brillo dorado.

Me veía con el *maillot* todos los días, pero nunca me había sentido más desnuda al acercarme a él. No me vio hasta que estuve a su lado y le toqué el hombro.

Sobresaltado, se quitó los auriculares de su Discman y pude escuchar un débil hilo de una canción de Noir Désir. Paró la música y me dio un beso en las mejillas. Noté su barba áspera contra la piel. En los últimos años, todos los chicos decían que ya habían empezado a afeitarse, aunque solo era verdad en el caso de unos pocos. Jacques era uno de los que tenía vello facial de verdad, aunque en fin de semana le daba pereza y siempre dejaba que asomara esa tenue sombra.

—Ey —saludé.

—¡Delfina! —Se quedó quieto y sonrió—. Bueno —Se metió las manos en los bolsillos y enseguida las volvió a sacar para que le colgaran delante de los muslos—. ¿Preparada para nuestra noche de temática estadounidense?

—¿Estadounidense…?

Parpadeó con esas largas pestañas y un mechón de pelo cayó sobre su frente.

—Bueno… la estación de metro. Franklin Roosevelt. Y la película, por supuesto.

—¿*Grandes esperanzas*? Pensaba que Dickens era inglés.

—Bueno, sí. Pero la adaptación es estadounidense. Si no, no sería

tan popular. Hay tal obsesión con la cultura estadounidense que…

Siguió hablando, pero yo tenía tanto frío que apenas podía escuchar. Se me puso la piel de gallina en los brazos. No había tenido en cuenta la fresca brisa de mayo al planear mi atuendo. Tragué saliva y me giré hacia donde estaba el cine. Era más fácil caminar a su lado que mirarlo directamente, pero el silencio se volvió insoportable muy rápido. Cuando deslizó su mano sobre la mía, me estremecí.

—Perdón —dijo. Flexionó la mano y me soltó—. Perdón, ¿no te ha gustado eso?

—No —respondí, y él se metió las manos en los bolsillos con la cabeza gacha—. No —repetí, y me acerqué, alucinada ante mi propio atrevimiento, para tirarle de la muñeca izquierda y entrelazar nuestros dedos—. Quiero decir, sí. Claro que sí. —No lo miré mientras lo decía, pero supe cuál era su respuesta por el pulso que latía firmemente contra mi piel.

Caminar con las manos balanceándose entre nosotros se hacía raro, como cuando participas en una carrera de tres piernas. Habíamos superado esa incomodidad en la clase de *Pas de Deux* hacía meses, pero había algo diferente en el hecho de caminar por la calle; aún no habíamos pillado el ritmo. Sus largas piernas hacían que siempre fuera ligeramente por delante de mí y mi brazo le tiraba suavemente hacia atrás. Ambos teníamos la piel un poco sudada ahí donde nos juntábamos, pero sudada en el buen sentido.

—Así que… ¿te gusta Noir Désir? —pregunté.

Yo no soportaba ese ruido chirriante y machacón que hacían, pero parecía ser la única; su último disco llevaba meses circulando entre los demás estudiantes.

—A ratos —respondió—. Me gustan muchas cosas. Cosas antiguas. Cosas clásicas.

—¿Sí? —A diferencia de mis amigas, a mí me encantaba escuchar a Charles Trenet, Serge Gainsbourg y Tom Waits mezclados con mis queridas Axelle Red y Fiona Apple. Pero era algo que solo hacía a solas, con auriculares. Ese tipo de música hacía que se burlaran de ti sin piedad—. ¿Tipo cosas de ballet?

—A veces. Tipo… Mira, hay una en este disco. —Levantó los auriculares y me los puso en la cabeza. El disco zumbó y los violines comenzaron a gemir de forma discordante.

Intenté no poner una cara rara.

—¿Qué es esto?

—Stravinsky —dijo por encima de unos chillidos que casi no me dejaban escucharlo. Pero entonces vio mi cara y se le escapó la risa—. Mira… —Paró la canción y pasó a la siguiente—. ¿Qué te parece esto?

Louise Attaque empezó a sonar.

—¿Y bien? —preguntó mientras empezaban los primeros acordes de mi canción favorita.

Amour, de longue date qui s'étend, qui s'étend…

Me puse a reír.

—Esto sí —dije.

A nuestro alrededor, la avenida se alzaba, grandiosa y luminosa, demasiado ancha para ser a escala humana. Era como si el bulevar hubiera sido construido para algo más grande que nosotros. Para elefantes, tal vez. ¿Napoleón no había utilizado elefantes? ¿O era alguien más viejo? *Sí, alguien más viejo seguro*, pensé, pero apenas había sacado un 10 sobre 20 en Historia el curso pasado, la nota más baja para aprobar.

Me quité los auriculares al terminar la canción.

—¿No te parece demasiado ruidosa? —preguntó.

Negué con la cabeza y sonreí todo lo que pude. Fue la única forma que encontré de evitar soltar una risita tonta.

—Tiene el grado de ruido perfecto.

—Espera. Para —dijo Jacques mientras me apretaba la mano—. Mira. —Hizo un gesto para señalar el arco del Triunfo, un kilómetro por delante de nosotros, avenida arriba.

Miré. Era el mismo arco de siempre. Tallado, adornado. Eso sí que había sido cosa de Napoleón. Estaba casi segura.

Podía sentir que me observaba.

—El cielo —aclaró.

Miré hacia arriba: era de color lavanda pastel y azul eléctrico. Había chorros de color fucsia que lo atravesaban como vasos sanguíneos. Jacques dejó caer mi mano para rodearme los hombros con el brazo. El panorama iba cambiando a un ritmo vertiginoso mientras las nubes se retorcían en el cielo.

Allí estábamos, dos adolescentes parados sobre ese amplio tramo de hormigón bordeado de árboles verdes y luces intermitentes. Allí estábamos, dando vueltas por un universo que era todo color y luz y triunfo.

Allí estábamos. Y, por un momento, parecía que lo único que me ataba a la tierra era él.

Septiembre de 2018

Durante unos días, pude escabullirme y ensayar solo con el coro. Al

fin y al cabo, también había que entrenar a los *coryphées* sin nombre. Ese jueves, cuando terminamos, me quedé para trabajar en una combinación especialmente complicada del segundo acto. Ya había decidido que iba a hacerlo totalmente al estilo ópera en cuanto a música se refería, pero no era fácil de organizar. Para el primer acto, en el que Nicky y Alix se enamoran, utilizaba un fragmento de *Tristán e Isolda*; para el tercero, sabía que quería utilizar *La bohemia* de Puccini, que me permitiría introducir sutilmente un toque de clase y nos llevaría hacia la trágica (aunque aparentemente inevitable) muerte de la familia imperial. Pero el segundo acto, el acto de Rasputín, me traía de cabeza. Tenía tan claro que la música tenía que ser la *Perséfone* de Stravinsky: el descenso a los infiernos, el interés que roza la obsesión, el coquetear con la locura… Y, sin embargo, no conseguía que aquella extraña y moderna música fluyera con el cuerpo decimonónico de Alix. La imagen que tenía de ella no se adaptaba a esa forma.

Aunque tal vez, solo tal vez, eso tenía un valor en sí mismo, como idea. La incapacidad de seguir el ritmo de los tiempos, el aferrarse a una visión idealizada del mundo colonizado que tal vez ni siquiera había existido en la realidad… Pero eso hacía que *La bohemia* no encajara con el tercer acto. Era demasiado romántica, demasiado hermosa. Tendría que encontrar otra cosa. Algo verdaderamente impactante y revolucionario.

Pero eso era un problema para la Delphine del futuro. Una vez que me di cuenta del potencial de Stravinsky, no pararon de brotar las ideas. Alix se mostraría elegante, serena, mientras la música se iría volviendo cada vez más moderna y desgarradora a su alrededor.

Estaba bailando sola en el estudio, con mi cuerpo defectuoso que solo lograba aproximarse a los movimientos reales. Y lo sentí: alguien me estaba observando. Supe quién era incluso antes de volverme hacia la puerta y ver los fríos ojos verdes de Nathalie. Siempre, siempre, resulta ser la persona a la que más temes.

—A mi despacho —dijo, y dejó que la puerta se cerrara tras ella.

Fue un acto cobarde, pero me obligué a esperar treinta segundos antes de ir tras ella. ¿Qué habría oído por ahí sobre Lindsay y Camille? Fuera lo que fuera, no era bueno y no quería que empezara a despotricar contra mí mientras caminábamos juntas por el pasillo. Era mucho mejor estar en la seguridad y el silencio de su oficina antes de que pudiera empezar a gritar.

Entré por la puerta del despacho. Cuando Marc LeBon era director artístico, en la época en que mi madre era una estrella, ese sitio era una mezcla desordenada de arte moderno y grabados del siglo xix, con libros abiertos y esparcidos por la sucia moqueta de color gris azulado.

Ahora, Nathalie había bañado la habitación de un blanco cremoso, con marcos plateados y orquídeas repartidas bajo las ventanas ornamentadas.

Tanta limpieza hacía que fuera más difícil defenderme. Había aprendido a manejar a Marc y a esa mente caótica y desorganizada. Me conocía desde que tenía seis meses, cuando mi madre volvió a la compañía. A pesar de que, en su momento, me irritaba (¿podría llegar a verme como una adulta algún día? ¿Podría llegar a verme como algo más que una versión descafeinada de lo que era mi madre en algún momento?), en ese instante, deseaba que no se hubiera marchado.

—Necesitamos hablar de lo que ha sucedido —dijo finalmente Nathalie mientras se acercaba a la silla que había frente a mí.

¿Cómo lo sabía? Pero esa no era la pregunta correcta, era una tontería plantearla siquiera. La correcta era: *¿qué me hizo pensar que no se iba a enterar?*

Las pálidas cejas de Nathalie se juntaron.

—Delphine, ¿qué pasó ahí?

Intenté tragar saliva, pero tenía la boca seca.

—Fue un accidente —dije.

Pude ver cómo Nathalie se enfurecía y yo aguanté la respiración. Estaba claro que había elegido la peor de las excusas posibles. Pero ¿qué se supone que debía decir? Después de todo lo que había tenido que luchar por Lindsay, si admitía que lo que había hecho había sido intencionado…

—¿Un accidente? —espetó ella—. No. ¿Estás de broma? No. Insististe en meterla en uno de mis ballets, así que la culpa es tuya de que haya actuado a lo *Eva al desnudo*.

Tenía razón. ¿Que Lindsay lo hizo adrede? Por supuesto que sí. Ella sabía perfectamente qué había en el espacio que la rodeaba. Estaba claro que la patada de Lindsay había sido deliberada.

—No pienso permitir estas mierdas en mi compañía. Y en cuanto a la coreografía en sí…

Esa era exactamente la dirección que no quería que tomara la conversación. Me mordí el labio. *Soy buena en mi trabajo*, me recordé a mí misma. Además, no podía despedirme por muy terrible que fuera. Tenía un contrato.

Pero yo no era terrible.

Soy buena en mi trabajo.

—Si fuera un ballet del siglo xix, vale. Todo muy bien. Inspirador, incluso. Acabas de volver a Francia, tal vez sea comprensible que haya esa tendencia natural hacia la tradición. Sin embargo, como ballet contemporáneo, es execrable. Demasiado amanerado. Raro. No eres Petipa, eso lo sabes, ¿no? Y como ballet que te he encargado en el

siglo xxi, es impensable. Tienes que arreglar esto, Delphine. No hay palabras para lo absurdo que es. Esperaba mucho más de ti.

Terminó y me sostuvo la mirada. Yo me quedé quieta, embobada. Después de un momento, encogió los hombros con impaciencia, como diciendo: *¿Y bien?*

No tenía nada que decir. Con la cara ardiendo, bajé la vista al suelo.

—Lo siento —murmuré—. Arreglaré lo de los pasos. Pero este es el papel de Lindsay. Creo de verdad que… ¿No puedo dejárselo pasar con una advertencia o algo así?

Nathalie emitió un sonido de frustración desde el fondo de su garganta.

—Los papeles no le pertenecen a nadie. Especialmente este papel. Te lo dije desde el principio. Por eso pusimos a Camille, ¿no?

Me mordí el interior de la mejilla. Ella puso los ojos en blanco.

—Ay, de verdad, nadie me escucha cuando hablo. Te lo advertí, Delphine. Lo hice y lo sabes. «Se le dan fatal los *pas de deux*». Eso es justo lo que te dije. Y era cierto.

—Lo sé —murmuré—. Lo siento. ¿No podríamos…? Solo una oportunidad más. Si corregimos unas cuantas cosas y hacemos ensayos adicionales… Creo de verdad que…

Nathalie se acercó y puso una mano en mi barbilla, un gesto dulce que cambió por completo al levantarme la cabeza para que la mirara a los ojos. Notaba esos dedos firmes y templados en mi piel.

—No es suficiente —dijo—. ¿Cómo coño has llegado tan lejos en tu carrera siendo así de amable? Está fuera. Ve a decírselo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No estaba triste; estaba enfadada, sobre todo conmigo misma por no ser capaz de controlar mis emociones.

Nathalie suspiró y me soltó la barbilla.

—No soy un monstruo. —Su tono indicaba que ya había tenido que decir eso antes—. Pero si trabajas con tus amigas y algo sale mal, ese es el precio a pagar. Y no pienso dirigir una empresa en la que se premie ese tipo de comportamiento. ¿Está claro?

Asentí.

—¿Puedo esperar… hasta después de la gala, por lo menos?

Nathalie hizo una pausa y luego asintió.

—Pero, por favor, hazlo. Dios sabe que no quiero que se altere, pero no esperes más de un día o dos. —Me examinó la cara un momento y entrecerró los ojos—. Tienes cara de estar asustada. ¿Por qué estás asustada?

CAPÍTULO 6

Mayo de 1999

Para cuando tenía diecisiete años, ya a duras penas recordaba a mi padre. Lo que más me dolía era que no lograba recordar su cara. hacía más de una década que no lo veía, y mi madre había retirado todas las fotos de él del apartamento justo después de que se fuera a California con su nueva familia. Nunca incluía fotos, ni de la familia ni de él, junto con las tarjetas de felicitación que enviaba por mi cumpleaños, en febrero. Lo único que recibía era un billete de veinte dólares que tenía que ir a cambiar al banco y una firma extrañamente formal: «*Bien à toi, Papa*».

Lo único que tenía para recrear su imagen en mi cabeza eran mis propios rasgos y una comprensión ridículamente incompleta de la genética mendeliana: sus ojos debían ser azules, ya que era un gen recesivo; su boca debía ser pequeña, ya que no tenía los labios carnosos de mi madre; debía tener las mejillas anchas y suaves, ya que tampoco tenía los pómulos afilados de mi madre.

Aunque no tenía a mi padre, tenía a alguien que me parecía incluso mejor: Stella. Vivía al otro lado del pasillo y trabajaba en el Jardín de las Plantas de París como entomóloga. Nada la fascinaba más que las alas de una mariposa y, con su acento sueco, las frases sonaban como sacadas de un cuento de hadas. Pero, a diferencia de las princesas sobre las que leía en los libros, Stella tenía el pelo a lo punk, teñido de colores vivos, y un armario lleno de piezas Pucci vintage.

Mucho antes de entrar a la academia, cuando mi madre aún actuaba, Stella me cuidaba después del colegio los miércoles y los sábados. Esas noches eran las mejores, ya que me dejaba ponerme sus accesorios para hacer desfiles de moda improvisados, me trenzaba el pelo y me enseñaba películas de Baryshnikov que yo era demasiado joven para ver.

Tres semanas después de la cita con Jacques, llamé a su puerta. Vi

que llevaba el pelo verde pálido ese mes. Nada más abrir, me envolvió entre sus delgados brazos.

—¿Has venido a casa para pasar el fin de semana?

Negué con la cabeza. Era una de las pocas parisinas de la escuela, por lo que tenía esa opción, pero mi casa me parecía cada vez más aburrida y anticuada en comparación con las emocionantes vivencias en la residencia.

—Solo unas horas —dije—. ¿Tienes tiempo para un café?

—Siempre, cariño —respondió, y la seguí hasta la cocina.

Había tomado mi primer café aquí mismo unos años antes. Una semana más tarde, cuando ya sentía que había alcanzado un nuevo nivel de madurez, pedí un *café crème* con mis amigos y me decepcionó mucho descubrir que el café normal era para el café de Stella lo que la gente normal era para Stella. Estaba quemado, aguado, amargo. Solo el de Stella tenía esa riqueza, ese sabor tan pleno.

—Pasa, pues —señaló con la cabeza la alacena—. Pilla un par de tazas.

Tenía el mundo entero ante mí, o, bueno, tanto mundo como Stella había llegado a ver. «*I ♥ New York*». «La ciudad prohibida». «Base de investigación Concordia, la Antártida». Y, por supuesto, las cúpulas bulbosas de la Iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada, en Leningrado. Esa la compró en un viaje al otro lado del telón de acero años atrás. Saqué la de «Estuve en L. A. y me acordé de ti» y la que tenía forma de tortuga, comprada en las Galápagos.

—¿Qué tal van las cosas en el colegio?

—¡Muy bien! —Mi voz alegre resonó en las paredes de la cocina.

Me escaneó de arriba abajo.

—Con que ha pasado algo emocionante, ¿eh? A ver si lo adivino. ¿Ganaste a tus amigas en una competición?

Nunca le había presentado a Lindsay y a Margaux. Las cosas del colegio y el resto de mi vida iban por separado. El apartamento de mi madre parecía un santuario a su anterior vida como estrella; el apartamento de Stella, en cambio, era mi hogar. Un lugar en el que las etiquetas que perseguían a mis amigas y a mí («la que está buena, la arpía y la simpática») no tenían ningún significado, porque yo era simplemente yo.

Me reí.

—Stella, hasta final de mes no nos evalúan, ya lo sabes.

Se mordió el labio.

—Ay, cariño, pues si no es eso… diría que es que estás enamorada.

Enrosqué los pies alrededor de las patas de la silla. Las últimas semanas con Jock, desde aquel primer beso después de la película,

habían sido muy reveladoras. Después de apagar las luces, se colaba en mi habitación para enseñarme las últimas cosas que se había descargado. Un vídeo de Peter Martins interpretando a Apollo para el Ballet de la Ciudad de Nueva York; un disco pirata de Yves Montand cantando en un club nocturno; los violines estridentes que, según él, me acabarían gustando, solo era cuestión de seguir escuchándolos con atención. No me importaba lo que trajera, porque se traía a sí mismo. Al final, la mayoría de las veces, acabamos liándonos.

—De eso nada —murmuré.

Se puso en pie cuando la tetera empezó a silbar.

—Mmm… Pero algo me dice que esto tiene algo que ver con el motivo por el que has venido.

A veces, habría apostado que Stella era una especie de bruja buena. Pensé en el paquete de píldoras anticonceptivas que mi madre me había dado tres meses atrás, el día de mi decimoséptimo cumpleaños. Estaba metido en el fondo del cajón superior de mi cómoda. Maman empezó dándome un discurso y, rápidamente, pasó a ser más bien una bronca. Mientras, yo trataba de bloquear la imagen de mi madre teniendo sexo. Por supuesto que tenía sexo; unas cuantas veces al año, hombres al azar empezaban a hacer acto de presencia en nuestra cocina los fines de semana por la mañana. Solían actuar como si aquel lugar les perteneciera y, poco tiempo después, desaparecían. A aquello siempre lo seguían semanas de escuchar sollozos ahogados desde la habitación de mi madre. Pero durante esa insoportable conversación, mientras ella enumeraba todas y cada una de las razones por las que no me podía quedar embarazada, era imposible de ignorar el concepto del sexo.

«¿Sabes lo que pasa cuando te quedas embarazada, Delphine? Básicamente, tu cuerpo explota. Se te hincha todo: los pechos, la vagina, los pies… Empiezan a salirte arañas vasculares por todas partes. Te sangran las encías y se te ablandan las uñas. Se te oscurecen los pezones y te salen manchas marrones en la cara. ¿Y sabes qué viene después de todo eso? Un bebé. ¿Y sabes qué hacen los bebés? Te arruinan la vida».

Al principio, procuré que todo lo que me estaba soltando me resbalara. Si hubiera sabido lo irrelevante que era todo aquello para mí en ese momento de mi vida, no habría malgastado tanta energía. Pero cuando empezó a nombrarme todas las partes del cuerpo, fue como si cada una fuera una piedra que iba llenando mi mochila. Y, con cada piedra, me recordaba todas y cada una de las formas en las que yo la había destruido.

Todo aquello me hacía sentir como si me estuvieran castigando por un crimen en el que no había participado, uno que ni siquiera

había considerado cometer.

Bueno, ahora lo estaba considerando. El recuerdo de las manos de Jacques en mis caderas me produjo un escalofrío tan fuerte que me alegré de que Stella se hubiera dado la vuelta hacia la cocina y no pudiera verme la cara.

—¿Es que una no puede simplemente venir a saludar?

—Por poder, podrías, pero no es el caso. —Después de meter el émbolo en la prensa francesa, se puso frente a mí y se apoyó en la encimera mientras esperaba a que se consolidara la molienda. Su expresión era suave. Amable—. Lo que quiero decir es que a tu madre le gustaría verte un poco más. Eso es todo.

Arrugué la nariz.

—Stella, mi madre está completamente desquiciada. ¿Te contó lo que pasó la última vez que salimos juntas? ¿En el banco?

Stella negó con la cabeza y ese pelo rizado de sirena se agitó alrededor de su rostro.

—Estaba intentando sacar un montón de dinero y el tipo no la dejaba, no sé por qué. Y entonces ella empezó a gritarle algo tipo: «¿Tienes idea de cuánto dinero tengo aquí? Es mío. Mi dinero. Dinero que he ganado. ¡Mío!». —Se me desencajaba la cara solo de recordarlo —. Y entonces —me estremecí— le escupió al cajero en toda la cara. —Puse la cabeza entre las manos—. Fue horrible. Muy humillante. Estaba echa una furia.

Stella puso las dos tazas sobre la mesa. Pasó mucho tiempo antes de que abriera la boca.

—¿No has pensado nunca —empezó lentamente— que tal vez tenga mucho por lo que estar enfurecida?

Puse los ojos en blanco.

—Como mínimo —dijo Stella a la vez que levantaba la taza de tortuga—, debes admitir que algunos hombres merecen que les escupan. —Dudó con la bebida humeante frente a la boca—. Solo te pido que te asegures de que ese amigo tuyo no es uno de ellos.

Septiembre de 2018

A la mañana siguiente, me desperté con el sonido de unas ruedas subiendo las viejas escaleras de mármol. Se me aceleró el corazón, salté de la cama y corrí hacia el pasillo. *Stella*. Stella estaba en casa. Me arrojé a sus brazos mientras el taxista bigotudo bajaba la escalera. Todos esos años sin ella habían pasado en un santiamén, pero las últimas tres semanas habían sido insoportables mientras esperaba a

que regresara de Lima.

Después de un rato, Stella dio un paso atrás, puso las manos sobre mis hombros y me escudriñó la cara.

—Estás cambiada —dijo finalmente con esa voz suave y el acento sueco.

Hice una mueca.

—Sí —coincidí—. Más vieja.

—No. —Stella se apartó y agitó una mano en señal de rechazo—. No, no es eso, para nada. O sea, todos nos hacemos más viejos, cariño. Mejor eso que la alternativa. Pero no, es por esa máscara de maquillaje que llevabas cuando te vi en San Petersburgo. Vuelves a tener un aspecto fresco ahora.

Me llevé la mano a la cara automáticamente. A las cejas que no me había depilado en un mes, al pliegue donde normalmente me ponía bótox, justo en el entrecejo.

—Sentí que no era… apropiado aquí, por lo que sea. Todo eso de la belleza francesa y demás.

—Bueno, no sé si la nacionalidad tiene algo que ver, pero estás mejor así. Eres más tú.

Ahora me tocaba a mí escudriñarla. La brillante luz de la mañana entraba por las ventanas del pasillo y su pelo morado parecía casi eléctrico. La última vez que la había visto, era de un color azul verdoso y así se había quedado en mi memoria, congelado en el tiempo. Me gustaba ese azul. Hacía juego con sus ojos. El morado era demasiado vivo, casi chillón. Iba a cambiárselo de nuevo en unas semanas. Quizá podía convencerla de volver al otro color.

Pero mientras repasaba su cuerpo, todos los pensamientos sobre el cabello desaparecieron de mi mente.

—¿Por qué usas un bastón? —pregunté.

Agitó lo mano libre.

—Mis huesos son viejos. Nada del otro mundo. Me van a poner una prótesis en la cadera la primera semana de octubre.

Ochenta. Stella tenía ahora ochenta años. Cuando yo era pequeña, usaba esas mismas piernas para enseñarme cómo bailaba cuando era joven. Esas piernas eran las mismas que habían bailado, bailado y bailado por todo el apartamento. Nunca fui capaz de estar a su altura, ni siquiera a medida que iba creciendo. Especialmente a medida que iba creciendo. Cuanto más se asentaba el entrenamiento de ballet, más difícil me resultaba mover las caderas cuando sonaba la música, incluso cuando esa música era Elvis o Jerry Lee Lewis o un anacrónico Bob Seger.

—Trae —dije mientras agarraba la maleta y ella tanteaba para meter la llave en la cerradura.

—Gracias, cariño. Puedes dejarla ahí y ya me ocuparé de ella más tarde —dijo al entrar señalando el perchero—. Me muero de ganas de tomarme un café.

La cocina era más pequeña de lo que recordaba. Siempre me había parecido enorme; hasta los trece años había sido capaz de mantenerme erguida dentro de la enorme chimenea. Los muebles eran los mismos: una mesa de madera maltrecha y sillas de mimbre desparejadas. En las paredes seguían pegados los mismos carteles de antiguas exposiciones de museos («¡Venga a ver las maravillas de la naturaleza en el Jardín de las Plantas!»). Había unos cuantos imanes nuevos en la nevera que demostraban que Stella había seguido viajando por el mundo, pero eso no era suficiente para cambiar la percepción de la habitación. Debía de ser por San Petersburgo; ese sitio hace que pierdas la capacidad de poner las cosas en escala.

Stella puso la tetera al fuego. Luego se quedó de pie y me observó con detenimiento.

—¿Qué pasa?

—¿Una operación, Stella? ¡Deberías habérmelo dicho!

En el último correo electrónico que me había enviado, justo después de su llegada a Lima, eran todo descripciones de escarabajos de la selva y misteriosas termitas. Muy propio de Stella: hablar de los bichos y olvidarse de mencionar los asuntos médicos que tienen un impacto real en su vida.

Se encogió de hombros.

—Tenía cosas más importantes en la cabeza. Es algo rutinario, ¿eh? Se hacen reemplazos de cadera a diario.

Apagó el hervidor eléctrico (nunca tenía suficiente paciencia como para esperar a que se apagara solo) y luego rebuscó en su bolso, sacó una bolsa marrón sin marca y la abrió.

—Huele —me ordenó, poniéndomelo debajo de la nariz.

—Huele… ¿bien? —respondí.

—¿Sabías que el café peruano tiene menos ácido?

—¡Stella! —dije, dejándome caer en una silla—. Deja de cambiar de tema. ¿Cuándo es la operación? ¿El diez, dijiste? —Saqué mi teléfono del bolsillo.

—El día cinco.

Asentí y abrí el calendario. Fui pasando los días hasta esa fecha. Todas las casillas estaban vacías, como mostrando la infinita cantidad de momentos que podían acabar en catástrofe. ¿Cómo iba a enfrentarse sola a algo así? ¿Y si el día diecisiete se caía al intentar levantarse de la cama? ¿Y si el día veintitrés resbalaba en la ducha y se golpeaba la cabeza? ¿Y si el día dos…?

—Verás —empecé a decir mientras añadía el evento de la

operación al calendario y apagaba el teléfono—, resulta que mi cafetera Nespresso está totalmente inservible; supongo que habrá pasado por las manos de demasiados turistas. Y yo sin mi café no soy nada. Así que me preguntaba si te importaría que me pasara por las mañanas, antes del trabajo… —me interrumpí. Con cada palabra, la excusa sonaba cada vez más endeble.

Stella se limitó a asentir con la cabeza mientras vertía el agua humeante sobre el molinillo.

—Me encantaría, cariño. Ahora, cuéntame. ¿Cómo va el ballet?

—Ah. —Me mordí el labio—. Bueno, ¿te acuerdas de Lindsay?

—¿La estadounidense medio loca?

—Lindsay no está medio loca. —*Lindsay está loca de remate*—. En fin, que quise que ella fuera la protagonista y, bueno, le dio una patada en la cara a otra bailarina durante el ensayo de la semana pasada.

—¿Ves? —dijo Stella, astuta. Presionó la tapa de la prensa francesa sobre el café hirviendo—. Está loca.

—A ver, no soporto que la gente trate de locas a las mujeres —dije.

La sonrisa de Stella se amplió. Por muy temprano que fuera, su pintalabios rosa oscuro ya había empezado a difuminarse por las grietas que tenía alrededor de la boca.

—Todos estamos locos, cariño. No importa lo que tengamos entre las piernas.

CAPÍTULO 7

Junio de 1999

La noche anterior a su primer viaje a Nueva York, Jacques me esperaba en el bosquecillo de árboles que hay detrás de la escuela. Las seis semanas que iba a estar fuera conferían a la velada un significado especial: cabía la posibilidad de que, al volver, ambos fuéramos personas totalmente diferentes. Quería que fuera especial, que me grabara en su cerebro para que ninguna muchacha estadounidense tuviera oportunidad de nada. Pero, mientras me acostumbraba a él y al tacto de su cuerpo en la oscuridad, mientras me acercaba más y más, tenía la sensación de estar equivocándome. ¿Debería ir más rápido o más lento? ¿Sonreír o estar seria? En nuestros cientos de sesiones nocturnas, Lindsay, Margaux y yo habíamos hablado de todo lo que tenía que ver con los chicos, excepto de aquello que realmente había que hacer con ellos. Y yo seguía sin saber dónde meterme cuando me miraba.

En cierto modo, no importaba lo que hiciera. Ya estaba ahí, ¿no? Ya estaba mostrando mi voluntad de acudir a él. Él tenía todo el poder; lo demás eran solo detalles.

—Hola —dije en voz baja.

—Buenas —dijo Jacques, sonriendo.

Y, de repente, mis manos rodeaban su cuello y mi boca estaba sobre la suya. Separó los labios y lo besé con ganas. Sus manos estaban en mi pelo, en mi espalda, como si tratara de tocarme toda a la vez. Se abalanzó sobre mí y cada parte de mi ser estaba abierta, vibrando al ritmo del calor de su cuerpo.

Tomé su mano y tiré de él hacia atrás y más hacia atrás.

Me siguió hasta que estuve contra un árbol, entonces su cuerpo cubrió el mío; gemí cuando sus manos se posaron en ambos lados de mi cintura.

—Delphine… —murmuró mirándome a los ojos entrecerrados.

Sus labios trazaron la curva de mi cuello con ansia y luego volvieron a encontrarse con los míos. Me mordió el labio inferior con suavidad e, inmediatamente después, apaciguó ese leve dolor con la lengua.

Yo no pensaba, solo sentía, y notaba algo duro presionándome el cuerpo. Me di cuenta de lo que era y tuve que hacer un esfuerzo por recuperar el aliento, suspirando contra él.

Y, en ese instante, fue como si estuviéramos suspendidos en un punto medio entre su poder y el mío. Sí, yo había acudido a él. Sí, le había demostrado que lo deseaba. Pero él también me deseaba a mí. Su cuerpo era una prueba irrefutable de ello. *Yo he provocado esto*, quise decir. *Yo. Mira lo que he conseguido*.

Y entonces volví a mi cuerpo mientras sus labios se dirigían hacia el lóbulo de mi oreja y su mano subía y rozaba lentamente la curva de mis pechos. Jadeé. Mi pierna se levantó y lo rodeó por sí sola mientras mis manos tanteaban la parte inferior de su camiseta, se la levantaban y, finalmente, se la sacaban por la cabeza. Necesitaba sentir su piel sobre la mía, quería más.

Básicamente, tu cuerpo explota.

Su mano bajó y bajó hasta donde acababa mi vestido, y luego sus dedos se deslizaron muslo arriba, rozando mi piel de una forma tan suave que ahogué un respiro.

Empiezan a salirte arañas vasculares por todas partes.

—Jacques —susurré.

Mis manos estaban entrelazadas con su pelo, suave y áspero al mismo tiempo, y notaba su aliento entrecortado y caliente contra mi cara.

¿Y sabes qué hacen los bebés? Te arruinan la vida.

Con el corazón desbocado, giré la cara.

—Jacques. No voy a follar contigo —dije.

Jacques se apartó.

—Ah —respondió—, vale.

De repente, sentía que el aire que me rozaba la piel estaba muy frío. Me subí el vestido para que me cubriera los pechos.

—O sea, quiero…

—No tienes que dar ninguna explicación —me cortó.

Ya estaba buscando su camiseta. No me refería a que quería dejar de hacerlo todo. Pero no sabía cómo decirlo. *Quiero algo, no todo; mucho, pero no todo*.

Se puso la camiseta. Así de rápido se acabó.

—Lo siento —susurré.

Me dio una palmadita en el hombro.

—No pasa nada —respondió.

Septiembre de 2018

Al salir de la cocina de Stella, me llamó la atención una fotografía que había en la parte trasera del piano. Me pareció que era nueva, pero era difícil estar segura; las imágenes poblaban su salón como una aldea en miniatura, y ella las reorganizaba de vez en cuando. Esta parecía ser de principios de los años sesenta: Stella llevaba un vestido blanco acampanado que le llegaba por debajo de las rodillas y un velo corto flotando como una nube alrededor de su cabeza. Iba del brazo de un hombre francés moreno, elegante y consumado: Roger. Los únicos recuerdos que tenía de su marido eran de sus últimos días. Iba arrastrando los pies por el pasillo, doblado casi por completo a causa del dolor. De pequeña, me causaba pavor. No él en sí, sino ver cómo lo traicionaba su cuerpo. Nunca llegué a conocerlo realmente, pero mi madre aseguraba que era una persona amable, que no había nada que temer.

Llevaba treinta años muerto, pero aquellos ojos blancos y negros que brillaban sobre la alegre sonrisa de una Stella todavía joven no tenían ni idea de que esto iba a ocurrir. No tenían ni idea de que ese aristócrata francés que había conocido en un avión rumbo a Marruecos, el mismo que había jurado unir su vida a la de ella, la dejaría sola durante décadas.

Por primera vez en trece años, yo también estaba sola. Me sentía como si me hubieran amputado un miembro: demasiado ligera, faltaba una parte de mí. No importaba que al final odiara esa parte de mí; la parte que ansiaba la aprobación de Dmitri, la que anhelaba su validación. No importaba que nuestra relación se hubiera desfigurado por sus innumerables traiciones y mi perpetua decepción. Quererlo como lo hice, durante el tiempo que duró aquello, me cambió.

Debería haber sido liberador poder cenar cereales o desayunar pizza. Debería haber sentido la libertad de no estar constantemente enviando mensajes de texto: *¿A qué hora llegas a casa? ¿Te has acordado de pagar la factura del gas? ¿Has visto mi jersey azul, ese que llevé cuando salimos con Ilya?* Debería haber sido un alivio no tener que rendirle cuentas a nadie más que a mí misma. Pero en lugar de eso, sentí como si ya nada importara. Como si estuviera patinando sobre una fina capa de jabón que recubría el mundo, y era a través de esa capa pelicular que observaba a todos los demás, a los que estaban realmente vivos. Podía terminarme el vodka sin que nadie me gritara, pero bebía a solas.

Había intentado explicárselo a Margaux y Lindsay en nuestro primer *brunch* juntas, pero sabía que no eran capaces de entenderlo al cien por cien: vivían una vida feliz, cómoda y ajetreada con sus

parejas. También había espacio para mí, pero no era como antes, cuando las tres salíamos con el primero que se nos cruzaba por el camino, desaparecíamos brevemente por el éxtasis y reaparecíamos poco después, desinfladas pero enteras, fácilmente reabsorbidas en el trío.

Lindsay parecía entender que la mujer que yo había sido desde los veintitrés hasta los treinta y seis años acababa de ser extirpada con un bisturí poco afilado. Y, aunque tenía más motivos que nadie para dudar de mí, para odiarme, parecía entender por pura intuición lo que necesitaba de ella: que fuera exactamente la misma chica alegre y risueña que era cuando me fui. Pero Margaux… había algo entre nosotras, como una astilla. Me preguntaba cuánto tenía que ver con mi negativa a ver su vida tal y como era ahora: en pareja. Me había perdido su boda. También la de Lindsay, pero a esta parecía no importarle, a pesar de lo que había dicho Daniel. Margaux me envió una respuesta cortante cuando le confirmé que no asistiría «muy a mi pesar», y me autoconvencí de que estábamos bien. Pero, ahora, empezaba a sospechar que sus palabras escondían dolor, un dolor más profundo.

¿Cómo puedes saltarte la boda de tu mejor amiga? Sencillo: simplemente, no vas. Llega la invitación y la recibes con ganas. Un sobre bonito. Entonces lo abres y sientes una calidez en el pecho: amor, ha encontrado el amor verdadero. Pero si tu propia pareja te ha estado engañando en secreto durante la última década y te ha estado minando profesionalmente durante ese mismo tiempo, también sientes algo más. Un dolor desgarrador. Una sensación de que todos a quienes has amado han encontrado un lugar en la mesa de los mayores mientras tú sigues aquí, buscando. Sola.

Dices que irás. Por supuesto que irás. Pero el billete de doscientos euros te parece increíblemente caro, dado que has tenido que deshacerte del colchón en el que se había estado tirando a otras mujeres y comprar uno nuevo; y dado que has tenido que reemplazar el cajón de lencería entero porque él había visto y tocado todo lo que había ahí. Y sin saber ni cómo, pasan semanas y luego meses, y después ya no hay excusa. Lo único que puedes decir es que has perdido el vuelo: un vuelo que, en realidad, nunca habías reservado.

Era lo suficientemente temprano como para que Margaux estuviera en el estudio, pero no tan temprano como para que ya estuviera ensayando. Sabía lo que tenía que hacer. Había planeado pasar el día estudiando las imágenes de archivo de los Románov en mi sofá, pero aquello tendría que esperar. Si quería recuperar las amistades que había dejado de lado, tenía que invertir tiempo. Tenía que intentar volver a encajar en el tejido de los días de Margaux.

En la línea 8, dirección a la Ópera, repasé lo que sabía de Julie, la esposa de Margaux. Las fotos de su página de Facebook revelaban una persona con curvas, sonriente y radiante. Era panadera y propietaria de la *boulangerie* familiar; eran conocidos por las magdalenas de chocolate con forma de estrella.

«Es bastante guay», había escrito Margaux. Esa fue su manera de expresar ese amor tan puro que se siente al principio de una relación.

«Nunca había visto a Margaux así», me dijo Lindsay en un correo electrónico. «Puedes ver los corazones en sus ojos, como si fuera un puñetero dibujo animado. Y tiene más gracia aun cuando conoces a Julie en persona, porque es muy dulce, es genial, pero también es como que está… ahí colgada, ¿sabes lo que te quiero decir?».

Y así es como se formó la imagen: ella era todo suavidad ante la aspereza de Margaux. La idea me dolió un poco. Aunque nunca habíamos tenido una relación romántica, yo siempre había sido la que contrarrestaba su aspereza con suavidad. Julie ocupaba ahora el lugar que yo había dejado vacante en la vida de Margaux.

El sol de septiembre me daba en la cara mientras salía por las grandes compuertas doradas de la estación de metro de la Ópera. La plaza de la Ópera se encuentra en la intersección de cinco bulevares de Haussmann. Debe tener unos treinta metros de ancho. Es una sensación extraña tener tanto espacio en el centro de París. Siempre me he sentido insignificante al pasar por ahí, una mancha en la inmensa extensión de espacio y gente que me rodea.

Ahora que había vuelto, era el único lugar de la ciudad que me recordaba a Rusia. En otros sitios, comparados con la grandiosidad de San Petersburgo, París parecía una casita de muñecas. Las mansiones de San Petersburgo eran una pintura al óleo; los *hôtels particuliers* de París, una acuarela. Los cielos de San Petersburgo eran de colores vivos, los de París, de colores pastel. Los petersburgueses eran duros, inflexibles, mientras que los parisinos eran… algo muy distinto.

Al revisar mis correos electrónicos mientras iba en metro, no vi el nombre de Margaux en la lista de los que tenían ensayo ese día, pero era poco probable que se hubiera tomado la molestia de ir hasta su casa antes de la actuación que tenía esa noche. Pasé por la entrada de los artistas hasta el lugar en el que los muros de piedra de la Ópera se curvaban para crear un recoveco bien escondido. Y sí: allí, con el humo del cigarrillo elevándose a su alrededor, pegándose al aire como pintura diluida en agua, estaba Margaux.

—Marg —la llamé, y ella me miró y entornó los ojos—, ¿por qué no has contestado al teléfono?

Se encogió de hombros.

—Si alguien me necesita de verdad, me enviará un mensaje.

En vez de decirle que le había enviado tres mensajes, rebusqué en el bolso para encontrar mis Camel y me encendí uno.

—¿Quieres tomar un café o algo?

—¿Esa es tu emergencia? —Su risa de nuevo, esa misma risa suelta y retumbante. Había algo extraño en ella, pero no estaba del todo segura de qué. ¿La forma en la que su cabeza caía ligeramente hacia un lado, tal vez, como si sus músculos no fueran capaces de mantener el cuello recto? ¿El sonido desenfrenado que se producía al subirle desde las entrañas hasta la boca?—. Joder. Cálmate, Delphine.

Un músculo de mi mandíbula se contrajo y me obligué a bajar los hombros, a hablar despacio.

—Lo que pasa es que… Tres semanas hace que he vuelto, y nos hemos visto, ¿qué? ¿Dos veces?

—Ahora estoy casada. Tengo un trabajo a tiempo completo. Dos veces ya es mucho. Y te veo aquí todos los días.

—Sí, pero no… —Me obligué a tomar aire, a sonreír. «Ahora estoy casada». Efectivamente, estaba en lo cierto, todo venía de ahí—. Solo quería quedar para charlar un poco, eso es todo. También quería hablar contigo para preguntarte si podíamos reunirnos con Julie. Me encantaría conocerla, me muero de ganas. Venga, vamos a por un café y hacemos planes. ¿Tenías algo que hacer ahora?

—Voy a comer con Julie.

Me quedé esperando a que me invitara.

—Uf, no hagas eso. No pongas esa cara. Ya la conocerás. Es inevitable. Pero hoy, ahora mismo… Me gusta mantener la vida privada separada del trabajo. Siempre ha sido así —dijo Margaux a la vez que inclinaba la cabeza hacia atrás para que el humo saliera directamente hacia el cielo.

—Bueno, entonces… ¿quizá un domingo de esos que tú y Lindsay vais de *brunch*? Por como lo dijo, parece que los hacéis con bastante regularidad, ¿no? Tal vez podría… y tú podrías llevar… —Pero escuché el tono de mi voz y dejé que la frase se desvaneciera. Era demasiado desesperado. Demasiado triste.

—Ya no hacemos eso.

—Ah.

Arrastró los pies mientras tiraba la ceniza del cigarrillo.

—De verdad. La mayoría de los domingos por la mañana tengo cosas que hacer.

—¿Cosas?

—Joder, Delphine, deja de tomártelo todo tan a pecho. Mi vida es… ¿recuerdas el ensayo del otro día? ¿Toda esa sangre?

Me puse roja.

—Ah, sí —dije—. ¿Ese circo de payasos? Claro que lo recuerdo.

—Bueno, pues así ha sido mi vida últimamente. No tiene nada que ver contigo.

Antes de que las palabras pudieran clavarse, la voz chirriante de Lindsay rebotó contra las paredes de piedra:

—¡Mirad a quién me he encontrado!

Julie. Ahí estaba Julie.

La miré. Nadie la confundiría con una bailarina: demasiado bajita (sí, podemos ser demasiado bajitas, aunque rara vez superamos los 165 centímetros, tampoco estamos por debajo de los 153). Pesaba unos veinte kilos más que Margaux, en gran parte repartidos entre los pechos y las caderas, suavizando los bordes de su agradable rostro. El pelo castaño caía en tirabuzones. Todo en ella era curvo, lo que resaltaba los ángulos de Margaux. Era lo que yo esperaba, pero también algo más que la imagen que había creado en mi cabeza. Había algo duro, casi acerado, en ella. No sé por qué, pero, si la hubiera visto en cualquier calle de cualquier ciudad del mundo, de alguna manera me habría recordado a Margaux.

—Hola —saludó Margaux. Le dio un beso suave en los labios. Julie se apartó y frunció el ceño como si hubiera probado algo raro.

—Hola, soy Delphine —me presenté tratando de que mi voz fuera tan alegre como la de Lindsay—. ¡Tú debes de ser Julie! No puedo creer que no nos conozcamos aún. Le estaba diciendo a Margaux que deberíamos quedar un día todas.

Julie abrió la boca.

—Cariño, ¿puedo hablar contigo un segundo? —Los ojos llenos de preocupación de Margaux se dirigieron a Julie.

—Por supuesto —dije agitando una mano mientras se alejaban—. Lo siento. Ha sido un placer conocerte.

Lindsay me agarró del brazo.

—Parece agradable —comenté.

—¿Julie? Sí, es la mejor.

—Creo que he hecho enfadar a Margaux hace un momento. Pero es que de verdad que quiero conocer a Julie. Hablando de eso, por fin conocí a Daniel el otro día, ¿te lo contó? Hizo que me diera cuenta de lo mucho que quiero conocer esas partes de vuestras vidas.

Apretó mi brazo hacia su cuerpo.

—Y lo harás. Solo que… ya sabes cómo son las cosas aquí, Delphine. El BOP es nuestra vida. Todo lo demás es solo ruido. Y estamos tan contentas de tenerte de vuelta que queremos tenerte para nosotras todo el tiempo que podamos, ¿sí?

Me ablandé. No era del todo cierto para Margaux; sabía que algo fallaba, una astilla en la piel de nuestra amistad. Pero era cierto para Lindsay, y sentí sus palabras como si fueran una cálida manta que nos

envolvía.

—Tengo una hora libre antes del ensayo. ¿Vamos a tomar un café y a cotillear un poco, las dos solas? —dijo ella. El viento se levantó y removió ese cabello rubio alrededor de su cabeza y sobre sus ojos.

La manta imaginaria se deslizó y cayó.

Las dos significaba hablar de *Zarina. Las dos* significaba que tendría que hacer lo correcto y decirle que estaba fuera. Pero ya había malgastado demasiado tiempo en conversaciones rebuscadas, reprimiendo lo único que quería confesarle, lo único que arruinaría nuestra amistad.

Pero tenía hasta después de la gala, ¿no? Eso había dicho Nathalie.

—Uf, es que debería ocuparme de algunas de cosas antes de mañana —dije. Las palabras salieron demasiado rápido, unas encima de otras.

Se encogió de hombros.

—Claro. Aunque he visto que no estoy en la lista de los que ensayan mañana, ¿sabes si es un…?

—Ah, es que Nathalie te quería para *El lago de los cisnes*, es solo eso. Nos las apañaremos con Camille. —Pude sentir el ardor de la mentira en mi garganta, como un ácido.

Lindsay hizo una mueca.

—Uf, con ella… Vale. Bueno, nos vemos… ¿pronto, entonces?

—¡Sí! —dije, con mi acento bien marcado en la vocal—. Pronto.

Me giré hacia la puerta y me recordé a mí misma que no debía parecer que estaba huyendo. Me puse los auriculares y dejé que los sonidos jocosos y rotos del «Rubíes» de Stravinsky llenaran mis oídos. Era el ballet favorito de Jock de todos los que forman las *Joyas* de Balanchine, y el que a mí menos me gustaba. Siglos atrás, tuvimos una pelea entre risas sobre este tema.

Ni siquiera pensar en Jock fue suficiente para hacer que dejara de darle vueltas. La culpa por lo de Lindsay me invadía en oleadas.

Pero no he hecho nada malo, me dije a mí misma. Solo le había evitado una dolorosa conversación. Bueno, la había pospuesto. A veces eso era lo mejor que se podía hacer.

Yo era el poli bueno de la situación. Aunque no lo hubiera sido antes, esta vez sí lo era.

CAPÍTULO 8

Junio de 1999

Cuando Jacques se echó hacia atrás, yo me giré de cara al árbol para arreglarme la ropa. Momentos antes, estaba deseando que me desvistiera, y me había encantado que lo hiciera, y, sin embargo, que me observara mientras volvía a vestirme me hacía sentir tan avergonzada que casi no lo podía soportar.

El pánico me recorrió todo el cuerpo mientras me alisaba la falda y me subía el top. ¿Debía pensar que no me gustaba lo suficiente? ¿O que ya no me gustaba? ¿O que era una mojigata? No es que quisiera haber tenido una discusión, que hubiera intentado convencerme de que me acostara con él ni nada, pero… ¿no debería haberle importado un poco más?

Pasé la lengua por los labios, hinchados y resecos, e intenté ordenar mis pensamientos. En ocasiones, era necesario tomar la iniciativa. Ocasiones en las que nadie sabía qué decir. Quizá fuera una buena idea, simplemente, decir lo que estaba pensando. Explicarme de verdad. Tomármelo desde una perspectiva madura.

—Oye, Jacques.

No hubo respuesta. Ya se estaba alejando.

Esperé a que hubiera entrado antes de volver a mi dormitorio. Tenía las mejillas calientes a pesar del frescor de la noche. Llegué al vestíbulo de las chicas sin cruzarme con nadie. Margaux y Lindsay estaban en la habitación de Lindsay, mirando algo en el ordenador. Ella había roto con Phillippe unos días antes («Nunca le apetece hacer planes conmigo, solo quiere llevarme a su casa y follar») y había estado mensajeando a uno de los nuevos solistas del BOP, un argentino que nos había impartido la clase de Caracterización unas semanas atrás. Normalmente, Lindsay no fantaseaba con nadie que no fuera importante, pero la aparición de Pablo había atraído bastante la atención de la prensa: incluso entonces, el BOP era una compañía con

una mayoría absoluta de blancos. Igual que el resto de las grandes compañías de ballet.

Como siempre, Margaux estaba a su lado, leyéndolo todo y avisándole cuando se pasaba de explícita.

Me tiré sobre la cama de Lindsay.

—¿Qué ha pasado? —dijo Lindsay sin aliento.

Al principio ni siquiera era capaz de responder. La dinámica era demasiado rara; nunca era yo la del drama. Siempre era Lindsay la que tramaba planes para dejarlo con su último admirador («¿Y si, simplemente, ignoro sus llamadas? Yo creo que pillará la indirecta»), era Margaux la que se quejaba por la ausencia de otras chicas homosexuales en la escuela («A estas alturas, ya me da igual qué puto aspecto tengan, os lo juro»). Y yo siempre tenía el papel de consejera, me mantenía a una distancia prudencial de cualquier dolor real.

Intenté no romper a llorar mientras les contaba lo sucedido. No sabía si las lágrimas estaban justificadas. Tal vez solo estaba siendo un buen chico y trataba de darme espacio. Por otro lado, tal vez había conseguido apagar por completo la chispa de deseo que sentía por mí. Quería creer que solo estaba siendo respetuoso, pero me preocupaba estar engañándome a mí misma.

Las palabras salieron de mí a borbotones, cada vez más rápido.

Ninguna de las dos solía mentir, aunque se sabía que a Lindsay le gustaba evadir la verdad. Observé sus rostros en busca de respuestas. Margaux conocía mejor a los chicos de nuestra clase que Lindsay o yo, ya que no desear a ninguno hacía que pudiera pensar en claro. Me miró con calma y la esperanza que brotaba en mi corazón cobró vida. No era para tanto.

Pero entonces vi a Lindsay, que se estaba mordiendo el labio inferior, con la vista fija al suelo. Ella era la que realmente salía con chicos.

—¿Linds? —dije con la voz áspera.

Miró a Margaux, como pidiendo ayuda. Margaux inclinó la cabeza. *Tu turno*.

—No sé —dijo Lindsay, y se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo es posible que pudiera sentir tantas cosas a la vez? ¿Incertidumbre y emoción, esperanza y desesperación, vergüenza y alivio? Me rodeó con un brazo y dejó que me apoyara en ella—. De verdad que no sé. Si fuera cualquier otra persona… pero Jacques es complicado.

—¿Crees que todavía le gusto? —Mi voz era minúscula; nunca se lo habría preguntado a otra persona.

—¿Honestamente? —dijo Margaux—. Quién sabe. Sería un idiota si no lo hiciera, pero claro…

—Es que ES un idiota —terminó Lindsay—. Pero tendrás otras mil oportunidades. No todo empieza y acaba en Jacques. —Las lágrimas corrían ahora por mi cara—. Bueno, quizá ahora mismo sientes que sí —se corrigió rápidamente—. Sin embargo, no es la persona adecuada para tu primera vez. Menos mal que no te has acostado con él. Quiero decir… ¿en el bosque? ¿En qué estaba pensando?

—Fue una cosa del momento —murmuré—. No creo que lo tuviera planeado.

—Hmm… —soltó Margaux.

Lindsay se levantó y cruzó las piernas.

—¡Deberías estar contenta! Y orgullosa de ti misma. No querías acostarte con él, así que no lo hiciste.

—Pero la cosa es…

—¿Qué es la cosa? —preguntó Margaux, con un acento muy marcado.

—En parte, sí me habría gustado que pasara. Es decir, tengo la pastilla… —Ya se sabían la historia, se habían meado de la risa mientras yo hacía la pantomima del momento de la charla con mi madre—. Tal vez debería empezar a tomarla para que la próxima vez esté preparada. Acabar con esto de una vez por todas. Si es que hay una próxima vez.

Lindsay estaba sopesando los pros y los contras. Podía ver los pensamientos moviéndose como un reloj detrás de sus ojos.

—No —dijo finalmente—. No. Esa es una actitud totalmente equivocada. Jacques está bueno y tal, pero es muy engreído. Tu primera vez debería ser con alguien mayor. Alguien con clase.

Margaux sacudió la cabeza.

—Es demasiado complicado conseguir eso. Estoy de acuerdo, con Jacques no, pero creo que… si lo que realmente quieres es acabar de una vez… ¿qué tal con Víctor o alguien que conozcas de verdad? —Levantó las manos mientras yo la miraba, con los ojos muy abiertos—. ¡O Víctor no! Pero creo que tienes que ser sincera contigo misma sobre si realmente quieres acabar con esto o si solo estás intentando… —Se quedó callada. *Recuperar a Jacques*. Sabía a qué se refería. Llevábamos casi una década terminando las frases la una de la otra.

Lindsay hizo una mueca.

—¿Quién querría acostarse con un chico de diecisiete años? Debería ser alguien extranjero. Estadounidense no. Un británico, quizá. Y tiene que estar obsesionado con ella. Y tiene que ser guay y reservado o ella nunca irá tras él.

—Oye… —interrumpí suavemente.

Puede que Jacques pareciera frío y distante con los demás, sí. Pero conmigo era diferente. Podía estar contándome una historia sobre algo

banal y, de repente, se colaban esos detalles vulnerables: la vergüenza que había sentido por algo, lo esperanzado que estaba. Estaba dispuesto a compartir conmigo aquellas grandes y aterradoras emociones de las que nadie parecía querer hablar.

No era su frialdad lo que me gustaba. Era todo lo demás.

Margaux me puso la mano en la rodilla.

—La cuestión es que Jacques… no te merece.

Puse los ojos en blanco.

—Eso lo dices por decir.

—Sea como sea, sí creo que deberías empezar a tomar la píldora —dijo Lindsay—. Así, la próxima vez, podrás elegir. Estarás preparada cuando vuelva de Nueva York.

El mundo volvió a tener sentido. Había una posibilidad de futuro con Jacques. Solo tenía que esperar lo suficiente y volvería a verlo, a tantearlo, a averiguar en qué me había equivocado y a corregirlo.

—¿Qué hizo cuando dijiste que no? —preguntó Margaux.

—Se volvió a poner la camiseta. Dijo algo así como: «Vale», creo.

—Me sorprende que te hiciera caso —respondió.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Porque no parece el tipo de tío que para.

Septiembre de 2018

Bajé corriendo por la plaza de la Ópera hacia el carrusel. Me sentía más pequeña que nunca.

El carrusel es una preciosa pieza de *art nouveau*, probablemente lo instalaron en la época en que se construyó el Palacio Garnier. Cuando era pequeña, Stella me llevaba allí a esperar a que mi madre saliera del ensayo. Me encantaba ver las cortinas corridas alrededor de los palos; me encantaba lo mucho que el carrusel se parecía a un escenario.

Atravesé el Jardín de las Tullerías. Eso, al menos, nunca cambiaba. Seguía habiendo los mismos parches simétricos de hierba, las mismas vistas de la torre del reloj del Museo de Orsay, los mismos escondites inesperadamente íntimos detrás de árboles bien situados y antiguos muros de piedra que empezaban a desmoronarse.

Frente al carrusel, me senté en un banco vacío. El día se abría paso ante mí, igual que cuando justo empezábamos en la compañía. Podría haber subido al mercadillo o haber bebido vino a la orilla del río o haber ido a La Perla a probarme lencería de lujo. Pero lo habría

hecho sola. Mi libertad tenía un sabor agrio. Margaux estaba con Julie, y Lindsay, sin saberlo, estaba a punto de perder… bueno, todo lo que siempre había querido.

Así que aquí estaba yo, de nuevo.

Si no podía usar a *Zarina* para arreglar las cosas con Lindsay, tal vez me sirviera para arreglarlas con Margaux. Podía darle algo especial. No un gran papel, tampoco. Ya en los primeros ensayos, noté que una parte de ella, aquella que prometía grandeza cuando éramos más jóvenes, estaba ausente, separada de su cuerpo, como una sombra. Pero sí algo jugoso. La reina Victoria, tal vez.

Cuanto más lo pensaba, más le pegaba la reina Victoria. Era perfecta para el papel: una gobernante imperiosa, regia y fría, que ocultaba toda vulnerabilidad tras una fachada cuidadosamente construida. Y también encajaría bien en la historia. La reina era la abuela de Alix, pero también una confidente cercana y valiosa. Tal vez su mejor amiga. Y cuando Alix se trasladó a Rusia para estar con su amado Nicky y desempeñar el papel que le correspondía ante el Imperio victoriano, que en ese momento estaba en expansión, fue extirpada quirúrgicamente de la vida que había conocido hasta entonces e injertada en un nuevo mundo, extraño y brutal. Llegó a Rusia como novia de Nicky, pero no hablaba ruso y casi no tenía amigos en la corte. Aquel era el único escenario en el que su vida podía tener lugar. El pueblo la odiaba, la veía como si estuviera maldita; su matrimonio había coincidido con la muerte del anterior zar. Así que renunció a todo con lo que había crecido para acabar presenciando el ascenso de su inútil marido a una posición de gran poder. Un hombre que habría sido más apto como terrateniente que como gobernador de una sexta parte del mundo, un hombre que aplicaba con diligencia todo lo que le habían enseñado sobre el liderazgo del siglo xix y que, sin embargo, seguiría dando por culo a su país durante todo un cambio de siglo. Era todo lo que tenía, para ella significaba más que nadie y fue por él que renunció a, literalmente, el resto del mundo.

Lo único que tenía era a su marido… y las cartas que le mandaba a su abuela.

Sería difícil de ilustrar, pero me veía capaz de hacerlo. Margaux, en el papel de la reina Victoria, podría bailar durante el primer acto y luego sentarse en su trono durante los actos ii y iii, detrás de una pantalla semitransparente, como si fuera un recuerdo. Y Lindsay… *Ay, no, Camille*, me corregí a mí misma. Camille podría tener un encantador solo en el que bailaría para ella, trataría de alcanzarla, pero ambas permanecerían siempre e irremediablemente separadas por esa pantalla.

Estaba buscando mi cuaderno para anotar la idea cuando vi que se hacía la sombra sobre mí.

Levanté la vista. Un hombre alto y fornido había aparecido a mi lado. Ojos almendrados, labios cincelados. El pelo caía en picado, demasiado largo, sobre su frente.

Este hombre sabía que era demasiado atractivo.

—Ey, Delfina —dijo mientras se inclinaba para darme un beso en la mejilla.

Jock.

Con cada correo electrónico que había enviado durante la última década, había imaginado cómo sería: volvería a la Ópera triunfante, estaría esperando en la ventana que daba a un aula mientras él daba giros por la sala. Vería cómo el pelo le caía sobre la frente mientras los delicados músculos de su cuerpo lo impulsaban. Saldría de una secuencia de giros y echaría una mirada de pasada, sin aliento, a la figura oscura junto al cristal. Sus ojos se abrirían de par en par y saldría corriendo, ansioso e impulsivo, como siempre; y allí estaría yo. La princesa Grace, todo elegancia, perfección y benevolencia.

Su mandíbula estaba tan bien afilada como siempre. También su cuerpo. La última vez que lo vi, todavía estaba a medio camino entre la infancia y la edad adulta, como todos nosotros. Había algo de suavidad en él. Pero en el tiempo transcurrido desde entonces, en el que se había dedicado a entrenar con pesas y a levantar bailarinas que, vale, tampoco es que pesaran mucho, pero que casi seguro pesaban al menos cuarenta y cinco kilos, esa suavidad había desaparecido. Ahora era áspero, como los acantilados de Normandía, con formas talladas por el viento y el agua.

Antes de darme cuenta, estaba de pie, lanzándome a sus brazos. Mi cuerpo siempre ha tenido una mente propia. Me levantó y me hizo girar, como en las películas. Y ese entusiasmo juvenil me inundó como el agua. Esto era lo que había echado de menos con Dmitri.

—¡Eres tú! —exclamé. Muy elegante, sí. Muy de princesa Grace.

Sonrió.

—Así es. Soy yo. —Señaló el banco que estaba a mi lado—. ¿Puedo?

—Por supuesto —dije, pero ya se estaba sentando. Cruzó las piernas con un encanto desenfadado—. Pensaba que no volvías hasta la semana que viene.

Se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo va esto. Intento aprovechar los días de vacaciones siempre que puedo. Pero entonces me enteré de que habías vuelto…

—¿Cómo has sabido que estaría aquí? —pregunté—. No en París,

sino aquí-aquí. —Señalé el carrusel.

El lado izquierdo de su boca se levantó.

—Vengo aquí todos los días a comer —dijo, y sacó un *éclair* de la *tote bag* que llevaba colgando del hombro.

Debí de mirar el bollo con anhelo, porque me lo acercó a la boca. Avergonzada, mordí el extremo.

—¿Cuánto hace que has vuelto? —preguntó.

Había dado un bocado demasiado grande y tuve que recordarme que debía masticar y tragar antes de responder.

—Tres semanas.

—¿Ya has superado el *jet lag*?

Ladeé la cabeza mientras sacaba un cigarrillo.

—Solo hay una hora de diferencia.

Sacudió la cabeza, ofendido ante su propia estupidez.

—Y solo tres horas de vuelo —añadió.

¿Había visitado San Petersburgo y no me lo había dicho?

—¿Cuándo has estado en Rusia?

—Ah, eh… —¿Se estaba sonrojando? Agarró el paquete de Camel Blues y sacó uno. Se quedó sentado un minuto con el cigarrillo en la boca, sin encenderlo, hasta que metí la mano en el bolsillo, encendí el mío y le pasé el mechero. Quise dárselo, hacer que mis dedos tocaran su palma, pero me sentí temblorosa a pesar de que mis manos estaban firmes.

—Pensé en ir este verano. Pero la cosa no ha salido adelante.

Porque yo estaba de vuelta. Casi podía escuchar las palabras tan claramente como si las hubiera dicho él. Era lo que había estado esperando escuchar durante todo el verano. Bueno, para ser sincera conmigo misma, durante los últimos trece años.

—No puedo creer que estés de vuelta —dije, en cambio—. Ya estamos avanzando en los ensayos. Sé que todo el mundo va a estar superemocionado de que estés aquí.

Sus cejas dieron un respingo, se le ensanchó la boca en una sonrisa que coincidía con la mía.

—¿Estoy en tu obra?

Me inundó la emoción de decírselo, de demostrarle que yo era más que un *sujet*, que ahora era una coreógrafa; al mismo tiempo, mi estómago se revolvió.

—Oh, pensé que Nathalie te lo habría dicho ya…

Negó con la cabeza.

—Todos llevamos semanas preguntándonos qué vas a hacer. Entonces, ¿qué es?

—*Zarina* —dije—. Va sobre los últimos días de la familia real rusa.

Ese hoyuelo de nuevo.

—Y me quieres a mí.

Me hubiera gustado que eligiera otras palabras.

—Sí. Para Rasputín. Así es.

Y, de repente, me estaba abrazando. Su cuerpo presionaba directamente el mío y yo volvía a tener diecisiete años; sentía que me iba a desmayar y me odiaba a mí misma, pero ahí estaba.

—Gracias. Significa mucho para mí.

¿Y ya está?

Claro, no era gran cosa para él. Era bailarín principal desde 2008, una estrella desde 2015. Los coreógrafos se desvivían por hacer ballets para él. Esta era su vida.

—Jock, dime una cosa —empecé despacio—. ¿Por qué dejaste Nueva York y volviste a París? La verdad. Sé que dijiste que querías ampliar tu repertorio. Y, obviamente, me alegro de que lo hicieras, pero… —hice una pausa—. Parecías tan enamorado de la obra de Balanchine. Supongo que, simplemente, me sorprendió.

«Es por la música», me dijo antes de irse a Nueva York. «Con Balanchine, te conviertes en música. Aquí es diferente para vosotras, las chicas. Podéis ser flores y animales y muñecas y otras mil cosas. Pero, mientras me quede en París, solo seré un príncipe de cuento de hadas. Nada más».

Se quedó pensando un buen rato.

—En parte, fue porque me nombraron principal muy joven. —Hice un sonido de falsa lástima. Se rio—. Ya, sé que suena fatal. Pero es que… no había ningún lugar al que ir después de eso. Tenía veintiséis años y ya había hecho todo lo que podía hacer. Pero si volvía a París… bueno, siempre me quedaban los *étoile*.

Al igual que cuando éramos más jóvenes, Jock decía las cosas que solían callarse, las que otros bailarines sentían pero nunca pronunciaban en voz alta.

—En realidad, fue más que eso. No estoy seguro de saber cómo decirlo con palabras. Era como… ¿Tanta música y ningún personaje? Me encantó al principio, tienes razón. Pero, al cabo de un tiempo, empecé a sentirme… carente de forma. No había ningún modelo a seguir, nadie a quien usar como guía. Llegados a cierto punto, sentía que cada noche me perdía más. Era como si me ahogara.

Tragué saliva.

—Y entonces, una Navidad, me pusieron en *El cascanueces*, y fue como volver a casa. Me hizo recordar quién era por primera vez desde que era un niño.

—¿El príncipe cascanueces?

Asintió con una mirada de falsa seriedad.

—Como ya sabes, en el fondo siempre he sido un príncipe

cascanueces. —Su rostro se relajó con una sonrisa—. En fin, ahí fue cuando me di cuenta de que tenía que volver. Para encontrarme a mí mismo. Para redescubrir la alegría de bailar.

Esto era lo que pasaba con Jock, lo que Lindsay y Margaux nunca llegaron a entender. Sí, era más guapo de lo que debería. Sí, era tan despreocupado que podía parecer fácilmente un arrogante. Pero también tenía esa vulnerabilidad, esa franqueza, que era tan difícil de encontrar en otros bailarines. Al fin y al cabo, no éramos más que actores.

Nos sentamos juntos y vimos cómo el carrusel daba vueltas y vueltas hasta que las sombras de la tarde empezaron a inclinarse hacia los lados. Hablamos de las personas que conocíamos: cómo habían sido en el pasado, qué hacían ahora.

—¿No tienes ensayo? —dije finalmente.

Era el yo de diecisiete años el que hablaba, preocupada por su mala gestión del tiempo y su incapacidad para llegar a tiempo a cualquier lugar donde se le esperara. Y, sin embargo, siempre lo compensaba con esas apariciones inesperadas y esa atención similar a la del sol, que, con quedarte sentada dejando que te irradiara, ya eras feliz. No importaba lo mucho que te hiciera sudar.

—Sí. Saldré pronto. Pero, Delfina, de verdad te lo digo: no puedo creerme que estés de vuelta. Ha pasado tanto tiempo y, de repente, estás… aquí. No me parece suficiente. Te mereces que haya fiestas en tu honor. Al menos una.

—Pero ya he visto a todos los que quiero ver.

Tuve que apartar la mirada de su brillante sonrisa.

CAPÍTULO 9

Agosto de 1999

El decimoséptimo cumpleaños de Margaux cayó en miércoles. Ese fin de semana, mi madre se fue a Niza. Mi última teoría era que su ciudad natal albergaba un romance adolescente al que siempre volvía. Dado que sus padres habían muerto hacía tiempo, ¿por qué si no iba a volver tan a menudo, sin llevarme nunca con ella? Sin embargo, sus frecuentes ausencias nos venían bien a Lindsay, a Margaux y a mí, y los preparativos para la fiesta de cumpleaños estaban en marcha. Mis propios preparativos secretos también. Normalmente, me daba pereza acordarme de tomar la píldora, pero la había tomado religiosamente durante la última semana. Jacques volvía de Nueva York y esta era mi oportunidad.

Margaux, Lindsay y yo fuimos a por el vino después de clase. Pero no lo pensamos bien y compramos veinte botellas en Nanterre, cerca de la escuela, y luego las tuvimos que llevar en el metro hasta Saint-Paul.

—Que empiece la fiesta —dijo Margaux mientras sacaba el corcho de una botella de champán que empezó a gotear por toda la alfombra antes de que yo llegara corriendo con tres vasos de plástico.

—A mí ponme poco —dije—. Son las cinco todavía.

Puso los ojos en blanco y llenó los vasos hasta arriba.

—Nos merecemos una celebración.

Para cuando llegaron los demás, se me había corrido el delineador bajo los ojos de tanto reír y un tenue aroma ácido parecía seguirme por todo el apartamento. Los chicos llegaron primero, en un gran grupo estruendoso; no estaban enterados de que no debían llegar los primeros a una fiesta. Margaux y yo compartimos una mirada con un ligero desdén.

Ahí estaba. Parecía más musculoso, aunque, obviamente, no podía haber ganado tanto músculo en seis semanas. Parecía más alto,

aunque, evidentemente, no podía haber crecido tanto en tan poco tiempo. Parecía sofisticado y desenfadado al mismo tiempo, tenía un sutil aire a estadounidense que se extendía mucho más allá de la camiseta Abercrombie y aquellos suaves vaqueros de color oscuro.

No iba a acercarme a él. Lindsay me había dicho que debía hacerlo, que a él le daría mucha vergüenza hablar conmigo. Que pensaría que yo creía que él solo tenía una cosa en la cabeza. Pero existía la dignidad.

Las chicas vinieron después, en parejas y tríos. Estaba Aurélie, que no había vuelto a ser la mejor de la clase tras una lesión el año anterior. También Mathilde, que había empezado a rellenar más sus *maillots* y que era con la que todos los chicos querían formar pareja, aunque también a la que, al acabar el curso, le iban a decir que no hacía falta que volviera el año siguiente. Y Talitha, con su obsesión por Jacques y su pelo pelirrojo natural, como Nathalie Dorival, nuestra estrella favorita de la compañía.

Fui a la cocina y fue entonces cuando los vi. Jacques estaba apoyado en la puerta, con la bebida en la mano y la cabeza echada hacia atrás, riendo. Hablaba con Talitha y sus caras estaban a un centímetro de distancia. Por primera vez, se me ocurrió que quizá no era tan diferente de ella, que quizá a ella también la había besado. Quizá no estaba tan loca como pensábamos. Tal vez había una razón legítima detrás de su forma de actuar.

¿Interrumpir su conversación me haría parecer demasiado desesperada? Sí, me haría parecer demasiado desesperada.

Tenía que pillarlo a solas, hablar con él, explicarle que ya estaba preparada. Pero ¿cómo iba a hacerlo si me evitaba con tanta gracia?

La gente (*la de relleno*, pensé; es decir, todos los que no eran Jacques) se acercaba a hablar conmigo. Me veía envuelta en una discusión tras otra sobre Marie-Cécile, sobre el nuevo marido de Nathalie, Louis, un solista de ojos ardientes; sobre los ensayos de *La Fille mal gardée* a los que habíamos asistido la semana anterior…

Cuando volví a alzar la vista, Jacques había desaparecido.

Agarré a Lindsay del brazo.

—¿Dónde está Jacques?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—No lo sé. Quizá se ha ido.

Pero sus mejillas estaban rosadas.

—Marg —la llamé desde el otro lado de la habitación. Todavía estaba a unos metros, se movía muy lentamente, cuando le hice la misma pregunta. Dudó, abrió la boca y la volvió a cerrar. Supe que tampoco quería decirme la verdad.

Seguí su mirada hacia el pasillo que llevaba a mi dormitorio.

Y todo aquello de mantener la calma, conservar el poder, fingir que no me importaba… se esfumó. Tenía que hablar con él y ahí estaba, en mi habitación, acorralado, listo para mí. Tendría que escuchar lo que iba a decirle sí o sí. En un abrir y cerrar de ojos, me planté en la puerta.

—Delphine, para. —Lindsay y Margaux me pisaban los talones.

Pero llegaron demasiado tarde. Ya estaba viendo a Jacques y Talitha, enredados entre mis sábanas.

Lindsay me llevó a la habitación de mi madre antes de que pudiera empezar a llorar. Para cuando me senté en el edredón de flores, con la vista fija en las fotografías en blanco y negro de Maman sobre el escenario, estaba sollozando tan fuerte que tuve que hacer presión sobre el estómago para detenerlo.

«Puto imbécil. Menudo idiota. De todas formas, tampoco querías nada con él». No estaba segura de qué decía Lindsay exactamente; era como si el inglés fuera un canal de radio y yo estuviera sintonizando la emisora equivocada. Lo único que sabía era que su brazo me rodeaba por un lado, el de Margaux por el otro, y que una de ellas había sacado la caja de pañuelos de la mesita de noche y me ponía uno en la cara.

—Él… Talitha…

—Shh —dijeron ambas.

Se pusieron de acuerdo mientras me limpiaba las mejillas.

—Tenemos que sacarte de aquí —dijo Lindsay un minuto después.

Solo era capaz de formar frases simples y declarativas.

—No puedo irme. Es la fiesta de Margaux. Y es mi casa. Además, nunca hablamos de tener exclu… exclusi… —Rompí a llorar de nuevo.

—Que le jodan. Y que le jodan a la fiesta —me dijo Margaux—. Nosotros somos la fiesta. Además, ¿qué es lo peor que podría pasar?

Una vez me hubieron arreglado el maquillaje con los cientos de productos que encontraron en el tocador de mi madre, bajamos por la escalera del servicio. Todavía estaba moqueando, pero algo en el aire nocturno que soplaba entre nosotras me impedía llorar a pleno pulmón. Lindsay llevaba un plato con los restos de la tarta de cumpleaños sobre las palmas de las manos y Margaux llevaba cuatro botellas de *prosecco*. Yo sostenía la caja de pañuelos.

En la plaza de los Vosgos, Lindsay fue la primera en escalar la valla que protegía el jardín, Margaux se quedó para impulsarme; luego tiramos de ella desde el otro lado. Nunca había estado allí sin toda la muchedumbre. Aunque era verano, el aire de la noche era fresco y nos acurrucamos en un banco para entrar en calor.

Después nos pasamos horas allí sentadas. Juntas. Estábamos frente a los columpios infantiles, mirando la monumental estatua de algún

hombre célebre, Enrique IV (¿o era Luis XIII?), fumando, bebiendo *prosecco*, hablando de todo y de nada, pero, desde luego, no de Jacques; hasta que salió el sol y por fin pudimos volver a casa.

Septiembre de 2018

Ese viernes, entré en la cocina de Stella para tomarme el café matutino y me encontré con un par de Ferragamos beige impecablemente pulidos apoyados en la silla donde me solía sentar.

—¡Stel, son preciosos! —exclamé mientras corría hacia ellos y los sostenía a la luz—. Pero parecen nuevos… ¿Estás segura de que ya no los quieres?

Las dos teníamos un treinta y siete, y yo tenía la costumbre de tomar prestados algunos de sus zapatos más bonitos cuando era adolescente, los cuales, inevitablemente, pasaban a formar parte de mi armario al final de cada temporada.

—No, no te los estoy dando —dijo ella, levantando un dedo—. Son un clásico, cariño. Un fondo de armario básico. Los quiero de vuelta en perfecto estado, por favor.

Les di la vuelta. Las suelas estaban impecables; nunca se habían usado. ¿Cómo iba a llevarlos y usar un bastón al mismo tiempo?

—De vuelta… ¿de dónde?

Levantó las cejas como cuando yo era una niña y me obstinaba deliberadamente.

—¿La gala?

—Ah, mierda. La gala.

La gala es una reunión anual de la alta sociedad para ver a los bailarines del Ballet de la Ópera de París desfilar para ellos en el escenario. La realeza, las estrellas de cine, los políticos, todos vienen para dar la bienvenida a la nueva temporada de forma oficial.

Y era esta noche.

La cara de Stella era un cuadro, estaba desconcertada.

—Delphine, ¡cómo es posible…! Tienes que empezar a ser más responsable. ¿En serio te habías olvidado?

—Mierda —murmuré—. No pasa nada, tengo vestido. Pero se me olvidó pedir cita en la peluquería… y quería hacerme la manicura…

No era que me hubiera olvidado como tal. Las galas habían sido un elemento clave en mi vida durante años, pero siempre había formado parte de ellas. Nunca había asistido como invitada a una y los preparativos necesarios me resultaban ajenos. Me sentía aliviada por ya no estar en el escenario, pero temía la obligación de hacer

contactos, de demostrar que valía para mi nuevo puesto. Y, además, después de la gala, tendría que decirle a Lindsay que estaba fuera del ballet. Era nuestra última noche juntas, conmigo como creadora y ella como estrella. Después de eso, yo siempre sería la hija de puta que le dio la patada.

¿Cómo iba a sobrevivir esta noche?

—Hmm… —rumió ella, tamborileando los dedos sobre la mesa azul y blanca—. ¿Trabajas esta mañana?

—Esta tarde. De doce a tres.

Dio una palmada.

—Vale, pues llamaré a Sandrine para que te haga las uñas esta mañana. No te preocupes, soy una buena clienta, vendrá —dijo cuando hice ademán de protestar—. Tú. Date un baño. Veré si Roland puede venir sobre las cuatro para el pelo. Le encanta ver su trabajo en las revistas de moda, estoy segura de que aparcará todo lo demás. Y, cariño, sé que eres capaz de maquillarte tú sola después de tanto tiempo.

—Sí —coincidí—. Siempre y cuando esté saliendo por la puerta a las seis y media…

—¿A qué esperas? ¡Vete a la ducha! ¡Tengo llamadas que hacer!

Volví corriendo a mi apartamento con los tacones en la mano. Busqué la plancha, planché el vestido (no debería haberlo dejarlo en la bolsa tanto tiempo), empecé a llenar la bañera, busqué un bolso, los zapatos… sí, los zapatos estaban bien. Tenía el pintalabios, la base de maquillaje…

Al mirarme en el espejo, detecté el temor en mis ojos, así que me dije a mí misma: *No es la primera vez que le ocultas algo a Lindsay. Ya sabes lo que hay que hacer.* Al fin y al cabo, no era más que otra actuación.

Pero nunca antes había sido así. Nunca había sido yo quien tenía todo el poder.

Y todavía estaba aprendiendo a gestionarlo.

* * *

«¿Lo echas de menos?». Los bailarines me lo preguntan a menudo. Una sonrisa cómplice y un movimiento de cabeza suelen bastar para disuadirlos. Lo que realmente me preguntan es: *¿Por qué fracasaste? ¿Te rompió el corazón? ¿Cómo es estar del otro lado?*

Lo que me callo es que no puedo evitar echarlo de menos. De la misma forma que echo de menos mi infancia. Y para mí, para cualquier bailarín, en realidad, son lo mismo. La sensación de que

tienes algo especial, de que eres alguien especial. Esa arrogancia que tiene la gente muy joven o con mucho talento es como una armadura. Nada puede hacerte daño cuando la llevas.

No es lo mismo cuando haces una coreografía. Nadie sabe cómo eres, nadie sabe tu nombre, a nadie le importa si (o cuando) tu figura se desmorona. Estás entre el público o, más bien, entre bastidores. Hubo un tiempo en el que deseaba esa invisibilidad. Para cuando dejé París, la ansiaba, de la misma forma que se ansía un dulce zumo de fruta cuando tienes sed. Se me hacía la boca agua de tanto desearlo. Pero eso fue antes de entender lo que significaba la invisibilidad. Antes de saber que, una vez que la eliges, ella te elige a ti también, y ya no puedes volver atrás.

A veces pienso que habría sido mejor cien años atrás. Es cierto que no habría podido ser coreógrafa (*¿Una mujer? Debes estar de broma*), pero tampoco habría tenido que ver a las personas con las que bailaba por todo YouTube, haciendo cabriolas por Instagram, flexionando las piernas y bailando de puntas por Facebook. No habría podido verlas tragar aire, deslizarse por el suelo, girar hacia el olvido. No me vería obligada a recordar cómo se sentía mi cuerpo cuando era perfecto y ligero, cuando hacía lo que yo quería, cuando aún no había cometido ningún error.

Todavía tengo sueños en los que estoy bailando, en los que seguimos juntos, el ballet y yo, y me despierto entre sábanas sudadas, con frío y humedad, mientras la realidad se asienta con la luz de la mañana.

Sí. Lo echo de menos.

Pero eso no es algo que se pueda ir diciendo por ahí.

CAPÍTULO 10

Noviembre de 1999

En ese otoño, las tres tuvimos que ponernos serias. Solo nos quedaba un año en la academia. Yo siempre me quedaba después de las clases para seguir practicando, y Lindsay y Margaux empezaron a acompañarme. Pero no teníamos mucho tiempo antes de que se sirviera la cena.

A última hora de la noche, cuando la escuela estaba a oscuras y lo único que proporcionaba algo de luz eran las lámparas de seguridad que salpicaban los pasillos como focos, Lindsay llamó a mi puerta. Para no despertar a nadie más, utilizaba las yemas de los dedos y el sonido resultante era estremecedor, como si un animal frenético estuviera arañando la madera. Juntas, fuimos a la habitación de Margaux y, luego, las tres bajamos las escaleras de puntillas y en silencio hasta el atrio de la era espacial, tan diferente de la *belle epoque grandeur* del Palacio Garnier. Con el corazón palpitando por nuestra propia osadía, nos dirigíamos por el pasillo a nuestra aula favorita.

No era nuestra favorita porque fuera bonita; en realidad, ninguna de las salas del colegio era bonita. Eran frías, austeras y solo pretendían ser un telón de fondo neutro para nuestros cuerpos. Era nuestra favorita porque habíamos descubierto, a base de ensayo y error, que las luces no se veían desde fuera. Esto era importante, ya que la primera vez que practicamos fuera de horario Lindsay acabó chocando con un guardia de seguridad y, posteriormente, Marie-Cécile le revocó todos los privilegios fuera del campus. Si solo se hubiera perdido las visitas que hacíamos a las cafeterías, no habría tenido importancia, pero también implicó que no podía ir a ver ninguna actuación durante el resto del semestre, lo cual fue devastador.

Sin embargo, había algo en esa aula que me atraía más allá de los aspectos prácticos. El colegio es como un ovni, un extraño edificio

blanco, nuevo y extraño en una zona nueva y extraña de uno de los viejos suburbios de la ciudad. El silencio que nos rodeaba por la noche podía resultar inquietante y nos recordaba que estábamos dentro y fuera de París al mismo tiempo. Estar encerradas en esa sala, donde solo podíamos concentrarnos en nuestros cuerpos y en la música, era reconfortante. Agradable.

Lindsay no nos delató a Margaux y a mí cuando la pillaron. Ni siquiera se quejó de que hubieran ido injustamente a por ella cuando tuvimos la suerte de escapar. Pero cuando Margaux se dio cuenta de que la ausencia de ventanas en aquella aula nos beneficiaría, Lindsay se vengó mediante las diabólicas combinaciones que nos hizo hacer.

—Probad esto —decía una de nosotras a la vez que llevábamos a cabo la combinación de movimientos más difícil que se nos ocurría. Los de Margaux siempre estaban llenos de grandes saltos y giros brutales, a juego con las canciones de Pixies y Smashing Pumpkins que elegía. Ponía el volumen al mínimo, lo justo para que lo oyéramos. A mí me gustaba poner música más lírica (Fiona Apple, Sarah McLachlan…) y exigir que hiciéramos unos estiramientos descabellados, de esos que se adaptaban perfectamente a mi hipermovilidad y que requerían dejarnos llevar completamente.

Pero las combinaciones de Lindsay, con Radiohead y Velvet Underground de fondo, eran casi imposibles. Esas paradas y esos arranques, los sutiles retrocesos, impulsos que te empujaban en una dirección justo cuando tenías que poner todo tu peso en otra.

Me encantaba ver a Lindsay. Margaux era buena, muy buena, pero lo era de la misma manera que lo era yo. Habíamos tenido el mismo entrenamiento desde muy pequeñas. Pero Lindsay, que había pasado sus primeros doce años en Washington D. C., tenía una ferocidad a la hora de bailar que ninguna de nosotras compartía. Su postura no siempre era perfecta, pero daba igual porque no paraba de dar vueltas y grandes saltos. La corregían constantemente. En el BOP, lo que más valoraban era el tipo de precisión que nos habían inculcado a Margaux y a mí, lo que significaba que siempre ocupábamos los primeros puestos en la clasificación de la clase, mientras que Lindsay nos seguía de cerca, en la tercera posición.

Pero estaban ciegos. Lindsay era la mejor de todas.

Me encantaba verla, pero también lo odiaba. Mucha gente piensa que tener hipermovilidad es algo bueno si haces ballet, y lo es, pero solo durante los primeros años. A medida que te haces mayor, y sobre todo en el BOP, tener tanta flexibilidad pierde valor. Necesitas fuerza, control, y es más difícil desarrollarlo cuando no has tenido que esforzarte en los *splits*, cuando siempre has sido capaz de levantar la pierna hasta la oreja sin ningún esfuerzo aparente. Margaux tenía ese

control. Pero era más impresionante en Lindsay, que parecía un fuego salvaje que apenas se podía contener. Tenía ese instinto de levantar la pierna más alto, de girar más, de saltar más rápido, y cada movimiento era refrenado, como si estuviera luchando contra su propio cuerpo, como si estuviera forzándose a no llegar hasta donde era capaz de llegar.

Cuando bailaba, era imposible apartar la mirada.

Nunca le dije lo que sentía. La envidia es un sentimiento feo y oscuro, y las tres nos enorgullecíamos de colaborar las unas con las otras. Esas primeras competiciones formaban parte de lo que nos hacía mejores que las demás, quizá incluso fue eso lo que nos hizo entrar en la compañía.

Los celos están muy presentes en el ballet, pero cuando expresas tu admiración por otra bailarina, solo haces referencia a los pequeños detalles. Dices: «Ojalá pudiera girar como haces tú». Dices: «Ojalá mis brazos fueran como los tuyos». Dices: «Ojalá fuera capaz de sostener mi pierna así».

Me encantaba ver a Lindsay. Ansiaba bailar como ella. Quería ser ella.

Pero nunca, jamás, podía decir eso.

Septiembre de 2018

Cuando entré en el Palacio Garnier, con sus candelabros encendidos alrededor de la enorme escalera imperial, los flashes de los fotógrafos empezaron a dispararse y pensé que debería haber traído una cita. La gente estaba de pie en grupos y los grupos estaban formados por parejas. Pero ¿a quién iba a llevar? ¿A Stella? Todos mis conocidos eran bailarines.

Tienes un objetivo, pensé con tristeza. *Solo uno*. *No te dejes en evidencia*.

Cogí una copa de champán de las que llevaba un camarero. Estaba bien. Podía pasar desapercibida. Puede que pesara diez kilos más que la bailarina media, pero cualquier filantrópico habría coincidido en que seguía formando parte del sector de gente delgada. Me había gastado todo el dinero de mi primer sueldo del BOP en un vestido de seda blanco sin tirantes de Carven. Lo complementé con los diamantes de mi madre y una corona de trenzas negras alrededor de la cabeza, lo cual hacía que diera el pego. Y, en el ballet, eso era lo que realmente importaba.

Una mano me agarró el brazo desnudo. El alivio se apoderó de mí.

—Hola, Daniel —dije mientras le daba un beso en la mejilla.

—¡Delphine! —exclamó. Llevaba un traje oscuro y estaba muy elegante—. Te he estado llamando desde que has entrado. ¿No me has oído?

—Ni siquiera te oigo bien ahora —respondí.

Nos quedamos parpadeando, ya que los temas de conversación entre nosotros ya se habían agotado.

—Es un detalle que vengas a apoyar a Lindsay —dije.

Sonrió.

—Vengo todos los años.

Parecía orgulloso. Era la misma expresión que se dibujaba en mi rostro cuando iba a los estrenos de Dmitri. Aquello me provocó una punzada de dolor. ¿Acaso alguien había tenido esa expresión por mí en algún momento?

—¿Dónde te sientas? —pregunté.

—En el cuarto palco lateral. A tomar por culo, vaya. ¿Y tú?

—En donde la orquesta. Ya sabes, por la publicidad.

—Muy inteligente por su parte.

Sonreí.

—Debes de estar emocionada —dijo—. ¿Has visto alguna vez una de estas galas?

—Emm… no. Pero formé parte de ellas durante catorce años seguidos.

Las luces parpadearon para dar aviso.

—Será mejor que empiece a subir —dijo Daniel, señalando con la cabeza la escalera. Sonreí y lo vi partir, con su traje bien confeccionado que a duras penas le rozaba los hombros.

Sentí una punzada al ver cómo se alejaba. Era el público perfecto para Lindsay, el adorador perfecto. Tuve el impulso, muy típico de una estadounidense, de decirle que le apreciaba. *Me gustas mucho para ella*, quise gritarle. *Hay algo en ti que aporta calma*.

En cambio, me dirigí a la orquesta y me acomodé en mi asiento de terciopelo rojo. *Prepárate*, pensé. *Aquí viene el maremoto de recuerdos*.

Aun así, la visión del escenario al abrirse el telón me golpeó como un puñetazo en el corazón.

Todos los años es igual. Siempre comienza con una niña, elegida de la clase más joven, que es presentada maravillosamente en el escenario: abre los brazos al ponerse de pie para dar una bienvenida silenciosa al Ballet de la Ópera de París.

Fui esa niña en mi primer año. Pensé que significaba algo, como una promesa.

Comienza con ella y termina con las estrellas masculinas. En el centro hay filas de bailarinas que caminan con gracia por el escenario

y luego se dividen hacia las alas. Todas las mujeres llevan tutús blancos. Todos los hombres llevan mallas y camisas blancas. Finalmente, entran las estrellas. Líneas y líneas de blanco hasta que te duelen los ojos.

Empecé a llorar.

Solo caminan, pero es tan cautivador que te quieres morir.

Lindsay y Margaux llegaron en la misma fila. Tenían el mismo aspecto que las demás y no me di cuenta de que eran ellas hasta que estuvieron lo suficientemente cerca como para verles la cara. La expresión de Margaux mostraba apatía, casi aburrimiento. La de Lindsay, trascendencia, como que sabía —bueno, creía— que este era su último año como *sujet*, que pronto sería una de las bailarinas principales y, más adelante, estaría haciendo reverencias al público sola, como estrella.

Recuerdo muy bien ese tipo de esperanza. Hubo un tiempo en el que fui una de ellas. Hubo un tiempo en el que fui parte de esto. La música parecía hacerse eco de ello. *Hubo un tiempo, un tiempo, un tiempo…*

A los diez minutos de procesión ya estaba llorando a mares, aunque, en realidad, era tan hipnótico y aburrido verla como participar en ella. Esperé hasta los aplausos y me limpié la cara frenéticamente. No había traído pañuelos. Tampoco había traído espejo. No sé ni cómo, logré que el rímel aguantara sin correrse sobre mi vestido blanco. Cuando terminó, esperé a que el teatro se vaciara para poder usar el teléfono y mirar cómo tenía el maquillaje. Volví a aplicarme el delineador de ojos y respiré hondo. Me sentía como si hubiera pasado todo el día en la playa, esa sensación de vacío, calor y calma que solo se tiene después de horas al sol o de un buen llanto.

Y eso ni siquiera había sido lo más difícil.

Quince minutos más de socialización, me prometí a mí misma. *Quince minutos más y luego puedes irte*.

* * *

En el gran salón de la Ópera, la multitud se reunía para tomar un cóctel. Parecía Versalles, pero era mi palacio, en el que había crecido. Techos de veinte metros, lámparas de araña con tantas luces juntas como ramos de flores, cada superficie y columna cubierta de bronce para que la sala se iluminara con un feroz brillo dorado… Un mural de dioses y monstruos colgaba sobre nosotros y nos observaba.

Y, por todas partes, había personas hermosas con vestidos hermosos. Al final de la sala, un enorme espejo las reflejaba.

Mi cuerpo empezó a apretarse como un puño al ver que muchos bailarines ya estaban allí; me había pasado tanto rato sentada en el teatro que ya se habían cambiado de vestuario y venían a honrar al público con su presencia. *Tienes todo el derecho del mundo a estar aquí*, me recordé. *Eres parte de este lugar, y este lugar es parte de ti. Lo llevas en la sangre*.

De repente, Jock apareció a mi lado. Tenía el pelo húmedo por la ducha que se había dado después de la actuación y aún tenía restos de delineador alrededor de los ojos. Echó un vistazo a la sala y apretó los labios.

—¿Lo echas de menos? —preguntó.

—Me gusta lo que hago ahora —contesté.

El hoyuelo de Jock hizo acto de presencia.

—Me he enterado de que Lindsay perdió la calma en el ensayo. Siento que no haya funcionado.

Resoplé.

—¿De verdad?

Cuando bajó la vista, su mirada era extrañamente intensa.

—De verdad. Pero vas a echarla, ¿no?

Sí, pero no quiero. Sí, pero no esta noche. Sí, pero déjame aferrarme a este momento tan perfecto, solo un segundo más.

—Más te vale no decir nada. Todavía no he tenido la oportunidad de decírselo.

—Pero tendrás que hacerlo pronto, ¿no?

—¿Por qué te preocupa tanto? —¿Acaso Nathalie había estado comiéndole la oreja?

—No sé por qué a ti no. Es tu nombre. Tu reputación… —Pero su voz se interrumpió cuando una figura radiante se abrió paso a codazos entre la multitud.

Lindsay. Llevaba un vestido dorado que se adhería a ella como si fuera líquido y absorbía el millón de luces que nos rodeaban, su pelo suelto y alborotado le colgaba alrededor de los hombros. Margaux, de gris oscuro, iba a su lado. Y detrás de ellas, como una sombra, Daniel.

—¡Chicas! —Me incliné hacia ellas, apoyé las manos en sus delgados hombros y les di unos besos en las mejillas—. Habéis estado maravillosas.

Lindsay esbozó una amplia sonrisa a la vez que Daniel la rodeaba con el brazo, pero Margaux se limitó a poner los ojos en blanco.

—Delphine —dijo—, tú sabes mejor que nadie que esto no es más que una exhibición canina.

—¿Una exhibición canina? —Jock lo repitió en francés, con el ceño fruncido.

—Sí, *Jacques,* una exhibición canina. Nos sacan a pasear y nos

felicitan por ser unos buenos ejemplares —le respondió en su lengua materna.

La cara de Lindsay mostraba irritación; tras décadas de haber sido educada en francés, seguía odiando que habláramos en ese idioma. No sé por qué exactamente. ¿Era por los modismos? ¿Por nuestros acentos? Hablaba francés, tenía un buen nivel, pero no recordaba la última vez que la había oído pedir algo más que un café.

Daniel le puso una mano tranquilizadora en el hombro mientras le murmuraba algo al oído. Me sorprendió de nuevo su cálida franqueza, su firme certeza. No se puede fingir ese tipo de admiración inquebrantable. Además de ser el espectador perfecto, Daniel parecía ser el director perfecto; la guiaba suavemente, con tanta habilidad que ella creía que lo estaba haciendo sola.

Ningún bailarín habría hecho tanto por ella.

—¿Dónde está Julie? —le pregunté a Margaux.

La boca de Margaux se crispó.

—Le dije que no viniera hace años. Bueno, que no hacía falta que viniera, en realidad.

—Es curioso, ¿verdad? —dijo Daniel—. Esto que nos pasa a los cónyuges de quienes hacéis ballet. Algunos no soportamos este lugar y otros siempre queremos más.

Con una actitud coqueta (sabía que estaba coqueteando incluso mientras lo hacía), giré la cara con expresión interrogativa hacia Jock, y todos, Jock incluido, estallaron en carcajadas.

—Solo sale con bailarinas —dijo Lindsay—. Bueno, ahora vuelve a solo salir con ellas —añadió en voz baja. Sabía lo mismo que yo: que su estancia en Nueva York había estado aderezada con citas con miembros de la alta sociedad y pequeñas celebridades.

—Y nunca durante suficiente tiempo como para tener este tipo de problemas —dijo Margaux mientras se acababa el champán.

Jock sonrió y sentí que mi interior se derrumbaba. Se encogió de hombros, de buen humor. Eso era lo que pasaba con Jock. Tenía tan buen carácter.

—¿Y cómo va el ballet? —preguntó Daniel.

Pensé en el ensayo de esa semana, en Jock saltando por el estudio. La forma en que encarnaba el talento de Rasputín, su arrogancia, su astucia. Cómo movía las caderas con picardía…

—¡Va muy bien! O, bueno —dije mirando a Jock—, eso creo.

Sonrió y asintió.

—Sí. Va genial.

—Al principio, estaba obsesionada con que tenía que contar la historia de la zarina. Pero cuanto más tiempo pasamos ensayando, más me atrae esa fascinación que siente por Rasputín. Es un curandero

místico, el único capaz de detener las hemorragias de su hijo, que tiene hemofilia… —La cara de Daniel era un lienzo en blanco, me observaba con prudencia mientras yo balbuceaba, pero podía sentir la mirada de Jock fija en mí y era incapaz de dejar de hablar por mucho que lo intentara—. Así que ahora lo estoy estructurando más en torno a Rasputín. Es como una antigua tragedia griega, ¿sabes? Siempre hay una maldición, y lo único que deseas de verdad es siempre aquello que te lleva a la perdición.

Y fue entonces cuando vi la expresión de Lindsay y, entonces sí, me callé. Ella seguía pensando que hablaba de su ballet. Y aquí estaba yo, hablando sin parar de minimizar su papel y maximizar el de Jock.

Dejé que los demás tomaran las riendas. Daniel empezó a hablar sobre tonterías relacionadas con la comida que servían. «¿Los aperitivos llevaban langosta? ¿Cómo podemos conseguir que traigan una bandeja aquí?».

Y entonces: crucé miradas con Lindsay y me guiñó un ojo. No sabía el verdadero significado de mi soliloquio, pero, por el momento, estábamos bien, y saber eso hizo que el alivio me recorriera el cuerpo como si fuera champán en sangre.

Le agarré la mano.

—Tengo una idea —dije señalando la puerta con la cabeza—. Traed las copas.

Saqué una botella de champán de detrás de la barra y me llevé a ese grupo de cinco personas como si de un juego de seguir al líder se tratara. A pesar de lo pequeños que éramos en medio de ese opulento entorno, sentíamos como si volviéramos a ser niños, unos niños que evadían a los adultos y se escabullían.

—¡Delphine! —chilló Lindsay cuando entramos en los pasillos traseros—. ¿A dónde…?

Pero Margaux soltó un:

—¡Shhh!

Fue tan brusca y rápida que el sonido se disolvió en carcajadas y se entremezcló con la grave y tranquila risa de Jock.

El Mariinsky está adornado, pero no tiene nada que ver con el Palacio Garnier. Detrás del escenario, hay una sala de ensayos de paredes doradas que utilizamos para calentar antes de las actuaciones, cuando ya nos hemos puesto el traje. En las paredes hay retratos de bailarines de los años 1700 y 1800, flanqueados por querubines y mariposas doradas. Unas elaboradas columnas se extienden hacia un techo arqueado cubierto por una pintura al fresco de color azul y verde, donde se encuentra un balcón para que los espectadores puedan observar. Hace un siglo, ese balcón estaba reservado para los aristócratas que hacían de esas mismas bailarinas cuyas caras cuelgan

de la pared sus amantes. Siempre fue uno de mis lugares favoritos.

Una vez dentro, me tiré al suelo y el vestido se extendió a mi alrededor en forma de charcos de seda blanca. Margaux asintió con aprobación y me arrebató el champán. Mientras los demás se sentaban, arrancó el papel de aluminio y sacó el corcho con un estallido sorprendentemente silencioso.

—Venga. —Hizo un gesto para que extendiéramos nuestras copas.

Una vez llenas, abrió su bolso gris y sacó un paquete de Camel Blues. Con los ojos muy abiertos ante su osadía, vimos cómo se encendía uno y exhalaba un humo que se extendía entre nosotros y el techo arqueado.

Sonreí y me encendí uno también.

Lindsay extendió la mano, pero Daniel le lanzó una mirada con la ceja levantada, así que la retiró lentamente.

Por un momento, solo estábamos nosotros, sentados en esa sala dorada.

—Así que esto —dijo Jock, rompiendo el silencio— es el tipo de cosas que hacíais las tres a escondidas, hace años. —Después de tanto tiempo en Nueva York, hablaba inglés mejor que Margaux o yo, lo que era mucho decir, pero su acento era mucho peor; los franceses tienden a mantenerlo lo más marcado posible. Creen que es sexy.

Margaux sonrió.

—Ya sabes cómo somos las chicas —dijo—, todo peleas de almohadas y secretos o retos.

—*Verdad* o reto —la corrigió Lindsay entre risas. Margaux se encogió de hombros.

—¿Qué es verdad o reto? —preguntó Daniel.

—¡Santo cielo! —gritó Lindsay—. Es la cosa más sencilla del mundo. Alguien pregunta, «¿verdad o reto?», y tú eliges, y entonces tienes que responder a una pregunta o hacer un reto.

—Me parece bastante injusto —dijo Jock.

—¿Quién ha dicho que tenga que ser justo? —preguntó Margaux, con los ojos chispeantes. Le di una palmada en el muslo, cubierto de seda.

—¿Quién empieza? —dije con una sonrisa.

—O siempre podemos jugar a la botella —ofreció Lindsay con una sonrisa.

—¿Qué es…?

—Tú primero, luego Linds —interrumpí—. ¿Verdad o reto?

—Reto —dijo Lindsay a la vez que Margaux soltaba un gruñido.

—¡Delphine! —gritó Margaux—. ¿Es que no has aprendido nada? Nunca debemos dejar que Lindsay haga un reto. ¡No le des la opción!

Las tres nos echamos a reír mientras Daniel hacía una mueca.

—¿Por qué no? —preguntó Jock.

—Ay… —dije mientras recuperaba el aliento—. Porque Lindsay es capaz de hacer cualquier cosa.

—Es cierto —dijo ella con un ligero suspiro y encogiéndose de hombros—. No tengo sentido de la autopreservación.

—Ya lo tengo —dijo Margaux—. Te reto a que nos digas de quién estás más celosa.

—¿No quieres elegir algo más difícil? —respondió Lindsay.

¿De verdad eso era fácil para ella? A mí me habría llevado días llegar a una conclusión. Camille, por tener toda la vida por delante. Stella, por haber vivido una vida plena. Lindsay, por…

—Nathalie —dijo, y puso los ojos en blanco, como si fuera obvio —. ¡Era una estrella! Y ahora es directora artística. Es una de las mujeres más poderosas del ballet. Además, será recordada para siempre.

—Pero ese horrible marido que tiene… —dije, y enseguida me quedé callada y quise tragarme las palabras. ¿Por qué demonios había sacado el tema de Louis? Podía sentir los ojos de Margaux clavados en mí y bajé la mirada, con la cara enrojecida.

Pero Lindsay solo se encogió de hombros.

—¿Otra estrella? A mí me parece que vale la pena.

A su lado, Daniel gruñó y todos pudimos ver en la cara de Lindsay el momento exacto en el que se dio cuenta de lo que había dicho. Lo rodeó con los brazos y empezó a murmurar en voz baja.

—Lindsay sabe que se folla a todo lo que se mueve, ¿verdad? — me susurró Jock en voz baja, con su aliento haciéndome cosquillas en la oreja. Reprimí un escalofrío.

—No creo que le importe mucho —dije, tratando de mantener la voz baja.

Frente a nosotros, la conversación entre Daniel y Lindsay había subido de tono. Ella estaba roja por la vehemencia que impregnaba cada una de sus palabras. Margaux puso los ojos en blanco y sacó su teléfono con una indiferente diversión.

—¿A quién le toca ahora? —preguntó Jock. Me miraba con un desconcierto encantador que contorneaba sus facciones perfectas.

—Nuestros juegos siempre han tendido a irse a la mierda rápido —dije—. Aunque nunca había visto uno a este nivel.

—Entonces supongo que nos toca a nosotros —contestó él.

Presionó su pierna contra la mía, suavemente. Imaginé la sensación si hubiéramos estado piel con piel, sin la tela del traje y de mi vestido de por medio.

—Verdad o reto —dije en voz baja.

—Verdad.

Y había un millón de cosas que quería preguntarle. *¿Estás enamorado de alguien? ¿Por qué nunca viniste a verme? ¿Qué pasó entre nosotros?*

—¿De qué te avergüenzas más?

Y me miró fijamente, con esos ojos azules como el océano.

—De mis padres —respondió.

Tardé un segundo en recordarlos: Fleurine y Félix, una pareja de Normandía con una pasión por el ballet que solo era superada por la pasión que sentían por su hijo.

—Están orgullosos de mí, pero son… provincianos. Es todo lo que puedo hacer para mantenerlos alejados de estas cosas. —Se le enrojecieron levemente los pómulos—. Siempre me he preguntado si soy adoptado.

—No —dije lentamente—. No, hay algo de ellos en ti. Son realmente encantadores. Su energía. La forma en la que se mueven.

—Supongo —dijo. Nuestras miradas se cruzaron y, por un momento, nos quedamos sentados, mirándonos fijamente mientras las voces de Margaux y Lindsay rebotaban en las paredes que nos rodeaban.

—Sé que tu madre era alta, oscura y elegante —dijo, e hizo una mueca de dolor al tener que usar el verbo en pasado—. ¿Cómo es tu padre? Nunca he oído hablar de él.

No me gusta hablar a los hombres de mi padre. Les pongo demasiado fácil que puedan achacar cualquier inconveniente a los *daddy issues*. Está socialmente aceptado invalidar algo con solo decir: *Tienes problemas con los hombres porque uno te trató como el culo cuando tenías cinco años.*

Pero con uno es suficiente. Uno es suficiente para demostrar que vivimos en un mundo donde pueden ocurrir cosas terribles.

—Mi padre tenía otra familia —respondí—. Bueno, supongo que, técnicamente, nosotras éramos su otra familia. Se mudó a California para estar con ellos cuando yo tenía cinco años.

—Joder. —Parecía realmente consternado—. No sabía que ese tipo de cosas seguían pasando hoy en día.

—Sí, bueno. Internet ha hecho que sea más difícil para los imbéciles como él salirse con la suya, pero esto fue en los años ochenta.

Se acabó la copa de champán.

—Bien, tu turno. Verdad o…

—¡Acabo de contarte un profundo y oscuro secreto! Ni hablar. No es justo. Cuéntame tu más profundo y oscuro secreto.

Dime que me quieres. Dímelo ahora.

Sus mejillas se volvieron a poner rosadas.

—Llevo desde que volviste pensando en invitarte a salir.

Parpadeé, sorprendida de que mi telepatía hubiera surtido efecto.

—No, qué va. —Fue lo primero que me salió.

Se puso aún más rojo. Quise aclarar:

—Yo también. Pero tú…

—¿Qué coño estáis haciendo? —Una voz femenina se coló entre nuestros susurros y nuestras risas, y los cinco volvimos a formar parte de un grupo cuando levantamos la vista y vimos la elegante figura de Nathalie, a contraluz en la puerta del balcón, distante y bestial, como una diosa.

Mi corazón palpitó por la conmoción y el miedo de haber sido descubiertos, esa ansiedad de pensar, *ay, mierda, y ahora qué*, que no sentía desde que era adolescente.

—Volved a la puta fiesta ahora mismo. ¿Creéis que hago esto porque me apetece? Este es nuestro trabajo. Por no hablar de la falta de respeto que es… —Agitó una mano por delante de la cara, aunque el humo se disipaba mucho antes de llegar al balcón—. En fin, si no tenéis respeto por este lugar a vuestra edad, nada de lo que pueda decir os lo va a inculcar. Estáis obligados por contrato a asistir a la gala. Así que os quiero ahí dentro ya mismo.

Nos miraba fijamente y nosotros estábamos todos inmóviles en el sitio, excepto Margaux, que se agarraba de los costados, meándose de risa en silencio.

—¿Y bien?

Nos pusimos en pie, tiramos los cigarrillos encendidos en los posos del champán de Margaux. Nathalie no esperó a que la siguiéramos; sabía que lo haríamos. Sabía que nuestro entrenamiento se impondría.

Y, sin embargo, pensé, con el brazo de Lindsay rodeando mi cintura, con los zapatos en la mano, mientras nuestras risas bajas y preocupadas rebotaban en las paredes y mientras Daniel se arrastraba como un perrito detrás de nosotros, también sentí un extraño placer por haber sido atrapados. Todavía había alguien que nos vigilaba; alguien que se preocupaba por nuestras acciones; alguien que nos daba su aprobación cuando hacíamos algo bien y que nos daba un golpe en la nariz cuando lo hacíamos mal. Alguien cuya mirada nos hacía quedarnos en nuestro lugar en el mundo, nos arrinconaba, nos ataba a la tierra.

Todavía había alguien a quien le importábamos.

CAPÍTULO 11

Marzo de 2000

Las vacaciones de primavera habían comenzado hacía ya una hora y, sin embargo, no me atrevía a marcharme. Después de dejar mis maletas en el vestíbulo con Michelle, la recepcionista de la escuela, bajé por el bosque hasta el lago. Aunque era marzo, había habido una helada tardía y la nieve crujía satisfactoriamente bajo los pies. Cuando llegué al otro lado del bosque, el viento, cada vez más fuerte, me chirrió en los oídos, robándome momentáneamente el aliento.

Más allá del lago, se alzaban los edificios de Nanterre, modernos y feos, de esos que solo se encuentran en los suburbios. La ciudad propiamente dicha había prohibido su construcción tras la construcción de la horrible Torre Montparnasse en los años setenta. Pero había una capa de árboles entre los rascacielos y el lago, y una bandada de gansos revoloteaba por encima, oscureciéndolos aún más.

Pobres gansos. Volvieron a casa demasiado pronto. Regresaron al lugar donde habían nacido y se encontraron con que todo seguía congelado; todos los demás seguían hibernando.

Me puse la capucha, demasiado fina, y me dirigí a un banco con vistas al agua. Me estremecí cuando el frío del metal traspasó los vaqueros.

—¿Delphine?

Con los ojos llorosos por el viento, me di la vuelta y lo vi unos metros detrás de mí. Con las manos en los bolsillos, tan despreocupado como siempre, excepto que había dicho mi verdadero nombre.

—Jock —dije. No pude evitarlo, ese énfasis en la *o* plana, el apodo que se había traído de su verano en Nueva York. Era tan ridículo. Él era tan ridículo.

—¿Puedo sentarme?

Levanté un hombro y contesté:

—Claro.

Se sentó tímidamente al otro lado del banco. Fue una timidez actuada que solo me hizo enfadar más. Como si yo fuera la ridícula, como si fuera tan sensible que tenía que manejarme como a una muñeca de porcelana.

Nunca llegamos a hablar de lo que había pasado en la fiesta de Margaux el verano anterior. En la clase de *Pas de Deux*, nos dedicábamos a llevar a cabo los movimientos sin hacer nunca contacto visual. Y, aunque todavía podía sentir que su mirada me buscaba cuando estábamos todos juntos, especialmente al final de una larga noche, especialmente cuando todos habíamos bebido, nunca se la devolví. Había sido muy tonta. Todo ese tiempo pensando que me deseaba, cuando lo único que quería era… eso.

—Todavía no te has ido —observó.

—Tampoco tú. —El agua ondeaba, arrastrada por el viento en forma de marea. La luz gris brillaba tanto que, durante un segundo, noté que me dolían los ojos y tuve que cerrarlos.

—El parcial de Técnica de los chicos se ha alargado. He perdido el tren.

Al mirarlo, me sorprendió el dramatismo de su postura: la espalda encorvada, los antebrazos apoyados en los muslos, la cabeza baja. Sabía cómo utilizar su cuerpo. Sabía lo que cada ángulo y cada línea comunicaba.

—¿Qué pasa? —pregunté, y me odié a mí misma.

Se giró y sus ojos eran de un azul tan brillante que parecían el único color del mundo.

—¿Qué nos ha pasado, Delfina? Solíamos ser… ya sabes. Colegas.

—¿Colegas? —dije, dejando escapar un deje afilado—. No recuerdo eso.

—Bueno, éramos algo, fuera lo que fuera —dijo con la voz apagada—. Ojalá…

Esperé a ver qué seguía. *Ojalá no te hubiera hecho daño. Ojalá no me hubiera enrollado con Talitha. Ojalá pudiéramos volver a estar juntos*.

Apreté los labios.

—Sí. Yo también.

Sus ojos casi desaparecieron cuando el viento se levantó de nuevo y tuvo que entornarlos para mirarme.

—Me alegro de haberte encontrado —dijo. *Sí, apuesto a que sí, soy todo un amor*—. Hoy he recibido un correo electrónico del New York City Ballet —añadió.

Mi corazón empezó a martillear contra el pecho como un colibrí; mi estómago se había convertido en un pozo. Ya sabía lo que iba a

decir. Todo el mundo en nuestro mundo sabía lo que significaban esas palabras.

—¿Las prácticas? —pregunté. Asintió con la cabeza—. Entonces, ¿vas a aceptarlo? —Giró la palma de la mano hacia el cielo. Fingió impotencia. Era el Ballet de Nueva York, ¿cómo iba a decir que no?

—¡Te van a arruinar la técnica! —grité—. ¿No te importa lo que va a pasar con tu repertorio? Joder, Jacques, ¿ni siquiera vas a hacer una audición para el BOP?

—Es la música —dijo con simpleza—. Allí tratan la música de forma diferente. Se convierten en ella. Y si eres un bailarín masculino, eso significa más oportunidades para demostrar de lo que eres capaz.

La idea de que se fuera me dolía como si me hubieran clavado un sacacorchos que se retorcía en mi interior. Aunque sabía que su ausencia iba a ser insufrible, también sabía que mi reacción en ese momento dictaría lo que pasaría después.

Podría seguir enfadada. Podía conservar esa rabia, mantenerla cerca del pecho como un carbón encendido y negarme a soltarla. Podía hacerlo, pero me quedaría solo con eso. Lo perdería. Para siempre.

O bien: podía darle un beso en la mejilla, pasar mi brazo por dentro del suyo, soltar algún ruido falso que indicara emoción y orgullo. *Tienen suerte de tenerte. Serás increíble. Pero tienes que volver con nosotros. Prométeme que volverás*. Y habría despedidas y, más adelante, llamadas telefónicas y correos electrónicos; tal vez una visita aquí o allá a las ciudades de cada uno. Él seguiría ahí. Nosotros seguiríamos ahí.

Podía aferrarme a mi ira o a él, pero no podía hacer ambas cosas.

Un futuro sin Jock. Un futuro en el que Jock no salía conmigo, no salía con nadie, simplemente se había ido, como si nunca hubiera estado allí. Podía ver el contorno de mi vida contorsionarse alrededor de su ausencia. Podía ver todos los futuros posibles.

Estaba tan enfadada con él. Todavía estaba tan tan enfadada. Pero si no lo tenía cerca para ignorarlo cada día, si no lo tenía cerca para castigarlo una y otra vez… ¿Qué iba a hacer? ¿Atizar las brasas de mi ira sola, guardándola en el pecho como si fuera un tesoro?

No podía ser una de esas chicas. No quería ser como mi madre y odiar a los hombres.

Me obligué a sonreír.

—Igualmente, es increíble. Pero tienes que volver con nosotros. ¡Prométeme que volverás!

Algo parpadeó detrás de sus ojos. Una calidez, una luz que no había visto en años.

Sonrió.

—Quizá algún día. Pero, mientras tanto, Delfina… —Inclinó la cabeza—. ¿Podemos volver a ser colegas?

¿Cuándo hemos sido tú y yo «colegas»? Las palabras estaban ahí.

Pero era o la ira o él. Y cuando extendió su brazo hacia mí, me quedé quieta solo un momento antes de inclinarme y dejar que el calor de su cuerpo me envolviera una vez más.

Septiembre de 2018

El lunes siguiente me desperté con el olor del café, fuerte, amargo y cercano.

—¿Delphine? —dijo suavemente la voz de Stella.

—¿Stella? ¿Va todo bien? —dije mientras me incorporaba.

Stella estaba de pie junto a la cama, con la prensa francesa en una mano y la taza de *I ♥ New York* en la otra.

—Te has quedado dormida, cariño. Siento ser una entrometida, pero me preguntaba si…

Cogí el teléfono. Diez y veinte.

—Joder —murmuré.

Se había acabado el tiempo. Hoy tenía que decirle a Lindsay que estaba fuera de *Zarina*. Y, por mucho que envidiara la hermosa burbuja en la que vivía, la burbuja en la que sus acciones no tenían consecuencias, en la que podía hacer lo que le diera la gana, yo también estaba harta. Era hora de que la rompiera.

Mi plan era ir a buscar a Lindsay para tomar un café temprano, antes de las clases, y luego esconderme en un estudio durante el resto de la mañana para trabajar la secuencia de la boda con Camille mientras ella estaba enfadada. Ahora, si tenía suerte, solo me daría tiempo a localizar a Lindsay antes de que apareciera en el ensayo.

Pero ya había perdido la mañana. ¿Qué iba a hacer esta tarde con los bailarines que aún quedaban? Siempre podíamos improvisar, pero lo odiaba. Improvisar siempre me daba la sensación de estar mostrando mis cartas con demasiada evidencia. Puestos a hacer eso, también podía gritarles a los bailarines: «Mi trabajo es tan fácil, ¡me lo invento todo sobre la marcha!». Ya no podía arriesgarme, y menos con Nathalie respirando en mi nuca. Estaba a un paso en falso de perder el ballet.

Mientras me ponía un jersey, vi a Stella de pie, todavía con el café en la mano y con la mirada fija.

—¿Qué diantres le pasa a esa pared? —preguntó.

A mi madre nunca le importó el aspecto del apartamento. Lo

compró después de que la nombraran estrella, cuando empezaron a llegar los ingresos de sus primeras campañas como modelo. Quería el envoltorio perfecto para su vida perfecta, y lo había conseguido. Pero, más tarde, el baile volvió a tomar el control; le consumió cada segundo de cada día que se pasó despierta. Y luego fue mi turno. El abigarrado mobiliario que había en el interior del apartamento, propio de un piso de estudiantes, seguía siendo un shock para cualquiera que solo hubiera visto el perfecto exterior de ese edificio situado en la place de los Vosgos, con fachadas de ladrillo rojo, un tejado de pizarra gris y arcadas abovedadas del siglo xvii. Habíamos ido adquiriendo los muebles poco a poco; eran una colección de artículos de diferentes décadas que le habían gustado individualmente y que nunca había considerado en su conjunto. Cortinas amarillas del Ikea, una mesa auxiliar de segunda mano, la alfombra de su tía…

Después de que mi madre se retirara de la danza, tenía su enorme pensión de estrella y nada que hacer. Así que se dedicó a pintar obsesivamente, día y noche. Hay peores maneras de expresarse, pero un mural de mariposas en la pared de su habitación fue un poco extremo. Siempre tenían un aspecto ligeramente carnívoro, por muchos ajustes que hiciera. La agencia de alquileres vacacionales había pintado sobre ellas hacía años, pero aún se veía su contorno desvanecido a través de la pintura.

Me reí por la sorpresa y solté el aire tan fuerte que me salió un ronquido.

—Ahí estaban las mariposas de Maman.

—Bueno, creo que tienes una plaga, porque están volviendo —dijo ella con una leve sonrisa.

—Debería llamar a alguien para que vuelva a pintar encima —dije —. Siempre he odiado las mariposas.

—No, qué va.

—¿No? Ahora me dan miedo.

Levantó un costado de la boca.

—Me temo que eso es culpa mía y solo mía. Hubo una primavera en la que tuvimos una racha de mariposas en la ciudad. Debías de tener cinco o seis años. Dios, nunca había sido más popular en el trabajo, todo el mundo estaba fascinado por esa infestación. En fin, te llevé a Buttes-Chaumont para observarlas, pero lo único que querías era atrapar una. Te repetí muchas veces que eran delicadas, que no podías tocarlas sin hacerles daño, pero eras muy pequeña y no terminabas de entenderlo.

—No me acuerdo de eso —dije. Pero, de repente, me golpeó el recuerdo de una sensación como la de las pestañas de alguien parpadeando entre mis palmas.

Ella asintió.

—Y entonces atrapaste a una con las manos. Cuando llegué, ya era demasiado tarde.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿La maté?

—No, fui yo. Fuiste muy cuidadosa, mucho más de lo que hubiera esperado de una cría de tu edad, pero, aun así, le faltaban demasiadas escamas, había demasiado daño estructural para que pudiera volar. Se habría muerto de hambre. Acabé con su agonía.

Me sonrió, con los labios apretados en señal de compasión.

—Creo que no deberías seguir temiendo a las mariposas —dijo.

—¿Soy demasiado mayor?

—No, no es eso —dijo Stella, volviéndose hacia la puerta—. Es solo que… es gracioso, ¿no te parece? Resulta totalmente antievolutivo, eso de que nos asusten las cosas que podemos romper. Deberíamos enfocarnos en lo contrario. En protegerlas, en cuidarlas.

—Bueno, ¿a qué deberíamos temer entonces?

—Es obvio: a las cosas que pueden rompernos a nosotros.

CAPÍTULO 12

Octubre de 2000

Cuando mi madre empezó a trabajar en la empresa, en 1964, algunos de los trajes llevaban más de cien años en uso.

—Mi primer tutú… Bueno, habían reemplazado la parte superior, pero la parte de abajo era toda amarilla, estaba completamente desintegrada. Considérate afortunada —me dijo cuando me dieron el papel en mi primer ballet.

Era el mismo que el primero en el que ella actuó: *El lago de los cisnes.* No es raro que los *quadrilles*, aprendices del coro, los últimos en la fila, se exhiban aquí. Se necesitan ciento veinte bailarines, sesenta de los cuales son cisnes. En toda la compañía somos unas ciento cincuenta personas, pero no van a meter a las estrellas en el equivalente de una línea de coro.

Las estrellas tienen trajes a medida, porque eso es lo que la gente paga por ver. Las medidas de los bailarines principales e incluso de los solistas se guardan en el archivo del gran taller de vestuario. Pero seguimos siendo prescindibles. Aunque tuvieron que ajustar nuestros trajes un poco («Tienes los hombros muy cortos», le dijo una vestuarista de pelo rizado a Lindsay. Ella se la quedó mirando fijamente, sin entender, tanto antes como después de que yo se lo tradujera. Margaux estaba horrorizada porque sus dimensiones se correspondían con las del maniquí grande), el proceso no duró más de quince minutos. Nada que ver con las largas pruebas de vestuario que solía hacer Maman. Quizá algún día.

Para nuestra primera actuación, llegamos al teatro horas antes de que tuviéramos que salir. No estábamos nerviosos. Bueno, solo un poco. Ya habíamos estado en el escenario del Garnier para las galas, para la obra *Sueño de una noche de verano* cuando necesitaron alumnos de la academia para hacer de hadas, y para *El cascanueces.*

Pero esto era diferente.

Una semana antes, en una visita al mercadillo, Lindsay había encontrado un busto de bronce de tres chicas. Sus cabezas estaban giradas hacia el centro, como si sus brazos invisibles estuvieran entrelazados.

—El de los ojos grandes se parece a ti —le dije.

—Sí. Y esta de aquí —dijo refiriéndose a la chica de los ojos triangulares de la derecha— es Margaux.

—¡Y la que tiene cara de sorpresa es Delphine! —dijo Margaux.

La chica del centro no parecía especialmente sorprendida. Sus cejas estaban levantadas, sí. Su boca formaba una ligera *o*, también. Pero me pareció más bien que estaba escuchando a los demás, oyendo algo que no debían saber. Era la consejera, la asesora, la que prestaba atención.

Compramos el busto y trazamos un plan para compartirlo equitativamente. A lo largo del año, viviría con cada una de nosotras durante cuatro meses. Acordamos rotarlo religiosamente para que fuera justo.

—Es una señal —dijo Lindsay balanceando su extremo de la bolsa mientras nos dirigíamos de nuevo al metro—. Sé que lo es. Es una señal.

Las tres, de camino a convertirnos en estrellas. Juntas.

Para esa primera actuación, nuestros turnos para pasar por maquillaje estaban programados dos horas y media antes de que empezara la función. La sala de maquillaje contaba con diez técnicos que trabajaban durante horas antes de las actuaciones, pero éramos tantos que los de menor rango nos veíamos obligados a venir mucho antes, a horas que rozaban lo absurdo.

—Es injusto de cojones —dijo Margaux.

—No pensarás que es tan injusto cuando seas una estrella —dijo Lindsay mientras abría la puerta.

Diez minutos más tarde, salimos, todavía en sudaderas y calentadores, pero con las caras preparadas para el escenario.

—No me gusta cómo te queda este color de pintalabios —me dijo Lindsay unos minutos después, mientras nos estirábamos en la azotea con una Coca-Cola light y un Camel Blues.

Apreté los labios. El maquillador me había dicho que íbamos a ir a por «un bonito tono coral», pero había acabado siendo un naranja estrafalario.

—Sí. Pensé que a todas nos pondrían el mismo —dije. Los labios de Lindsay eran de un bonito color pétalo y los de Margaux, de un rojo vivo.

Lindsay se acercó y me limpió la boca con el dorso de la mano.

—Mierda —dijo Margaux, y estalló en carcajadas.

Lindsay hizo una mueca.

—Ahora lo tienes por toda la cara.

—¡Lindsay! Joder, ¿qué has hecho?

—Tranquila, tranquila. —Empezó a rebuscar en su bolso y sacó maquillaje Max Factor y un tubo de L'Oréal algo—. Mira —dijo mientras desenroscaba el tapón—, este tono se llama *Ballerina Slippers*. Mejor, ¿no?

Me arregló la cara.

Una hora más tarde, nos habíamos puesto los trajes (vestidos de cortesana para el primer acto, los tutús vendrían después) y estábamos en los bastidores esperando para entrar.

Nathalie pasó por delante, su asistenta —Léonie algo, nunca me acordaba de su nombre— la seguía de cerca. Era su actuación de despedida: en diciembre cumplía cuarenta y dos años y se retiraba. Interpretaba a Odette/Odile, el papel principal. Un clásico.

Ni siquiera mi madre, diva donde las haya, tenía asistenta. Noté que me quedaba mirando a Léonie cuando se detuvo frente a nosotras. Hizo ruido al meter la mano en una bolsa de plástico y nos puso un bombón Ferrero Rocher en la palma de cada una.

—*Merde* —dijo ella. Una tradición en ballet. Como los actores, nunca decimos *Buena suerte*, pero *Mucha mierda* suena excesivo. Así que solo decimos: *Mierda*. En plan: *Mierda, al fin y al cabo, es solo un baile*—. De parte de Nathalie.

Estábamos tan desconcertadas por esta muestra de afecto que nos olvidamos de darle las gracias y se marchó corriendo.

—Voy a ver al público —dijo Lindsay, y empezó a dirigirse al escenario. La agarramos cada una de un lado y la hicimos retroceder.

—Ya lo veremos dentro de nada —le dije—. Escucha.

Un momento de silencio, solo se oía el chasquido de la batuta del director de orquesta; luego, empezó la música.

—Tenemos que recordar este momento, chicas —susurró Lindsay por encima de Tchaikovsky.

—Lo haremos.

—Shhh —siseó Margaux.

—Ahora mismo —siguió Lindsay, ignorándola— es el momento en el que comienza nuestra vida de verdad.

Tomamos nuestras respectivas posiciones.

Septiembre de 2018

—¿Qué coño quieres decir con que estoy fuera? —espetó Lindsay.

Se había quedado completamente pálida, excepto por los dos grandes círculos rosados de sus mejillas.

—Ese es mi puto papel. ¿Cómo has podido dárselo a otra? —Su voz resonó en el alto techo de ese estudio de vestuario; las docenas de bailarinas que estaban enfundándose los tutús miraban todas hacia otro lado de forma consciente.

Había llegado sin aliento después de haber tenido que correr desde el metro hasta la Ópera. Había encontrado a Lindsay en el pasillo, justo cuando salía de la clase de la compañía. Tenía una prueba de vestuario programada y no tenía tiempo de ir a tomar un café, así que, como no quería que se presentara al ensayo de esa tarde, no tuve más remedio que seguirla hasta el *atelier flou,* donde me encontré con que, aparentemente, todo el puto mundo tenía también una prueba de vestuario ese mismo día.

Le puse una mano en el hombro.

—Como ya te he dicho, creo de verdad que deberíamos hablar de esto en algún lugar más…

Tenía las manos en la cintura, por encima del tutú a medio abrochar, como una escultura de Degas enfadada.

—No, vamos a hablarlo aquí. ¿Qué coño he hecho?

La miré fijamente.

—Le has dado una patada en la cara a tu suplente.

Su mirada se desvió.

—Eso fue un accidente.

—¿Segura?

Ella parpadeó. Conocía muy bien esa expresión: inexpresiva, angelical. *¿Quién? ¿Yo?* La utilizaba siempre que alguien se enfadaba con ella y trataba de librarse.

—Pero somos amigas. Tú y yo.

Suspiré, más fuerte de lo que pretendía.

—Sí, pero venga ya. Todo tiene un límite, incluso entre nosotras. ¡Lo hiciste delante de todos, Lindsay! ¿Qué creías que iba a pasar?

—¡Lo hice sin pensar! —espetó—. Pero ¿no puedes arreglarlo? ¿Qué sentido tiene que estés aquí si no puedes?

Au. Sabía que me merecía algo mucho peor que eso, pero eso no impidió que se me clavara en la garganta como una espina.

Al otro lado de la habitación, vi que Louis no nos quitaba el ojo de encima. ¿Cómo era posible que todavía estuviera en la compañía? Su fecha de caducidad no podía estar muy lejos. Tenía… ¿qué? ¿Veintitrés años cuando salió con Nathalie? La diferencia de edad de dieciocho años había causado sensación en la empresa. Cuarenta y uno tenía ella. Bueno, pronto se iría. Le fruncí el ceño y él enarcó las cejas y se dio la vuelta.

Lindsay no había dejado de hablar.

—¿Sabes lo que me decía mi padre cuando era pequeña? «Puedes ser lo que te propongas». Y, cada día, eso es lo único en lo que me centro. En desearlo. En esforzarme más. En seguir adelante. ¿Y luego me echan del ballet de mi amiga? ¿En serio soy tan mala?

Estiré la mano y le agarré la muñeca.

—No se trata de cómo bailas. Se trata de tu comportamiento.

—Eso es una gilipollez. Nadie puede encajar en este papel mejor que yo. Nadie trabaja más duro. Este lugar es una mierda.

—Escúchame —dije con tanta vehemencia que en sus ojos creí ver que, por primera vez, me estaba escuchando de verdad—. Eres una gran bailarina. De verdad, una gran bailarina.

Lindsay negó con la cabeza.

—Si eso fuera cierto, no me estarías echando. No importaría lo mal que me portase en los ensayos. Nunca voy a tener otra oportunidad como esta, Delphine. Sabes cuánto me odia Nathalie. Nunca más me incluirá en algo bueno.

No provoques a Lindsay. *No la hagas enfadar*. Esos habían sido mis mantras internos durante toda la adolescencia. Ahora los estaba apartando a un lado.

Tenía que entenderlo. Tenía que hacer que lo entendiera.

—Está bien —dije lentamente—. ¿Realmente quieres saber por qué has perdido el papel? ¿Realmente quieres saber qué está pasando?

—Sí —dijo, prestándome plena atención.

Me froté los ojos.

—Es por el baile en pareja.

—¿Qué? —Arrugó la frente.

—Eres genial como solista, pero en un *pas de deux*… te quedas tiesa. No es por haberle hecho sangre a Camille. Aunque sobra decir que esa mierda no ha ayudado, pero ese no es el mayor problema.

Observé su rostro con atención, medio lamentando las palabras que había pronunciado. Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—El problema —dije— es que, en el momento en que bailas con otra persona…, cambias.

Tragué saliva, esperando que entrara en erupción.

Pero algo se había iluminado en sus ojos.

—¿Eso es todo?

¿Acaso no me había escuchado bien? Tienes que ser capaz de bailar en pareja para convertirte en bailarina principal. Y tienes que hacerlo mejor que casi cualquier otra persona en la tierra.

—Eso lo puedo arreglar —dijo.

¿Podía? Aunque pudiera, sería irrelevante.

—Creo que en el marco de tiempo que tenemos para este ballet…

—No estará en el programa hasta la próxima temporada, como muy pronto.

Dudé.

—A ver. Te olvidas de que aquí hay dos cosas. Lo de las parejas nunca fue el principal problema para mí. —Debería haberlo sido, pero no lo fue—. Pero si mantengo tu puesto en la obra, le estoy diciendo al resto del elenco que no me importa cómo se comportan o, peor aún, que estoy priorizando tus sentimientos por sobre del ballet.

Hizo una mueca.

—¿Por qué te parece peor eso?

Me pasé los dedos por el pelo. Si ella no era capaz de ver por qué, yo no podía explicárselo. Sacudí la cabeza en señal de derrota.

Ella sonrió.

—Cambiarás de opinión. Ahora sé lo que me pasa. Y voy a mejorar tanto que no podrás decir que no —dijo.

—¡Lindsay! —supliqué—. No puedo, no voy a dártelo de nuevo. ¿Qué parte es la que no entiendes?

Permaneció en silencio durante mucho tiempo, y luego sacudió la cabeza como un perro mojado.

—Entonces para tu siguiente pieza. Y la siguiente, y la siguiente. Lo de bailar en pareja se puede arreglar. Solo tengo que hacerlo bien, eso es todo.

No había forma de decir: *Esto no es un problema que se pueda solucionar*.

—Bueno —respondí—. Igual sí.

—Necesito a alguien con quien practicar. ¿Quién crees que es la mejor pareja de la compañía?

El corazón me dio un vuelco.

—Jock, probablemente.

—Sí, yo también lo creo —dijo ella, y puso cara de circunstancias —. ¿Qué tal alguien más joven? ¿Alguien que tenga algo que demostrar? ¿Alguien que realmente quiera conseguirlo?

—Pues… —Me quedé con la boca abierta. Todos querían. Ese era el problema.

—¿Qué es lo que quieres realmente? —dijo, como si fuera la primera vez que pensaba en esa pregunta.

Me reí.

—¿Que qué quiero yo?

—Cuando me enteré de que volvías, pensé: *Vale, quiere darse a conocer*. Pero vas y sales con este ballet… —Sacudió la cabeza—. Cualquiera pensaría que es idea de un comité de tíos blancos. No es algo que Pina Bausch haría.

Pina Bausch, la coreógrafa alemana que fusionó la danza y el

teatro en algo totalmente nuevo con sus bailarines locos y risueños y sus fantásticos decorados. No, ella no habría hecho *Zarina*.

—No soy Pina Bausch —dije con un hilo de voz.

—Lo sé. Así que, ¿quién eres, entonces? ¿Qué quieres?

Pensé por un momento.

—Quiero hacer un ballet que realmente signifique algo para mí. Algo que no solo sea decorativo. Algo que muestre al mundo lo que es… No sé, enamorarse, tener esta experiencia que se supone que es el epítome de la vida de una mujer y lo mejor que te ha pasado, para que luego se convierta en tu perdición. —*Demasiado lejos*. *Has ido demasiado lejos*. Me quedé callada.

Lindsay se echó hacia atrás y arrugó la nariz.

—Me pregunto si Claude estaría dispuesto a practicar —dijo ella.

Me encogí de hombros. Aunque tenían el mismo rango, ella tenía una década más de experiencia que él y tal vez estuviera dispuesto a ayudarla. A pesar de su reputación de compañera difícil. Quizá eso fuera incluso un aliciente. Era un *sujet* de veintiún años, tenía dos décadas para llegar a principal y luego a estrella; Lindsay no sería la última bailarina difícil con la que tuviera que bailar si quería llegar a la cima.

—Apuesto a que lo haría —dije—. ¿Por qué no se lo preguntas?

Tenía que irse a clase, así que la vi partir, aliviada y mareada a la vez. Ya estaba hecho. La había echado. Y todavía éramos amigas, ¿no?

Estaba bien poner límites. Era algo sano.

Pero de repente, me sentí muy sola.

Los ojos de todos los que estaban en la sala evitaban posarse sobre los míos mientras recogía las cosas.

Y entonces lo vi. En mi visión periférica: un movimiento fugaz en la zona de vestuario. La cortina de la derecha se balanceaba de un lado a otro, como si la acabaran de mover, pero cuando la aparté, no había nadie.

CAPÍTULO 13

Septiembre de 2003

—¿Quieres hacer el favor de comer algo, Maman?

Estábamos sentadas en unos taburetes rojos, enfrente la una de la otra, en la mesita de la cocina, igual que cuando yo tenía cinco años. Solo que yo ya no tenía cinco años; tenía veintiuno y, si hubiera podido permitirme un apartamento tan céntrico como el suyo, me habría ido de allí ese mismo día. Pero no tenía el sueldo de una estrella —todavía, como ella decía— y mudarme no tenía sentido. Por el momento.

Mi madre dejó el tenedor sobre el hule de cuadros. Siempre se comía la mitad de cualquier comida que le ponían delante («Este es el secreto de mi éxito», solía decir mientras tiraba las sobras al cubo de basura), pero ese día era ridículo.

—¿Podemos hablar? —dijo ella.

Había hecho algo malo. ¿Fue ese poquito de cocaína en la fiesta de Marisol el mes pasado? Fue muy poca cosa, odié mucho el sabor que tenía y me aseguré de que ninguna de las bailarinas mayores estuviera allí, nadie que pudiera delatarme.

Puso su mano fría sobre mis dedos, que se agarraban a la mesa.

—Tranquila. No es nada grave.

Solo cosas graves vienen después de esas palabras.

—No quería molestarte durante la temporada, lo estabas haciendo tan bien… No me sorprendería que te nombraran solista el año que viene.

Probablemente, Marc había hablado con ella. Tenía que ser más respetuosa en clase. ¿Era eso?

O… o iba a vender el apartamento para, por fin, volver a Niza.

O… sabía algo de la empresa, algo del ciclo de ascensos, y trataba de decírmelo con delicadeza. Pero mi madre nunca en su vida había dado una noticia profesional con suavidad.

Una infinidad de tragedias pasaron por mi mente. Y, sin embargo, mientras aún estábamos en ese espacio intermedio, en ese momento antes de que ella dijera lo que iba mal, una parte de mí se deleitó barajando las posibilidades. Todas eran verdaderas, lo que significaba que ninguna lo era.

—Delphine, no pongas esa cara de terror —dijo, y respiró profundamente—. Es solo un poco de cáncer, nada más.

Las palabras no tenían sentido.

¿Había estado hablando en inglés durante demasiado tiempo?

«Solo».

«Solo» no pegaba con la palabra «cáncer». «Poco» tampoco.

—¿Cáncer? —pregunté—. No, no es eso.

—Lo es, me temo. Un poco de cáncer de estómago.

—Eso no tiene ningún sentido. Nunca te metes nada en el estómago.

Su rostro se contorsionó para crear la mueca que hacía cuando yo decía una tontería.

—No, lo digo en serio. ¿No son solo los estadounidenses los que tienen ese tipo de cosas? En plan, por lo de comer comida rápida tres veces al día.

—Al parecer, eso marca muy poco la diferencia. O, en mi caso, no tuvo nada que ver.

—Pero, igualmente, creo que… No puede ser, ¿no? Tienes que ir a otro médico.

—Delphine, tengo cáncer de estómago en estadio tres. —Lo dijo con un extraño énfasis, como si fuera el nombre de un ballet—. Está atravesando el revestimiento y llegando a dos ganglios linfáticos. No se equivocan. ¿Vale?

—Pero… pero… —Se me estaban agotando las objeciones. Sentí que me desinflaba, como si todos mis órganos fueran envasados al vacío; pronto, solo sería un pequeño paquete de carne y huesos.

Tenía cáncer. Estadio tres. Eso sonaba mal. ¿Cuántos estadios había? No lo sabía. En ese momento de mi vida, no sabía nada sobre el cáncer, no sabía nada sobre los ganglios linfáticos, ni siquiera sabía la diferencia entre radiación y quimioterapia.

Pero estaba a punto de descubrirlo.

—¿Qué pueden hacer?

Encogió esos hombros suyos tan pequeños. Debía haber perdido unos cuatro kilos desde el verano anterior. Debería haberlo visto, había estado ciega. Si hubiera estado atenta, esto no habría pasado. Si la hubiera hecho ir al médico antes, ahora estaría bien. Yo era todo lo que tenía y era inútil, no era nada.

—Empecé la radiación el mes pasado.

—¡El mes pasado!

Un mes hacía que pasaba por esto. Un mes en el que yo me paseaba felizmente por los pasillos de la Ópera, asistiendo a clases y actuando y saliendo de copas, y, todo ese tiempo, ella había estado aquí, delante de mis narices, pasando por esto sola.

—Stella me ha acompañado —añadió—. Ha sido un amor. Ya ha pasado por todo esto antes, con su marido, ya sabes…

—Pero ¡él se murió!

Estaba tratando de no llorar. Si yo fuera ella, no querría que llorara. Pero entonces se me escaparon unos sollozos agudos que provenían de lo alto de mi pecho, y ella se acercó a mí. Ella. Ella a mí.

—Delphine —susurró mientras apoyaba mi cabeza contra su cuerpo—. Delphine, cariño. Ya está. Venga, ya está. Todo va a ir bien.

Y, aunque todavía no sabía nada, aunque todavía estaba envuelta en el algodón de mi ignorancia, sí sabía esto: las cosas no iban a ir bien. Quizá nunca más.

Octubre de 2018

Por mucho que la quisiera, por mucho que hubiera luchado por ella, una vez que Lindsay salió de *Zarina*, todo empezó a encajar. Durante la semana siguiente, centré los ensayos en Jock, Camille y Claude. Si iba a cagarla otra vez, no quería que fuera ante un público que pudiera difundir mi fracaso por la compañía. Además, aquí mandaba yo, este era mi terreno; y no necesitaba que nadie me quitara el protagonismo en mi mejor momento. Especialmente, delante de Jock.

Los bailarines hacían lo que les decía, y lo hacían con gracia. Esa semana, estuvimos trabajando en más escenas de Rasputín. Tras la llegada de Alix a un país que no la veía más que como una maldición, había una cosa que podía hacer para que el pueblo ruso la amara: darles un hijo, un heredero. Y lo intentó. Ay, si lo intentó… Las cartas entre ella y Nicky se volvieron vergonzosamente eróticas en los primeros años después de su matrimonio. Y, en cierto sentido, su prodigiosa actividad amorosa tuvo éxito, ya que tuvieron cuatro descendientes en seis años. Pero eran todas niñas.

Cuando concebí el ballet por primera vez, pensé que los nacimientos de las hijas debían ocupar todo el segundo acto, ya que eso crearía una expectación tan insoportable como la que debió sentir con cada concepción, sin saber si, finalmente, había tenido éxito; si esta vez sería la que le daría a su marido, a su país, un niño.

Camille, Claude y Jock bailaron para mí hasta bien entrada la

noche, saltando, levantándose y haciendo piruetas. A través de las ventanas que había detrás de ellos, el cielo de París dio paso a la noche: pasó del azul brillante del crepúsculo a un color violeta fosforito que dio paso a una oscuridad estremecedora. Si inclinaba un poco el cuello, desde una de las ventanas se veía la torre Eiffel iluminada en oro, como un árbol de Navidad; a través de otra, se veía la Basílica del Sagrado Corazón encaramada sobre la ciudad, como una abuela corpulenta.

Era un placer dirigir mi propia clase. En San Petersburgo, incluso después de conseguir piezas propias en las que trabajar, incluso después de encontrar mi fuego, siempre era *la novia del gran coreógrafo*, y así habría seguido siendo por los siglos de los siglos. No importaba cuánto tiempo pasara en los archivos del Mariinsky, estudiando imágenes y más imágenes de bailarines muertos hacía tiempo; no importaba cuántas horas dedicara a aprender ruso con Rosetta Stone; no importaba cuántos libros leyera para tratar de demostrarme a mí misma que ya no era esa niña que había aprobado Historia por los pelos… Por algún motivo, nunca llegué a ganarme su respeto.

Pero aquí, por primera vez, estaba deseando llegar y enfrentarme a los bailarines para enseñarles lo que se me había ocurrido. Lo que había imaginado para sus cuerpos. Empezaba a sentir que todo era posible. Que podía hacer que todo fuera posible.

—¿Cuánto tiempo puedes aguantar un arabesco? —le pregunté a Camille una noche después de cinco horas de ensayo.

Negó con la cabeza. El pelo rubio le caía sobre los hombros.

—Nunca lo he cronometrado.

—Intentémoslo. —Puse en marcha el cronómetro de mi teléfono y la observé mientras hacía la pose. *En pointe* con un pie y con la otra pierna levantada hacia atrás, hasta donde le llegaba. Pasaron diez segundos. Veinte. No empezó a temblar hasta los cuarenta—. Aguanta —susurré cuando el pie trasero le empezó a temblar. Cincuenta—. ¡Aguanta, Camille! —Grité más fuerte.

Aguantó un minuto y diez segundos antes de que la dejara bajar.

—Sigue practicando. Quiero que aguantes un minuto fácilmente mientras los demás bailan a tu alrededor para cuando conozcas a Rasputín y te despierte esa nueva esperanza.

Cuanto más veía de lo que Camille era capaz, más quería mostrarla al mundo: *Mirad a esta belleza. Mirad la precocidad. Mirad mi creación.* Y también había algo más que eso, aunque era difícil de admitir incluso ante mí misma. Camille solo tenía diecinueve años. Tenía los fundamentos técnicos perfectos para un papel principal, pero ninguno de los malos hábitos o rarezas estilísticas de las bailarinas

mayores. Era perfecta, como arcilla moldeable.

Y es posible que, si hubiera seguido enfocándome en ella, las cosas hubieran ido de manera diferente. Pero cuanto más trabajaba con los hombres, más me intrigaba lo que podían hacer también. Más necesitaba utilizarlos.

Cuando las luces a lo largo del río cobraban vida cada noche, Claude demostraba también su valía. En la vida cotidiana, no había nada de tímido ni de retraído en él, pero, durante esas horas, era capaz de ponerse la incomodidad del zar con el liderazgo como un disfraz. Era desdichado y digno a la vez. A cada paso, se convertía en ese hombre que preferiría haber estado cuidando su jardín o montando a caballo que jugando a ser un estadista. Era tierno y trágico al mismo tiempo. En el ballet, hay muchos menos papeles importantes para hombres que para mujeres, y cada vez que lo veía, pensaba: *He hecho bien en darle esto*. *Se lo merece*.

Y Jock.

Durante los últimos trece años, Jock había sido como un monumento nacional en mi mente. Como el arco del Triunfo. Grandioso, imponente, inamovible. Y pensaba: *No puede ser tan impresionante en la vida real. Lo recuerdo mal. Está claro que, cuando lo vea bailar de nuevo, volverá a ser de tamaño natural*. Al fin y al cabo, parte de su atractivo era que era el antídoto perfecto para Dmitri. Las elegantes líneas de Jock frente al sólido volumen de Dmitri. Las risas de Jock frente a los resoplidos de Dmitri. La forma en que Jock inclinaba la cabeza cuando escuchaba frente a la mirada oscura y penetrante de Dmitri.

Y, sin embargo, saber esto no lo hizo empequeñecer dentro de mi cabeza. Seguía siendo, y seguiría siendo siempre, el que se había escapado. Y verlo ahora en su máximo esplendor me producía un dolor vertiginoso en la nuca.

Dejando de lado el hecho de que no había dado ni un solo paso más desde la gala o que sonreía y charlaba con Camille tanto como conmigo, seguía sin lograr adivinar qué era exactamente lo que no cuadraba. Algo en su porte, algo en su aura. La técnica de Jock era impecable y, sin embargo, el papel que yo había creado para él sacaba lo peor de su persona. Cada vez que lo veía meterse en el papel de Rasputín y adoptar sus formas taimadas y astutas, temblaba. Era mi trabajo llevarlo ahí, acercarlo hacia lo espeluznante, y, sin embargo…, no quería verlo. No quería verlo levantando a las chicas anónimas del coro, las cortesanas, con sus manos; no quería verlo comiéndole la oreja a la zarina para que se olvidara de todo menos de él.

No era justo para él. Su talento y su presencia eran asombrosos. Pero me resultaba imposible de ver.

Sin embargo, Rasputín… Decían que podía hipnotizarte con los ojos.

Por mucho que lo odiara, mientras veía a Jock moverse peligrosamente por el estudio, pensé: *Debería comprimir la línea de tiempo, hacer que todas las hijas lleguen en una sola escena, así podemos pasar por fin al hijo*. Alexei, el niño con hemofilia, la maldición real, la condición que ya había matado al hermano y al tío de Alix. Y con ello, la llegada del sanador místico. La llegada de Rasputín.

Una vez que Rasputín entró en la vida de Alix, todo se fue al infierno. El hombre era repugnante: un monje caído en desgracia con un prodigioso apetito sexual (o eso decían los rumores, y yo me lo creía), sin modales y con una esposa e hijos que había dejado en Siberia para jugar en la *Tsárskoye Seló* con los nobles. El pueblo ruso ya de por sí odiaba la influencia que la alemana Alix tenía sobre su marido, pero odiaba aún más la influencia que este «monje loco» tenía sobre ella. Corrieron todo tipo de chismes por San Petersburgo sobre su relación; hubo algunas caricaturas verdaderamente sucias de Rasputín y Alix. Y, sin embargo, él era el único que podía detener las hemorragias del bebé y, por lo tanto, era el único al que ella le confiaba la más preciada de las creaciones. Su legado.

Cuanto más me imaginaba a Rasputín, cuanto más observaba a Jock, más me surgía otro pensamiento persistente: al final, quizá sí que era una historia de amor. Pero un tipo de historia de amor diferente. Una que iba sobre el poder.

Bueno, de todas formas, ¿no es de eso sobre lo que tratan todas las historias de amor?

Deseaba que Jock no fuera tan… malicioso mientras bailaba. Deseaba que se animara un poco, que dejara que se filtrara un poco de su encanto infantil a través de esa furiosa fachada.

Pero era una estrella y lo había sido durante años. Era un profesional. Y nunca lo hizo.

En nuestro quinto día de ensayo, estaba dando vueltas y saltando como nunca antes había visto. La velocidad. La potencia. La rabia. Era puro Rasputín, y yo no podía soportarlo. Mi ballet estaba pasando a ser todo sobre él, y era magnífico, pero también era como si estuviera clavando una estaca en mi propio corazón con cada paso.

—Dejémoslo por hoy —dije, y apagué la música. Jock se detuvo bruscamente entre Camille y Claude. Los tres estaban empapados de sudor, con manchas en la parte trasera, en la delantera y en las axilas de sus *maillots*—. Marchaos a casa. Duchaos. Habéis hecho un buen trabajo esta semana.

Cuando Claude y Camille salieron del estudio, Jock se acercó, con esos ojos claros clavados en mí.

Sentí que el calor recorría mi cuerpo.

—Es realmente bueno, Delfina —dijo—. Todo empieza a encajar bien.

No pude evitar sonrojarme ante los elogios. No necesitaba que me dijera que era bueno. Que yo era buena. Y, aun así, era lo único que quería escuchar.

CAPÍTULO 14

Febrero de 2004

Dmitri Sokalov llegó a París cuando tenía veintidós años. Los rumores le precedían; había llegado el *coreógrafo ruso*. Sus obras oscuras y místicas llegaban a París, a nosotros. Mientras nos hacíamos mayores, su nombre aparecía regularmente en las revistas de danza: era un genio, un niño prodigio que nunca se había formado como bailarín y que había creado su primer ballet (*La zapatilla de oro*) a los diecisiete años. Con el paso de los años, amplió su repertorio, pero siempre en la misma dirección: el folclore ruso, las historias del pueblo; mezclaba las danzas folclóricas con el ballet clásico. Y ahora iba a estar cuatro meses en el BOP, donde crearía una pieza corta con no más de tres o cuatro bailarines para una función especial de primavera.

—¿Quién sabe? Tal vez nos elija a nosotras —les dije a Lindsay y Margaux.

—Vuelve a poner los pies en la tierra —dijo Margaux. El evidente placer por haber encontrado la expresión idiomática adecuada rebajó su mezquindad—. Estaremos en el coro. Ni de coña nos elegirá.

—Puede que sí —dijo Lindsay.

Y cuando llegó, con sus cejas feroces y el pelo negro salvaje, le bastó una clase para elegirme. Yo, dos solistas y un principal.

—Qué cabrona —dijo Lindsay al ver la lista de seleccionados, pero con una sonrisa.

El día de nuestro primer ensayo, respiré profundamente antes de atravesar las puertas del estudio. Sonreí a Laure y Charlotte, las dos solistas, y traté de mantener la misma actitud ante Sophie, la principal.

Debían estar preguntándose qué coño hacía yo allí: ellas habían subido la ladera, habían trabajado duro para llegar hasta aquí, habían invertido tiempo. ¿Quién carajo era yo? Me escabullí hacia la barra y

empecé a estirar para tratar de mantener los músculos calientes.

Veinte minutos más tarde, no se me ocurrían más estiramientos que hacer, así que estaba doblada sobre mis piernas, con la cara vuelta hacia la pared, cuando entró Dmitri.

—Bien —dijo, mirando a su alrededor—. Sí, bien. Empezamos.

Su francés era rudimentario, pero no necesitábamos hablar el mismo idioma: teníamos el cuerpo. La pieza estaba ambientada con una música extraña y moderna. No era mi favorita, pero siempre me tocaba hacer cosas así. Las cosas raras. Al oír un tono particularmente discordante, di un respingo.

—Guitarra rusa —dijo Dmitri con satisfacción.

Nunca había trabajado directamente con un coreógrafo. Normalmente, aprendíamos el repertorio clásico de los maestros y maestras del ballet, que lo aprendían cuando eran bailarines de los maestros y maestras de ballet anteriores. Ver a alguien inventando los pasos… bueno, en otras compañías quizá era normal. En el BOP, era normal si ya eras una estrella. Pero, para una bailarina novata, fue toda una revelación.

Y capté algo en sus ojos oscuros y brillantes. Algo que los otros bailarines no veían. Pronto le ayudé a explicar las secuencias a los demás. Traducía los movimientos a discurso para ellos y luego veía cómo lo pasaban a la acción. Yo no hablaba ni papa de ruso; él apenas hablaba francés, y menos aún inglés. Y, sin embargo, con un simple movimiento de dedos, era capaz de entender que quería decir «saca la cadera hacia un lado».

—Quiere que gires, que te retuerzas en el suelo, que hagas un gigantesco empujón hacia arriba con la pierna derecha, y luego… —Volví a mirarlo. Hizo girar un dedo alrededor de la otra mano doblada —. Haces una pirueta. Pero mientras sigues agachada. Algo así como… abrirte camino empujando.

Sophie asintió. La música comenzó; cuando llegó a la pirueta, Dmitri abrió la boca. Se detuvo al observarla.

—No es lo que quería —me dijo.

—Ah. Perdón.

Me dio un golpecito en la barbilla, un gesto extraño y anticuado.

—Es mejor —sentenció.

Era la primera vez que alguien me felicitaba por mi mente.

Tenía veintidós años.

Octubre de 2018

En esa mugrienta cafetería, traté de captar la atención de Margaux, pero se las había arreglado para sentarse en la silla de modo que su rostro se inclinaba hacia el techo, con los ojos entrecerrados, logrando una clásica mirada de Hollywood. A su lado, Lindsay tenía la vista fija en sus manos sobre el regazo e iba arrancándose las cutículas con el dedo índice.

En la gala, fui una ilusa al creer que la acogedora fortaleza de nuestra amistad nos rodearía de nuevo y nos apartaría del resto del mundo. Pero había sido una ilusión temporal. Despedir a Lindsay lo había demostrado.

Tenía que arreglar las cosas.

Después de una semana trabajando solo con las estrellas, esa misma tarde había traído a todo el reparto. Margaux era profesional. Competente. Distante. Al terminar el ensayo, la agarré de la muñeca.

—¿Vienes conmigo?

Se soltó.

—Estoy ocupada.

—Hemos acabado temprano. Venga… —Metí el brazo a través del suyo—. Vamos a buscar a Linds.

Sin el humo que solía impregnar el Cordial Café cuando éramos adolescentes, todo parecía demasiado brillante, demasiado real. El Cordial era el sitio al que íbamos siempre entre ensayos. Casi todo lo que está cerca de la Ópera es una especie de monumento histórico —Hemingway bebía aquí, Zola escribía allí…— y no podíamos permitirnos los consiguientes cafés a nueve euros, así que nos íbamos al Cordial, que estaba unas manzanas más allá del Palacio Garnier, de espaldas al Hard Rock Cafe y a los cines y al mundo exterior.

—Bueno, ¿alguna novedad? ¿Cómo va *El lago de los cisnes*?

Lindsay abrió la boca para responder, no antes de que Margaux gruñera desde lo más profundo de su garganta.

—Es todo igual que siempre, Delphine. La misma eternidad congelada en el escenario. El mismo escenario viviente de siempre. El mismo infierno.

—Perdón por preguntar —dije en voz baja y a la defensiva.

Margaux se incorporó.

—Nos acabamos el café y nos vamos —dijo, rodeando con las manos lo que, en realidad, era una copa de vino. Intenté captar la atención de Lindsay, pero estaba mirando su taza. Cuando la despedí la semana anterior, parecía estar dispuesta a cambiar, a mejorar. ¿Qué había pasado desde entonces?

En los espejos, a todas se nos veía muy cansadas. Estudié nuestros reflejos mientras Margaux levantaba un brazo para llamar al camarero y pedirle la cuenta; Lindsay mantenía la mirada fija en el suelo de

baldosas blancas y negras.

Una bandada de adolescentes entró a toda prisa. Supe quiénes eran con solo un vistazo. Pequeñas ratas (estudiantes de danza) que se quedaban en la ciudad por una noche y querían matar las horas antes de la actuación de ese día en la Ópera. Lo que los delataba no era lo que llevaban puesto, ni siquiera lo que decían; era la forma en que se comportaban: estaban orgullosos de ser observados, seguros de que los días seguirían su rumbo y estarían llenos de aventuras, misterios y emociones.

Por un segundo, los espejos se convirtieron en una ventana a quince años atrás. Si lograra encontrar una forma de traspasar. Si lograra romper el cristal…

Quería decirles: *Un día, mucho antes de lo que creéis, os vais a despertar y vais a ser exactamente como nosotras*.

—Venga, chicas —dije una vez que el camarero hubo colocado la cuenta en la mesa—. ¿No me he perdido ningún cotilleo? Nadie le cuenta nada a la coreógrafa —añadí en broma.

Margaux hizo un sonido de disgusto.

—La chismosa es ella —dijo mientras señalaba a Lindsay con su afilada barbilla—. Ella y tú.

Por un segundo, mi corazón se detuvo: ¿Margaux le había contado a Lindsay lo que hicimos años atrás? ¿Cómo lo habíamos arruinado todo? ¿Sabía Lindsay ahora que era posible amar a alguien y que, aun así, esa persona podía traicionarte? ¿Que era posible dar todo lo que tenías y, aun así, no ser suficiente?

Miré fijamente a Margaux. Los recuerdos entre nosotras se espesaban.

Finalmente, puso los ojos en blanco.

—Todo el mundo piensa que eres ridícula —empezó—. ¿Este ballet, Delphine? Este ballet… —Y entonces empezó a despotricar en francés—. Vuelves aquí metida en tu pequeña burbuja, pretendes hacer una obra poco original que va sobre la puta misoginia en el siglo xix y que nadie sabe por qué cojones te gusta tanto, aparte de por la gran tragedia en sí, y, luego, nos traicionas. Traicionas a Lindsay y la conviertes en un hazmerreír.

Mis labios estaban separados, mi cuerpo listo para responder, pero mi mente estaba atascada. Lindsay se limitó a seguir mirando el suelo y pasar la punta del pie por las grietas de las baldosas.

—Puedes llamarlo *Zarina*, pero ni siquiera es un ballet sobre una mujer, Delphine. Ya no. Es sobre un puto charlatán, cuando debería ser sobre cómo toda una sociedad, cómo todo un orden mundial, se propuso borrar la existencia de esa mujer, convirtiéndola en poco más que un útero defectuoso. Si hicieras el ballet sobre eso, mira, todavía

podría llegar a algo, pero te has metido de lleno en esas estructuras patriarcales y ya ni siquiera lo ves. —Levantó la cara hacia el techo—. Pensé que tenías más que ofrecer. Lo tenías. Pero ya no lo tienes.

Lindsay se había vuelto de un color blanco pergamino.

—A mí me gusta —dijo en voz baja, con suavidad y en francés.

Margaux alargó el brazo para agarrarle la mano.

—Bueno. Lamento que te sientas así, pero… joder, Margaux, estás en *El lago de los cisnes.* ¿Estructuras patriarcales? —Aquella leve irritación que sentía en lo más profundo de mi piel se había convertido rápidamente en una rabia absoluta—. Y no tuviste ningún problema con el ballet hasta que tuve que tomar algunas decisiones artísticas difíciles. Decisiones con las que, por cierto, estarías de acuerdo si pensaras en el BOP.

—¿Estás de broma? Tienes a una chavala de diecinueve años sin experiencia en la vida tratando de encarnar a una solitaria y desesperada madre de cuatro hijos. No tengo muy claro que podamos seguir confiando en tus «decisiones artísticas».

El calor de mi ira surfeó sobre mi piel.

—Bien. Si no ves el talento de Camille a estas alturas, entonces la que no se entera eres tú. Aun así, yo también creía que Lindsay debía tener ese papel. —Lindsay bajó la mirada—. Sí, así es. Y ella… —empecé, pero me corté. No valía la pena—. Bueno, ya no hay nada que pueda hacer al respecto.

—Y una mierda.

—¡Ay, mira, vete a tomar por culo! Entonces, lo que quieres decir es que te avergüenza bailar un papel que creé para ti. ¿De verdad es una humillación tan grande ser el origen del papel de la reina Victoria?

El rostro de Margaux se quedó extrañamente tranquilo.

—Quieres lo que no deberías querer —dijo lentamente—. Hace siglos que dejé de preocuparme por estas mierdas. Empecé a buscar una puta vía de escape. Lo sabrías si hubieras formado parte de mi vida en la última década.

—¿Y dónde has estado tú? Hay vuelos a San Petersburgo todos los días, Margaux. Podrías haber venido a mí. Yo, al menos, estaba ocupada haciendo algo, empezando una nueva vida, convirtiéndome en coreógrafa. Creí que hacías lo mismo, pero ahora está muy claro que solo estabas… desmoronándote. Y es una pena, porque hubo una época en la podrías haber sido una estrella. —Dejé que mis palabras calaran en ella—. Tiempo atrás.

Mientras me abría paso a través de todos esos adolescentes que se interponían en el camino entre nosotras y la puerta, sentí que la justicia de mi ira palpitaba sobre la piel como el calor. Yo era la parte

perjudicada. Ahora me tocaba a mí enfadarme.

Y me sentía muy pero que muy bien.

CAPÍTULO 15

Marzo de 2004

Aplausos, luces apagadas, cajas torácicas agitadas; nos alineamos para hacer las reverencias. Dmitri subió al escenario; sus vaqueros negros y el jersey de cuello alto destacaban entre nuestros trajes de color beige. Desde que había llegado a París, se había dejado crecer la barba; ahora una mata de pelo negro le cubría toda la mandíbula y, si no fuera por los enormes ramos de rosas rojas que llevaba en brazos, parecía casi totalmente incoloro.

Nos entregó un ramo a cada una de nosotras antes de que bajara el telón. Nos quedamos un momento de pie, mirándonos las unas a las otras y sonriendo por nuestro éxito.

Excepto Dmitri, cuyo rostro era oscuro. Estaba concentrado y su mirada penetraba en la mía. ¿Había metido la pata? Me agarró por la cintura y, antes de que pudiera siquiera pensar, me besó. Su barba era más suave de lo que me había imaginado, pero igualmente áspera como un estropajo de acero.

Los otros bailarines gritaban y silbaban. Me aparté, sin aliento. Y él sonrió.

Habíamos estado trabajando juntos en el ballet durante semanas. Todo ese tiempo, había pensado en él solo como el genio que nos empujaba más allá de donde sabíamos que podíamos llegar. Lo hacía sonreír cuando convertía sus pasos en algo nuevo. Había visto cómo me miraba el cuerpo, día tras día. Pero él era mi jefe y yo, una bailarina. Eso era lo normal, ¿no?

Las bailarinas que nos rodeaban se dispersaron. Cuchicheaban y reían ante este nuevo chisme, pero yo no podía moverme. Vi cómo Margaux se asomaba de entre los bastidores y levantaba las cejas hacia mí. *¿Estás bien?*

Durante todo este tiempo, yo había pensado que nuestra relación era una cosa, y, durante todo este tiempo, él había pensado que era

algo más. Había pensado en mí como algo más.

Me deseaba.

A la mañana siguiente, el correo electrónico de Jock era el primero en mi bandeja de entrada.

Enhorabuena, Delfina. Preveo un ascenso en un futuro próximo. Aunque debes tener cuidado con ese tipo.

Jajaja, le respondí, preguntándome cómo es que ya sabía lo de la actuación y si también sabía lo del beso. *Quizá sea él el que debería tener cuidado.*

Su respuesta tardó menos de cinco minutos en llegar. *No, pero en serio. Lucy trabajó con él hace unos años en el ABT y dice que es todo un personaje.*

Le cambié el asunto al correo por *¿¿¿¿¿Quién coño es Lucy?????* y se lo reenvié a Lindsay y a Margaux.

Unos minutos después, llegó la respuesta de Margaux. Contenía solo un enlace a la página de MySpace de Jock. Allí estaba ella: de pelo oscuro y complexión pequeña. Acomodada bajo su brazo en una fiesta de Nueva York, sus ojos de borracho brillaban de alegría ante la cámara mientras ella le susurraba secretos al oído. Su página mostraba que ya era una bailarina principal, había salido en una publicación de *Vanity Fair* el verano anterior. Una mejor versión de mí.

—¿Cómo se ha enterado de lo de la actuación? —les pregunté en clase aquella mañana.

—Eh… puede que yo le comentara algo —murmuró Margaux.

—No sabía que seguíais en contacto —dijo Lindsay, mirándola—. Nosotras, al menos, no seguimos en contacto con él —añadió en mi beneficio.

La piel de Margaux se volvió de un rojo vivo.

—Es que pensé… bueno, se lo merece, ¿no? Debería saber que a Delphine le va mejor que nunca sin él. Que se joda. —Y se dio la vuelta.

* * *

Mientras caminaba de la mano de Dmitri por el Sena, la primera semana de actuaciones, más que un borrón, era como que se fragmentaba en miles de momentos distintos. No había vuelto a intentar el truco ese del beso, había vuelto a lo de asentir de forma educada y profesional cada vez que lo veía en los pasillos. Pero cuanto más pensaba en él, más lo deseaba. O, mejor dicho, cuanto más pensaba en su talento, más lo deseaba. De todas, incluida Sophie, nuestra hermosa directora, él me quería a mí. Veía algo en mí.

Quería algo en mí.

Y cualquiera que fuera la chispa que él albergaba, se prendió también en mí y se convirtió en llamas. Al final, esa misma semana, cuando pude encontrarlo a solas entre ensayos, lo agarré de la muñeca, lo arrastré hasta la esquina y lo empujé contra la pared para poder darle un beso.

Ya no era virgen. A los diecinueve años, superé mis reparos y me acosté con Arthur. Arthur no se parecía en nada a Jock, pero era lo suficientemente atractivo y un buen tipo. Eso lo tenía claro. El sexo con él era como un experimento: *Qué interesante, puedo conseguir que se mueva así, que haga estas caras, estos ruidos;* pero, en cuanto a excitación, nunca pasó del término *interesante*. En los tres años transcurridos desde entonces, el sexo había satisfecho más curiosidades intelectuales que físicas. Aunque nunca habíamos tenido sexo, era como si Jock fuera el único que sabía mi contraseña. Todos los demás ni siquiera podían iniciar la sesión.

Pero Dmitri era diferente.

Era un gran hombre. Pero no era uno particularmente bueno. Eso ya lo sabía, sí. También sabía que no podía evitar sentir su tacto sobre mi piel cada vez que pensaba en él. No ofrecía ninguna de las delicadas caricias de Jock. Si Jock era aire, Dmitri era tierra; y eso era lo que yo quería. Lo deseaba tanto que se revolvía en mi interior, en algún lugar detrás de mi ombligo. Quería sentirme bajo su cuerpo compacto, su peso y su músculo. Quería cubrirme de su extraño almizcle.

La primera vez, Dmitri me agarró las muñecas con fuerza y me inmovilizó en la cama. Nada de toques tentativos con él; nada de (Dios no lo quiera) caricias. Era como si pudiera escuchar mis pensamientos: *Empújame hacia abajo, hazme pequeña debajo de ti*. Metió su rodilla entre mis muslos para abrirlos. *Sí, hazlo ahora*. Creo que los dos nos sorprendimos un poco cuando me corrí.

Con Dmitri, me dolía. Y, sin embargo, necesitaba sentir el peso de su torso contra el mío, mis piernas suaves entrelazadas alrededor de las suyas, ásperas y peludas. Quería que me doliera. Dentro de mí, encima de mí, anclándome a la tierra. *No te andes con rodeos. Olvídate de los preliminares. Ahora. Aquí. Sí, así; ¿por qué preguntas siquiera?*

Mientras Dmitri y yo caminábamos juntos bajo la frágil luz de la mañana, me resultó extraño sentir su mano, tan grande, en la mía. No como los dedos de cirujano de Jock, ni mucho menos. Fue extraño que me rodeara la cintura con su brazo y darme cuenta de que no era más alto que yo, de que nunca encajaría en el hueco de su brazo como lo había hecho en el de Jock. Como lo hacía Lucy. Era extraño que disfrutara más de los susurros entre los demás bailarines que de que él

me susurrara a mí.

Yo era la elegida, ahora. No era el *crush* secreto de nadie. Era la musa.

Era extraño. Pero era algo diferente, y por eso estaba bien.

Octubre de 2018

Siempre me he preguntado qué tipo de ídolos tiene la gente normal. ¿Los cajeros de los bancos crecen soñando con Rockefeller? ¿Los pilotos anhelan ser como Saint-Exupéry? ¿Los soldados toman como modelo a…? No sé a quién. ¿Napoleón? ¿Robespierre? ¿De Gaulle? Al menos, suelen ahorrarse la incómoda prueba de tener que enfrentarse a sus héroes a diario; de manejar las feroces emociones de sus dioses, que, al final, no son más que humanos.

Si conocer a tu héroe puede ser tanto una bendición como una maldición, trabajar para él es, definitivamente, lo segundo.

Al día siguiente, me senté en el cómodo silencio del despacho de Nathalie para nuestra revisión mensual. Toda mi ira contra Margaux había sido sustituida por la creciente ansiedad. Cuando entré, Nathalie pasó junto a mí, rápida y ligera como siempre, y se sentó en su escritorio. Porque para qué charlar sentadas en su impecable sofá de color blanco, como buenas compañeras. No tuve más remedio que sentarme frente a ella, como un niño que se ha portado mal y la directora.

Durante un largo rato, nos quedamos ahí sentadas en silencio.

—El periodo posterior a la gala, para mí —dijo finalmente Nathalie—, es, sobre todo, un momento de reflexión. Después de la celebración, después de decirle al mundo: esto es la compañía. Esto es lo que somos. Y este año, en particular, por el tricentésimo quincuagésimo aniversario, es un momento importante para mí, como directora artística, para reflexionar sobre una cuestión diferente: ¿quiénes seremos en un futuro?

Me miró, con los ojos verdes entrecerrados. Estaba claro que esperaba alguna respuesta.

—Sí —dije.

—En los últimos días, he pensado bastante en el programa de la temporada 2019-2020. En los bailarines que van a colaborar. En quién podría ser digno de ser nombrado estrella. En las piezas que mostrarán mejor su talento.

Esta sí que era una buena forma de despedir a alguien. La forma en que había manejado la conversación con Lindsay, de repente, me

pareció cruel. Pero tenía un contrato. Nathalie no podía despedirme legalmente.

Sin embargo, sí que podía dejar de utilizarme.

Podía negarse a mostrar cualquier cosa que yo creara. Y, mientras tanto, todo lo que coreografiara este año le pertenecería a ella, al BOP, independientemente de que llegara al escenario.

Nathalie cerró los ojos por completo.

—No creo que tu ballet vaya a funcionar, Delphine.

Así que aquí estaba. El momento que tanto había temido se hacía realidad. Tal vez la ansiedad sí que resultaba útil, después de todo. Me sentí extrañamente preparada.

Intenté canalizar la mentalidad del primer día tras mi regreso, la personalidad de negociadora exitosa. Si lograba explicarle que entendía el poder que tenía en mis manos, si le mostraba que estaba dispuesta a usarlo…

—Despedí a Lindsay —comencé.

—Gracias. Sin embargo, debo decir que lo que he visto en los ensayos no me ha… impresionado.

Ni siquiera sabía que había estado observando. La cortesía común habría exigido que, al menos, pidiera permiso. O, si no lo pedía, que me lo hiciera saber. O, si no me lo hacía saber, que al menos estuviera dentro de la puta aula en lugar de rondar por fuera, invisible.

Replegué la furia.

—Pero es muy pronto. Tú sabes mejor que nadie que no puedes juzgar un ballet basándote en las primeras semanas de la coreografía.

Nathalie abrió los ojos y apretó sus finos labios.

—¿Cuánto tiempo en escena dirías que tiene el zar? —preguntó—. En comparación con la zarina.

¿Esto era… por Claude? ¿Realmente sería capaz de amenazarme con acabar con toda la obra porque no me centraba lo suficiente en él?

—Una cantidad equitativa —contesté rápidamente—. Está en todas las escenas en las que está la zarina.

—Ajá. ¿Y Rasputín?

—Pero, Nathalie, en realidad he hecho muchos cambios. De hecho, estoy trabajando en la reestructuración de toda la obra ahora mismo. Cuanto más aprendo sobre Rasputín, más pienso que tal vez el ballet debería ser sobre él. Pero todavía lo llamaríamos *Zarina* para, ya sabes, mostrar que, en realidad, ella fue la razón de su caída, de su asesinato. Estoy pensando en algo como la tragedia griega. Hubris, el error fatal…

Pero ella estaba haciendo una mueca.

—Sí, exacto. Por eso quería hablar contigo hoy. Para ser un ballet

sobre una mujer poderosa —hizo una pausa y tamborileó con los dedos sobre el muslo—, lo cierto es que se le dedica mucho tiempo a los hombres.

Parpadeé.

—Bueno, la zarina no era realmente poderosa, ¿no es cierto? —dije lentamente—. Es decir, esa es la cuestión. Ese era el problema. Estaba atrapada por aquellas instituciones: la monarquía, la iglesia y, al final, también por la revolución. Por supuesto que el ballet va a incluir a los hombres en gran medida. Tiene que ser así.

«Debería ser sobre cómo toda una sociedad, cómo todo un orden mundial, se propuso borrar la existencia de esa mujer, convirtiéndola en poco más que un útero defectuoso».

Cállate, *Margaux*. Negué con la cabeza.

Nathalie estaba mirándome fijamente.

—Ya —dijo. Levantó el dedo índice para señalarme directamente —. Y por eso creo que este ya no es el ballet adecuado para nosotros.

Sus palabras fueron como un golpe, se clavaron en la boca de mis entrañas. Sin *Zarina*, el BOP no me necesitaba para nada. Y si el BOP no me necesitaba… bueno, ¿a dónde coño iba a ir?

Me agarré al brazo de la silla, intentando volver a la realidad. *Todavía puedes salvar esto. Esto todavía se puede salvar*.

De hecho, cuanto más hablaba Nathalie, más argumentos encontraba para mi arsenal. Podía deshacerme de los hombres. Bueno, de algunos de los hombres. Podía darle a Camille más solos. Podía hacer que las cuatro hijas fueran más importantes; ¿había habido antes un ballet sobre Anastasia? ¿Debería hacer un ballet sobre Anastasia en su lugar?

Me estaba engañando a mí misma. Nathalie no me había convocado para que yo defendiera mi caso.

—¿Sabes por qué te traje a París? —preguntó—. Te traje por *Medusa*.

La única pieza hecha por mí que a todo el mundo le había encantado: gorgonas que paralizaban, atrapaban y giraban alrededor de cualquier hombre que se les cruzara por el camino. «El comienzo de un nuevo estilo de ballet», se decía en los periódicos. Se equivocaban. Al igual que todo lo que era capaz de crear, aquello era puro siglo xix. Algo impulsado por la ficción, basado en historias reales, en una versión bonita y decorativa para que le resultara aceptable a un público más amplio. *Medusa* tuvo que ser así para llegar a tener tanta popularidad. ¿Cuántos ballets increíbles y más sencillos se exhiben durante una temporada y luego nunca llegan a ningún lado? Casi todos. Sobre todo, los que tienen un mensaje. Como coreógrafa, no puedes dejar que te encasillen así. En el momento en

que lo permites, la trampa se cierra a tu alrededor y nunca llegas a ser otra cosa.

Medusa era lo único bueno que había hecho.

Esbocé una sonrisa tensa.

—Me alegro de que te gustara.

Suspiró y agitó una mano.

—Que me gustara o no, no viene al caso. Bueno, me gustó —aclaró al ver mi cara—, pero me gusta casi todo lo que haces. No es por eso que estás aquí.

Me la quedé mirando sin comprender.

—Ahora mismo, hay muy pocas coreógrafas feministas en el ballet clásico —dijo mientras se giraba de lado para quedar medio mirando por la ventana.

El ballet no tiende a producir activistas; se nos entrena demasiado y demasiado pronto, en esta modalidad artística que es el pináculo de la feminidad tradicional. Si eres buena, significa que has sucumbido ante el sistema. Las coreógrafas feministas llegan a la danza más tarde y se desarrollan de forma diferente: son más modernas, contemporáneas.

Nathalie me miraba fijamente.

—La junta directiva pensó que ya era hora de tener una coreógrafa feminista. Lo que les… Lo que me gustaría ver es algo que realce a todas las increíbles mujeres de esta compañía. Al principio, pensé que podíamos hacerlo con *Zarina*, pero… bueno. Ahora estoy pensando que quizá es mejor hacerlo con una serie de cortos. Quizá algo que incluya a gente de color.

Me mordí el labio con frustración.

—¿Quieres que haga destacar a esta compañía o quieres que trabaje con mujeres de color? —Mi voz sonaba más enfadada de lo que pretendía, pero vamos, que se podían contar las bailarinas negras y morenas que había con una mano.

Ella soltó un gruñido.

—Vale. Lo pillo. Es que, después de ese número que hizo *Vogue* en verano hablando de las estrellas masculinas, empieza a parecer que los hombres se están llevando todo el mérito. Nos gustaría volver a centrar la atención en el lugar que le corresponde. Al fin y al cabo, ¿qué es el ballet sino las bailarinas?

Mi teléfono vibró. Era Jock.

Voy a tirarme a la piscina. ¿Cenamos el viernes?

—¿Os molesto? —dijo sarcásticamente.

—Me interesaba la música de Christopher Rouse. —Solté el teléfono y volví a centrarme en ella—. Para *Medusa*. Pero no me interesa el plan que me propones.

Se volvió hacia mí, animada de nuevo.

—Estoy segura, Delphine, de que tenemos los mismos planes. Apoyar a las mujeres en la danza. Solo necesito un ballet tuyo, algo que… —dijo agitando la mano— celebre la forma femenina o algo así.

—¿La forma femenina? ¿Estás de broma? Hay una indignidad inherente en existir en el cuerpo de una mujer. Es un ejercicio de humillación constante. No creo que… —Respiré profundamente—. Nathalie, no creo que yo sea lo que buscas.

Nathalie arrugó la frente.

—Por favor, no te dejes disuadir por los irrelevantes porqués —dijo—. Seguimos queriendo que trabajes con nosotros. Pero si pudieras… hacer algo bonito, corto y feminista…

A su lado, el sol había ascendido, brillaba más, y las ventanas resplandecían.

¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Renunciar? Tenía treinta y seis años y este lugar era lo único que tenía.

Y, si me fuera, ¿qué pasaría con Margaux y Lindsay? Irme ahora haría que nuestra frágil amistad se rompiera en mil pedazos y desapareciera para siempre.

Además, aparte del ballet, ¿qué más tenía para ofrecerles?

Todo lo que sentía antes de irme la primera vez —el asco por tanta ambición, por tener que tragarme los planes de los demás hasta empacharme— de repente se cernía sobre mí, como un manto espeso e incómodo.

—¿Delphine? ¿Te vas a quedar? —preguntó Nathalie. Su voz se había vuelto suave, a pesar de que se le notaba en la cara lo mucho que le jodía tener que hacer esa pregunta—. Queremos trabajar contigo. De verdad. —Esto último lo dijo como si le doliera.

Bueno, querían y no querían. Querían que les ofreciera un mensaje, un mensaje progresista, que luego pudieran vender.

Cerré los ojos y respiré profundo. Así que esto no iba a ser el gran salto que yo me había imaginado. No era más que otro pequeño paso gradual hacia el futuro que yo quería.

Era lo que tenía que ser.

Abrí los ojos.

—Supongo que estoy dispuesta a intentarlo —dije en voz baja.

Nathalie sonrió. Con la luz que la iluminaba desde el lateral, sus ojos eran casi transparentes, exactamente como los de un gato.

—Genial —dijo ella—. Sabía que dirías que sí.

CAPÍTULO 16

Abril de 2004

Tardé treinta segundos en ver a Stella en el Marché d'Aligre. En el mercado al aire libre se respiraba un aire medieval, con los puestos de fruta y verdura agrupados alrededor del edificio central, que tenía tejas árabes y ventanas arqueadas. Había un algo que hacía que mi alma parisina estuviera a gustito.

Ir allí formó parte de nuestra rutina de los sábados por la tarde durante los primeros ocho años de mi vida. Cuando me incorporé a la compañía y volví a casa, tenía actuaciones los sábados, pero Stella cambió el día asignado a las compras a los domingos para que pudiéramos volver a empezar la tradición. En los últimos años, el colorido mercado se había convertido en mi refugio semanal del insular mundo del BOP.

En el caluroso torrente de gente que se arrastraba por los puestos de fruta, el pelo rosa brillante de Stella destacaba enseguida. Le puse una mano en el hombro y le di dos besos, sin aliento.

—Siento llegar tarde, Stel.

Me dio una palmadita en la mano y se volvió hacia los tomates, a los que dio un suave apretón.

—¿Se te han pegado las sábanas esta mañana? —Asintió de cara al vendedor, le dio un billete de cinco euros y esperó el cambio.

—Bueno…

Me sonrojé mientras metía un manojo en su enorme bolsa de mimbre. El mercado estaba a veinte minutos a pie de casa y, normalmente, me habría levantado a las ocho para quedar con Stella. Pero, aunque el apartamento de Dmitri estaba aún más cerca, había soltado un quejido al sonar la alarma. Me había agarrado de la muñeca al levantarme de la cama. Y luego…

—Sí, supongo. El atasco en la plaza de Bastilla era una locura.

—Ajá… —Presentí que sus ojos me sonreían desde detrás de las

oscuras gafas—. Ya veo.

—Gracias por llevar a Maman a la quimio ayer, por cierto. No podía escaparme del ensayo.

A la radiación le había seguido un agotador programa de quimioterapia, y la verdad es que no podía soportar el dulce olor de los químicos que rezumaba por las venas de mi madre. O la forma en que se sentaba, replegada sobre sí misma en la silla, como si se derrumbara, derrotada tras una batalla. Todos esos años de «Déjate guiar por el esternón, cariño» se caían a la vez que su columna vertebral se doblaba de agotamiento.

Stella me puso una mano en el hombro.

—Ningún problema, cariño. Pasé por esto con Roger. Sé que no es fácil. —Ella siempre había sido capaz de leer entre líneas cuando soltaba tonterías—. En fin. —Me soltó la mano y se dirigió al siguiente puesto—. ¿Qué tal las actuaciones de esta semana?

Aproveché ese cambio de tema.

—Maravillosas. Tengo muchas ganas de que lo veas. ¿Has leído las críticas? Dmitri es un genio.

—Ajá. —Hizo rodar un higo sobre la palma de la mano y lo devolvió a su sitio—. ¿Y cuánto tiempo llevas acostándote con él?

Mi corazón dio un vuelco, mi cara se puso al rojo vivo y tuve que bajar la mirada.

—¡Stella!

Sus cejas asomaron por encima de las gafas de sol.

—Olvidas que te conozco desde que naciste. Y que tengo cuarenta y tantos años más de experiencia que tú. Los estadounidenses tienen una buena expresión para esta situación en concreto: *Donde se come, no se caga*.

Hice una mueca.

—Qué asco.

Hurgó en otra cesta de higos y los metió en su bolsa.

—Pero me has entendido.

—Ya sabes cómo es el mundo del ballet. Si no salgo con alguien de allí… bueno, no saldré con nadie.

—Creo que podrías si quisieras. ¿Te has mirado en el espejo últimamente?

La seguí hasta el siguiente puesto, donde los racimos de uvas verdes brillaban al sol. Me sonrojé.

—Pero me gusta de verdad.

—Lo que pasa con los hombres así, cariño —dijo mientras arrojaba un racimo de uvas en la bolsa—, es que nunca vas a conseguir su aprobación follándotelos.

—¿Cómo la consigo, entonces?

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—Cuando lo sepa, te aviso.

Octubre de 2018

Atravieso las puertas acristaladas de la Ópera y me encuentro con un día de otoño húmedo y rudo. Una joven bailarina que estaba mostrando su credencial al personal de seguridad parpadeó, sorprendida. Sonrió tímidamente. Mi expresión al salir por la puerta y bajar hacia el metro era más una mueca de disgusto que otra cosa.

Cuanto más pensaba en las palabras de Nathalie, más se difuminaban los hechos, lo cual me dejaba a solas con las horribles e ineludibles emociones, como si de una capa grasienta sobre mi piel se tratara.

Había fracasado.

El ballet más importante de mi carrera, el que había visto como un glorioso punto de partida hacia la vida que realmente quería, había desaparecido. Había tardado cinco minutos en destruirlo. Y ahora, ¿qué me quedaba?

Le iba dando vueltas mientras volvía al apartamento de mi madre. Mi apartamento. Cerré las cortinas. Acurrucada en la cama con el portátil, envié un correo electrónico a Antoine, que gestionaba el rompecabezas de los horarios de ensayo de la compañía. Cancelé mis sesiones de ese día y de los días siguientes.

Luego cerré los ojos y dormí durante un día y medio.

* * *

Al final, fue Stella quien me sacó de mi estupor. Si me perdía nuestro café matutino… ¿Y si le pasaba algo? Necesitaba que alguien fuera a ver cómo estaba. Y, si yo no aparecía, se presentaría aquí de todos modos. Se quedaría de pie junto a mí con la prensa francesa en mano.

Todavía en pijama, crucé el pasillo descalza.

—Ay, no —dijo Stella en cuanto entré—. Delphine, ¿qué ha pasado ahora?

Nathalie se ha cargado mi ballet. Al ponerlo en palabras, la tragedia parecía tan… banal. Carente de importancia. Traté de situarlo en el mundo de Stella: *Imagina que has estado trabajando en una exposición de mariposas durante un año y el Museo de Historia Natural se la carga*. Pero no era lo mismo. Nathalie no solo había dado a entender que yo era una mala narradora, sino que había insinuado que era una mala

feminista. Que era una mala mujer.

—Tragedias mundanas —contesté.

Stella negó con la cabeza. Su cabello era como pelillos de diente de león a contraluz.

—Ninguna tragedia es mundana. No mientras la vivimos.

Señaló con la cabeza la silla que tenía enfrente y me senté. En las pocas semanas que hacía que había vuelto, el mimbre ya se había amoldado de nuevo a mi forma. Me acomodé, aspirando el olor amargo y familiar del café de Stella.

Pasó un largo rato antes de que volviera a hablar.

—¿Sabes que Roger y yo no pudimos tener hijos?

—Stella… No, no lo sabía. Joder. Lo siento mucho —dije—. Obviamente, esto no tiene nada que ver. Ni siquiera se acerca.

Stella se encogió de hombros.

—Superé la decepción hace tiempo. Pero tu madre me apoyó mucho, y creo que deberías saberlo. Son nuestras amistades las que nos salvan en momentos como este.

—¿Mi madre? —dije, moviendo la cabeza con incredulidad—. Me cuesta creerlo.

—¿Por qué dices eso?

—Siempre se arrepintió de tenerme —respondí—. Durante la mayor parte de mi infancia, parecía amargada. Resentida. Esos no son rasgos precisamente útiles en una amiga.

—Delphine, tu madre tenía muchos motivos para estar enfadada, pero tú nunca fuiste uno de ellos.

Las palabras de Stella resonaron en mi mente. Me resultaban familiares, me hacían retroceder a una época que dolía demasiado como para tocarla siquiera.

—¿Crees que…? ¿La gente te juzgó por ello? Por no tener hijos, me refiero —dije finalmente.

—La gente fue muy amable. Tanto las mujeres como los hombres —dijo ella, apretando los labios—. Siempre he pensado que es porque los hijos son lo único que se les permite desear a las mujeres.

—Amor —dije—. Podemos desear el amor.

Stella negó con la cabeza.

—No demasiado públicamente. No en demasiada cantidad. De lo contrario, se nos ridiculiza.

Dejé caer la cabeza sobre los antebrazos.

—No creo que me queden muchos amigos ahora mismo —dije. Mi voz se quebró por un sollozo—. Y encima, sí, quiero demasiado encontrar el amor. Ay, joder, parezco una adolescente. ¿No debería empezar a sentirme como una puta adulta un día de estos?

La mano de Stella se deslizó hacia la mía. Después de un segundo,

me incorporé. Me apretó los dedos y luego los soltó.

—A veces —dijo—, creo que la verdadera tragedia de la vida es que siempre somos las personas que éramos, y lo único que cambia es nuestro exterior. Y un día nos despertamos y descubrimos que somos los únicos adultos que quedan en la sala, pero, por dentro, todos somos niños fingiendo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Y qué se supone que debemos hacer?

Ella sonrió.

—Estar a la altura de las circunstancias. Das un paso adelante. Asumir la responsabilidad de nuestros actos, hacer lo posible por hacer el bien en el mundo. Y mantenernos cerca de las personas que, a lo largo de la vida, han estado con nosotras tanto en los buenos momentos como en los malos. Ellas son capaces de ver la persona que somos en esencia. La que siempre hemos sido.

El viento afuera se incrementó e hizo que la ventana de la cocina hiciera ruido.

—No estoy segura de poder estar a la altura —dije.

Su voz se endureció ligeramente.

—Pero no tienes elección. Puede que las cosas no hayan ido como pensabas, Delphine, pero eso es parte de la vida.

Me limpié las mejillas calientes con las palmas de las manos.

—Tienes razón. Lo sé. Cambiemos de tema. ¿Cómo te sientes? ¿No se acerca tu operación? ¿Es el diez?

Hizo una mueca.

—El cinco.

—¿Estás nerviosa?

Se puso a jugar con la taza que tenía entre las manos y miró las ramas de los árboles que se agitaban por la ventana.

—Cariño —dijo finalmente—, es lo que hay.

Yo conocía ese tono. Era el tono que Stella usaba cuando quería decir: *déjalo*. Cuando quería decir: *No hablemos de esto ahora, o quizá nunca*. Cuando quería decir: *No es de tu incumbencia*.

Me puso una mano en el brazo.

—Ve a ver a tus amigas, querida. No siempre vas a tener la oportunidad de reconciliarte con la gente que te conoció cuando eras joven.

Pero ella no conocía a mis amigas. Y no sabía lo que había hecho. Cuando todavía era joven.

CAPÍTULO 17

Junio de 2004

Cuatro meses fue el tiempo que Dmitri y yo estuvimos juntos en París. Una mañana de principios de junio, yo estaba en su balcón fumando un cigarrillo. Detrás de mí, los comerciantes atendían sus abarrotados puestos de libros a lo largo del muelle, los adolescentes estaban sentados con sus cafés y las piernas colgando sobre el río, los Bateaux-Mouches, los barcos turísticos, pasaban por debajo de los puentes. Pero yo estaba de espaldas a París mientras Dmitri sacaba un maletín de cuero de la época soviética de debajo de la cama y abría los cierres metálicos. Me dio la sensación de que lo hacía parecer misterioso, enigmático, como si fuera un espía preparándose para volver al cuartel general. Debería haberlo hecho parecer viejo.

Apagué el cigarrillo en la barandilla de hierro forjado y entré. Le rodeé la cintura con los brazos.

—No te vayas —susurré, porque era lo que una debe decirle a un amante que está a punto de partir.

A decir verdad, se había vuelto agotador tenerlo allí. Claro, nuestras noches juntos eran espectáculos desenfrenados, pero, mientras que él podía dormir hasta tarde, yo tenía que estar en la Ópera a las nueve y media para las clases de la mañana, lo que me hacía estar borracha de cansancio al final del día, incluso cuando no había ninguna actuación por la noche. Me dio unas palmaditas en las manos y las apartó.

—Tengo que hacerlo. —Había mejorado asombrosamente en el uso de los verbos desde que había llegado. Estaba segura de que era gracias a mí—. Además, pronto vendrás a Rusia.

Me reí.

—Claro…

Pero su rostro se ensombreció mientras levantaba un dedo.

—Estoy hablando en serio. Ven a entrenar conmigo en el

Mariinsky.

Puse una cara rara.

—Ya tengo suficiente entrenamiento aquí, gracias.

Y no iba a dejar que un loco maestro de ballet ruso estropeara mis perfectas piruetas con sus gestos «aristocráticos». El BOP es el guardián de un importante legado: la pureza de la danza. Calidad, no cantidad; precisión, no virtuosismo. No iba a dejar que lo jodiera todo con sus florituras rusas.

—No como bailarina. Como coreógrafa.

Solté un resoplido.

—No soy coreógrafa.

—Todavía.

Sonreí ante su insistencia.

—No, para nada.

El último maestro de mi madre se había retirado de la compañía el año anterior y, aunque sus pensiones eran generosas, su nueva falta de estructura les había inculcado una inquietud preocupante. Dos de ellos habían probado recientemente a hacer coreografías con resultados mediocres. Verlos en teatros de caja negra, en los rincones más alejados de la ciudad, me había dado vergüenza ajena. ¿No se daban cuenta de lo poco original que era lo que hacían? ¿No sabían que había muchas formas nuevas de utilizar los mismos pasos?

Pero Dmitri negaba con la cabeza. Se señaló los ojos.

—Te observo. Tienes talento.

Sonreí y negué con la cabeza. Mi cabello se zafó del moño que llevaba y cayó, suelto.

—No. Qué va.

Me agarró la barbilla.

—Escucha. Como bailarina… eres solista, puede. Como mucho. Pero ¿como coreógrafa? Podrías ser lo que quisieras.

Sentí como si me hubiera precipitado por un agujero negro y profundo. Igualmente, me forcé a reír y me aparté. Lo acompañé hasta el taxi. Le di un beso de despedida. Luego me senté sola en su apartamento, pagado hasta final de mes, para ver cómo las hojas primaverales temblaban a lo largo del Sena.

Solista. Lo máximo a lo que podía llegar… ¿era a solista?

En el BOP, todo el mundo te observa todo el rato. Te juzgan, te evalúan. Y, sin embargo, nadie te dice nunca lo que piensa.

Mi madre siempre decía que yo tenía madera para ser una estrella. Pero ella tenía sus propios motivos para querer creer eso. ¿Acaso yo no había sabido siempre que, hasta cierto punto, se estaba engañando a sí misma?

Además, nunca había querido seguir el legado de mi madre; quería

triunfar por mis propios méritos. Sí, era buena. Era fuerte y meticulosa y, sobre todo, trabajadora. Podías ponerme delante un ballet nuevo y, con un solo visionado, era capaz de memorizar mi parte. Me presentaba a clase todos los días, llegaba puntual a todos los ensayos.

Pero eso me convertía en un caballo de batalla, no en una estrella.

Lindsay hacía las mismas cosas que yo, pero, de alguna manera, nunca te dabas cuenta de que para ella era un trabajo. Cuando se quedaba en el estudio hasta después de que anocheciera, sus extremidades desprendían una cierta luz, sin importar lo tarde que fuera o lo cansada que se suponía que debía estar.

Lindsay era una estrella. Yo no.

Quizá era una de las mejores bailarinas del mundo, pero nunca sería la mejor.

Igualmente, nunca se me pasó por la cabeza preguntarle a Dmitri por qué estaba tan seguro.

Octubre de 2018

Me desperté en medio de la noche y me encontré con dos cosas: me había venido la regla y había recibido una serie de mensajes de Jock. Se me atascaron en la garganta. Era alguien que me había conocido cuando era joven.

Habíamos acordado tomar unas copas, no cenar, la noche siguiente.

Habíamos quedado en Le Très Particulier, en Montmartre. Lo eligió él. Estaba a cuarenta minutos en metro de mi apartamento, con un transbordo. Si me hubiera preguntado dónde quería ir, le habría sugerido el Hôtel Costes, el Bar Hemingway, el Bar Kléber. Mi ansiedad se reduce cuando no tengo demasiado tiempo para cambiar de opinión durante el trayecto. Pero no me lo preguntó.

Con la barriga revuelta, me levanté de la cama.

Con el piloto automático, me puse un vestido rojo de satén con una falda corta acampanada, tacones, delineador de ojos y pintalabios rojo. Era mi look estándar para una cita, el que había elegido para el puñado de primeras citas fallidas que tuve durante los últimos meses en Rusia.

Cuando tenía diecisiete años, nunca hubiera imaginado esta situación: me habían aceptado en la compañía. Me habían ascendido dos veces en cinco años. Había renunciado. Me había convertido en coreógrafa. Me había mudado a Rusia. Había vuelto. Jock me había invitado a salir.

Jock me había invitado a salir.

Todavía me gustaba mucho su maldita cara.

Todavía podían pasar cosas buenas. Mi vida aún era capaz de sorprenderme.

Cuando bajé del tren y me detuve para volver a pintarme los labios, me quedé mirando el reflejo. *Espabila, Delphine. No menciones la* Zarina. *No menciones al BOP. Vale, lo más seguro es que no puedas evitarlo. Menciona al BOP lo menos posible*.

Mientras subía a la calle, miré el teléfono y vi tres llamadas perdidas de Stella. Había dejado un mensaje; ya lo escucharía más tarde.

Lo siento, Stella. Simplemente, no puedo lidiar con otra voz en mi cabeza ahora mismo.

* * *

Jock ya estaba en el bar cuando llegué, sentado de forma elegante en un sillón esquinero de terciopelo rojo. Todavía era lo suficientemente temprano como para que la luz mortecina brillara a través de las ventanas, cuya forma recordaba a las de un invernadero, e iluminara las frondosas plantas que nos rodeaban sobre el suelo de mármol blanco y negro.

Me saludó con dos besos. Yo estaba sudada por haberme pasado por las colinas de Montmartre en tacones. Él estaba fresco y seco.

Frunció la nariz mientras se alejaba.

—Ya no usas Polo.

—No lo uso desde que tenía diecisiete años. E, incluso entonces, solo me lo ponía si lograba evitar que mi madre me pillara.

—Ahora llevas… ¿Mademoiselle?

—Sí —dije, y me sonrojé—. Seguramente, me estoy haciendo demasiado mayor para ponerme este, pero no puedo evitarlo. Me gusta tanto…

—A mí también.

Llegó la bebida de Jock; tenía un fuerte olor a whisky. Ligeramente sorprendida de que hubiera pedido antes de que yo llegara, ojeé el menú por encima y pedí *l'air de panache*, con arándanos, limón, miel, Madeira y algo llamado «Elixir de la Dama».

Jock me sonrió desde el otro lado de la mesa. Aquí. Estaba aquí con él. Me había invitado a una cita. Estaba aquí con Jock Gerard. Por fin estaba consiguiendo lo que quería.

Y luego nos quedamos sentados en silencio un momento: él mirándome fijamente y yo intentando pensar en algo que decir.

El camarero trajo mi bebida.

—Nathalie se ha cargado a la *Zarina* —solté.

Hizo una mueca de dolor.

—Hostia. ¿En serio?

Asentí.

—Joder —dijo—, hemos dedicado mucho tiempo a esa obra. ¿Está segura?

Aquellas tardes en el estudio, la noche cayendo sobre París mientras yo jugaba con su virtuosismo, mientras construía todo un cuerpo de bailarines a su alrededor, mientras sacrificaba la historia que había planeado contar por su baile… «Es realmente bueno, Delfina. Todo empieza a encajar bien».

Y ahora resultaba que estaba preocupado por la pérdida de tiempo.

—No pareces… sorprendido —dije en su lugar.

Vaciló y luego se encogió de hombros.

—Supongo que no lo estoy. O no particularmente. No es el santo de devoción de Nathalie, ¿verdad?

—Es evidente que no.

—Por favor. Las coreógrafas danesas contemporáneas que llevan cortes de pelo extravagantes sí que le roban el corazón.

«Algo bonito, corto y feminista». Sí.

—Tal vez sea hora de hacer algo moderno —dije.

—O griego —replicó.

—¿Como *Medusa*? Sí. Lo sé.

—Nadie coreografía para los hombres mejor que tú. ¿Perseo? Mataría por bailar ese papel.

Me froté los ojos.

—Tal vez lo hagas. Si no se me ocurre nada mejor.

—¿Tan malo es que la gente adore algo que has hecho? —Analizó mi cara.

—No, en absoluto. No es eso. Es que… ¿alguna vez sientes que tus mejores años han quedado atrás?

Era un pensamiento ineludible que había estado resonando en mi cabeza desde el día en que estuve en la oficina de Nathalie; la gran cuestión que no me atrevía a decir en voz alta a nadie más.

—Delfina, soy un bailarín de treinta y seis años. ¿Tú qué crees?

Me reí. Sentía sacudidas eléctricas que me recorrían desde el vientre hasta las caderas.

—Bien visto.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? O en su lugar, más bien. —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Algo corto —respondí.

Su mirada se dirigió a la mesa.

—No te gusta tu bebida.

—Es el cilantro.

Llamó al camarero.

—Podría traerle a mi acompañante…

—Un *gin-tonic* —terminé.

Se volvió hacia mí.

—¿Sientes… una especie de alivio? Por no tener que hacer *Zarina*.

—En cierto modo, sí —dije después de un momento—. Tres horas es muchísimo tiempo. Y, por supuesto, las expectativas habrían sido astronómicas. —Me detuve para pensar bien cómo decir la siguiente parte. *Pero quería ilustrar las ilusiones que tenemos del amor. Quería mostrar cómo incluso tus expectativas más disparatadas (el príncipe apuesto, el romance de cuento de hadas) pueden hacerse realidad. Y, aun así, pueden arruinarte la vida.* Pero era incapaz de pronunciar esas palabras—. Sea como sea, ahora Nathalie quiere algo ridículo y con aires feministas —dije sin pensar. Entonces mis ojos se abrieron de par en par y lo miré—. Mierda. Yo no he dicho eso, ¿vale?

Su rostro no abandonó esa abierta cordialidad.

—¿Algo feminista?

Me mordí el labio.

—Sí. No hay papel para ti, por desgracia.

Jock hizo que soltara la bebida y me agarró las manos frías y húmedas. Cuando hablaba, su voz era suave y gentil.

—¿Por qué no te pones en este lado de la mesa?

—¿Qué?

Sonrió dulcemente.

—¿Por qué no vienes aquí? —repitió.

Mi falda se había arrugado debajo de mí y estaba ligeramente húmeda. Me moví, mirando hacia abajo e intentando alisarla sin llegar a levantarme del todo.

Fruncí el ceño.

—Ven tú aquí.

Sonrió. Se levantó. Se sentó demasiado cerca. No, a la distancia perfecta, y puso una mano bajo mi barbilla, suave y seca.

Lo miré a la cara. Sus ojos eran oscuros y sus pestañas largas, y me miró.

—Delphine —dijo en voz baja.

Y entonces sus labios rozaron los míos. Su mano se apretó alrededor de mi mandíbula mientras me inclinaba hacia él, mientras presionaba su boca con más y más fuerza.

Pasó la lengua por la costura de mis labios y me abrí para él. Le

puse una mano en la tensa nuca mientras le daba un suave mordisco y él sonrió contra mí.

* * *

Horas más tarde, me dejó en la estación de metro, aunque no sin una invitación a ir a su casa que sonaba ligeramente a súplica. Esa súplica en su voz satisfacía algo muy dentro de mí. Quería atraerlo, mantenerlo en ese estado de deseo suspendido.

Sentí que tenía los labios hinchados y magullados al subir al tren, y la piel de las mejillas y la barbilla áspera por culpa de su barba. Me había devuelto a mi cuerpo y se lo agradecí.

Mi teléfono sonó. Era él: *Tengo que verte de nuevo*.

El tren salía de un túnel, elevándose sobre la ciudad, y la repentina cobertura parecía una bendición del universo. Hasta que recordé el mensaje de voz de Stella.

Su tono de voz me devolvió a la realidad inmediatamente.

«Delphine, te he estado esperando durante la última hora. No contestas a tu puerta. Llevo seis meses esperando esta operación, así que tengo que irme».

Hubo una larga pausa y, con un nudo en la garganta, comprobé el teléfono para ver si el mensaje había terminado. Quedaban otros treinta segundos. Después de un extraño y apagado ruido, siguió:

«Creí que hablabas en serio cuando dijiste que querías venir».

La llamé tan rápido como pude. Era tarde. Joder. Joder. Vale, no. Todo iba a ir bien. Le explicaría lo que había pasado con el ballet, con Nathalie. Pero todas las excusas que traqueteaban en mi cerebro eran de pacotilla.

Me saltó directamente el buzón de voz.

—Stella, soy yo. Dios, lo siento mucho. Me confundí con las fechas, y he estado lidiando con ciertos problemas. —*Problemas*. ¿De qué estaba hablando? Había pasado por quirófano. Sola. Por mi culpa. Las luces de París comenzaron a atenuarse mientras descendíamos a otro túnel—. Stella, lo siento mucho. Lo siento tanto, tanto. Voy a estar ahí para ti cuando te levantes. Voy a abastecer tus alacenas con todas tus comidas favoritas a primera hora de la mañana. Lo juro, cualquier cosa que necesites…

El silencio al otro lado era ensordecedor.

Cuando miré el teléfono, vi que había perdido la cobertura y llevaba mucho rato hablando sola.

CAPÍTULO 18

Junio de 2004

El día del funeral de mi madre, tanto sol me rompía el corazón. Quería que lloviera a cántaros; quería que se abrieran los cielos y que cayera agua del cielo; quería que un coro griego se lamentara.

No tenía nada que ponerme, así que Lindsay eligió un vestido negro del armario de Maman para mí.

—No puedo —dije.

—¿Qué?

—Llevar un vestido suyo a su funeral.

Margaux abrió la boca, probablemente para decir algo muy inapropiado, pero Lindsay la cortó.

—Te prestaba ropa a menudo, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—Entonces por una vez más no pasa nada.

Al final, me pareció adecuado. Al fin y al cabo, ella estaba en todas partes: omnipresente tras la muerte. Las fotos de ella bailando se alineaban en las paredes del apartamento, ahora para siempre inamovibles. Su legado permanecía en las líneas de mi cuerpo, en mi cara. La veía allí, ahora, en la curva de mi cuello, en los músculos de mis piernas. Sus palabras resonaban siempre en mi mente y hacían que mi breve coqueteo con la coreografía pareciera una infidelidad imperdonable: «Por supuesto que algún día serás una estrella, cariño. Eres igual que yo».

Dmitri debió de ver los periódicos, porque llamó y envió correos electrónicos varias veces esa semana. Desde que había dejado París, hacía acto de presencia con la misma frecuencia que Jock, una vez cada pocas semanas, pero era la última persona con la que quería hablar. Fue Dmitri quien me llevó a traicionarla, quien me hizo cambiar su cama por la de él. Fue por él que consideré la traición más grande de todas: dejar la compañía.

La misa fue en la iglesia de Saint-Gervais. Féretro cerrado; ella sabía que había quedado demasiado delgada para resultar bella, incluso según los estándares de una bailarina. Fue lo último que me dijo: «Cierra el ataúd».

Hacía años que no pasaba por ahí y no conocía al cura. En la reunión de unos días antes, le había dicho que hiciera lo que quisiera, que yo no quería hablar, y, aunque en su cara se adivinaba una ligera sorpresa, fue amable al decirme que, de todas formas, los católicos no hacían panegíricos.

Mi madre no es que fuera muy católica, pero nunca lo habrías dicho después de ver su testamento. No hubo cremación; prefirió esperar la resurrección en la cripta familiar del Père Lachaise. Tras la interminable misa en ese sitio de techos abovedados, nos quedamos en la entrada de la iglesia, con los coches pasando a toda velocidad, tratando de parar algún taxi para llegar al entierro. Aparte del contingente del BOP y de Stella, no conocía a nadie de los que se presentaron; algunos debían de ser los parientes lejanos a los que yo misma había estado enviando correos electrónicos durante toda la semana, pero no era capaz de distinguir quiénes eran. Mi padre no estaba, eso seguro. Estuve casi una hora sopesando si darle al botón de enviar después de haber escrito una sola línea para hacérselo saber. Cada minuto que pasaba sin responderme me parecía un nuevo ataque personal.

Marc estaba allí. Me dio dos besos con un rápido apretón de hombros. Siempre fue tan generoso. Desde que mi madre había muerto, algo se había perdido dentro de mí. *Quiero seguir adelante, es lo que ella hubiera querido*, me dije. Lo repetía una y otra vez, y, sin embargo, algo en mí había muerto con ella. Era como una autómata, ordenaba a mi cuerpo que hiciera una serie de poses. Pero el ballet no consiste solo en las posturas, también se basa en los movimientos entre esas posturas. Estaba apagada, rígida, mi cabeza lo sabía y mi cuerpo lo notaba, así que, cuando Marc insistió una vez más en que me tomara un mes libre, que me pagarían igual, finalmente, acepté.

Una vez en el cementerio, tardamos un poco en subir por los numerosos senderos, alrededor de las numerosas tumbas, para llegar al mausoleo que algún próspero comerciante de un antepasado nos había reservado siglos atrás. A Père Lachaise acuden más turistas que a ningún otro cementerio del mundo. Para ellos, es el lugar donde pueden encontrar a Oscar Wilde, Jim Morrison y Colette (o lo que queda de ellos, al menos). Un lugar con árboles que cuelgan delicadamente, escaleras de piedra altas y estrechas, ángeles de piedra que lloran y máscaras mortuorias perfectas.

No entendían que también era el lugar donde enterraba a mi

madre.

Por fin, por fin, se había acabado.

Stella me dio un beso en la cabeza y me preguntó si quería volver a casa con ella, pero dije que no. No quería nada en ese momento; era difícil imaginar que volviera a querer algo.

—Prometedme —les dije a Lindsay y Margaux, señalando con la cabeza el mausoleo— que nunca dejaréis que me entierren allí.

Margaux pareció sorprendida.

—Nunca. Las tres seremos quemadas en el mar, como los vikingos.

—A mí me parece bien.

Permanecimos en silencio durante un largo rato.

—Por aquí —dijo finalmente Margaux. Nos hizo avanzar entre las tumbas. Lindsay iba en la retaguardia, con una suave mano apoyada en mi espalda. Había tantos cuerpos ahí. Tantos que tenían que desenterrar algunos para hacer sitio a los nuevos. Como todo en la vida, depende de cuánto hayas pagado, y del tiempo que haga que has hecho el pago. Incluso la necrópolis está en venta.

Margaux se detuvo frente a la escultura de un hombre teñido de verde que yacía en decúbito prono sobre una losa de mármol. *Félix Faure*, leí.

—Bien —dijo—, ¿sabéis la historia de Faure?

—Félix Faure. Fue presidente de la república —dijo Lindsay. Ambas nos la quedamos mirando, sorprendidas. Ella chasqueó la lengua y señaló con el dedo—. Lo dice justo aquí.

—Sí, fue presidente. Pero ¿sabéis cómo murió?

Negué con la cabeza.

—Su señora quería probar algo nuevo. Una felación. Y cuando lo hizo, fue tan… —Buscó la palabra.

—¿Placentero? —Sugirió Lindsay.

—Sí. Tan placentero que murió en ese mismo momento.

—Pero… ¿por qué la estatua lo muestra en la cama? —preguntó Lindsay—. Me parece de mal gusto.

—Creo que eso es la bandera —dijo Margaux, entornando los ojos.

—Igualmente, no hacía falta que lo pusieran… así tumbado.

Empecé a reírme, me reí tan fuerte que acabé llorando, y todo estaba bien.

—¿Sabes lo que me gustaba de tu madre? —dijo Margaux cuando mis sollozos comenzaron a disminuir.

Negué con la cabeza.

—Nunca mentía. Nunca endulzaba nada. Después de nuestro primer *soutenance*, me encontré con ella en el pasillo. ¿Te lo he contado alguna vez?

Negué con la cabeza. Sí que me lo había contado, pero me gustaba

la historia.

—Me besó en la mejilla, tuvimos una pequeña charla y luego dijo: «Van a ascenderos a las tres, pero, realmente, tú no te lo mereces».

Me reí, mi pena se hizo soportable por una fracción de segundo.

—Ella conocía la compañía mejor que nadie.

—Lo que siempre me ha gustado de ella —dijo Lindsay, meditativa— es que nunca nos ha dado esa mierda de charla sobre que hay que llevar una vida equilibrada. —Los padres de Lindsay siempre estaban encima de ella insistiendo en que hay que tener «equilibrio entre la vida laboral y la personal», y aquello era una fuente constante de fricción—. ¡Concéntrate en el baile! ¡Pon tu estilo a punto! ¡Asegúrate de que nadie más pueda reemplazarte!

—Y no te quedes embarazada —añadió Margaux—. Siempre decía eso, también.

—Sí —coincidió Lindsay—. Sobre todo, no te quedes embarazada.

Se hizo un pesado silencio. Margaux evitó mi mirada.

—¿Cuántos hombres —dijo por fin— crees que han muerto por una mamada?

Octubre de 2018

Volví a casa, medio borracha y medio enamorada, pero con una culpa que me corroía. Al llegar, me encontré a Margaux despatarrada contra mi puerta.

—Marg —dije, y me salió como un grito ahogado—, no tengo ganas de pelear esta noche, ¿vale?

Se pasó una mano por el pelo enmarañado.

—Joder, Delphine. Yo tampoco. —Me miró con los ojos entrecerrados bajo la tenue luz del pasillo, con las piernas abiertas sobre el suelo de cuadros—. Mira, siento lo del otro día en el Cordial, ¿vale? Yo solo… ¿Puedo pasar?

Margaux no había estado en mi apartamento desde que había vuelto a París. Pero antes de que me fuera, ella y Lindsay venían con regularidad. Después de la muerte de mi madre, cada vez que las tres teníamos libre, cogíamos un par de botellas de vino y nos sentábamos alrededor de las ventanas para fumar, beber y hablar y hablar sin parar.

—¿Va todo bien? —pregunté. La flacidez de sus extremidades y la visión desenfocada claramente me indicaban que no todo iba bien.

La cara de Margaux se descompuso en una sonrisa cuando empezó a reírse. Fue un sonido agudo que rebotó en las paredes de piedra, los

suelos de mármol y los antiguos escalones.

Una puerta se abrió en algún piso de abajo

—¡Silencio! —siseó una voz que no reconocí.

Me agaché para agarrar a Margaux por la muñeca.

—Vamos —dije, e hice que se diera la vuelta mientras trataba de controlar el temblor y meter la llave en la cerradura para luego abrir la puerta con el hombro. Ella entró detrás de mí, tropezando con sus largas piernas. Se quedó parpadeando cuando encendí las luces del apartamento.

—Anda —dijo al observar la decoración—. Mira quién se ha vuelto una pija.

Luché contra el instinto de arrastrarla a mi habitación y mostrarle las mariposas.

—Los de la agencia de alquiler lo han reformado. Pero, Margaux, ¿qué coño está pasando? Desde que volví, eres como… tú sin ser tú. ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué pasa contigo?

Se dio la vuelta. Tenía los pelos pegados a la cara y los ojos desorbitados bajo el resplandor dorado que entraba por las ventanas.

—No está pasando, ya ha pasado —dijo ella—. Le doy a la botella, Delphine. Acostúmbrate.

Solo estaba borracha. Me dirigí hacia la cocina.

—¿Quieres agua? —pregunté—. ¿O un café, quizá?

Su voz era tan débil que apenas se oía.

—La has roto —dijo con voz ronca.

Lindsay. Siempre Lindsay. Habíamos crecido y, sin embargo, aquí estábamos de nuevo: igual que siempre. Obsesionadas con Lindsay. Obsesionadas con lo que habíamos hecho.

—Venga ya, Margaux, le dio una patada a Camille en la cara. ¡Hizo que le saliera sangre por la nariz!

—¡Entonces cambia la coreografía! ¿O estabas demasiado ocupada protegiendo tu propia carrera y tu propia reputación para preocuparte por lo que esto le haría a ella?

—Entiendes que no puedo tolerar esa mierda en mis clases, ¿verdad? Entiendes que tengo que poner un límite antes de que ella, no sé, tire a Camille por las escaleras o algo así, ¿no?

—Haz lo que prometiste que harías cuando volviste. Ayuda para que la asciendan —contestó Margaux—. Ayuda para que se convierta en una estrella.

Negué con la cabeza.

—No la ascenderán. No mientras esté Nathalie.

—¿Y sabes por qué no la ascienden?

—Sí. Por cómo baila en pareja.

—¿Y por qué se le da tan mal bailar en pareja? —Margaux me

miró fijamente, con los ojos desorbitados. Me encogí de hombros—. Es por lo nuestro. No soportaba que nadie le tocara las costillas después de que se las rompieran. ¿No lo entiendes? La culpa es nuestra. Nosotras hemos provocado esto.

La fuerza, el impacto de nuestras acciones, los años que habían avanzado en espiral… Tardé un momento en darme cuenta. ¿Cómo podía haberlo pasado por alto? Bailar en pareja se basa en ese contacto, en el hombre que sujeta la caja torácica de la mujer entre sus manos para que gire, se eleve y dé vueltas. Para casi todo lo que hace que te apetezca ver una actuación de ballet, básicamente. Recordé los recientes ensayos en el estudio con Lindsay: su ferocidad cuando bailaba sola, su gesto de dolor cuando Claude la levantaba. Lo tenía delante de mí y no había sido capaz de verlo.

—Pero… —Quise agarrarme a algo, a cualquier cosa—. Las dos sabemos que tampoco habría llegado hasta aquí si no hubiera sido por nosotras. ¿Cierto?

Margaux se frotó los ojos con los puños, como una niña, y se embadurnó el delineador.

—No, no lo sabemos. Fuimos unas putas arrogantes. Tomamos esa decisión por ella. Y eso me come por dentro.

—No puedes permitir que eso pase —dije, intentando sonar seria. Pero me di cuenta de que era el enfoque equivocado cuando ella levantó la mirada. Parecía tan perdida, tan derrotada.

Después de un largo silencio, habló:

—Estaba en rehabilitación, ¿sabes?

Fruncí el ceño.

—¿Cuándo te lesionaste?

Margaux parpadeó, centrándose cada vez más en mí.

—No —dijo finalmente—. Soy una alcohólica, Delphine. O una «alcohólica funcional», más bien. Eso es lo que dicen en el grupo. ¿De verdad necesitabas que te lo dijera?

Así era, e inmediatamente después me sonrojé por la culpa.

—Pero… hace años que no te veo borracha —dije con una voz débil—. No borracha de verdad.

Ella desvió la mirada.

—Sí que me has visto —dijo—. Casi todos los días desde que has vuelto. Que no te hayas dado cuenta no significa que no sea cierto.

Dolió. Me lo merecía.

—Cada noche —dijo Margaux en voz baja— me despierto cubierta en sudor. O sea, empapada de pies a cabeza. En mi manzana hay tres bares a los que no puedo volver. Has estado fuera mucho tiempo, Delphine, y, sin embargo, cuando me preguntas qué tal ha ido, no sé qué decirte. Ni siquiera recuerdo la mitad de las noches de la última

década.

Era como si me estuviera contando una historia sobre otra persona. Era horrible. Todo lo que decía era terrible. Y no encajaba con la narración de la vida de Margaux tal y como yo la conocía.

—Hemos estado intentando quedarnos embarazadas. ¿Lo sabías? —Negó con la cabeza ante sus propias palabras—. No se lo dijimos a nadie en el trabajo, ¿te imaginas? Todo el mundo piensa que he tenido unas vacaciones increíbles en Madrid y lo cierto es que solo fuimos ahí por las hormonas, por los procedimientos, porque aquí ni siquiera podemos conseguirlos. En fin. He tenido dos abortos —dijo, con la mirada fija en la ventana.

Margaux estuvo a mi lado cuando murió mi madre. Cuando el pelo se me pegaba a la cara por las lágrimas y el sudor, me lo recogía y trenzaba. Me traía toallas húmedas para las mejillas. Me preparaba té. Me decía un montón de cosas dulces e intrascendentes («Acércate a la ventana, mira la nieve», «Ponte esa chaqueta negra, te hace parecer Charlotte Gainsbourg») que eran las únicas palabras que me apetecía escuchar.

Me levanté y la abracé. No la había visto llorar, pero su cara estaba húmeda al apretarla contra mi hombro, afilada y blanda a la vez.

—Lo digo en serio, me está envenenando por dentro. Y creo que a ti también te ha hecho lo mismo. Tenemos que decírselo, Delphine. Tenemos que decirle lo que hicimos.

Retrocedí hacia la ventana. Mi vestido húmedo se refrescaba con el aire.

—Ni hablar —dije.

Estaba arrugada y sonrojada y, aun así, la máscara tardó un segundo en volver a aparecer, en volverse dura, fría y pulida. A pesar de que sus mejillas seguían estando llenas de maquillaje corrido, a pesar de que su cara seguía estando hinchada.

—Lo veo —dijo Margaux, con los ojos fijos en mí—. Veo que estás igual de carcomida que yo. Pensabas que podías volver a casa y que volveríamos a ser un trío feliz, como antes. Pero lo que hicimos, Delphine, lo arruinó todo. —Hizo una pausa para dejar que sus palabras calaran—. No hay nada que podamos hacer para cambiar su pasado, pero sí podríamos cambiar su futuro.

—Pero ¿de qué le serviría a ella que nos disculpáramos? Solo para nuestro beneficio. ¿Cómo cambiaría eso su futuro? Y, de todos modos, no creo… —No tenía las palabras; tal vez no entendía mis pensamientos lo suficientemente bien como para decirlo—. No creo que podamos seguir culpándonos de lo que pasó. Fueron treinta segundos, hace catorce años. Ella ha tomado sus propias decisiones

desde entonces. ¿No lo hemos pagado lo suficiente?

Margaux negó con la cabeza.

—Podemos pagar y pagar y pagar. No importa cuánto paguemos, a menos que al pagar arreglemos las cosas.

—Pero no sé cómo arreglarlas —dije. Y ahí estaba: la cosa más verdadera y clara que había dicho esa noche, y me sorprendió descubrir lo muy en serio que lo decía.

—Yo tampoco —dijo Margaux con tristeza.

La agarré de la mano.

—Dejemos eso aparcado un momento. Centrémonos en ti. ¿Estás mejorando? Has dicho que tenías un grupo, ¿qué significa eso?

—Un grupo de apoyo —dijo, y puso los ojos en blanco—. Por un segundo, vi a la chica que solía ser. Mi mejor amiga desde los ocho años—. Un programa de doce pasos.

—¿Puedes volver a ir?

Ella resopló. Levanté las cejas y ella hizo un gesto como señalando con la mano todo su cuerpo.

—¿Así?

Hice una mueca.

—Creo que probablemente lo entenderían.

Cerró los ojos brevemente.

—Tal vez —dijo después de un rato—. Cuando esté lista. ¿Podemos irnos a dormir ya? Estoy agotada.

Ahí estábamos: los dos, juntas de nuevo. Y todo seguía mal, todo seguía roto. Después de tanto tiempo, aún no habíamos superado lo que le habíamos hecho a Lindsay. Cuando me fui de París, pensé que aquello se haría más y más pequeño, que se alejaría en el horizonte… Y, sin embargo, esa noche había vuelto. Se asomaba a lo grande. Siempre presente.

Miré a Margaux, su caos, su desesperación. Era una masa oscura en nuestro triángulo, de esas que aparecen de la noche a la mañana y hacen metástasis en todo lo que se ve. Desde que volví, me había centrado en arreglar la vida de Lindsay. Había actuado como si Margaux estuviera bien, como si nada pudiera irle mal. Como si yo tampoco le hubiera hecho nada.

—Vete a la cama, Delphine —dijo finalmente. Cerró los ojos rodeados por restos de maquillaje—. Hace horas que deberíamos habernos ido a dormir.

Cuando me desperté al día siguiente, la luz pálida se colaba por las rendijas de las cortinas. Ya era mediodía. Y en mi teléfono había un mensaje de Stella. Me decía que no pasara por allí. No quería verme. Era cortante pero educada. Sin embargo, no pude evitar escuchar el trasfondo: *tal vez nunca más*.

La manta estaba hecha una bola en el sofá y Margaux se había ido.

CAPÍTULO 19

Agosto de 2004

Lindsay corría más adelante, hacia el sonido de las gaviotas y el olor a sal en las rocas. El pelo se le salía de la coleta y rebotaba contra la parte baja de la espalda, rubio y medio encrespado por la humedad. El camino se curvó bruscamente hacia abajo, pero sus piernas siguieron avanzando y su voz se elevó en un grito de guerra entre risas.

Noté un codazo en las costillas: Margaux apareció a mi lado.

—Muévete —jadeó—. ¡Va a ganar!

Pero ¿a quién le importaba? Lindsay nos había retado a hacer una carrera y nosotras le habíamos seguido el juego; cuando hacíamos caso a sus ideas locas, las noches salían mejor. Tenía una magia brutal, un encanto que hacía que las cosas funcionaran. Pero ganar no me importaba. El sol se apagaba sobre nuestros rostros, teníamos veintidós años y nuestras piernas eran rápidas y libres mientras caíamos en picado hacia la arena.

Margaux y yo nos desplomamos en la playa segundos después que Lindsay, que ya se estaba desnudando. Llevábamos el bikini debajo del vestido. Si hubiéramos sido chicas normales, también habríamos llevado sandalias, pero ¿para qué? Llevábamos deportivas. Se nos marcaban todos los huesos con el bikini, pero nos lo poníamos igualmente, porque los bañadores se parecían demasiado a los *maillots*. El hecho de desvestirnos no nos perturbaba; nos resultaba familiar. Solíamos mirarnos por encima las unas a las otras de cuando nos cambiábamos en los vestuarios y comparábamos nuestros cuerpos.

Cuando bailas con alguien durante el tiempo suficiente, te aprendes su cuerpo tan bien como el tuyo. Tal vez incluso mejor, porque mientras que tú solo te ves en el espejo, con miradas entre giros y *tendus*, los demás siempre están delante, al lado, detrás de ti. Todavía recuerdo la curva del pie de Lindsay: el arco era tan marcado que casi podía formar un puño. Si cierro los ojos ahora, todavía puedo contar los huesos del esternón de Margaux, desde las clavículas hasta el estómago.

Treinta segundos en el agua helada fueron suficientes antes de salir corriendo entre gritos.

—Fuego —dijo Margaux. Le temblaban los dientes mientras hablaba. Su pelo oscuro estaba mojado—. Tenemos que hacer un fuego.

Siempre hacíamos lo que decía Margaux; creo que, en el fondo, le teníamos demasiado miedo como para no hacerlo. Con ella, nunca se sabía lo que había debajo de la superficie. ¿Placer? ¿Rabia? ¿Una especie de dolor existencial? Cuando se ofreció a llevarnos a casa de su abuela, en Normandía, durante el fin de semana para celebrar su cumpleaños, no hizo falta mucho para convencernos. Margaux dijo que íbamos, así que fuimos. Margaux dijo que lleváramos nuestros trajes de baño, así que lo hicimos. Margaux dijo que hiciéramos un fuego, así que empezamos a buscar ramas por la playa.

Tardamos un rato en encontrar suficiente leña seca, con las toallas envueltas alrededor de nuestros hombros y la piel de gallina mientras nos encorvábamos sobre la arena. Una vez que tuvimos suficiente, Margaux arrugó páginas de la *Elle* que aún no había leído y las usó para encender el fuego. Observamos cómo se consumían y ardían las modas, y, pronto, nuestros rostros se vieron iluminados por las llamas.

Me recosté en la arena, caliente por el sol. Todavía era la hora del crepúsculo, pero las estrellas ya se asomaban.

—Cuatro años —dijo Margaux tras un largo rato.

—Hasta que… —dije.

—No *hasta*, Delphine. *Desde* —dijo con una sonrisa—. Es nuestra cuarta temporada.

Cuatro años en la compañía. Nueve que conocimos a Lindsay, catorce que nos conocimos Margaux y yo. Si lo comparábamos con el resto de nuestras vidas hasta ese momento, era impresionante.

—¿No os parece —empezó Lindsay— que avanzamos muy lentamente?

Nunca me lo había planteado. La idea me inmovilizó por un segundo. ¿Nos estábamos moviendo lo suficientemente rápido? Éramos jóvenes; había tiempo. Pero tampoco tanto. No para siempre. Cuatro años *desde*. ¿Cuánto faltaba para el *hasta*? Podíamos esperar otros diez años de escenario perfectamente. Quince si teníamos mucha suerte. Veinte si Dios decidía bajar a la tierra y ofrecernos su bendición.

Teníamos veintidós años y, por primera vez, vi mi vida no como una serie interminable de estaciones que dan vueltas, sino como un recurso finito que se estaba gastando, incluso en ese mismo instante, mientras veía el humo subir en espiral.

Lindsay empezó a tararear una versión de *La esmeralda*, la pieza

con la que hizo la audición el otoño anterior. Luego se puso en pie y, a pesar de que el suelo era inestable y de que estaba oscuro, sus movimientos fueron perfectos. Afilados, tallados con cuchillo, y, a la vez, coquetos y salvajes.

Pasó la pierna por encima del fuego y golpeó la pandereta imaginaria que tenía en la mano. Los ojos le brillaban por las llamas y era como si nos viera allí, sentadas, pero también más allá de nosotras. El humo hacía que el aire se ondulara, que sus extremidades se alargaran hasta convertirse en algo sobrenatural.

Sin dejar de tararear, levantó la pierna hasta la oreja y la mantuvo allí, impulsándose más y más hacia delante. Se dio la vuelta, con el pelo cayéndole sobre la cara. Se deslizó. Se agarró. Movió la cadera con sensualidad y nos reímos. Era nuestro vigésimo segundo verano; el cielo estaba lleno de estrellas.

Y entonces un grito salió del fondo de su garganta.

Lindsay se agarró el pie desde delante, sin ponerlo en punta, sin flexionarlo. Por un segundo, no sabía qué había pasado. Se sacó el cristal de la piel con la punta de los dedos. Entonces, la sangre empezó a brotar y se extendió a lo largo del corte irregular hasta el talón.

—Ay, Dios —dije.

Me miró, con los ojos muy abiertos, parpadeando y con la mirada vacía.

—Pásame la bolsa —susurró.

Margaux se apresuró en ir a por ella y la trajo con manos temblorosas. Tragué saliva mientras Lindsay se acunaba el pie.

Se apreciaba la sangre en las huellas que Lindsay había dejado en la arena y que parecía negra bajo el manto del anochecer.

No éramos libres. Ese momento fue suficiente para arruinarla para siempre.

Se agachó y se agarró el pie entre las manos.

¿Cuántos días, semanas, meses, pasarían antes de que pudiera volver a bailar?

Con los dedos pegajosos por la sangre, se apretaba la piel.

Lo gastas y luego desaparece.

Su boca se frunció. Me pareció que temblaba, pero quizá era por la luz.

Cinco. Diez. Quince. En algún momento, se nos acabarían los años.

¿Y luego qué?

Se sentó en el suelo y abrió la bolsa para que el contenido cayera en la arena. Gafas de sol, un reproductor de CD portátil, su teléfono móvil… Agarró las zapatillas de punta. Todo su pie y sus dos manos se habían vuelto de color negro rojizo.

Estaban perfectamente nuevas; las cintas seguían separadas y las

plantas seguían rígidas. Debía de tener la intención de coserlas durante el fin de semana, porque las cintas estaban clavadas en la parte trasera del zapato con una aguja.

Lindsay quitó las agujas. Luego sacó un rollo de hilo rosa pálido y lo enhebró.

Mantuvo la aguja en el fuego hasta que se puso de un color rojo luminoso y sus dedos temblaron. Me quedé mirando aquel desastre pegajoso y húmedo que tenía en el pie mientras lo ponía en su regazo. Buscó el frasco de alcohol y agua que llevaba para ablandar las puntas de las zapatillas. El líquido cayó sobre la herida. Sus dientes brillaron en la oscuridad al hacer una mueca de dolor.

Grité cuando la aguja le perforó la piel; el ruido que hizo Lindsay fue más bien el de un animal.

Con cada tirón, al apretar el hilo, emitía un gruñido desde la boca del estómago. El hilo se fue oscureciendo mientras escuchábamos el suave ruido que hacía al pasar a través de la piel.

No gritó. Ni una sola vez.

Volvió al trabajo dos semanas después.

Octubre de 2018

Me quedé mirando las mariposas que asomaban entre la pintura de la pared mientras las voces de mi cabeza revoloteaban a mi alrededor y parloteaban hasta sonar como música. *Eres la peor persona del mundo*. *Eres vieja; no tienes tanto talento*. *Eres horrible con la gente que te quiere*. *Tienes que manipular a los hombres para mantener su interés*.

Cuando salió el sol el lunes, me di cuenta de que tenía que volver al BOP. ¿Cuánto tiempo puedes engañarte a ti mismo sobre cuál es el propósito de la vida si no estás haciendo lo que realmente te define? Un vendedor de seguros que no vende seguros no es más que un hombre. Un socorrista que no está en la piscina no es más que una persona cualquiera.

Lo que yo hago es bailar. Era tan simple y tan caótico como eso.

Volví al ballet.

No tenía programado ensayo con ningún bailarín, solo un estudio reservado y mi iPad para grabar los movimientos a medio hacer de los que aún era capaz. Esta vez sí que no había agua en la fuente. Llevaba tantos meses pensando en *Zarina* que todo lo demás había quedado fuera. ¿Qué me interesaba antes de los mitos griegos? Siempre eran los mismos personajes bebiendo y follando sin sentido. ¿Dónde estaban las piezas musicales que antes me inspiraban? Ahora todas me

parecían mundanas y planas, o, peor aún, ya habían sido utilizadas por otros creadores mejores para crear otras piezas mejores.

Tendría que hacerlo por ensayo y error. Comprobé el horario para ver dónde me tocaba y me dirigí al final del pasillo.

En el primer estudio por el que pasé, Nathalie estaba ensayando algo clásico con Jock y Camille: parecía Nureyev. No me molesté en quitarme los auriculares y Janis Joplin se lamentaba en mis oídos mientras miraba. Camille era todo perfección; Jock era un príncipe galante. Esperé a que levantara la vista y me viera mirando por la ventana, pero estaba muy concentrado en su trabajo.

La música se detuvo y se dejó caer al suelo, todas las exhalaciones que había estado conteniendo expandieron su pecho mientras luchaba por recuperar el aliento.

Aunque me había enviado un mensaje después de la cita, no había vuelto a saber nada de él. Había estado esperando a que sonara el teléfono, segura de que me diría algo en cualquier momento.

Todavía no lo había hecho.

Pero lo haría, estaba totalmente segura de ello.

Estaba casi totalmente segura de ello.

La puerta del segundo estudio casi me dio un golpe cuando Claude salió a toda prisa y con toda la rabia que le cabía dentro. Sus mejillas estaban encendidas como el fuego, de un color rojo difuminado en los bordes, y sus ojos desprendían un fulgor interno.

—¡Eh, eh, eh! ¿Qué pasa aquí? —pregunté mientras me ponía los auriculares alrededor del cuello. Parecía un director de instituto.

—Ella. —Alzó el brazo para señalar hacia el estudio—. Es insoportable. Vengo a ayudarla y ¿qué hace? Cincuenta veces nos habrá hecho repetir la misma maldita combinación. Y luego, cuando le digo que quiero un descanso, que quizá deberíamos probar con otra cosa, tiene los ovarios de llamarme *vago*.

Me acerqué a la ventana, pero ya sabía de quién estaba hablando. Lindsay.

—No eres vago —dije sin entusiasmo mientras la veía alzarse de nuevo sobre las puntas, probando la resistencia de sus zapatos. Estaban ya en esa fase medio floja, pero debió decidir que estaban lo suficientemente bien como para continuar, porque empezó a prepararse para otra serie de piruetas—. No dejes que te afecte —le sugerí, pero ya se había ido y andaba furioso por el pasillo.

La cara de Lindsay mostraba concentración mientras empezaba a girar. Simple, doble, triple y abajo. En el BOP no nos gustan los giros llamativos; es mejor clavar un doble que hacer un cuádruple descuidado. Pero Lindsay conseguía un triple perfecto, siempre.

Ahora, lo intentó con una expresión diferente. De repente, estaba

ansiosa, atrayente, como una princesa de cuento de hadas. Miré los alrededores y vi el iPhone con el que se estaba grabando, apoyado contra el espejo. Mientras tanto, Janis zumbaba alrededor de mi cuello: «*Cryyyyyyy baby*». Era la cantante preferida de mi madre, lo cual nunca había tenido sentido para mí. Todos esos aullidos, esa falta de contención, cuando Maman era el epítome de la belleza femenina, de la elegancia y el privilegio. Pero ahora lo entendía por primera vez. Todo se basaba en la aspereza de la voz de Janis.

Tal vez tenga mucho por lo que estar enfurecida, había dicho Stella.

De nuevo: Lindsay comenzó la preparación tradicional, pero esta vez puso las manos sobre las costillas de manera que los codos sobresalían. Hacía de su propia pareja. Un doble. Se tambaleó al final.

Oh honey, welcome back home.

Tensó la mandíbula, perdió esa benévola mirada de princesa Diana y se agarró de nuevo de las costillas. Dio dos y tres cuartos de vuelta antes de caerse.

Who'll take all your pain…

Sus ojos ardían mientras se obligaba a volver a la posición inicial y girar de nuevo. Esta vez ni siquiera llegó a la mitad del recorrido antes de que su tobillo cediera.

Y fue entonces cuando perdió la cabeza. Algunos mechones de pelo se le habían salido del moño y se le pegaban a la cara mientras empezaba a golpearse el torso. Agarró los tirantes de su *maillot* y tiró hasta dejarlos a la altura de la cintura. Su cuerpo seguía siendo perfecto, tan perfecto como lo había sido siempre, aunque ahora más esculpido. Tenía los mismos huesos; las costillas formaban una escalera impecable a lo largo del torso, pero parecían gastadas. Tenía los mismos músculos, pero ahora parecían hechos de piedra, como sus pechos, como si fueran una formación natural hecha por el clima.

Come on, come on, come on, come on…

Y entonces, semidesnuda, se golpeó con una mano a cada lado de las costillas y giró. Fue mejor. No perfecto. Parecía libre. Giró y giró y giró hasta que perdí la cuenta de las rotaciones.

Entonces, justo cuando salía del giro, se detuvo y se desplomó en el suelo. Con el pecho desnudo, se tumbó en el suelo boca arriba. No eran las respiraciones pesadas que una bailarina suele hacer después de terminar una combinación difícil. Eran sollozos espasmódicos, sacados de sus entrañas.

Y, de repente, supe cuál iba a ser mi ballet.

Una pequeña e inconveniente voz en mi cabeza se preguntaba qué me pasaba. Alguien estaba sufriendo delante de mí, era mi amiga, y lo único que sentía era curiosidad. La observaba mientras luchaba por la perfección. Esta mujer llevaba más de veinte años luchando por la

perfección, y me fascinaba.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, vi una salida.

CAPÍTULO 20

Octubre de 2004

El *soutenance*, que es la audición anual donde se decide quién asciende, era dentro de dos semanas y se respiraba la tensión en el BOP. Marc aún no había publicado cuántas plazas habría en cada nivel; la mayoría de los años, eran una o dos por rango. Este año, se decía que habría tres plazas de solista vacantes. Era perfecto: tres plazas para nosotras tres.

Si es que fuera verdad, claro.

Preocúpate de las cosas que puedes controlar, decía siempre mi madre. Lo cual significa que no te compares con las otras chicas y que te limites a centrarte en ti misma. Significa también que no debes obsesionarte con adivinar a quién van a ascender y a quién no; tienes que hacerlo siempre lo mejor que puedas. Y significa también que no debes preocuparte por quién está en el jurado que determinará tu destino.

Pero no podía evitarlo. De entre todas las autoridades de este mundo tan pequeño, había algunas que nos adoraban (Marc, el director artístico, que siempre nos daba los mejores papeles en los ballets), otras que nos odiaban (Marie-Cécile, la jefa de estudios, que se desesperaba porque nunca conseguía hacernos callar), y otras que nos asombraban con su total indiferencia (Nathalie, estrella jubilada y maestra de ballet recién llegada, que nos giró la cara en cuanto nos vio llegar).

Averiguar quiénes formaban parte del jurado fue como descifrar un código: no podíamos saber qué posibilidades teníamos hasta que supiéramos quiénes nos juzgarían.

—He oído que Pina Bausch va a formar parte del jurado —les dije a Lindsay y Margaux mientras esperábamos a que empezara la clase. Lindsay estaba doblada boca abajo, estirando los isquiotibiales, mientras Margaux se rodeaba la cabeza con una pierna.

—No seas tonta, no va a venir después de lo que pasó con Marc en Berlín la primavera pasada. Dijeron que Suzanne Farrell sí, pero no puede ser verdad… Ella es más del NYCB —dijo Margaux, con la voz amortiguada contra el muslo—. No es para nada parisina.

Fruncí el ceño y me quedé mirando los dedos de los pies.

—Jock me lo habría dicho. No creo que sea ella.

Hacía años de su partida y todavía estábamos en contacto de forma regular. Aunque solo fuera por correo electrónico. Aunque solo fuera una vez al mes.

—¿Marie-Cécile?

—¿Qué pasa con ella?

—No está en el jurado, ¿verdad?

—No lo creo. No sería justo, ¿no crees? —Y, particularmente, sería injusto para Lindsay; la odia desde aquella primera clase de *pointe*.

—¿Quién de la compañía, entonces? —preguntó Margaux mientras dejaba caer la pierna hacia abajo.

—Nathalie Dorival.

Lo sabía con certeza; había oído a la secretaria de Marc hablar de ello el otro día. Me arranqué un poco de esparadrapo para envolver el cuarto dedo del pie, donde había empezado a formarse una ampolla.

—¿Qué pasa con su sexy marido? —preguntó Lindsay. Al intentar salir de su pose se dio un cabezazo contra la pared.

—¿Louis? Qué va. Nathalie ya tiró de todos los hilos habidos y por haber para que lo nombraran estrella —dije—. No creo que también consiga que lo metan en el jurado. Además, ¿realmente crees que está tan bueno? Se pone demasiado delineador cuando sube al escenario.

—Me parece que es un poco punk. Debe ser increíble en la cama, ¿no crees?

Margaux le dio una palmada en el brazo.

—No. Uno: está casado. Y dos… No hace falta ningún dos.

—Debe ser raro —dije, y no era la primera vez—, sobre todo por el hecho de que le debe toda su carrera laboral a su esposa.

Lindsay puso los ojos en blanco.

—Sigue teniendo su antiguo apartamento. Es como un acto de rebelión secreto contra ella.

Fruncí el ceño.

—¿Y eso por qué?

—Para poder follar con otras mujeres, por supuesto.

Margaux se dejó caer de espaldas.

—¡Ya está bien! Por Dios. No puedo tener esta conversación otra vez.

Esa semana, publicaron la información sobre la audición. El anuncio del jurado decía que, entre otros, nuestros ascensos los

decidirían tanto Nathalie como Louis.

Las malas noticias no acababan ahí.

Había dos plazas para solista, no tres.

Éramos tres. Y había dos plazas.

Octubre de 2018

Aunque no era quien quería ser, aunque me había fallado a mí misma y a los demás, todavía tenía la gracia salvadora de la danza. La idea brillaba como un núcleo de oro en mi mente.

Esto era lo que me interesaba: la voz loca y ruda de Janis. El dolor que afloraba a la superficie. La hermosa fealdad de su feminidad salvaje. Jugué con todo su canon, paseando por el suelo del estudio, imitando movimientos con las manos y, finalmente, calentando y probando yo misma para luego ver las grabaciones de mi iPad. No me sentía mal al ver mis limitados movimientos, solo un absoluto deleite por el descubrimiento. *Zarina* se sentía como un exnovio del que me acababa de dar cuenta que nunca me había gustado tanto como creía.

Estaba en mi quinta o sexta repetición de *Me and Bobby McGee* cuando vi a Jock rondando la puerta del estudio. Me quedé helada. Sabía que no debería estar avergonzada, pero lo estaba. Ya no era una bailarina de verdad; estaba creando y fue como si me hubiera pillado masturbándome.

—Haz como si no estuviera —dijo.

Apagué la música.

—No te preocupes —dije. Sus mallas y su camiseta estaban sudadas. Probablemente, había estado ensayando en la sala de al lado durante horas, escuchando los aullidos de Janis a través de las paredes.

Se apoyó en el marco de la puerta y cruzó una pierna sobre la otra, como Steve McQueen.

—¿Llegará el día en el que, por fin, me dejes prepararte la cena?

—Ah, cuando quieras —contesté.

Jock sonrió.

—¿Mañana? —Justo cuando estaba a punto de aceptar, rectificó —: No, tengo ensayo todo el día. ¿El viernes, entonces?

—Viernes, entonces —dije mientras empezaba a repasar la absurda lista de cosas que tendría que hacer antes: depilarme, probarme toda la ropa que tenía, pedir cita en la peluquería y encontrar unas medias negras sin ninguna rotura, todo en los próximos dos días.

* * *

Y, de repente, era viernes, llevaba un vestido negro escotado y me había rendido por completo con respecto a las medias. Iba a ir al piso de Jock (¡*Al piso de Jock!,* susurraba mi yo de diecisiete años) y me iba a preparar la cena.

Por fin.

Jock vivía en el séptimo distrito. No conocía a nadie más que viviera en el séptimo; una zona llena de museos y de la tumba de Napoleón y de amplios bulevares que me hacían sentir minúscula. Ese *arrondissement* no podía ser más diferente física y espiritualmente del Marais.

En realidad, tenía un algo que me recordaba a San Petersburgo. Esa belleza estéril y la gran cantidad de embajadas en los amplios bulevares. Lo vacías que estaban las calles. Si inclinaba un poco el cuello, veía la torre Eiffel en una calle lateral, y simpaticé, por primera vez, con las personas de la generación de mis bisabuelos, que la consideraban un adefesio. La torre de metal que se abría paso a través de toda esa elegancia parecía… fuera de lugar.

Seguro que el piso lo ha heredado, pensé mientras entraba en el vestíbulo y me miraba en el espejo dorado sobre la alfombra turca. El BOP pagaba bien, pero no tanto. En el ascensor, me revolví frenéticamente el pelo, intentando darle algo de volumen. Volví a observar mi reflejo y traté de fingir que estaba mínimamente preparada para que me viera desnuda.

Entonces el ascensor se detuvo en seco. Ya estaba en el apartamento de Jock. Estaba viviendo mi vida real, la que siempre había querido. Me había estado esperando en París todo ese tiempo. Podía tomar lo que quería.

Respiré hondo y llamé al timbre.

Llevaba una camisa blanca y unos vaqueros oscuros y olía como si acabara de salir de la ducha. Su rostro sonriente desprendía amabilidad y todo el nerviosismo que sentía empezó a desaparecer cuando me dio un beso en la mejilla. Luego se lo pensó mejor y se encontró con mis labios. Al cabo de un minuto, me aparté ligeramente.

—Hola —dije en voz baja.

—Hola.

—¿Qué hay para cenar?

Su hoyuelo hizo acto de presencia mientras me tomaba de la mano para llevarme por el pasillo hacia una enorme cocina de color blanco.

—Pasta de pelo de ángel con vieiras. Espero que te guste el

marisco.

Se me hizo la boca agua al oler la salsa con aroma a pimienta. ¿Cuánto tiempo había pasado cocinando esto para mí? ¿Cuándo fue la última vez que alguien había cocinado para mí? Nadie desde Dmitri, y siempre había odiado en secreto la comida rusa.

Jock subió el fuego y el agua hirviendo subió con él mientras la removía.

—No puedo creer que nunca hayas estado aquí antes —dijo.

—No puedo creer que cocines. No, no puedo creer que comas pasta. Hay muchas cosas que me cuesta creer, a decir verdad.

Jock dejó la cuchara y me puso las manos alrededor de la cintura.

—Yo también.

Esto está bien, pensé mientras sus labios se encontraban con los míos. Por fin habíamos llegado a un punto en el que el pasado no importaba, en el que solo estábamos nosotros dos, en el que podíamos ser abiertos el uno con el otro sobre lo que queríamos y lo que estábamos dispuestos a dar.

Me empujó contra la pared. Su cara era cálida y todavía tenía el pelo un poco húmedo. Me rozó la clavícula con la boca mientras tiraba de la cremallera de mi vestido y este se deslizaba hasta convertirse en un montón de tela poco elegante en el suelo. Soltó una especie de rugido desde el fondo de la garganta y me mareé. Traté de no jadear audiblemente mientras él se incorporaba, con las manos suavemente apoyadas en mis caderas.

—Ven conmigo —me dijo al oído.

Se dio la vuelta y quitó la olla del fuego.

Yo estaba en lencería y tacones. Me alegré de no haberme puesto medias cuando me agarró por la muñeca y me arrastró lentamente por el pasillo hasta su dormitorio.

Luego le desabroché la camisa y no pude evitar pasar los dedos por el escaso vello de su pecho, por su suave piel y sus duros músculos. Se inclinó para besarme con avidez y su camisa se desprendió por completo. Podía sentir su ansia a través de los vaqueros.

No sé ni cómo, segundos después, yo ya no llevaba ropa interior y su boca bajaba por mi piel. Me rozó ligeramente el pezón con los dientes mientras me arqueaba para acercarme más. Lo agarré y lo hice girar para ponerme encima de él. Le di un beso largo y profundo mientras, con una mano, desabrochaba el botón superior de sus vaqueros; su erección era tal que la cremallera se deslizó casi sola. Pasé un dedo por el miembro y sonreí al ver que se retorcía y luego gemía al agarrar la punta con un puño firme.

—¿Es que quieres que me corra enseguida? —dijo, y, de repente,

yo estaba bocarriba y él volvía a recorrer mi cuerpo, esta vez con más ganas. Deslizó una mano por mi pierna y yo le rodeé los hombros con ellas cuando noté su boca ahí.

Qué estadounidense por su parte.

Podía sentir cómo sonreía mientras yo gemía y movía las caderas contra él. Tal vez demasiado, porque, después de un minuto, me puso una mano en cada lado de la cadera y me inmovilizó. Eso no me gustó. Bueno, mejor dicho, sí me gustó, me gustó demasiado. Tiré de una de las manos para dejarla reposar en mi pecho antes de agarrarle del pelo. Me apretó el pezón con los dedos al tiempo que deslizaba uno de los dedos de la otra mano dentro de mí y sus labios succionaban suavemente esos nervios en el vértice de mis muslos.

La habitación se desvaneció y yo grité, sin importarme lo fuerte que le estaba tirando del pelo. El orgasmo palpitaba en mí. Jadeaba y gemía al mismo tiempo.

Se acercó sonriendo y yo lo agarré y lo puse encima de mí.

—¿Tienes condones? —susurré.

Una mirada levemente molesta, que en cualquier otro momento habría descifrado, le cruzó el rostro.

—No, lo siento —dijo.

Llevaba diecisiete años haciendo análisis de coste-beneficio cuando se daban estas situaciones de mierda. Si hubiera sido cualquier otra persona que no fuera Jock, lo más seguro es que ahí se hubiera quedado la cosa. Pero era Jock, y hacía solo unos meses que me habían puesto un nuevo DIU, y (creo que este fue el factor más importante) seguía aturdida por el placer.

Sus respiraciones se hicieron más cortas. Sentí cómo se restregaba, y yo estaba lista. Más que lista. Lo rodeé con las piernas y lo tomé dentro de mí, y él hizo un ruido que era mitad gemido, mitad falta de aire.

Nos movíamos a la perfección juntos. Habríamos sido una gran pareja en el escenario. Excepto por los jadeos. No podía evitar jadear; no era capaz de recuperar el aliento y mi respiración se aceleró aun más cuando movió una pierna a mi lado para llegar todavía más profundo.

Juntos, pensé vagamente. Ahí estábamos, a punto de correrno juntos.

Apreté los músculos de la pelvis alrededor de él y observé con los ojos entrecerrados cómo la ola de placer que me recorría a mí también lo recorría a él.

—Oh, joder —decía—. Oh, joder…

Lo empujé para que se apartara de mí.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Eso era la pantalla parpadeante del ordenador portátil que había frente a nosotros y que se reflejaba en uno de los muchos espejos que había en la habitación. No había tenido la oportunidad de evaluar mi entorno al entrar, pero, sin duda, antes estaba apagada. Y mientras el número de alguien que había decidido llamar justo en ese desafortunado momento parpadeaba en la parte superior derecha de la pantalla (menudo imbécil, no debería haber vinculado los dos dispositivos), allí estaba yo. Iluminada. Mi cuerpo desnudo, acercándome a la cámara, ocupaba toda la pantalla, con cada pliegue y arruga al descubierto.

—¿Qué —dije de nuevo, con la voz temblorosa, mientras corría hacia el portátil— es esto?

Jock se había arrodillado, el pelo le caía sobre la frente de una forma que treinta segundos antes me habría parecido encantadora.

—No sé —dijo vacilante—. No sé, debe ser algún tipo de *malware* o…

—No —dije, y una extraña calma me invadió. No podía procesar lo que era, pero sabía lo que *no* era. No era eso. Pulsé el botón para detener la grabación y luego volví al principio.

Lo que más tarde me sorprendió fue lo mucho que quería verlo todo.

El torso de Jock apareció en pantalla. Por algún motivo, resultaba más amenazante al tener la cabeza cortada por la cámara. Avancé. Ahí estaba yo. Me veía más fuerte y a la vez más débil de lo que nunca me había sentido. Ahí estaba él, contra mí. Iban pasando las imágenes estáticas mientras yo avanzaba la reproducción. Lo vi quitarme la ropa interior y sentí que me volvía a humedecer. Las ganas estaban de nuevo ahí, a pesar de que, a su vez, tenía una sensación nauseabunda en la boca.

—¿Para… para qué es esto? —No podía mirarlo a la cara.

Su voz fue suficiente para romperme, tierna y asustada.

—Yo no… Delfina. No hagas esto.

Solté el cursor y, sin querer, en la imagen que se quedó congelada se lo veía arrastrándose sobre mí. Intenté hablar, pero me tembló la mandíbula y me hice añicos.

Rompí en llanto. Unos sollozos feroces y desgarrados que me atravesaban. Un llanto feo. De esos que solo te permites delante de otras chicas.

—Ay, venga —dijo, rodeándome con el brazo—. No. No llores. Cálmate. Por favor, no llores.

Por un último momento, dejé que sus brazos me envolvieran. De alguna manera, aparté de mi mente el hecho de que era tanto la causa como el consuelo en todo este lío mientras me apoyaba en él y notaba

el calor, la solidez, y el olor de su cuerpo.

Sus brazos me apretaron. Me aparté.

—No estoy llorando —dije mientras buscaba a mi alrededor algo con lo que limpiarme la cara. El edredón parecía demasiado indigno, así que me conformé con el borde del sujetador. Las lágrimas atravesaron el encaje y acabaron extendiéndose por mi cara. Me lo quedé mirando con frustración.

—Sí que lo estás.

—No… —Pero no podía decir qué era lo que *no* hacía. No estaba llorando porque estuviera triste. Estaba llorando porque aquello era mucho; era demasiado; era tan diferente de lo que pensaba que sería. Me pasé las palmas de las manos por las mejillas para deshacerme de las lágrimas, no podía mirarlo a la cara. Solo podía mirar a esa imagen de él en la pantalla. Encima de mí. Dentro de mí. A mi alrededor. Me estaba dejando absorber por él. Me acerqué al portátil para minimizar la pestaña.

Anne. *Alexis*. *Camille*.

Había un botón de *play* junto a cada nombre, todos en blanco. Resaltaban sobre el fondo negro de la carpeta.

Christine. *Danielle*.

Los nombres aparecieron ante mí antes de que pudiera encontrarles sentido.

Se movió rápido como un gato para cerrar la pantalla. Aunque no lo suficientemente rápido.

—Estas son miembros de la compañía —dije. La sangre se me había subido a las mejillas, mi cuerpo procesaba antes que mi cerebro.

Tragó saliva.

—No es lo que piensas —se excusó.

—Lo que pienso es… ¿Qué haces con estos vídeos? ¿Alguien te paga por ellos? ¿Los publicas en alguna web? —Me quedé callada. Me dolía todo. Me dolía como un dolor febril, como una quemadura de sol, como un goteo de ácido por vía intravenosa. Ya no podía soportar estar en mi cuerpo; quería salir.

Jock se puso pálido.

—¡Son para mí! Son solo para mí.

—Has estado grabando a… a todo el mundo.

—Vale, vale —dijo levantando las palmas de las manos—. Quería… —Esbozó una sonrisa tímida—. Quería poder vernos de nuevo. Más adelante. —Ladeó la cabeza—. ¿Puedes culparme?

Todavía podía sentir los ecos de él dentro de mí.

—No hay ninguna Anne en la compañía —dije.

Y tuvo la cortesía, si es que se le puede llamar así, de sonrojarse.

—No… No me jodas. ¡Joder, Jock! ¿Va a la academia?

Se succionó el interior de la mejilla.

—Delphine —dijo finalmente—, ¿por qué no dices qué es lo que realmente te molesta?

Si yo fuera otra persona… pero no. No tenía las palabras.

—Nos has convertido en… en cosas. —Fue lo único que pude decir.

Tenía una mirada vagamente compasiva.

—¿La carta del feminismo? A ver, Delfina, solo porque tengas un poco de *daddy issues*…

Me di cuenta de que estábamos desnudos. Mi vestido seguía en el salón; cogí su camiseta del suelo y me la envolví.

—Vete a la mierda. Esto… Esto va mucho más allá de eso. —No sabía ni por dónde empezar. Eran los vídeos, era la cantidad que había, era que me hubiera arrojado al montón con todas las demás, era mi sentimiento de que era especial disolviéndose en el aire de esa habitación.

Abrió la boca, pero tuve que decírselo.

—Son niñas, Jock.

Se encogió de hombros, sonriendo. Steve McQueen una vez más.

—¿Qué quieres que haga? Me pone lo que me pone.

Tropecé y me agarré al borde del escritorio. Fue como si me hubiera empujado por las clavículas. Todo lo que decía, todo lo que no tenía que decir. Era vieja, y estaba amargada, y la gatita sexy que creía ser minutos antes solo era… una bolsa asquerosa, fingiendo.

A la mierda.

Y entonces:

—La edad de consentimiento es a los quince años.

Tuvo el descaro de decirme eso. A la cara.

Me abalancé sobre él.

Quería desollarlo vivo. Quería, literalmente, arrancarle la piel. Pero, a diferencia de los hombres en ballet, a quienes se les entrenaba en el combate escénico y tenían peleas reales entre ellos, yo nunca había golpeado a nadie. Solo le di un buen golpe en la clavícula, y me hice más daño yo en la mano que el que le hice a él. Eso fue antes de que me agarrara de las muñecas y me retuviera.

El corazón se me aceleró, tenía el pelo por toda la cara, y me zafé de su agarre. Él soltó un bufido de diversión.

—Crees que te pareces a James Bond —dije sin aliento, apartándome—, pero, en realidad, pareces más bien Humbert Humbert.

—¿Quién? —dijo con frialdad, imponiéndose ante mí.

—Te das cuenta de que, cuando dejé la compañía, esas chicas eran bebés —dije.

—No veo qué tiene que ver eso conmigo —contestó él—. Lo siento mucho, pero no lo veo.

Era más grande que yo; tenía más experiencia que yo; creía que era más inteligente que yo. Pero también había algo más profundo que eso, algo más que le daba esa fría confianza.

No había forma de salir de esto en la que yo saliera ganando.

Y, a su vez, estaba yo, el archivo donde aparecía yo, el vídeo donde salía yo, en su ordenador. Su pornografía personal, nada más. Y nada menos.

—Si la junta directiva se entera… Si Nathalie se enterara… —tartamudeé.

Alzó las cejas.

—¿Qué te hace estar tan segura de que harían algo?

Con un pico de adrenalina, agarré el ordenador. Él se hizo eco de mi movimiento e intentó agarrarme a mí, pero yo seguía siendo más rápida y salí corriendo de la habitación, con el corazón latiendo en mis sienes, con su camisa aún envuelta en mi cuerpo.

—¿Qué coño crees que estás…? —Escuché que decía mientras corría tras de mí. En algún punto del pasillo, me agarró por las caderas. Le di una patada y me aplasté los dedos de los pies contra su espinilla. ¿Por qué nadie me había enseñado a escapar? Los huevos. Se suponía que había que darles en los huevos. Pero ¿cómo? Su cuerpo estaba pegado al mío y no había nada de espacio entre nosotros. Notaba su erección contra mi espalda (espera, ¿su erección?) y me había rodeado las costillas con los brazos, atrayéndome hacia él, rodeándome.

Di un codazo hacia atrás y hacia arriba y, casi por accidente, le di en el ojo.

—Joder —masculló mientras retrocedía a trompicones.

A su vez, yo caí hacia delante y el portátil cayó delante de mí. Estaba tan concentrada en intentar agarrarlo del suelo que me apresuré y acabé cayendo con fuerza sobre las rodillas. La piel golpeó dolorosamente el suelo, como una bofetada de cuerpo entero. Jock llegó primero al ordenador. De pie junto a mí, me observó con una mirada oscura y un olor a sudor rancio que me llegaba en oleadas. Vi cómo la rabia crecía en él; la vi expandirse de la misma manera que lo había hecho en mí. Retrocedí hasta el salón. El suelo de madera era resbaladizo. Sus pasos me siguieron después de un momento.

Entonces, con la ropa en los brazos, los zapatos en las manos y la camisa de Jock todavía alrededor de los hombros, salí corriendo por la puerta principal.

CAPÍTULO 21

Octubre de 2004

Una cree que, una vez que has entrado en la compañía, ya lo tienes. Todo ha terminado. La lucha y el sufrimiento, el anhelo y los sueños. En parte, es la forma en que tratamos la vida, como si hubiera una línea divisoria entre la infancia y la edad adulta a la que todos llegamos, por la que todos pasamos. Pero nunca se cruza porque en realidad no existe.

Entrar oficialmente en la compañía fue el mayor logro de mi vida. Lo había conseguido. De entre todas nuestras compañeras, Margaux, Lindsay y yo éramos las únicas que habíamos hecho realidad nuestro sueño. Nuestras compañeras tuvieron que someterse al agotador y desalentador proceso de hacer audiciones en otros países de Europa de menor categoría. Pero cuando todo aquello hubo pasado, ahí estaba yo, en la compañía, y tenía el rango más bajo posible.

Siempre hay otro obstáculo que saltar, otro escalón que subir. Cuando era estudiante, pensaba que no me importaría, que con formar parte del BOP sería suficiente.

Por supuesto que no. Quería ser la mejor. También Lindsay. También Margaux. Habíamos tenido la suerte de entrar las tres juntas a la empresa. Habría sido de tontas pensar que el universo seguiría brindando oportunidades así, de tres en tres, hasta llegar a la cima. ¿Qué es lo que creíamos que iba a pasar? ¿Que íbamos a ser estrellas las tres juntas algún día? Era poco probable.

Seguimos adelante.

Después del primer año, nos ascendieron a las tres para formar parte del coro, como *coryphées*. Estábamos contentas, pero no muy sorprendidas, aunque fingíamos estarlo cuando había gente delante. *Bien hecho*, recuerdo haber pensado. Esto es lo que tiene que pasar. Pero entonces nuestro progreso se ralentizó, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa por accidente en nuestras vidas. Cada año,

había unas cuantas plazas de solista abiertas. Cada año, se los daban a otras personas. Bailarinas que llevaban más tiempo en la compañía; bailarinas que habían pagado sus cuotas. Ese primer año, yo ocupé el sexto lugar en la lista de espera, luego el cuarto y después el segundo; Margaux y Lindsay progresaron de forma similar.

No entendíamos qué estaba pasando. Era nuestro turno.

Y ese año, el año en el que cumplimos veintidós años, había dos plazas de solista abiertas. Éramos tres. Y había dos plazas.

Y no creíamos que hubiera nadie más que estuviera cualificado para conseguirlo. Habíamos estado tan cerca del ascenso estos últimos años; todas las que eran mejores que nosotras ya habían ascendido.

Era nuestro turno.

Bueno. Era el turno para dos de nosotras.

—Tenemos que prometernos —decía Lindsay una y otra vez— que, elijan a quien elijan, no nos vamos a enfadar.

Pero lo decía solo porque pensaba que ella sería una de las elegidas. Sabía, y sé que Margaux también lo sabía, que quien quedara fuera iba a quedar devastada, además de gloriosamente furiosa. Pero, igualmente, asentíamos y decíamos:

—Totalmente. Por supuesto, todas nos alegraremos por las demás. No importa quién lo consiga.

Era fácil decirlo. Era más difícil de creer.

Más difícil de creer para mí, al menos.

Si el jurado tenía algo de sentido común, por supuesto que iba a elegir a Lindsay.

Claro, cada una tenía sus puntos fuertes. Los pocos solos que habíamos tenido eran muy diferentes. Margaux siempre estaba en las piezas clásicas, yo en las contemporáneas, Lindsay en cualquier cosa que requiriera hacer un papel de *x* personaje. Pero eso eran solo diferencias. No eran ni mejores ni peores.

Pero ¿la forma en la que todos los ojos se dirigían a Lindsay en el momento en el que subía al escenario? ¿Su forma de bailar, tan intensa que hacía que el resto de nosotras pareciéramos autómatas en comparación?

Eso era algo totalmente distinto.

Eso era una genialidad.

Lindsay era exactamente el tipo de bailarina que debería ser ascendida a un puesto en el que estuviera sola en el escenario, para ser el centro de atención de todos. Ya era esa bailarina. Estaba segura de que lo único que la frenaba era su condición de extranjera, su obstinada negativa a adherirse a la etiqueta de BOP.

Y, entonces, un día estábamos sentadas en la azotea del edificio de la Ópera, contemplando los tejados grises de las mansardas y los

monumentos de París bajo un cielo azul brillante, cuando dijo:

—Miembros del coro. Todos bailamos igual, ¿verdad? Como si fuera bueno que todos bailásemos igual. Lo cierto es que somos…

—¡Homogéneos! —dijo Margaux. Le encantaba encontrar palabras en inglés cuando Lindsay no podía.

—Eso, homogéneos. Pero el objetivo de un solista es hacer algo que no todos pueden hacer.

—Claro —dije.

—Y la singularidad se va volviendo más y más importante a partir de ahí. Como los bailarines principales: aunque les pusiéramos sacos en la cabeza, seguiríamos sabiendo quién es quién solo por la forma de bailar. Y, para ser una estrella, tienes que ser totalmente diferente.

—Bueno, especial —matizó Margaux.

—Claro —afirmó Lindsay con firmeza—. Tienes que hacer cosas… que nadie más puede hacer.

—Lindsay, ¿en qué estás pensando? —le pregunté.

—A los hombres les gusto —contestó—. Mucho.

Resoplé. No pude evitarlo.

—Así que vas a… ¿qué? ¿Subirte ahí y follar con alguien?

Margaux se encogió de hombros.

—Siempre puede hacer la prueba desnuda.

Lindsay se rio con nosotras, pero sus ojos se entrecerraron cuando paramos.

—No —dijo con un tono desconocido en la voz—. Estaba pensando en tirarme a Louis.

Mis ojos se dirigieron directamente a los de Margaux. Nuestras caras eran un poema. ¿Lindsay quería acostarse con uno de los miembros del jurado? ¿Con la nueva estrella de la compañía? ¿Quería humillar a Nathalie? Porque acabaría sabiéndose. Esto era el BOP, por supuesto que acabaría sabiéndose. ¿Se iba a arriesgar tanto para tener una ligera ventaja?

—Linds —dije—, no serías capaz.

Sin embargo, no era una afirmación real. Me hizo una mueca.

—No puedes hacer eso —dijo Margaux.

Lindsay negó la cabeza, agitando los rizos.

—Miradlo de esta manera: a nadie le gusta Nathalie. O, al menos, todos estamos de acuerdo en que es un poco zorra. Así que, aunque lo descubriera, a nadie le importaría ni saldría corriendo en su defensa. Me sería bastante fácil… Charlaría un poco con él, haría que me invitara a ese apartamento que tiene aparte…

Me estremecí.

—No creo que debas arriesgarte —dije—. No me parece… justo, en cierto modo. Y, además, ¿quién dice que después de acostarse

contigo te votaría a ti y no a otra?

Lindsay negó con la cabeza lentamente.

—Me votaría.

Margaux y yo intercambiamos una mirada brevemente.

—Linds —dijo Margaux, con un acento más marcado—, sabes que ha tenido problemas con muchas de las chicas, ¿verdad? El año pasado, Adrienne intentó denunciarlo ante Marc por acoso sexual. Y Louis se limitó a decir que era una mentirosa a la que había rechazado cuando ella había intentado usarlo para escalar posiciones.

Lindsay parpadeó con los ojos muy abiertos. Su imitación de Bambi.

—Sí, lo sé —contestó—. ¡Por eso es perfecto! Porque sé que estará abierto a ello. Y, además, nunca sería tan tonta como para denunciarlo. Al fin y al cabo… —Se movió hacia atrás hasta quedar cara a cara con nosotras en la pendiente—. Creo que en la vida hay que arriesgarse si quieres conseguir algo. Ir a lo seguro no te lleva a ningún lado.

Antes de que ninguna de nosotras pudiera decir nada más, se puso en pie de un salto.

—El sol se ha puesto. Me estoy congelando. Vamos.

Bajó trotando las escaleras, siempre la primera, siempre corriendo por delante. Sentí una mano en el hombro y me volví. El viento me daba en los ojos, los entrecerré para mirar a Margaux. En su cara vi lo mismo que había dentro de mí: preocupación por Lindsay, sí, pero también enfado porque hubiera elaborado ese plan que a ella la impulsaría hacia adelante y a nosotras nos dejaría atrás. También dolor por la forma en que despreciaba los sentimientos de los demás: los de Nathalie, los de Margaux, los míos. E incredulidad por el descaro con el que nos lo había contado.

Bueno, más que incredulidad, furia. Lindsay debería haber aprendido a ocultar esa ambición descarnada hacía tiempo. Podríamos haber visto como un halago el hecho de que sintiera que podía contarnos cualquier cosa, incluso cuando sus planes nos amenazaban de forma directa. Pero Lindsay nunca fue todo lo prudente que debería haber sido para eso. Simplemente, no sabía cómo hacerlo.

—No podemos permitírselo —dijo Margaux.

Octubre de 2018

Las luces del pasillo estaban apagadas, corrí hacia el piso de abajo y tropecé con el último escalón de piedra. Tenía que calmarme. Si

seguía así, me iba a matar, y ¿qué pasaría entonces?

Tal vez culparían a Jock. Se haría justicia, al menos. Bueno, para él. No para mí.

Me vestí con manos temblorosas, me puse los zapatos y dejé su camisa colgada sobre la barandilla.

Me paseé frente al edificio de Jock mientras esperaba al Uber. El coche estaba a cinco minutos, ahora seis, ahora parecía estar dando infinitas vueltas sobre el Sena. Mi teléfono sonó al recibir un mensaje. Jock.

Delfina.

Era solo mi nombre. No había motivos para sentir cómo el pavor me corría por las venas; era solo mi nombre.

Pero la cosa era que no era mi nombre.

Entonces el teléfono empezó a sonar. Por un momento, lo único que pude hacer fue mirar las letras que salían en la pantalla, insistentes. *Jock*. *Jock*. *Jock*.

Tenía que salir de allí. Todavía me temblaban las manos cuando cancelé el Uber y empecé a caminar.

Mientras me abría paso entre la multitud que se paseaba por la orilla del río en la noche parisina, lo único que sentía eran los ojos de la gente posados en mí. Estábamos en las praderas y yo era un antílope rodeado de leones. Estábamos en el circo y yo era un oso dando tumbos y haciendo algo parecido a un baile. Estábamos en el teatro y…

Me froté los ojos y aparté las manos. Tenía todo el contorno de los ojos embadurnado de rímel y delineador. La voz de mi madre seguía en mi cabeza: «Estar presentable cuando sales a la calle es un servicio a la comunidad».

Me vi a mí misma como desde arriba: el pelo revuelto, los ojos desorbitados, el maquillaje corriendo por mi cara.

Tiempo atrás, habría llamado a Margaux y a Lindsay y habríamos hecho una reunión de emergencia con el aquelarre (así es como llamábamos en broma a esas noches en las que quedábamos para hablar hasta la saciedad sobre los últimos desengaños amorosos). Pero me parecía que no estaba en posición de pedirle nada a Lindsay en ese momento; y, por muy desastrosa que fuera mi situación, perdía relevancia si la comparaba con la de Margaux.

Otro mensaje. Con las manos temblorosas, cogí el teléfono. No pude evitar mirar, aunque sabía que no me esperaba nada bueno.

Delphine. Llámame.

No podía creer que volviera a estar en ese punto.

De nuevo, Jock me había seducido. De nuevo, me había hecho daño. De nuevo, me encontraba atrapada en un vaivén de acontecimientos con este mismo grupo de personas, en este mismo mundo. Era tan pequeño, tan circular, que poco nos diferenciábamos de aquellos caballos estáticos del carrusel que años atrás había adorado.

Pensaba que había escapado de nuestra historia compartida al mudarme a Rusia. Pensé que me había separado de los fantasmas de mi pasado. Y sin embargo, aquí estábamos, separándonos y volviéndonos a juntar en infinitas variaciones, como un caleidoscopio, una danza cortesana que nunca terminaba.

Me quedé contemplando las luces del río y mis ojos empezaron a inundarse de nuevo. No podía tener las cosas que ofrecía el mundo fuera de la danza porque me había comprometido con el ballet. Y era un compromiso para toda la vida, aunque cuando lo hice no lo sabía. Había cambiado mi forma de ver, de sentir, de moverme por el mundo.

No podía decírselo a un terapeuta; los terapeutas, con sus títulos y sus teorías sobre el apego, nunca entenderían qué nos impulsaba, quiénes éramos. No podía decírselo a Stella ni aunque no me hubiera dejado de hablar. La única persona a la que podría habérselo contado sería a mi madre. Ahora empezaba a ver su enfado de forma diferente. Sí, siempre estaba enojada. Ella tampoco fue capaz de escapar. Las normas que aprendió, los juicios que interiorizó en el BOP y las decisiones irrevocables que tomó la persiguieron durante toda su vida.

De nuevo, el teléfono. Rechacé la llamada y luego lo puse en silencio. Ya había aguantado lo suficiente esa noche.

Pero antes de que pudiera volver a guardarlo en el bolso, otro mensaje apareció en la pantalla.

Si quieres llevar esto de la forma más inmadura posible, vale. Pero creo de verdad que lo mejor que puedes hacer es no ser tan exagerada y superarlo.

Y entonces me envió un vídeo. Tuve que apoyarme en la barandilla del Puente de las Artes. Solté un quejido en voz baja.

No hacía falta abrirlo para saber que éramos nosotros dos.

La noche, las luces, el río, el puente: todo se condensó a mi alrededor. El espacio que rodeaba el teléfono que tenía en las manos se difuminó.

Me estaba intentando decir que fuera con cuidado. Que me comportara. Que me callara, porque él tenía esto. Siempre tendría que hacer lo que él dijera porque él siempre tendría esto. Podía hundirlo si contaba todo lo que había visto en ese portátil. Pero él también podía hundirme a mí.

Mientras me aferraba a la barandilla, sentía como si todo mi cuerpo se estuviera retorciendo sobre sí mismo. Estaba consternada por lo que Jock había hecho, por lo que era capaz de hacer. Por el momento, se había callado, y lo único que podía hacer era imaginarlo en su piso, deleitándose ante la idea de que yo debía estar aterrorizada por la grabación y por haberme dado cuenta de lo que quería decir realmente al enviarla.

¿Y si bloqueaba su número? Me forcé a abrir la lista de contactos y me quedé aterrada ante la idea de llamarlo por error. Toqué su nombre con tanta suavidad que la información ni siquiera se abrió a la primera.

No podía hacerlo.

Si iba a hacer algo horrible, tenía que saberlo. Si iba a arruinarme la vida, tenía que saberlo de antemano.

¿Y si hacía lo que él sugería? ¿Y si me obligaba a superarlo? Si no compartía este conocimiento con nadie más, mi vida podría seguir siendo la misma de siempre. Respiré profundamente y traté de sentir el alivio que conllevaría esa posibilidad.

No sentía nada.

Por mucho que me esforzara, no podía volver a lo que sentía antes. No sería capaz siquiera de tener una relación cordial con Jock. Cómo iba a aguantar verlo todos los días en el teatro y saber el poder que tenía sobre mí; el poder de exponerme en mis momentos más vulnerables e íntimos, de revelar al mundo entero cómo era y cómo se movía y cómo sonaba mi cuerpo.

Tenía que ver a Margaux y a Lindsay. No importaba lo que les hubiera hecho, no importaba lo que estuvieran pasando. Seguían siendo las únicas en las que podía confiar.

Mi tacón se quedó trabado entre los tablones de madera del puente. Lo saqué y me senté. Era la única persona soltera entre todas las parejas de enamorados que contemplaban las luces del Notre-Dame.

Si alguien era capaz de entenderlo, eran ellas dos.

Emergencia con Jock. ¿Os venís a mi casa?

Ocho palabras. Eso fue todo lo que hizo falta. Me estaban

esperando cuando llegué a casa.

* * *

Cuando terminé de contarles lo sucedido, respiré profundamente.

—¿Qué hago? —Me estaban mirando fijamente, con los ojos muy abiertos—. Estoy hablando en serio, chicas.

—¿Estás de broma? —preguntó Lindsay.

—¿En serio? —dijo Margaux.

Luego ambas hablaron a la vez:

—No puedes hacer nada.

—Tienes que decírselo a Nathalie.

Se miraron fijamente durante un segundo, antes de que Margaux tomara mi teléfono.

—¿Contraseña?

Se la dije. Vi cómo movía el dedo por la pantalla durante un minuto. Se escuchó el sonido de las capturas de pantalla, luego del envío de un correo electrónico.

Me quedé con la boca abierta.

—Marg, no jodas —susurró Lindsay.

Margaux nos miró con desprecio.

—Ay, calmaos. Solo me lo he reenviado a mí misma. Así, no importa lo que Delphine decida ahora o la semana que viene o dentro de cincuenta años, siempre podrá tener acceso a él si lo quiere.

Cerré los ojos.

—Delphine —dijo Lindsay—, no hay nada que puedas hacer. Si ese video sale a la luz…

—Pero si no hace nada, ¿a cuántas mujeres más les va a hacer lo mismo? —replicó Margaux antes de que yo pudiera decir algo—. No puede dejar que se salga con la suya después de esta… —Se interrumpió con frustración— ¡*Mierda* ni siquiera es una palabra lo suficientemente fuerte para definir esto! ¡Ni siquiera se me ocurre una palabra para definirlo!

Siguieron debatiendo, pero yo ya había pensado en todos los argumentos posibles. No había nada que pudiera hacer que no me perjudicara al menos tanto como a él. Y, sin embargo, le debía a todo el mundo, incluso a mí misma, denunciarlo, mostrar al mundo (o a nuestro mundo, al menos) la clase de persona que era realmente. Una podía pasarse una vida entera dando vueltas y vueltas sin llegar nunca a una conclusión.

A no ser que…

—Chicas —dije en voz baja.

No me oyeron, sus voces seguían compitiendo entre sí. La de Lindsay, suave pero insistente, la de Margaux, brusca y cortante.

—¡Eh! —dije gritando un poco más.

Se volvieron hacia mí.

—Acabo de recordar algo —dije lentamente—. Cuando Nathalie decidió suspender *Zarina*, no paraba de hablar de que me había traído aquí porque necesitaba una coreógrafa feminista.

Esperé su reacción, pero Lindsay se limitó a inclinar la cabeza mientras Margaux me miraba con los ojos entrecerrados.

—Los coreógrafos tienen que luchar constantemente para conseguir encargos —aclaré—. Pensad en lo abarrotado que está ya el campo. Está lleno de gente como yo, bailarines jubilados. Por no hablar de toda la gente que decidió dedicarse a esto como profesión principal desde el principio. Todos estamos compitiendo por el mismo número limitado de puestos de trabajo. El ballet feminista no trae dinero. Para nada. ¿Quién necesita realmente a una coreógrafa feminista? ¿Quién prefiere una obra que sea «algo bonito, corto y feminista» en lugar de algo más grande y comercial?

Margaux lo pilló antes que Lindsay.

—Alguien que necesita encubrir algo —dijo con el rostro enrojecido por la ira.

—Exacto —respondí—. Alguien que sabe que existe la posibilidad de que se desate un escándalo.

Nathalie. Nathalie ya lo sabía. Y no había hecho nada.

Permanecimos en silencio durante un minuto mientras comprendíamos la magnitud de aquello. Fue como cuando me enteré de que Lindsay era terrible a la hora de bailar en pareja: era algo que no quería oír, que sentí como un golpe físico en el pecho, y, sin embargo, también algo que no me sorprendió en absoluto. Toda institución que emplea a mujeres jóvenes, inevitablemente, las coloca en lo más bajo del escalafón. Y todas las instituciones artísticas tratan con personas cuyas ambiciones y egos desmesurados les hacen hacer cualquier cosa para ir con ventaja. Había presenciado cómo iban saliendo a la luz todos los escándalos del movimiento *Me Too* —Weinstein, Cosby, Louis C.K.— y no comprendía por qué habían causado tal conmoción en todo el mundo. No había nada de sorprendente en la degradación de las mujeres jóvenes.

Cuando Peter Martins dejó el NYCB por las acusaciones de conducta abusiva a principios de ese año, dolió como un golpe sordo. El niño bonito, el hermoso bailarín, el portador del legado de Balanchine. Al final resultó ser igual que el resto. Sin embargo, lo del BOP era más que un golpe; era como una paliza. Incluso allí, en un lugar donde las mujeres reinaban y servían, alguien había cambiado

las tornas. Había vuelto las reglas en nuestra contra.

Por muchas vueltas que le diéramos, no se nos ocurría ninguna explicación razonable de por qué Nathalie no había hecho nada con respecto a Jock. Se nos escapaba algo y no sabíamos el qué.

Lo que sí sabíamos era esto: no podía contárselo a Nathalie. Probablemente, ni siquiera podía contárselo a la junta. Al fin y al cabo, quizá fueron ellos quienes decidieron contratarme para protegerse ante la posibilidad de que lo que Jock estaba haciendo saliera a la luz.

Al final, determinamos que mi única opción era ir a la prensa. Pero, aunque normalmente se pudiera contar con la prensa francesa para crear una bonita y fuerte indignación en favor de las mujeres, siempre quedaría ese vídeo. El vídeo que debía suponer que publicaría en alguna parte. El vídeo que tendría que asumir que el mundo vería. Eso era lo que me paralizaba. Era la prensa o nada, y no tenía ni idea de qué elegir.

Tenía que hacérselo saber a la gente, pero ¿de verdad era eso lo correcto si, por el camino, me arruinaba a mí misma? Y ¿qué es lo que estaría arruinando exactamente? ¿Mi carrera? ¿Mi reputación?

Mi contrato con el BOP era hermético, pero, como me había recordado Nathalie en nuestra última conversación, eso no garantizaba que la compañía fuera a representar nada de lo que yo creara. A la hora de la verdad, lo más probable es que siguieran pagándome sin montar ninguno de mis ballets, pero que siguieran poseyendo la propiedad intelectual de todo lo que había creado este año.

Me di cuenta de algo más y aquello me quemó las entrañas como si fuera una brasa. Creía que me habían invitado aquí para darme a conocer, para mostrar al mundo lo que podía hacer. Pero no era así. No realmente. Solo estaba allí como una póliza de seguro, para que pudieran protegerse cuando el mal comportamiento de Jock se hiciera público.

Todo había sido por Jock.

Lindsay y Margaux no paraban de hablar y hablar. Cuanto más debatían sobre Nathalie y Jock y el vídeo y mi contrato, más consciente era de que, aunque me quisieran, aunque me conocieran mejor que nadie, nunca podrían entender lo que estaba sintiendo en ese momento.

Jock era parte de la compañía, y yo no. Para bien o para mal, sería más fácil deshacerse de mí que de él.

Y este seguía siendo su mundo. Lindsay lo adoraba, Margaux lo odiaba, pero allí estaban, igualmente.

Y yo siempre estaba, a la vez, medio dentro medio fuera.

* * *

Lindsay se fue alrededor de las tres, Margaux un poco después. Siempre tenía que tener la última palabra. Esta vez, fue:

—Tú eres la única que puede darle lo que se merece.

«Lo que se merece». Aquellas palabras seguían resonando en todo el apartamento mientras ella cerraba la puerta. ¿Qué se merecía él? ¿Qué me merecía yo?

Mi furia contra él se desató y me dejó sin aliento con cada respiración. Estaba herida, sí. Pensaba que yo era especial, sí. Pero la cosa iba más allá. Tenía que ver con cómo nos había guardado en su disco duro; tenía que ver con el hecho de, sin saberlo, haber sido amalgamada con todas esas otras mujeres en un harén. Con la posibilidad de ser expuesta como otra más ante el mundo.

Una parte de mí, la que había asistido a misas católicas durante los primeros ocho años de su vida, sospechaba que este era mi castigo. No por tener sexo prematrimonial (no era lo suficientemente católica para eso), sino por las cosas malas que había hecho. Había hecho daño a personas de mi entorno cercano. Y luego las había dejado atrás.

El único elemento del catolicismo que siempre me había parecido realmente importante era la confesión. Y, aunque había cosas que estaba segura de que jamás sería capaz de decirle a nadie, el sacramento existía por una razón. Contarlo era bueno para el alma; yo sí creía en eso. Pedir perdón era incluso mejor.

Había que enmendar las cosas, y estaba en mi mano hacerlo.

CAPÍTULO 22

Octubre de 2004

Lindsay tardó unos treinta segundos en conseguir que Louis la invitara a salir.

Esa noche, Margaux y yo estuvimos despiertas durante horas intentando pensar en cómo detenerla. Lo más obvio, pensé, era hablar con ella, pero Margaux me dijo que no fuera tonta.

—Dame un ejemplo, solo uno, de alguna vez que Lindsay haya aceptado un consejo que no quisiera escuchar de por sí.

—No se me ocurre ninguno —dije, y me encorvé en el sofá. Cada vez que cerraba los ojos, lo único que veía era a Lindsay tumbada en la cama junto a él.

—¿La empujamos por unas escaleras? —propuso Margaux.

—No lo dirás en serio. —Sí que lo decía en serio—. Tampoco es que queramos asesinarla.

Hizo una mueca de arrepentimiento.

—Normalmente, no. Pero es que cuando la escuché el otro día parlotear sobre lo facilísimo que iba a ser todo esto, sobre cómo uno de esos puestos era suyo sí o sí…

—¡Se lo decimos a Nathalie! —grité. Margaux emitió un sonido de frustración desde el fondo de su garganta—. Me refiero, si hay alguien que puede detenerlo, es ella.

—Nathalie también está en el jurado. Si delatamos a Lindsay, Louis dirá que nos lo hemos inventado todo. Arruinaremos por completo las posibilidades de ascender de Lindsay, por no hablar de las nuestras…

—¿Cuándo dijo que iba a reunirse con él? —Lo busqué en el teléfono—. Miércoles. La noche antes de la segunda audición. Espera. ¿Y si hacemos algo que la obligue a cancelarlo? ¿Algo que no le deje otra opción que dejarlo plantado?

Los ojos de Margaux se agrandaron. Se sentó, asintiendo.

—Algo como la ipecacuana —añadió.

Era un jarabe que, durante un tiempo, se popularizó entre las bulímicas de nuestro grupo: un emético. Si te lo tomabas, estabas una hora que no podías ni moverte, y te sentías fatal durante más tiempo aún.

—Podemos controlar los tiempos…

—Será durante suficiente tiempo como para mantenerla alejada del apartamento de Louis, pero no lo suficiente como para que no pueda presentarse a la audición.

Estábamos hablando una por encima de la otra; la idea tomaba forma ante nosotras.

—Estará bien como dos horas después —sentenció Margaux.

Nos quedamos calladas, mirándonos la una a la otra, esperando que surgiera alguna objeción. Había muchas, pero nada que fuera tan grave como lo que ella había planeado. Nada que tuviera el potencial de perjudicarla seriamente, ni a su carrera ni a su reputación. Nada que nos impidiera a ninguna de las tres seguir compitiendo por esos puestos.

Cuantas más vueltas le dábamos al asunto, más nos parecía que era nuestra única opción.

Octubre de 2018

A la mañana siguiente, un sábado que hacía un sol que deslumbraba, me dirigí al otro lado del río, al Hospital Cochin. Está situado en su propio campus, un lugar extraño, lleno de jardines multicolores y una inquietante mezcla de edificios públicos del siglo xix y arquitectura brutalista. Esta última siempre me hace pensar en *1984*. Llevaba una bolsa al hombro con una botella de *prosecco*, un ramo de azucenas y los malvaviscos suecos que le gustaban a Stella.

Me guie por el enrevesado mapa que me habían dado en la puerta. Pensé: *por una vez, he tomado la decisión correcta*. *Por una vez, estoy haciendo lo correcto*.

Stella es sabia. Stella sabrá qué hacer. Stella me ayudará a resolver este lío.

Estaba dormida cuando llegué a la habitación. Era una habitación doble, pero la cama más cercana a la puerta estaba sin hacer y con una cubierta de plástico que brillaba al sol. El cáncer de estómago de mi madre no le permitió ese lujo; tuvo una serie de compañeros de habitación que iban y venían, todos traían sus propias quejas, nuevos familiares a los que evitar y molestos programas de televisión que

sintonizar. Pero siempre tenían el mismo olor.

Respiré profundo y sentí cómo el oxígeno llegaba hasta mis manos y pies. Podía estar aquí. Podía hacer esto.

La luz incidía directamente en la cara de Stella. Hacía calor ahí. Demasiado. Me acerqué y cerré la cortina de color azul eléctrico con el ceño fruncido porque no entendía el porqué de ese color tan alegre en un lugar como ese.

—¿Delphine? —susurró, y parpadeó en la repentina oscuridad.

Miré con desconfianza el enorme vendaje que le envolvía la cadera. A través de la gasa se veían manchas de sangre, y el impulso de pulsar el botón de llamada me recorrió los dedos.

—¡Stella! —Acerqué el sillón a la cama—. ¡Mírate!

Apretó los labios, incoloros.

—Delphine —dijo—, te pedí que no vinieras.

—Lo sé —contesté. Mi voz se había elevado y sonaba absurdamente alegre—. Lo sé, pero es que te he traído unas cuantas cosas, y tenía que… tenía que hacerlo. Bueno. ¿Cómo te sientes?

Stella me miró durante un rato largo.

—He estado mejor —dijo finalmente.

—Ya, claro, claro. He traído un poco de *prosecco*, ¿quieres?

Ella miró hacia otro lado.

—No estoy segura de que sea una buena idea mezclarlo con las drogas.

Qué amable de tu parte, cariño, pero… Así es como Stella rechazaría una oferta como esa normalmente. Respiré hondo y entrecortado.

—Ay. Menudas tonterías digo. Lo siento. Lo guardaré en la nevera y podremos compartirlo cuando vuelvas. ¿Qué te parece?

—Claro. —Cerró los ojos y, por un momento, pensé que se había vuelto a dormir.

—También te he traído los malvaviscos estos.

Le tendí la bolsa, pero no alargó la mano y, al cabo de un minuto, la dejé en la mesita de noche.

—Stella —dije con el corazón en la mano—, siento mucho no haber estado ahí para ti. Me equivoqué de fechas y la vida me explotó en la cara. Casi me pego un tiro cuando me di cuenta, simplemente…

Su rostro estaba congelado, con los ojos fijos en un punto en medio del aire.

—Ya me imaginaba que había pasado algo así —dijo al cabo de un minuto, con la voz ligeramente ahogada—. Debería haber tenido en mente cómo eres.

—Lo sé, ¡soy un desastre! Ojalá me lo hubieras recordado…

Pero había malinterpretado su tono. No estaba bromeando.

Inclinó la cabeza. Tenía unos tres centímetros de raíces blancas en

el pelo, luego aparecía el púrpura, que destacaba por su relieve. No solía pasar tanto tiempo sin cambiar de color.

—Te olvidas de las galas, te quedas dormida antes de los ensayos… —dijo—. Estar pendiente de ti no es mi trabajo.

Intenté respirar hondo.

—No, no. Por supuesto que no. No quería…

—Insististe en que querías estar aquí cuando me operaran. Y luego no viniste. No es que pretenda ser el centro de tu vida, Delphine, pero tienes que admitirlo. Molesta un poco que te dejen de lado tan fácilmente.

Miré su puño, que se aferraba con cierta suavidad a las sábanas. Era asombroso: qué poco espacio ocupaba en el mundo para lo contundente que era.

—No era mi intención —dije—. Eres muy importante para mí…

Ella sonrió, pero sin rastro de humor.

—Es muy fácil decir eso. Demostrarlo no tanto. ¿Qué hiciste por mí mientras estabas en San Petersburgo? ¿Mandarme un correo al mes?

Sabía que tenía razón. Sabía que lo que había hecho era imperdonable. Pero también creía que podía hacerla entender. Cuando tenía siete u ocho años, rompí un jarrón que tenía un valor incalculable al hacerlo caer desde la chimenea y le di la culpa al gato. Al cabo de unos días, la mentira empezó a arderme en las entrañas y la desperté a las dos de la madrugada para decirle la verdad. Me puso una manta sobre los hombros, me preparó una taza de chocolate caliente y me dio un abrazo. «Ya está. ¿A que ahora te sientes mejor?».

—¿Te acuerdas de Jock? —dije lentamente.

Me hizo un gesto de desinterés con la mano.

—Vas a tener que recordármelo.

—Es el chico del que estaba enamorada cuando era adolescente. Hace poco empezamos a quedar y… —Le conté la espantosa historia. Ella escuchó atentamente, aunque cerraba los ojos de vez en cuando— … Stella, no sé qué coño se supone que debo hacer. Estaba tan… conmocionada. Todavía lo estoy. Pero, en fin, eso es lo que pasaba. Es por eso que he estado ausente.

—Estás conmocionada —repitió ella.

—Estoy… petrificada. No estoy segura de si… Puede sonar raro, pero no estoy segura de si les debo algo a todas esas otras mujeres. Hay un vídeo mío rondando por ahí. ¿Qué hago? ¿Qué harías tú?

Pasó mucho rato antes de que abriera la boca. Cuando lo hizo, su voz era gélida y me recorrió las venas como pequeños cristales.

—Delphine, métete esto en la cabeza: no soy tu gurú, no soy tu mentora, no soy la bruja simpática del vecindario, ¿de acuerdo? No te

voy a leer las hojas de té ni a tirar las cartas de tarot ni a consultar el horóscopo.

—Espera —dije, con la voz temblorosa. No era así como se suponía que debía ser. Lo único que quería era que entendiera por qué había estado tan distraída, nada más—. Stella, claro que soy consciente de eso. Yo… Lo siento, Stella…

—¡Delphine! —gritó, y se puso las manos en las sienes. Respiró hondo varias veces. Cuando volvió a hablar, su voz era templada y grave—. No me interesan tus excusas. Y cada vez me interesa menos tu culpa. Así que, si no te importa, cariño, me gustaría que te fueras.

Empecé a empujar la silla hacia atrás. Dudé.

Esta era la mujer que me había cuidado mientras mi madre bailaba. La mujer que me había escuchado, consolado y ayudado a crecer. La mujer que había sido más madre para mí de lo que mi propia madre había sido nunca.

—No —dijo ella, capaz de leerme la mente, como siempre—. Es suficiente. Va siendo hora de que te marches.

CAPÍTULO 23

Noviembre de 2004

Margaux y yo urdimos un plan. Cuando llegó el miércoles, Lindsay se trajo unos tacones altos para su cita con Louis, y Margaux y yo compramos un frasco de ipecacuana en la farmacia que había junto al Louvre. Habíamos estado todo el día practicando la pieza para la audición, y lo más extraño es que ahora no recuerdo cuál era. Era difícil de cojones, pero todas las audiciones que hice durante esos cinco años fueron difíciles de cojones. Puede que fuera Kitri de *Don Quijote* o el *Grand pas classique*, que tuvimos que hacer dos años distintos. Durante mucho tiempo, estaba convencida de que era la versión del Cisne Negro, pero Margaux me dijo después que esa escena no existía.

Sea como sea, la rutina en sí es un agujero negro en mi memoria. Pero todo lo que vino después sigue y seguirá estando siempre ahí.

Estábamos sentadas en la terraza del Café de la Paix. No podíamos permitirnos comer allí, pero es que no comíamos, solo nos limitábamos a pedir cafés solos hasta la saciedad. Lindsay, con el vestido y los tacones metidos en su bolsa de baile, contaba el tiempo que faltaba para ir al apartamento de Louis; Margaux y yo hacíamos lo mismo, pero restando media hora. Pensábamos que, seguramente, hacia las seis empezaría a beber vino, pero no paraba de pedir expresos y nosotras empezábamos a ponernos nerviosas. Los cafés eran tan pequeños que seguro que notaría el sabor de la ipecacuana.

—Tres champanes —pidió Margaux al camarero.

Lindsay hizo cara de confusión.

—Odio el champán.

—Te ayudará a relajarte.

Llegó justo cuando Lindsay tenía que ir al baño. Con una mano demasiado firme (¿acaso era un psicópata y no lo sabía?), disolví una cucharada del viscoso jarabe en la copa del medio.

—Mejor dobla la dosis —dijo Margaux, y así lo hice.

—¿Cómo de rápido hace efecto esto? —pregunté.

Ella echó un vistazo dubitativo a nuestras tres sillas, todas apiñadas.

—Tú prepárate por si tienes que quitarte de en medio rápido.

El olor enfermizo se cernió sobre nosotras durante un minuto. Encendí un cigarrillo para enmascararlo. Margaux se centró en remover bien el jarabe de la copa de Lindsay y separarla de las nuestras. Y luego nos quedamos sentadas, sin otra cosa que hacer que esperar a que ella volviera.

—¿A quién creéis que ascenderán de la *quadrille* este año? —preguntó Lindsay mientras se volvía a sentar en la silla—. Personalmente, creo que pinta bien para Albertine. Si dejara de apretar tanto la mandíbula… Me duele solo de verla. —Nos miró—. ¿Qué pasa?

Margaux esbozó una sonrisa forzada.

—Los nervios —contesté.

—Ah. Bueno, es una tontería estar nerviosas por algo así. —Se encogió de hombros—. Hacedlo lo mejor que podáis mañana. Bueno, lo vais a hacer sí o sí. Estar nerviosas no nos hace ser mejores. En todo caso, nos hace peores.

—¿Y quién es la que está nerviosa ahora? —dije. Ella levantó una ceja—. Siempre te pones a parlotear cuando estás ansiosa.

—Sí, bueno —dijo Lindsay. Agarró la copa de champán y miró hacia otro lado con una sonrisa sombría—. Lo haré lo mejor que pueda.

Comenzó a levantarla para llevársela a la boca. Juro que pude oír cómo Margaux tragaba aire.

Lo mejor que podáis.

Era una expresión tan poco francesa. Aquí, *lo mejor que podáis* no tenía ningún valor. No a menos que fuera impecable.

Lindsay se esforzaba mucho en todo. Siempre se esforzaba al máximo; acostarse con Louis era parte de eso. Aquello me revolvió el estómago. Ella pensaba que esto era lo mejor que podía hacer.

Levanté la mano y le di un manotazo a la copa de Lindsay. Cayó al suelo, se rompió en tres trozos iguales y me salpicó de champán por todas partes. Ella se levantó de un salto y soltó un grito.

—¡Santo Dios, Delphine! ¿Qué coño haces?

—Perdón, perdón —dije mientras me pasaba una servilleta de las que no secan por los vaqueros—. Perdón, había una mosca. Supongo que yo también estoy un poco nerviosa.

Al otro lado de la mesa, los ojos de Margaux mostraban ternura y pena. Mientras Lindsay se sacudía la ropa, Margaux me dedicó una pequeña y triste sonrisa. Como si dijera: *Pues nada*…

Octubre de 2018

¿Qué aspecto tenía la justicia? Me senté en la sala de estar mientras me pintaba las uñas de los pies, con las cortinas bien cerradas para apartar la luz del día.

Me manché de rojo el dedo meñique del pie. No estaba presente cuando mi madre se enteró de que existía la familia californiana de mi padre, solo cuando arrojó todas sus cosas por la ventana a la plaza de los Vosgos. A pesar de lo horrible que había sido presenciar aquello, tardé mucho tiempo en darme cuenta de que el castigo no era proporcional al delito. Tenía otra familia, un niño y una niña que hablaban un inglés fluido, aunque de bastardos, al otro lado del mundo. La existencia de esa niña era lo que más me dolía. Era un año más joven: la edad justa como para que él pudiera conocerme y decidir que quería una sustituta. Y lo único que le pasó por haber humillado a mi madre y por haberme provocado ese sentimiento de desesperación fue que perdió unas cuantas camisetas.

Apoyé el pie izquierdo en la mano y me contorsioné para ponerlo recto.

Lo que realmente quería era robarle la vida a Jock. Retorcerla en los lugares adecuados para que ya no la reconociera como suya.

El frasco se volcó y manchó de esmalte el sofá color crema.

Quedaba tan bonito que me quedé mirándolo un momento, hipnotizada por el brillo. Luego me levanté de un salto y corrí al baño a por una toalla mientras soltaba improperios.

Froté el esmalte con furia y lo único que conseguí fue extenderlo y crear un círculo más grande y difuminado. Decidí que, al margen de las consecuencias, tenía que infligir tanto daño como había infligido él. Iba a robar su imagen de la misma forma que él había robado la nuestra.

Y para cuando terminé de arreglar el sofá, la alfombra y mis uñas, ya se me había ocurrido cómo lo iba a hacer.

* * *

Llegué la primera al Merci. Pedir favores siempre me incomodaba y me ponía nerviosa, así que salí quince minutos antes de la hora en la que habíamos quedado para hacer el trayecto de cinco minutos por las calles del Marais tranquila. Mi madre siempre decía que llegar a tiempo significaba llegar quince minutos tarde; si llegabas antes, en cambio, hacías que la otra persona se sintiera mal por haberte hecho esperar.

Podría haber ido por uno de los bulevares, por supuesto, pero su grandeza me hacía sentir expuesta. Días después, seguía sintiéndome mal en mi cuerpo. En su lugar, subí por la calle de Béarn, luego por la de Saint-Gilles y luego por la de Villehardouin. A causa de la lluvia, apenas veía el paisaje de cuento que me rodeaba.

Acababa de pedir una tisana cuando Daniel se acercó a la mesa, distraído. Me levanté y le di dos besos.

Miró a su alrededor. Estaba observando la elegancia de la cafetería, que mezclaba el estilo de una biblioteca y el de una fábrica. Escudriñó las estanterías a nuestro lado con tanta curiosidad que la camarera le entregó un menú en inglés. No la corrigió mientras ella intentaba decirle cuatro cosas sueltas en ese mismo idioma. Lo único que hizo fue responderle en su francés nativo, pero como que casi le sabía mal.

—Me alegro de verte, Delphine —dijo finalmente.

Perdí toda la valentía durante un momento porque me di cuenta de lo difícil que iba a ser aquello. Contárselo a Lindsay y a Margaux, incluso a Stella, no era nada comparado con contárselo a él. Era amable, sí. Dulce, incluso. Y, sin embargo, sentí que toda mi fuerza, todo mi valor, se agotaría en cuanto le contara la historia, que me reduciría a la nada ante sus ojos.

—Me sorprendió recibir tu correo —continuó.

No me miraba a los ojos. Esbocé una amplia sonrisa.

—Eres el único periodista que conozco.

Frunció el ceño.

—Pero yo no soy periodista.

—¿No?

Negó con la cabeza.

—Soy relaciones públicas.

Este era el tipo de cosas que debería saber. El tipo de cosas que no deberían tener que explicarme como mujer de treinta y seis años. Removí el té con cuidado, inclinando la cabeza hacia abajo mientras retiraba el colador para ocultar el rubor que se extendía por mis mejillas.

—¿Cuál es la diferencia?

—En las relaciones públicas, trabajamos en nombre de empresas o particulares. Les ayudamos a captar la atención de la prensa. Y del público. —De ahí el término «relaciones públicas», pero tuvo la amabilidad de no decirlo.

—¡Bueno, eso es aún mejor! Lo único que… ¿Eres muy caro?

Inclinó la cabeza. Realmente tenía unos ojos que rebosaban amabilidad.

—¿Y si me dices lo que necesitas y a partir de ahí ya vemos?

La camarera le trajo un moka y un croissant de chocolate. Se puso el azúcar en el café, esperando sin esperar.

Prométeme que no le dirás a Lindsay lo que te voy a pedir, quise decir antes de empezar. La forma en la que ella reaccionó cuando se lo dije, su total y absoluta convicción de que me arruinaría la vida si hablaba… Pero no podía pedirle eso. Su lealtad sería más fuerte hacia ella que hacia mí.

—¿Conoces a Jock Gerard? —pregunté directamente.

Algo parecido a un estremecimiento se le cruzó por la cara. Interesante. Nunca había visto a otro hombre, alguien que no fuera también bailarín, reaccionar ante el nombre de Jock. Siempre supuse que todos estaban tan encantados con él como yo.

Al parecer, no era así.

—Lo conozco bastante bien.

—No te cae bien —afirmé.

—Creo que un hombre que está rodeado exclusivamente de mujeres, sin un solo amigo varón, no es del todo fiable. Un hombre que ignora a cualquiera que no pueda impulsar su carrera o con quien no quiera acostarse no es del todo fiable. Creo que un hombre de treinta y seis años que culpa a sus padres de todo lo que le va mal en la vida… —Dejó caer el paralelismo, hizo una pausa—. Creo que es peligroso. Y, además —añadió, con más vehemencia de la que nunca le había visto—, odio su pelo con todas mis fuerzas.

Asentí con la cabeza.

—Entonces esto te va a encantar.

Le conté toda la historia de mierda.

Fue maravilloso. El público perfecto. No sé por qué me sorprendió tanto, pero me miró a los ojos en los momentos adecuados, apartó la mirada en los momentos adecuados y asintió en los momentos adecuados. Me dejó hablar sin interrumpirme ni una sola vez, escuchando atentamente.

—Eso es todo —dije finalmente—. ¿Conoces a alguien que pueda estar interesado en una historia como esta?

Sonrió.

—¿Estás de broma? Así a bote pronto, se me ocurren tres o cuatro periodistas.

Repasamos los aspectos prácticos. El periodista hablaría conmigo, me haría preguntas. Luego tendría que investigar el asunto por su cuenta. Eso implicaría llamadas a las otras mujeres que había visto en la lista, a Nathalie y a la junta directiva, al propio Jock. Quería permanecer en el anonimato, o lo más anónima posible, dado que Jock sabría sin duda quién había ido a la prensa. Y lo más anónima posible, dado que los periodistas, según explicó Daniel, probablemente

tratarían de involucrar a un magistrado para poder acceder a los vídeos, que sin duda ya debían estar subidos a la nube, si no es que ya estaban publicados en algún lado.

Reflexioné sobre esa idea un momento. El periodista vería el vídeo. Vería cómo Jock me quitaba la ropa interior, desabrochaba mi sujetador…

—¿Conoce a alguna periodista?

Asintió.

—Un montón. No te preocupes, Delphine. Encontraré a la persona adecuada.

—Gracias —El pánico que había estado creciendo como una burbuja bajo mi piel estalló y las lágrimas empezaron a gotear por mis mejillas—. Solo… gracias.

Me dio una palmadita en la mano.

—No tengas miedo.

Me llevé la servilleta a la cara y traté de recuperar la respiración. Cuando volví a poner la servilleta sobre la mesa, ya no estaba llorando.

—No es que tenga miedo —dije—. O no exactamente. Al menos no todavía. Lo que pasa es que… es abrumador. Y llorar es, no sé, la única manera que tengo de sacar todas las emociones. Es una válvula de escape. ¿Por qué los hombres nunca lo entienden?

Nos quedamos en silencio durante un minuto, mirando por la ventana.

—Delphine —dijo de un modo que hizo que mi cabeza se torciera hacia un lado, evitando su mirada—, ya que estamos aquí, me preguntaba si… —La lluvia arreciaba ahora; me pasaría todo el día mojada si no me iba a casa después de esto y me cambiaba de ropa. Hasta entonces, el interior dorado de la cafetería resultaba acogedor y difícil de abandonar—. ¿Puedo preguntarte una cosa? Sobre Lindsay —aclaró rápidamente.

—Claro.

—¿Crees que alguna vez querrá tener bebés? —preguntó en voz baja.

Muchas de las bailarinas que se encuentran en la cima de la profesión nunca tienen hijos, ya que su carrera coincide con el pico de fertilidad. Algunas deciden cambiar uno de esos años por un hijo. Casi nunca más de uno.

Mi madre me tuvo tres meses antes de cumplir los treinta y siete años. Cuando se enteró de que estaba embarazada, hizo lo que siempre hacía: sopesar los pros y los contras. Al final (aunque, según su relato, la cosa estuvo reñida), dado que solo le quedaban cinco años de contrato, decidió sacrificar uno para tener a alguien para cuando se

hiciera mayor. Lo que no tuvo en cuenta entonces es que los sueños no desaparecen. Toda la lucha que hay en ti, toda la lucha que has empleado durante años para llegar a la cima de ese campo y luego mantenerte allí, no se disuelve cuando te retiras, ni siquiera cuando te has convertido en madre. Todo el conocimiento que está almacenado en tu cabeza (endereza la pierna aquí, mantente firme, muévete con los movimientos) no desaparece de la noche a la mañana. Y, al final, el único lugar donde había puesto su ambición era en mí.

Ahora, Daniel quería saber si Lindsay querría tener hijos. Me quedé pensando en la respuesta un rato para intentar que mis propios sentimientos y mis propios prejuicios no influyeran en la respuesta. Lindsay. Niños. Ni siquiera le gustaba dar clases, y eso que eran bailarinas de ballet. Era su gente.

¿Apartarse de la danza durante un año? ¿Ahora? No lo haría. Y, honestamente, me hizo enfadar un poco pensar que él quería que lo hiciera. ¿Habían tenido alguna vez una conversación sobre su carrera? Ella no se rendiría hasta que tuviera que hacerlo: a los cuarenta y dos años.

Estaba a punto de romper la burbuja, de decirle exactamente lo que pensaba, cuando me di cuenta de algo: él no quería oír la verdad.

Escuché a Stella en mi cabeza: «Puedes elegir tener razón, o puedes elegir ser amable».

—Probablemente, algún día —murmuré. Asintió con la cabeza.

—Llevo años esperando que llegue ese momento —me contó—. Siempre quise tener una gran familia. Siempre.

Entonces te equivocaste al elegir esposa.

—¿Sabes que este año cumple treinta y seis años? ¿Sabes cómo se llama un embarazo a esa edad? —preguntó.

Traté de mantener mi inexpresividad. *Quieres decir, a mi edad. Adelante. Dime*.

—Un embarazo geriátrico —dijo.

No sonaba bien, lo reconozco.

—Supongo que no… —Su voz sonaba aguda, casi como la de un adolescente—… Supongo que no querrías hablarlo con ella.

No, gracias. Ya no hago ese tipo de cosas.

Pero, al hacerme esa pregunta, me imaginé el escenario. ¿Cómo sería realmente sentar a Lindsay y hablar con ella sobre esto? Tal vez serían buenos padres. Tal vez sus propios hijos la harían feliz de verdad.

Y, aun así, imaginar esa conversación hizo que me estremeciera. La gente llevaba toda la vida diciéndole lo que tenía que hacer con su cuerpo. Me negaba a ser otra persona más opinando sobre ello.

Independientemente de lo que le debiera o no le debiera, ahí

estaba mi límite.

—Creo —dije mientras me ponía de pie y rebuscaba en mi bolso para sacar el dinero— que deberías hablar con ella tú mismo.

Asintió.

—Claro —dijo, y también se puso de pie—. Me pondré en contacto con alguien por ti. Con alguien importante.

—¿Cuánto me va a costar?

Parecía que le había dado un bofetón. De hecho, tenía más o menos la misma cara que Jock cuando vio caer su ordenador.

—No se me ocurriría cobrarte —dijo.

Le di dos besos en las mejillas.

—Gracias por reunirte conmigo. Solo… gracias.

* * *

La reunión con Daniel había ocupado la mayor parte de mi mañana, pero me las había arreglado para hacer un hueco y pedir cita para unos análisis esa tarde.

—¿Qué pruebas de ETS necesita?

¿Cuántas mujeres contenía ese archivo? Al menos veinte. Probablemente, más de treinta. Y esas eran solo las que había grabado. Todas ellas bailarinas; ninguna estrella, ninguna de esas celebridades de pacotilla a las que había acompañado a galas e inauguraciones de galerías. Por supuesto que no. No se habría arriesgado con ellas. Eran mujeres que no le debían nada, que no obtenían de él más que los placeres de su presencia y su cuerpo. Él mismo sabía cuáles eran exactamente los límites de su poder: el ballet era su coto de caza. Y, joder, se había ceñido a él.

Suspiré.

—Ah, de todas.

Después de una infinidad de hisopos y pinchazos (al menos, los suficientes como para que renunciara a mi DIU y jurara que esto no volvería a ocurrir), salí furiosa a llamar a un Uber. Maldecí al enfermero, maldecí a Jock, me maldecí a mí misma.

Un largo mensaje de voz de un número que no conocía me esperaba en el teléfono.

Pedí el taxi y lo escuché.

Era la periodista de Daniel. Qué rápido. Todo el mundo adora un buen salseo sobre ballet.

Estaba tranquila. Estaba interesada. Tenía el control.

¿Qué aspecto tenía la justicia para mí? Este. Así era la justicia para mí.

La llamé de vuelta.
Le dije que usara mi nombre.

CAPÍTULO 24

Noviembre de 2004

Después de limpiar el champán que se había derramado, Margaux pidió tres copas de vino blanco («No tinto», le dijo al camarero con insistencia, «ya que algunas aquí somos un poco torpes»). Ella y yo nos bebimos las nuestras mientras Lindsay daba sorbos más despacio, hasta que, finalmente, se puso en pie y anunció que iba a cambiarse de ropa. Luego se iría al apartamento de Louis. Con las manos temblorosas, la seguí cuando nos alejamos de la cafetería.

El eco de lo que no había conseguido hacer me corrompía por dentro.

Lindsay iba a arruinar nuestras opciones de tener una oportunidad justa, y sería por mi culpa. Si hubiera sido lo suficientemente valiente, podría haber impedido que se marchara. Ella estaba por encima de ese asqueroso que no tenía ningún interés en ayudarla con su carrera. Le iba a hacer Dios sabe qué, y ella se lo iba a permitir, y se negaba a ver la verdad. Solo Margaux y yo la veíamos.

Y yo nos había fallado a todas.

—Lindsay, ¿y si te acompaño a tomar una copa con Louis? Así, si se pone incómodo, estaremos las dos. Además, es un largo viaje de vuelta en metro a altas horas de la noche. Podemos volver a casa juntas —dije haciéndome la loca, como si hubiera olvidado su intención de acostarse con él—. ¿Te quedas en la mía?

Lindsay me miró, atónita.

—No te invitó a ti. Me invitó a mí. Dijo que yo era la mejor bailarina joven que había visto. Una ingenua, me llamó.

Mi ira se disparó. ¿Qué éramos las demás, entonces? ¿Las que realmente habíamos entrenado en el BOP desde el principio? ¿No éramos nada para él? ¿Éramos invisibles?

¿Y ella iba a permitir que hablara así de nosotras?

La lluvia se convirtió en una niebla gris. Nos dirigimos hacia la Ópera.

Y entonces…

Sucedió tan rápido. Fue como si todas las decisiones que debíamos tomar para llegar a ese punto ya hubieran ocurrido, así que, cuando el universo se alineó y proporcionó las circunstancias adecuadas, vimos la señal de forma instantánea. Estábamos listas. Salir al escenario, avanzar, hacer una reverencia. Aplausos.

Mientras esperábamos en la esquina a que el semáforo se pusiera en verde, Margaux me agarró del codo.

Señaló con la cabeza hacia abajo, donde estaban los cordones desatados de las Converse de Lindsay. Uno de los cordones, que se estaba volviendo grisáceo, yacía sobre una alcantarilla, con la punta deshecha, justo al lado de por donde corrían las aguas residuales.

No lo entendí a la primera. Pero los ojos de Margaux me suplicaron.

Písalos. Eso es todo lo que tenía que hacer. Pisarlos y hacerla tropezar. Una caída no nos aseguraba nada, no era como con la ipecacuana que Margaux llevaba en el bolso. Pero, si funcionaba, tropezaría sobre la calle mojada y se cubriría de mugre. Nos daría unas horas, tendría que ir a casa para ducharse. Era nuestra mejor opción para evitar que se fuera con Louis. Los riesgos eran menores: podía torcerse un poco el tobillo, hacerse un corte en la rodilla, un esguince en la muñeca. Pero lo más probable era que no pasara nada de eso.

Me adelanté para poner el brazo sobre los hombros de Lindsay. Mientras lo hacía, puse el pie en la alcantarilla y pisé el cordón de las zapatillas. Ella se recostó sobre mí y, por un momento, el mundo pareció un lugar perfecto, tranquilo y acogedor.

El semáforo se puso verde.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Margaux, con una falsa urgencia que impregnaba cada palabra. Como la bailarina que era, Lindsay dio un enorme paso adelante con su pie derecho mientras yo sujetaba el cordón del izquierdo.

Habría funcionado a la perfección si su zapato no se hubiera salido.

Pero tenía todo mi peso sobre el cordón y ella siempre los ataba sin apretar. La zapatilla se quedó debajo de mi pie mientras ella daba el paso, ahora descalza. Gritó cuando el pie tocó la alcantarilla, rozando el sucio pavimento. Incluso con la escasa luz que hacía ese día, su pie desnudo era horrible debido a los años de bailar *en pointe*: le faltaba la uña del meñique, la del dedo grande estaba de color morado y negro, y el esparadrapo solo cubría a medias los trozos de

piel inflamada de cada dedo.

Y Lindsay, que nunca perdía el equilibrio, se estaba cayendo.

De repente, estaba despatarrada en el centro de la calle, con el brazo extendido bajo la cabeza, como si acabara de echarse una siesta. Por encima de ella, brillaban unas luces que se reflejaban en el pavimiento.

Se apoyó con las manos, formando una perversa posición de yoga. Su pie descalzo no encontró acomodo en la superficie húmeda de la carretera y resbaló. Se impulsó parcialmente hacia arriba y luego cayó de rodillas, como si fuera un oso herido.

No vi venir el taxi hasta que se estampó contra ella.

Le rompió las costillas por tres puntos distintos.

Estuvo fuera de la compañía durante seis meses.

Margaux y yo fuimos ascendidas a *sujet*. A Lindsay le costó otros cinco años.

Éramos tres. Y había dos plazas.

Octubre de 2018

Para cuando volví de puntillas al Palacio Garnier, era lunes y mi rabia se había disipado. Había sido sustituida por una combinación de tranquilidad y miedo teñido de arrepentimiento. ¿Quería ver a Jock? Temía a medias que sí y a medias que no.

Mientras me abría paso por los pasillos, su ausencia me rodeaba. Estaban ensayando *El Quijote* en el primer estudio, que normalmente era un ballet en el que él destacaba. Sin embargo, era Jonathan, su suplente, quien estaba ahí.

Así que se había hecho el enfermo, ¿eh? Qué valiente.

No. Qué inteligente. Me pregunté cuántos enfrentamientos se habría evitado de esta manera. Si alguien más se hubiera enterado de lo de las grabaciones y hubiera montado un numerito en público, me habría enterado por Lindsay o Margaux.

Aquí nada permanece en secreto por mucho tiempo.

Casi nada.

* * *

—La cosa va así —le dije a Camille una hora después.

Sí, Camille. Esta era una nueva oportunidad, mi salto al panteón de los coreógrafos famosos, y, esta vez, lo haría con una pieza que era totalmente mía, que podía sentir en mis huesos. Contar con una joven

de diecinueve años para una pieza en solitario del BOP era la forma más rápida que se me ocurría de que la prensa se nos echara encima. Sí, sería bueno para Camille, probablemente publicarían un artículo sobre ella en *Madame Figaro*, como mínimo, por no mencionar que la ascenderían en la audición anual de noviembre. Pero también sería bueno para mí. En cada artículo que comenzara con: «A los diecinueve años, la pequeña bailarina Camille d'Ivoire ha causado sensación en el Ballet de la Ópera de París», ahí estaría yo, un inciso necesario en esa frase: «con *Little Girl Blue*, una obra de la prometedora coreógrafa Delphine Léger».

Era el momento de centrarme en mí misma. No iba a dejar que otras personas determinaran mi vida nunca más. Durante mucho tiempo, había vivido a la sombra de sus decisiones: las de mi madre, las de Dmitri, las de Nathalie. Esta vez, no pedí permiso. Había enviado un correo electrónico a Nathalie diciéndole que necesitaba un estudio para una obra contemporánea, y Antoine me había contestado con la confirmación. Nada más. Si le gustaba el resultado, podía usarlo. Si no, daba igual, yo necesitaba hacerlo de todos modos. Ya pensaría qué hacer con ello después.

—Empezamos con *Mercedes Benz*. Pasamos a *Cry Baby*. Luego *Piece of My Heart*, *Little Girl Blue* y acabamos con *Maybe*. Me hubiera gustado omitir *Piece of My Heart* porque era muy conocida. Pero también era tan explosiva que no pude evitarlo. Tenía que estar ahí.

Camille asintió y eso me rompió el corazón. Tenía la cara que ponías cuando querías complacer a un profesor pero no tenías ni idea de lo que estaban hablando.

—Mira, es un arco emocional —traté de explicar—. Empieza con un deseo superficial. Se convierte en un anhelo. Luego llega la furia. Pasa al duelo y termina con la resignación. Se resigna tanto a admitir lo jodido que es el anhelo como a ser consciente de que nunca podrá escapar de él.

—¿Por qué…? —No terminó la frase.

—No, tranquila —dije—. ¿Qué querías decir?

—¿Por qué no terminar con el luto? ¿O incluso con el anhelo?

Dios, cómo se notaba que era joven.

—Porque me interesa lo ineludible. ¿Sabes a lo que me refiero?

Miró hacia abajo y negó con la cabeza.

Suspiré.

—Lo que pasa es que… El desamor es cíclico. Es lineal cada vez que ocurre, pero también es cíclico el hecho mismo de que ocurra una vez tras otra. —Hice una pausa—. ¿Entiendes?

Tenía los ojos muy abiertos, llenos de impotencia. Lo estaba empeorando.

—No te preocupes por eso ahora. ¿Empezamos?

Estábamos las dos solas. Un ambiente personal, íntimo. Y mientras la guiaba por los pasos que acompañarían el desgarrado ritmo acústico de la voz de Janis, me recorrió uno de esos escalofríos. Ocurren tan de vez en cuando. Solo en esos momentos en los que piensas: *Sí. Lo estoy haciendo bien*.

La voz de Janis retumbó en el estudio. Y Camille se lanzó a bailar lo que yo había creado.

Era buena. No había duda de que era buena.

Pero, en su cuerpo, todo parecía bonito: los pies revoloteaban y los brazos volaban, las caderas se balanceaban con gracia y los saltos eran gráciles… El ballet no se basaba en la vida de Janis, pero igualmente había leído sobre ella. Anhelaba una belleza femenina tradicional, y se podía oír su incapacidad para captarla en la feroz aspereza de su canto. Ferocidad, aspereza: ambas cosas estaban ausentes en la interpretación de Camille.

Paré la música antes de que terminara la primera canción. Ella se quedó esperando a que le diera mi opinión entre jadeos y con las manos en las caderas.

—No. No quiero que sea delicado. Quiero ver locura. Inténtalo de nuevo.

Se concentró mientras reiniciaba la música. Esta vez fue peor. Parecía una princesa maníaca. Un hada madrina drogada. Negué con la cabeza y me acerqué a ella, dejando que la música sonara.

—Esto no me termina de convencer. No estoy segura de cómo verbalizarlo…

Me corté, con un cosquilleo en la nuca.

Era Lindsay, que esperaba en la puerta. Sonreí y la saludé con la mano, luego volví a mirar a Camille y aparqué a un lado todos los sentimientos de culpa y traición.

—Prueba a hacer lo de estirar el brazo del primer tramo, que yo te vea.

Camille extendió la mano como si ofreciera un pañuelo a un caballero medieval.

—Estírala más —le dije. Le puse el brazo donde quería, de forma que su hombro quedaba desalineado. No era algo típico del BOP, para nada; no es de extrañar que le costara tanto hacerlo—. Estás intentando tomar algo que está fuera de tu alcance. Cuando crees que ya lo tienes, se te escapa de las manos. ¡Justo ahí, sí! —La miré triunfante—. Ahora baila toda la secuencia así.

Pero, aunque conseguía estirar el brazo correctamente, el resto no funcionaba. Fuera cual fuera la emoción que intentaba mostrar, no era natural; le hacía olvidar los pasos, tropezar con los pies, salir de los

giros un cuarto de vuelta demasiado pronto.

—A ver. —Paré la música y volví hacia ella, sin saber bien qué más podía decir—. ¿Por qué no…?

Levanté la vista y me crucé con la mirada de Lindsay. Ahí estaba. Todo el anhelo y el deseo que estaba tratando de sacarle a esa joven de diecinueve años lo tenía ella.

—Lindsay, ¿puedes acercarte? —le pedí.

La puerta se abrió y Lindsay entró como si esperara una reprimenda.

—¿Has podido quedarte con los pasos? —pregunté. Vi que algo en su rostro se iluminaba. Iba a aceptar ser suplente. Asintió—. ¿Querrías intentarlo para que te veamos? —pregunté, y ella volvió a asentir.

Con mi mano en el hombro de Camille, la acompañé de vuelta a los espejos.

Y luego le di al *play*.

Lindsay no hizo todos los pasos correctamente, pero ella representaba la emoción. Toda ella era emoción. Cada extensión de su pierna estaba llena de deseo y ansia. Cada salto era furioso, feo y perfecto. Cada giro era preciso y demencial a la vez.

Dejé que la música sonara hasta pasar a la siguiente canción. Lindsay se quedó jadeando en el centro de la sala, ya que no había visto la coreografía de la segunda parte.

Camille me miró con los ojos muy abiertos.

—Camille —dije—, ¿podemos hablar un minuto?

Ella sonrió.

—Quieres que lo haga ella —se anticipó.

—Bueno…

—Tranquila —me cortó—, yo también lo haría.

Volví a mirar a Lindsay de pie, totalmente expuesta a nuestra mirada, a nuestro juicio. Pensé en todo lo que ella quería. Todo lo que había perdido. Todo lo que estaba fuera de su alcance.

—Lindsay, ¿te apuntas?

Sus ojos brillaban tanto que pensé que se iba a poner a llorar. No estaba segura de poder soportarlo otra vez. Pero se aferró al poco orgullo que le quedaba y aguantó de una pieza.

—Por supuesto —contestó.

Repetí la explicación del arco que le acababa de dar a Camille y la cara de Lindsay se fundió en una enorme sonrisa.

—Me gusta mucho, Delphine. Me encanta.

Aclaramos los pasos de la primera parte. Normalmente no habría practicado tanto con ella en una sola sesión, pero quería verlo. No me preocupaba si después no se acordaba de la coreografía paso a paso; ni siquiera me preocupaban los pasos en sí, que eran imprecisos

igualmente. Solo quería ver cómo encarnaba la música. Quería ver cómo esas emociones que tenía dentro hilaban algo bello; esas emociones que se supone que las mujeres no deben tener, y mucho menos mostrar al mundo.

Little Girl Blue empezó a sonar: cuerdas que crepitaban, un bajo retumbando.

Lindsay era larga, lánguida y tenía un aire a angustia. Sus movimientos eran vacilantes, como si esperara que la empujaran, la derribaran o la sacaran del escenario en cualquier momento.

La voz de Janis entró en escena. Herida, levemente burlona.

Lindsay dio un giro sobre sí misma, se dejó llevar por el dolor, se hizo añicos sobre el suelo. No se permitió quedarse ahí, volvió a levantarse. Y, mientras lo hacía, una se preguntaba: ¿cuántas veces puede una mujer hacer esto? ¿Cuántas veces será capaz de volver a levantarse? Y lo sentías.

Las palabras de Janis recorrían el anhelo. Trataban de alcanzar algo que ya no estaba allí. Que tal vez nunca llegó a estar.

Y Lindsay era perfecta. Pero no perfecta en el sentido tradicional del BOP; era natural y adecuada. Esta era Lindsay en su mejor versión. Tendrían que ascenderla después de esto; era lo mejor que había visto nunca.

* * *

Janis aulló. Por eso mismo me encantaba coreografiar. Por eso era mejor que bailar. En lugar de intentar adaptarme a la visión de otra persona, podía tomar lo que tenía dentro y encontrar el recipiente perfecto para ello.

Cuando terminó, Camille me miró.

—Joder —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Miré a Lindsay, que estaba bebiendo agua. Y todo lo que pude pensar fue: *Se la ve tan viva*.

CAPÍTULO 25

Diciembre de 2004

Ya era una solista.

Era una solista, y eso significaba todo y nada. Esto era por lo que tanto había trabajado, debería haber sentido que este era el curso natural que debían tener las cosas para llegar a ser una estrella. Pero desde que vi los resultados de la audición, no pude quitarme de la cabeza las palabras de Dmitri: «Solista, tal vez. En el mejor de los casos».

Había luchado con todo lo que tenía para llegar aquí. Había hecho cosas que nunca pensé que haría. Acostarme con un coreógrafo. Traicionar a una amiga. No solo sentía que ya no podía dar más de mí, sino que ni siquiera era capaz de imaginarme cómo sería *dar más de mí*. Estaba agotada hasta el alma, ahí donde sentía que yacía la verdad de sus palabras.

Y había hecho todo eso para arrastrarme hacia… ¿dónde? ¿Hasta el centro?

Maman habría sacado el champán, y habría invitado a toda la cohorte de bailarines mayores al apartamento para celebrar una fiesta. Pero mi madre llevaba meses muerta: meses en los que el color y la vida de París habían ido desapareciendo lentamente. Me senté con vistas al Sena, temblando un poco por la humedad y el frío, mientras daba una calada del cigarrillo y exhalaba un humo del mismo color que el agua, del mismo color que el cielo. Este río en el corazón de la ciudad, este curso de agua a diez minutos de la puerta de mi casa… Toda mi vida había transcurrido a este lado. El piso de mi madre, la Ópera, la escuela, todo estaba en la orilla derecha. ¿Cuándo fue la última vez que vine aquí?

Y ahora… Mi madre se había ido. Lindsay estaría de baja toda la temporada; las costillas rotas y la innumerable cantidad de cirugías le provocaban un humor negro que yo no era capaz de soportar durante

más de cinco minutos, ni siquiera cuando no iba dirigido directamente hacia mí. Como solía pasar, Margaux había desaparecido, sumida en una nueva relación. Jock seguía en Nueva York, había sido nombrado solista en la NYCB hacía poco. Stella se había ido de viaje hasta el verano para hacer una investigación en África.

Y yo seguía aquí. Mediocre y más rota que nunca.

Me quedé mirando cómo el agua caía en un manto gris bajo el cielo furioso. Tiempo atrás, París no era más que las dos pequeñas islas del centro. Al principio, la ciudad se limitaba a eso. Después los reyes conspiraron, los comerciantes comerciaron y los revolucionarios se rebelaron, y aquí estábamos ahora. Era enorme. Grandiosa. Majestuosa.

Me sentí muy pequeña.

Porque ya no era buena. Lo sabía desde hacía tiempo, pero era la primera vez que me atrevía a admitirlo. Incluso después de tomarme un tiempo cuando murió mi madre, nunca pude recuperar la chispa de alegría que me proporcionaba el baile. La satisfacción que antes sentía en el pecho después de ejecutar un *adagio* a la perfección se había convertido en alivio por haber terminado, por haberlo superado. El ballet solía ser el único escenario importante para mí: un lugar en el que mi esculpida perfección física me elevaba hasta la cumbre de las emociones o me hundía en las profundidades de la obsesión. Pero, ahora, solo me provocaba una sensación gris.

Me parecía demasiado evidente: aunque lograra llegar los más lejos posible, aunque consiguiera seguir exactamente los pasos de mi madre… ¿a dónde me llevaría? Iba a acabar junto a ella en esa cripta tan horrible. El arco de su vida ya se había desarrollado, había llegado a su fin. La ira, el miedo, la soledad: ese era el legado que le había dejado el ballet.

Y no quería eso. Quería cualquier otra cosa. Una historia de la que no conociera el final.

Sonó el teléfono y me sobresalté. Lo agarré y la pantalla se iluminó con el nombre de Dmitri. De repente, era la única persona con la que quería hablar. Era el único que me había visto tal y como era y que me quería de todos modos.

—Dmitri —dije, medio riendo, medio jadeando.

—Cariño. —Yo no era su *cariño*, por supuesto, al menos no la única. No era tan ingenua, ni siquiera entonces, como para creer que esa cama se había quedado vacía los siete meses que había estado fuera. Pero su voz era un gruñido grave, familiar y excitante a la vez, y me deleité con esa palabra—. ¿Has ido practicando ruso?

—Por supuesto. —Cambié de idioma y dejé caer una frase fácil que había aprendido aquella primavera con los CD de Rosetta Stone—.

¿Qué tal estás?

—Hoy, en San Petersburgo… —Comenzó a decir. Ya no era un extranjero al que le costaba hablar bien, sino un hombre sabio, carismático y con encanto. Solo entendía unas pocas palabras, pero, aun así, me encantaba escucharlo. «Cielo púrpura». «Estalactitas». «Nieve». ¿Nieve que parecía un pastel? Me faltaba algo… No: nieve que parecía glaseado.

Y, mientras hablaba, los colores estallaron en mi mente. Fueron como fuegos artificiales sobre mi día gris, iluminaban la verdad por primera vez.

Si esto era todo lo que podía llegar a ser, tal vez sería noble admitirlo.

No paraba de repetírmelo, como si fuera la lista de preposiciones: *Soy solista. Solo solista. Nunca seré más que solista*.

Era solista, pero no tenía que serlo para siempre.

Y quizá la verdadera traición a mi madre no fue abandonar la danza. Quizá la verdadera traición hubiera sido conformarme con ser mediocre cuando podía haber sido grande. Podía encontrar algo en lo que triunfar de verdad. Podía brillar tanto como ella en su día, pero por mis propios méritos.

—Dmitri —dije con un ruso fluido por primera vez. Con errores, sí, pero rápido, fácil—: ¿puedo ir a San Petersburgo?

Mientras me contestaba con su voz ronca y con un tono que desprendía satisfacción, pensé: *Por una vez, estoy haciendo lo correcto*. He tomado malas decisiones. He hecho daño a la gente. Me he traicionado a mí misma.

Pero ya no tengo que seguir siendo esa persona.

Antes era solista. Pero no lo fui por mucho tiempo.

Octubre de 2018

Treinta y seis horas. Eso es lo que tardaron en pedirme que fuera al despacho de Nathalie después de hablar con la periodista.

Ni dos días. Treinta y seis horas.

Cuanto más pensaba en el papel que tenía ella en todo esto, más me enfadaba.

«Lo que me gustaría ver es algo que realce a todas las increíbles mujeres de esta compañía».

Jock era una estrella. Era famoso, a pesar de que la fama de los bailarines era limitada. Tenía papeles principales en todas las producciones importantes; había un póster suyo colgado en todos los

dormitorios de la academia; había aparecido en revistas hablando sobre cuáles eran sus cafeterías preferidas, aunque, en realidad, de lo que más se hablaba en los artículos era de sus abdominales, su pelo y sus ojos.

«Empieza a parecer que los hombres se están llevando todo el mérito».

Nathalie quería algo bonito, corto y feminista para contraponerse a su mal comportamiento, en caso de que se supiera lo que había hecho.

«Nos gustaría volver a centrar la atención en el lugar que le corresponde».

Lo que ella quería era protegerlo y yo había mordido el anzuelo.

Y, aunque parte de la rabia iba dirigida a mí misma (fui demasiado cobarde como para preguntarle a Nathalie por su repentino interés en celebrar a las mujeres; al menos debería haber dudado y considerado sus motivos), no era nada comparado con lo traicionada que me sentía.

«Al fin y al cabo, ¿qué es el ballet sino las bailarinas?».

Tenía que recordar que lo que había descubierto, lo que había sacado a la luz, era mucho más grande que yo.

Llena de ira por saber quién me esperaba dentro, entré.

—Delphine —dijo Nathalie mientras se ponía de pie—. Gracias por venir. Debes estar cansada de verme la cara.

—No, en absoluto —dije, sorprendida por su calma. Me odié a mí misma por haber caído tan rápido bajo su hechizo.

Se desplomó en la silla y empezó a frotarse las sienes con una mano.

—Perdón —dijo mientras agarraba del suelo un elegante bolso de cuero negro y rebuscaba en él—. Este trabajo…

Se tragó un puñado de analgésicos sin usar agua y luego esbozó una sonrisa forzada. Señaló la silla con la cabeza. Negué con la cabeza. Quería quedarme de pie. Suspiró.

—Hagamos que sea breve —dijo mientras se ponía también de pie, como haciendo un gran esfuerzo.

—Creo que será lo mejor.

Se acercó a las ventanas con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Mira, ya sé que eres amiga de Lindsay, pero llegados a cierto punto, tienes que considerar lo que es mejor para el ballet.

La brillante luz del día me molestaba mientras la miraba con los ojos entrecerrados.

—Me gusta lo de Janis Joplin. ¡Haz lo de Janis Joplin! —añadió rápidamente, confundiendo mi desconcierto con enfado—. Pero, por favor, no con ella.

No estaba preparada para esta discusión. Pero este era mi ballet. El mío. Podía tomarlo o dejarlo, pero yo ya no iba a complicarme la vida para complacer a nadie más.

—Necesito que sea ella.

—Hazlo con Camille.

—Lindsay es la única que puede hacerlo.

Nathalie dejó caer las manos.

—Repito: hazlo con Camille. —Cerró los ojos brevemente, luego se giró y agarró una regadera de cobre con una estudiada despreocupación. Inclinó el pico hacia una de sus orquídeas—. Camille está preparada.

—Camille es una bailarina maravillosa, pero no tiene ni la mitad de la experiencia vital que necesita una bailarina para este papel.

La regadera hizo ruido al volver a dejarla sobre la mesa.

—¡Ninguna de ellas tiene experiencia vital, Delphine! ¡Son bailarinas! —gritó—. Su experiencia vital es esta. —Hizo gestos exagerados señalando su alrededor. Parecía una versión pelirroja de la Sra. Rochester, y nunca me había gustado más—. Las cuatro paredes de este teatro. Y es lo mismo tanto si tienen veinte años como si tienen cuarenta. Así que, por favor, ¿podrías hacerlo con las bailarinas con las que me gustaría que lo hicieras?

—No puedo —dije con firmeza—. Me gustaría. Lo intenté con Camille. Fue mi primera opción. Pero la realidad es que Lindsay es la mejor bailarina para este papel.

—¡Nadie quiere ver a una anciana bailando sola! —gritó—. Nadie quiere ver a una mujer bailando sola. Ya va a ser lo suficientemente difícil de vender…

Incliné la cabeza hacia un lado, dispuesta a exponer el argumento que había venido dispuesta a defender.

—Por desgracia, eso es lo que me pediste que creara. —Ella levantó las cejas—. Algo bonito, corto y feminista. Así que eso es lo que estoy haciendo. —Me encogí de hombros—. Podrías haber escogido a la familia imperial en su lugar, claro.

La cara de Nathalie apenas era capaz de contener la furia que sentía. Era tanta que me sobresalté cuando soltó una carcajada seca.

—Podría, sí. —Señaló el sofá y me senté. Para mi sorpresa, se sentó a mi lado—. Créeme, Delphine. —Sus ojos de color verde claro mostraban cansancio—. No soy tu enemiga. Solo intento dirigir una compañía. He tenido que dar de baja a uno de mis mejores bailarines. —Así que era por eso que Jock no estaba. *Lo siento tanto, Nathalie*. Me preparé mentalmente, volví a sacar la furia que me había impulsado unos minutos antes—. Tengo que lidiar con un absurdo rollo sobe las pensiones. Tengo cuatro directores de baja por lesiones. Tengo

veinticinco alumnos este año a los que debo hacerles un seguimiento, sin olvidar que a veinticuatro de ellos voy a romperles el corazón en julio. Y eso por no hablar de la enorme lista de estrellas, bailarines principales, *sujets*, joder, incluso *quadrilles*, que no paran de pedir mejores papeles. Solo intento dirigir una compañía —repitió, y yo no estaba segura de si era por dramatizarlo o porque realmente estaba así de cansada.

La miré fijamente. *O lo tomas o lo dejas*, quise decir. Pero, al final, era el BOP. Este sitio estaba en mi sangre, y no iba a rendirme tan fácilmente. Ya no.

—Lo entiendo —dije despacio—, pero creo que estás creando un problema donde no lo hay. Espera a verlo antes de decidir. Porque, como te digo, Lindsay es increíble. Llegará a ser también estrella; espera y verás.

Nathalie gruñó y dejó caer la cabeza en el respaldo del sofá.

—¿No quieres una compañía de estrellas? —pregunté, y ella volvió a sentarse para mirarme de frente.

—No podemos tener una compañía de estrellas. ¿No lo entiendes? Alguien tiene que estar al fondo. Alguien tiene que hacer los bailecitos de treinta segundos. Alguien tiene que vestirse con esos ridículos trajes de *El cascanueces*. —Se me escapó la risa cuando dijo esto último, y ella esbozó una media sonrisa—. No necesito sesenta Hadas de Azúcar. Estoy segura de que lo entenderás.

Muéstraselo, me dijo un público invisible. *Muéstrale de lo que eres capaz. Muéstrale lo que has creado*.

—Mira. —Saqué el iPad del bolso—. Mira lo que hace Lindsay ni que sea durante treinta segundos. Si después sigues pensando que este papel no es para ella, la sustituiré hoy mismo. —Aunque, Dios santo, si tenía que echar a Lindsay otra vez, no quería ni imaginarme lo que me haría. Además, Margaux sería la primera en la fila para destriparme y vendría cuchillo en mano.

Un breve asentimiento. Le doy al *play*.

Empezó a sonar *Little Girl Blue* con un tono metálico y demasiado volumen, pero no ensombreció lo que Lindsay estaba haciendo. No ocultó la pureza emocional de sus movimientos, el hecho de que fuera la viva encarnación de la música. Nathalie dejó que se reprodujera durante todo el minuto y medio, hasta el final de la canción.

Abrió la boca. La cerró. Inclinó la cabeza hacia un lado y se masajeó el cuello.

Y luego: un breve asentimiento.

—Está bien —dijo, y se puso de pie—. Está bien.

No me había estado engañando a mí misma. No me había dejado llevar por la reacción de Camille. Tenía razón. Era buena.

Volví a guardar el iPad en el bolso y ella volvió a su escritorio. Se puso a revolver papeles mientras se sentaba y el brillo del ordenador le iluminaba la cara. La absoluta normalidad con la que actuaba hizo que reapareciera la rabia. Estaba esperando a que la noticia saliera a la luz, a que toda mi vida cambiara, y ahí estaba ella. Como si fuera un día cualquiera.

Las acusaciones resonaban en mi cabeza. *Me trajiste aquí para encubrir lo que hizo*. *Lo sabías y trataste de convertirme en tu caballito de batalla, en tu cortina de humo*. *Me usaste tanto como él, de una manera totalmente diferente*.

Quería hacerle daño. Quería ver sus ojos inundados por el dolor.

Me volví para mirarla de cara.

—¿Nathalie? —Levantó la vista—. Sé por qué me has traído aquí. Sé que has estado encubriendo a Jock durante meses, si no años. Y también quiero que sepas que he ido a los periódicos y la noticia está a punto de salir. Todo el mundo va a saber lo que has hecho.

No pude evitar que una sonrisa se dibujara en mi cara mientras hablaba.

Él no era el único que había tomado malas decisiones. Y no era el único que iba a pagarlo.

Pero Nathalie se limitó a mirarme con frialdad.

—Sí, lo sé —contestó—. Ni te imaginas la cantidad de llamadas que he recibido al respecto. Creo que, probablemente, mañana lo verás publicado en los periódicos.

Se me escapó un gruñido de sorpresa involuntario.

Levantó las cejas.

—¿No es eso lo que querías? —preguntó.

Sí y no. Sí, quería que se hiciera público. No, quería que te doliera mucho más que esto. Quería que te destrozara.

—Cuando una joven bailarina vino a verme el verano pasado —empezó a contar a la vez que se inclinaba hacia adelante para apoyarse en el escritorio y entrelazaba los dedos—, quise despedirlo. Acudí inmediatamente a la junta directiva. Luché por despedirlo —dijo con cara de sufrimiento—. De verdad que lo hice. Amenacé con que, si no hacían algo, yo dimitiría.

Después de tantos años como estrella, después de tantos años como directora… había estado dispuesta a abandonarlo todo.

Por culpa de él.

—Y traté de reducir su trabajo con nosotros, este año pasado. Traté de mantenerlo fuera de *Zarina*, no sé si lo recuerdas. El reparto me pareció demasiado… arriesgado. Así que hice lo que pude.

—No lo suficiente —murmuré.

Ella asintió.

—No, no lo suficiente. Él es… bueno, la junta lo llamó una *piedra angular* de la compañía. Nuestro Peter Martins, probablemente un futuro director artístico. Y después de la campaña de Gucci del año pasado, de la portada de *GQ*… «Su marca ayuda a la nuestra» —citó con una risa seca—. Lo cual significa que, en primer lugar, lo necesitamos, y, en segundo lugar, que no se iría sin hacer ruido al salir. Cuando decidieron que él era más valioso para la empresa que yo, tuve que decidir si realmente valía la pena marcharme. Finalmente, decidí que no. Era más importante mantener a una mujer en este puesto el mayor tiempo posible que hacer una declaración que nadie llegaría a escuchar.

—La gente habría escuchado —dije.

Se encogió de hombros.

—Quizá, pero, en cualquier caso, fui una puta cobarde.

En contra de mi voluntad, la rabia se iba evaporando de mi cuerpo. No se estaba disculpando. No intentaba hacerme sentir mejor. Solo me ofrecía su honesta versión de los hechos.

—Sí que me encaré con él a gritos —añadió—. Le grité mucho.

No pude evitar reírme. Suspiró y me miró.

—Como he dicho, fui una cobarde. Pero no te preocupes. Me voy al final de la temporada.

Nos quedamos un momento en silencio. Las motas de polvo bailaban en la luz que entraba por las ventanas.

—Bueno —dije finalmente—. Lamento escuchar eso.

Porque, a pesar de todo, por algún motivo, así era.

«Al fin y al cabo, ¿qué es el ballet sino las bailarinas?».

Nathalie sonrió.

—Yo no —dijo—. Y, para que conste, me alegro de que lo hayas hecho. Ojalá hubiera tenido los cojones de hacerlo yo.

CAPÍTULO 26

Junio de 2005

La caja envuelta en papel de regalo era lo suficientemente grande como para que cupiera una persona, pero se ajustaba perfectamente a la escala del apartamento de Dmitri, de techos extrañamente altos. San Petersburgo era lo contrario de una casa de muñecas; nosotros éramos los pequeños en este grandioso paisaje urbano, encogidos como Alicia en el País de las Maravillas para que Dios jugara a las casitas.

—Dmitri —protesté—, ¿qué es esto?

Sonrió.

—Regalo bienvenida.

Después de esos últimos e interminables meses en los que me vi obligada a terminar el resto de la temporada por el contrato con el BOP, por fin estaba en San Petersburgo. Mi nueva vida comenzaba. Dmitri me había recogido en el aeropuerto y me había llevado directamente al Teatro Mariinsky, de color verde menta. Yo no hacía más que sonreír y saludar a un bailarín tras otro. Todos me miraban fijamente, juzgándome sin disimulo ni remordimientos.

«Bueno, ya. Nosotras también te juzgaríamos», la voz de Lindsay sonó dentro de mi cabeza.

Era justo.

Mi maleta se la había dado a un tramoyista.

—¿Dmitri? —susurré.

Me rodeó el hombro con su pesado brazo.

—Signo de respeto. Tú eres mi asistente ahora. Esto viene con… eh… *привилегии*. Con privilegios —se corrigió en francés.

Y luego pasó el resto del día llevándome por San Petersburgo. No era bonita, no de la misma manera que lo es París; era encantadora de una manera que me raspaba las entrañas con un bisturí. Las acciones despiadadas de la historia impregnaban el aire frío y salado. En todos

los lugares a los que iba con Dmitri, me señalaba a un punto y ahí encontraba otro lugar histórico que se alzaba vertiginosamente sobre nosotros. *Aquí es donde el pueblo se amotinó*. *Aquí es donde los asesinos lanzaron una bomba al regazo del zar*. *Allí es donde murió Rasputín*.

—Te quiero —le susurré a orillas del espumoso Neva, mientras contemplábamos las cúpulas doradas de la ciudad. Y él me besó con ferocidad, con hambre. Casi consiguió que se me olvidara que él no lo había dicho de vuelta.

Pero, mientras deambulábamos por las calles, seguía escribiendo correos electrónicos en mi mente. Los descartaba. Empezaba de nuevo. *El aire es tan salado, es como tener una hemorragia nasal*, quise decirle a Margaux. *Es como si mezclaras París con Venecia, pero diez veces más grande*, quise decirle a Lindsay.

Se lo dije a Dmitri en su lugar.

Cuando oscureció, me llevó a su apartamento. A nuestro apartamento. Era un viejo palacio blanco y rosa situado a unas calles del Moyka, un pastel de bodas que había sido cortado durante la época soviética en pisos más altos que anchos. Me quedé boquiabierta mientras subíamos a trompicones por la mohosa escalera de servicio hasta llegar a las tres habitaciones con suelos de madera originales, molduras de yeso desvencijadas y enormes ventanales que daban a los atestados canales.

Sus ojos brillaron cuando me quedé dudando delante de la caja.

—Venga, abre.

Con una mano, tiré de la gruesa cinta escarlata para que el lazo se deshiciera. Se arrugó en el suelo hasta convertirse en nada. Levanté la tapa.

—¡Ay! —dije mientras me apartaba involuntariamente.

Delante de mí tenía el abrigo de piel más grande que jamás había visto, tensando los laterales de la caja como si aún tuviera pulso.

Puaj.

Me pareció oír la voz de Lindsay tan claramente que casi me giro para ver dónde estaba.

La cara de Dmitri mostraba expectación, emoción.

—¡Zorro! —exclamó—. Zorro plateado.

Un temblor me recorrió mientras esbozaba una gran sonrisa. Tenía cuarenta y un años. Era normal que tuviera que adaptarme a algunas cosas. Había crecido en una época diferente, una en la que las mujeres elegantes tenían el armario lleno de pieles. Luché contra el impulso de hacer una mueca de asco. ¿Había visto alguna vez a una chica de mi edad llevando pieles? Porque me sorprendería.

Con clase, se burló la voz de Margaux. *Te trae cadáveres de animales, como buen lobo que es*.

Dmitri enarcó las cejas.

—¿Probarlo?

Mi mano se cernía sobre la caja. No quería bajar, sentir el pelo, la piel, contra mi palma.

—Es verano —repuse.

Levantó un dedo.

—Ah —dijo en ruso—, pero pronto será invierno.

Definitivamente, lo compró para otra persona. Alguien con quien rompió… supongo que alrededor de las Navidades pasadas.

Lindsay, cierra la boca.

Pero tenía su voz indeleblemente grabada en mi cerebro.

¿Quién era la chica para la que había comprado el abrigo de zorro? ¿Cuál era el tipo de chica que llevaría un abrigo de piel en el siglo xxi?

Alguien despiadado. Alguien hambriento. Alguien… diferente a mí.

Lo miré fijamente. Le sostuve la mirada mientras me llevaba la mano a la nuca, bajaba la cremallera del vestido y lo hacía descender por mis caderas. Le sostuve la mirada mientras me desabrochaba el sujetador y me quitaba la ropa interior.

Muy bien, pues. Yo sería esa chica.

¿No es eso lo que descubrí el año pasado? Te pasas toda la vida pensando que eres una buena persona y luego resulta que no.

Metí las manos en el pelo, levanté el abrigo y me lo puse encima de los hombros. Era sorprendentemente pesado, pero el forro de seda cayó fresco y ondulante por mi espalda.

Por un momento, se limitó a observarme. Se me aceleró el pulso cuando cruzó la habitación. Debajo del animal muerto, mi piel empezó a calentarse hasta que me sentí febril.

En mi mente, Lindsay y Margaux miraban con desaprobación desde el otro lado de la habitación. *Delphine, no aceptes las sobras. Delphine, tú no eres así.*

Me agarró de las caderas y me apretó contra su cuerpo.

Sí, sí que lo soy, pensé.

Detrás de él, el cielo ardía: un naranja eléctrico se difuminaba en un rojo sangre.

Sí.

¿Qué sabían ellas?

Había actuado como si fuera otra persona hasta ahora.

Octubre de 2018

La historia de Jock no es que llegara a la prensa, más bien la hizo estallar. Todos los días miraba si mi foto aparecía en los periódicos y en las webs de cotilleos, incluso buscaba el vídeo en algunas webs menos dignas. Pero internet era un agujero negro y, al final, me limité a establecer alertas de noticias para poder leer los titulares y seguir vigilando las menciones a mi nombre en busca de enlaces a las horribles y casi inevitables imágenes.

Pero yo no estaba por ningún lado. O, mejor dicho, estaba, pero no en el vídeo, solo en el testimonio. Solo mi historia. Primero fue *Le Monde*, con una foto de Jock y yo bebiendo champán en la gala en primer plano. Le eché un segundo vistazo frente al quiosco, y luego le di la vuelta antes de comprarlo. Ni siquiera sabía que había fotos nuestras de aquella noche, y eso me puso nerviosa. Más aún cuando miré el crédito de la foto: «Cortesía de Camille d'Ivoire». Al leer la historia, descubrí que ella había sido la primera en encontrar los vídeos y acudir a Nathalie, tres meses antes. Por un segundo, me pregunté si Nathalie insistía tanto en que trabajara con Camille por un intento desesperado de corregir sus propios errores.

Le Monde. Mi padre leía *Le Monde*, al menos cuando todavía estaba en París. ¿Habría mantenido el hábito a lo largo de los años? ¿Habría pedido que se lo hicieran llegar a Santa Bárbara? Pero, aunque solo de imaginarme que podía ver la noticia me entraba grima, no tenía ni idea de cuál sería su reacción. ¿Se enfadaría por lo que Jock había hecho? ¿Estaría orgulloso de mí por haber alzado la voz? La conexión que tuvimos años atrás se había esfumado al no responder a mi correo electrónico informándole sobre la muerte de Maman. Como si hubiera muerto junto con ella.

Jock dimitió inmediatamente de su cargo, pero no antes de que el consejo de administración del BOP emitiera un comunicado de prensa en el que declaraba que Jacques Gerard había sido suspendido a la espera de hacer una investigación interna.

Y, sin embargo, todo me sabía a poco.

Quería más.

Quería fracturar su imagen de la misma manera que él había fracturado la nuestra.

Quería borrarlo de la faz de la Tierra.

Mientras tanto, tocaba esperar. A que el vídeo apareciera en alguna página web de mala muerte, a que la imagen sin filtros de mi cuerpo estuviera a la vista para todo el mundo. Si lo único que le quedaba era vengarse, eso era lo que iba a hacer. Había perdido su trabajo y su reputación. Era solo cuestión de tiempo.

Una parte de mí deseaba que lo publicara de una vez, así se acabaría este limbo insoportable. Llegado el momento, podría

ocuparme de ello: contratar a un abogado, contactar con el sitio web donde lo había subido, reunir a la gente a mi alrededor… O, simplemente, acurrucarme en posición fetal y negarme a salir de casa.

Se me ocurrió que quizá Jock era lo suficientemente cruel como para esperar a que todo esto se asentara, a que yo conociera a alguien y mi vida fuera perfecta, para soltarlo entonces. O, igualmente cruel, que ya lo hubiera publicado en algún sitio de pornografía *amateur* sin mi nombre, pero con mi cara y mi cuerpo expuestos a la vista de todos.

La última opción era la más probable, me dije. Guardar el vídeo para más adelante implicaría que todavía le importaba; de una forma enfermiza, pero sí. No era el caso. Yo solo era un archivo más en su ordenador. Eso era lo que más me atormentaba.

Me desplacé por el muro de noticias de Google y vi que habían salido más historias en las que yo era la buena. *Sí, es que lo eres*, susurró la voz en mi cabeza. *Tú eres la buena en estas historias. Pero ¿cuántos hombres anónimos se están masturbando con tu imagen en este momento? ¿Cuántas personas que conoces te verán desnuda? ¿Cuántas personas se deleitarán con ello y nunca, jamás, te lo dirán?*

Sabía que debía ir a terapia o a clases de yoga o, como mínimo, que debía pasearme desnuda por casa con la esperanza de que eso me hiciera aceptar mi cuerpo. Pero ya estaba tan expuesta. No quería hablar con extraños. Me horrorizaba la idea de verme en el espejo. No soportaba estar desnuda.

Le conté a la periodista lo que había sucedido para liberarme y, sin saberlo, había construido otra jaula.

No, yo no; Jock. La había construido Jock. Y no sé cómo, pero se las había apañado para hacerlo dentro de mi cabeza.

* * *

Una vez que la historia se hizo pública, me preparé para la resignada desaprobación de Lindsay y la sombría satisfacción de Margaux. También para las risas y los chascarrillos del resto de la compañía.

Pero eso no es lo que sucedió.

Tras abrirme paso entre la multitud de fotógrafos que rodeaban las puertas de la Ópera la mañana siguiente a la noticia, encontré a Camille esperando fuera del estudio que había reservado. Caminaba de un lado a otro, retorciéndose frenéticamente las manos. Levantó la vista cuando me acerqué.

—Delphine —dijo sin aliento—, yo…

Sus ojos dorados me miraban con miedo. Y, de repente, todo lo

que había odiado de ella —su juventud, su belleza, su potencial—, todo lo que había fetichizado de ella —esa misma juventud, la belleza y el potencial—, todo se disolvió. Era joven y aquello la había superado. Lo estaba intentado, de la misma manera que todos lo intentábamos.

—Camille —dije—, tranquila.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Es que… sé que fuiste a la prensa. Y no quiero que pienses mal de mí solo porque yo… porque también estuve con él.

La abracé y ella lloró. Sorprendentemente, me recordó mucho a Lindsay: la delicadeza de los huesos, la suavidad de la piel… Esta chica se culpaba a sí misma, cuando su único error había sido creerse la misma mentira que nos habíamos creído todas las demás. Ni siquiera era por su juventud. Yo tenía casi el doble de edad y las mismas promesas me habían seducido: que sería amada, que sería vista.

—No es tu culpa —susurré contra su pelo. Ella se apartó, sorprendida por el sonido—. Es la lección más difícil de aprender, porque queremos creer que fuimos la especial, que fuimos la que lo enamoró, por fin y para siempre. Pero esa es la trampa. Y es cruel precisamente porque funciona con todas. Nos hizo daño, y tenemos que asumir ese dolor, pero tampoco podemos culparnos por sentirlo, o por sentir las emociones que nos llevaron a estar en esa posición en un primer lugar. Lo único que te pido, Camille, es que cuides de ti misma. Ten cuidado, ¿sí?

Tragó saliva y se estremeció.

—Gracias —dijo ella, y sonrió. Su boca aún temblaba un poco, pero su rostro estaba más tranquilo. Y luego se fue.

* * *

Dentro del estudio, Lindsay estaba lista y esperándome, con los ojos febriles.

—Has apagado el teléfono —dijo con un tono acusador.

Suspiré y me froté el entrecejo.

—Sí. Mira, Linds… Sé que me dijiste que era una mala idea, pero he contactado con la prensa. En realidad, Daniel me ayudó. No sabía qué hacer y él era la única persona que se me ocurrió que podía ser de ayuda. Sabía que no lo aprobarías, pero espero que puedas perdonarme…

Sus manos se posaron en mis hombros, cálidas y firmes.

—He leído los artículos —dijo en voz baja—. Lo he leído todo. Y

he cambiado de opinión. Destruyámoslo.

—¿Sí? —dije mientras ponía una mano temblorosa sobre la suya.

Se dibujó una sonrisa en su cara.

—Sí.

—Pero ¿qué más podemos hacer? Más allá de… —Agité una mano vagamente hacia la ventana, hacia los periodistas de fuera—. Quiero decir, no volverá a bailar aquí, pero más allá de eso… Todas éramos mayores de edad, todas consentimos. Por lo menos a lo de tener sexo. Y, además, está ese vídeo. No me lo quito de la cabeza —dije con la voz temblorosa.

Me abracé a mí misma y me quedé allí, intentando no llorar. Entonces, Janis empezó a lamentarse: *Cry baby*.

Me giré.

—Triunfar —dijo Lindsay mientras seguía el ritmo de la música con la cabeza—. Haz tu trabajo. Así es como se gana. Esa es la única manera de ganar. Tú trabajas. Él no.

Me limpié las mejillas con el dorso de la mano.

—Sí —coincidí—. Sí. Venga, vamos. Esto es lo que he pensado: toda la obra es un desnudo del alma, ¿no?

Ella sonrió.

—Sí.

—Así que empezaremos contigo totalmente disfrazada. No sé con qué, pero algún vestido, probablemente. Y, en cada pieza, tenemos que despojarte de algo a mitad de camino, en el escenario. Así que, para cuando lleguemos aquí, solo llevarás un montón de collares de cuentas largos y en capas y unas bragas de color piel. —La miré—. ¿Qué te parece?

Lindsay vio la preocupación en mi cara y se rio.

—Me encanta, pero ¿para qué tengo que llevar bragas? Yo me desharía de ellas también.

Me mordí el labio.

—No estoy segura de que nos dejen.

—Bueno, guárdalo en un cajón mental —repuso—. ¿Qué me quito aquí?

—Creo que en esta parte harás la gran revelación. La parte de arriba. Justo cuando llegue al «*come on, come on, come on*». —Lindsay asintió de nuevo y empezó a bajarse la parte superior del *maillot*.

—No hace falta que lo hagas ahora —dije riendo.

Frunció el ceño.

—Pero cambia mucho la forma en que se mueven mis tetas de cuando lo llevo a cuando no. —Miró hacia abajo, dudosa, para vérselas—. Bueno, si es que se llegan a mover.

Nos reímos. Empecé a mostrarle la nueva secuencia de giros que

había ideado. Me observó atentamente y parecía que ya la dominaba antes de que yo terminara siquiera la demostración.

Al terminar ese día, salimos juntas al vestíbulo. En el tablón de anuncios, Antoine estaba colocando un aviso. Cerró el cristal y le sonrió a Lindsay. Conocía ese formato casi tan bien como Lindsay: era el anuncio de los puestos de la compañía que había dsponibles para la audición la primera semana de noviembre.

Fue corriendo a verla y yo la seguí.

Sus ojos brillaban mientras leía la hoja. Tres miembros para el coro. Dos solistas. Un principal.

Se volvió hacia mí, sonriendo.

—Es mío —dijo—. Voy a hacer la sección de *Cry Baby* para ellos.

¿Pensaba incluir la parte del *topless*? No me extrañaría que así fuera. Abrí la boca, luego la cerré.

¿Qué era lo que la diferenciaba de los demás miembros de la compañía? Que no tenía miedo. Iba a hacerle un ballet a su medida. Y si ella creía que mi coreografía la ayudaría a conseguir el puesto, ¿quién era yo para decir lo contrario?

Pillé a Lindsay mirándome con expresión divertida.

—Estás preocupada —dijo.

—Sí. No. No sé. Es arriesgado, ¿no te parece?

Esbozó una amplia sonrisa.

—Todo lo bueno es arriesgado —dijo—. Lo que hay que tener en mente es que, si no arriesgas nada, lo arriesgas todo.

Y el acierto fundamental de sus palabras resonó en mi interior. Quizá podíamos conseguir hacerle un hueco en la cúpula del ballet. Sola, sin pareja. Demostrarles a todos lo que puede hacer una mujer sola.

Le agarré la mano.

—Venga —dije, y las palabras salieron con ferocidad—, hagamos de ti una bailarina principal.

* * *

Margaux, por su parte, no se presentó en el Palacio Garnier ese día. Cuando por fin me atreví a encender el teléfono después del ensayo, revisé las docenas de notificaciones del buzón de voz de números desconocidos, los mensajes de apoyo y de escarnio de varios miembros de la compañía, y descubrí que me había enviado una sola frase.

Bien por ti.

En el vestíbulo acristalado que hay detrás de la entrada de los artistas, me detuve y me lo quedé mirando fijamente antes de subirme la capucha para enfrentarme de nuevo a la multitud. ¿Aprobación o desprecio? Con Margaux, la línea siempre era borrosa.

Y cuanto más crecían las voces a mi alrededor, resonando en mi cabeza, más parecía una bendición. *Bien. No deseo más que el bien para ti.*

Podía haber querido decir cualquier cosa. Así que, ¿por qué no eso?

CAPÍTULO 27

Febrero de 2011

La noche de mi vigésimo noveno cumpleaños, Dmitri conoció por fin a Stella.

—Hoy voy a cenar con dos ancianas —dijo después de darme un beso esa mañana.

Él tenía cuarenta y siete años. Pero no pasaba nada; era una broma y, además, yo no me sentía vieja. El tiempo que pasaba en Rusia era un tiempo aparte. Nada de lo que ocurría allí, incluido el envejecimiento, contaba.

Esa noche cenamos con Stella en su hotel («¿Dormir en un sofá? Debes estar de broma, cariño, y más con cómo tengo los huesos»). Había hecho una parada en la ciudad de vuelta de los bosques del este, donde, según contaba, vivían los insectos más impresionantes. Y durante las dos últimas semanas, habíamos pasado unas noches largas e intensas juntas. Fuimos a bares de narguile, visitamos clubes de jazz y probamos todas las cocinas que ofrecía San Petersburgo, desde la siberiana hasta la persa.

Sin embargo, había un hecho que se agravaba: Dmitri no mostraba ningún interés por Stella, a pesar de lo importante que era en mi vida. Tenía una actuación, estaba cansado, quería ver un partido de fútbol… Siempre había algo y todo parecía más importante que conocer a la mujer que prácticamente me había criado.

Finalmente, lo obligué a venir a cenar en su último día en la ciudad. Era mi cumpleaños, así que difícilmente podía decir que no. Nos presentamos en el Four Seasons con nuestras mejores galas: yo con un vestido de seda rojo y él con un traje gris que se había hecho en Inglaterra durante la gira del año anterior.

Stella estaba deslumbrante con un Pucci rosa vintage que combinaba maravillosamente con su pelo azul. Le dirigió una mirada de aprobación a Dmitri mientras nos saludábamos. Me invadió un

sentimiento de orgullo. *¿Verdad que es hermoso este hombre?* Pero la mirada que le dirigió él a ella no tenía el mismo aprecio. Su expresión era totalmente indiferente. Aburrida. Resignada.

Stella y yo nos sumergimos en nuestra cháchara habitual, como si él no estuviera.

—Delphine, las uñas de estas mujeres…

—¡Lo sé! ¿Has visto las mías?

Todo el tiempo, Dmitri estuvo sentado, fumando un cigarro tras otro junto a nosotras y emitiendo de vez en cuando un pequeño suspiro apenas audible.

No fue hasta que empezamos a hablar de danza que se animó. Una de nuestras mejores intérpretes, Marina, estaba de baja esa temporada por un embarazo, y estábamos haciendo todo lo posible para mantener la coreografía a pesar del espacio que había dejado en nuestra última obra. Bueno, en la última obra de Dmitri.

—Siempre me sorprende que las bailarinas se queden embarazadas —dijo Stella, enarcando las cejas—. Estáis muy delgadas. Cuando tu madre me dijo que te iba a tener, ¡bastaba con empujarla con una pluma para hacerla caer!

Levanté un hombro.

—Bueno, pero seguimos siendo mujeres, al final. Imagino que los abortos son mucho más comunes de lo que nos imaginamos.

Dmitri soltó un gruñido.

—Dile eso a Marina.

La sorpresa recorrió el rostro de Stella; yo reprimí la misma expresión en el mío.

—Es increíble lo estigmatizado que sigue estando el aborto en esta sociedad. ¿Sabes que yo fui una *salope*? —dijo Stella.

Me quedé boquiabierta. Las 343 *salopes*, *guarras* en francés, eran mujeres francesas destacadas que afirmaron públicamente haber abortado y firmaron una declaración escrita por Simone de Beauvoir en 1971. El aborto todavía era ilegal en Francia, por lo que se expusieron a todo tipo de problemas legales. El procedimiento se legalizó, finalmente, unos años después.

—Stella, ¡eso es increíble! No tenía ni idea.

—Entonces, ¿has tenido uno? —Tras tanto rato en silencio, la voz de Dmitri pareció sacudir la mesa como un trueno.

—¡Dmitri!

Pero Stella se limitó a mirarlo fijamente, como si supiera que era más inteligente que él.

Realmente, era más inteligente que él, me di cuenta con un sobresalto. Estaba tan acostumbrada a la idea de que él era un genio que lo sentí como un puñetazo en el plexo solar. En solo media hora,

lo había calado. En todos los años que habíamos pasado juntos, ni siquiera me había dado cuenta de que había algo que calar.

Pasó un largo minuto antes de que hablara.

—¿Importa?

Él se limitó a mirarla, con sus oscuros ojos entrecerrados.

No me había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que había contado con que le cayera bien a Stella. Cuánto había deseado verlos a los dos inclinados sobre la mesa en una apasionada discusión, tal y como lo hacíamos Stella y yo en su cocina, como lo hacíamos Dmitri y yo en la nuestra. Tuve el repentino impulso de nombrar todas las cosas que me gustaban de Dmitri. Quise agarrarlo de la muñeca y acercársela a ella para decirle: *¿Verdad que sus manos son preciosas? Mira qué fuertes y sexys son.*

Pero él se limitó a quedarse ahí sentado sin mediar palabra, y quedó demasiado claro que mis castillos en el aire estaban totalmente hechos de arena. Y la marea estaba subiendo.

—Bueno —dijo ella, y su tono era el mismo que utilizaba cuando yo era pequeña y me obstinaba con alguna tontería—, tendremos que estar de acuerdo en no estar de acuerdo, en ese caso. Cuéntame más sobre ese ballet de Baba Yaga que estáis haciendo.

Pero mientras Dmitri se sumergía con entusiasmo en la descripción de nuestra (su) última obra, la música moderna y las brujas antiguas, ninguna de las dos estaba escuchando. La cena acabó antes de las once.

Cuando Dmitri salió a atender una llamada, Stella me abrazó.

—¿Cuándo vas a volver a París, cariño? El desfile de turistas entrando y saliendo de tu apartamento es deprimente.

Por un momento, esa posibilidad se paseó por mi imaginación. Pero los tres mil euros al mes que ganaba con el alquiler vacacional era de lo que vivía («Te darás a conocer», dijo Dmitri cuando le pregunté, tímidamente, cuál sería mi salario. «Y tendrás el honor de trabajar conmigo») y, además, Dmitri estaba en San Petersburgo, no en París.

—No… no creo que pase, Stel. Ahora vivo aquí.

Se apartó y analizó mi rostro. Después de un largo rato, asintió.

—Está bien, cariño. Feliz cumpleaños. Pero espero que no se te olvide: hay una diferencia entre hacerse mayor y crecer.

A la mañana siguiente, Dmitri y yo nos dirigimos al Mariinsky como si no hubiera pasado nada, pero por dentro seguía echando humo. Las palabras de Stella resonaban en mi cabeza mientras miraba a las bailarinas. Sus vientres planos, las elegantes curvas de sus columnas. ¿No podría haberse esforzado más con Stella? Después de tanto tiempo. Después de todo lo que le había dicho. No podía,

simplemente, no sé, ¿fingirlo?

—Dos grupos —anunció Dmitri. Su voz ni siquiera había formado del todo las palabras antes de que los miembros del coro lo rodearan, a la espera de sus órdenes. Suspiré y me llevé a los dos principales: Irina y Alexei. Les había enseñado el *pas de deux* a principios de esa semana y ahora me tocaba a mí hacer lo que siempre hacía: repetir los pasos con ellos, llevarlos de competentes a perfectos.

Era buena dando clases. No la mejor, pero sí. El tema del idioma, en el que no me había parado a pensar mucho al trasladarme a Rusia (había conseguido tener un inglés fluido hablando con Lindsay, fue casi por ósmosis, ¿verdad?), no era ninguna tontería. Ya no tenía trece años y los casos y construcciones del ruso aún me costaban. Pero, aunque me había acostumbrado a hablar en inglés con las bailarinas (lo entendían, incluso cuando fingían que no), no podía evitar acabar las frases con un tono de semiinterrogación, incluso cuando daba órdenes. No tenía, ni de lejos, la naturaleza autoritaria que tenía él; en parte, porque yo no era la autora. Tenía la sensación de que me convertía en un mueble cuando llevaba a mi grupo a ensayar. No era más que un objeto en la sala que tenían que mover de un lado a otro.

Odiaba lo que había creado para Irina y Alexei. La música era su favorita, con el sonido de esa guitarra rusa, pero todo lo que había creado seguía un poco demasiado el ritmo, era un poco demasiado perfecto. Y esta escena, en la que Baba Yaga conocía y seducía al joven príncipe, me pareció que estaba mal mientras los veía repasarla. Era una coreografía para rescatar a una damisela de una torre. No era una danza sobre una bruja.

Así que empecé a retocarla.

A veces lo hacía. Alargaba un paso un tiempo más, añadía un gesto con la mano, pedía que levantaran la pierna unos centímetros. Dmitri nunca me llamó la atención. Nunca supe si era porque no se daba cuenta y pensaba que eran los pasos originales, o si se daba cuenta pero estaba muy contento como para atribuirse el mérito. En ocasiones anteriores, me había salido con la mía al cambiar pequeñas cosas, pero, ese día, agarré a Irina por los hombros y la hice girar en una serie de pasos que, como mucho, siendo generosos, podría decirse que estaban inspirados en los de Dmitri.

Cuando nos reagrupamos para repasar la pieza en su conjunto, Irina me sonrió. Yo le devolví la sonrisa. Era mejor; ella sabía que era mejor. Astuto y retorcido y, simplemente, propio de una bruja.

Pero mientras Dmitri la observaba, su rostro adoptó exactamente la misma expresión que en la cena de la noche anterior. Alejado, distante. Crítico.

—¿Qué has hecho? —me dijo en voz baja y en un francés con

mucho acento.

—Un par de cosas —dije con rapidez. Nunca me entendía del todo cuando le hablaba en francés, sobre todo si iba rápido, aunque era demasiado orgulloso para admitirlo. Normalmente, eso me parecía encantador—. Si hacemos una pirueta simple en lugar de una triple ahí, llegará al suelo un segundo antes y podrá volver a girar en una *échappée*.

—No. —Había vuelto al ruso. Apagó la música—. No, no, no. No has entendido nada, Delphine. Como siempre.

De nuevo, las bailarinas apartaron sus miradas hacia el suelo. De nuevo, pasé de ser la profesional que sabía que podía ser a ser la novia y asistente incompetente. De nuevo, no era más que un mueble.

Ensayó con los principales durante el resto de la tarde. Pero, al día siguiente, mis pasos seguían en la pieza.

Todavía hoy siguen estando incluidos.

Octubre de 2018

Cuando volví de la Ópera, había fotógrafos en la puerta de mi edificio. Por suerte, había una escalera para el servicio en la calle de Birague, aunque eso no impidió que mi bandeja de entrada y mis mensajes de texto se llenaran de solicitudes de escritores de todas las nacionalidades. Nada de mi padre. Nada de Stella. Al parecer, esa semana saldría tanto en *The New York Times* como en el *Комсомóльская прáвда*. Un rápido mensaje a Daniel solucionó todos estos problemas: a todos los que me escribían les remitía a él y le envié una foto mía de hacía cinco años para que la distribuyera. No quería volver a ver la foto de los dos que había proporcionado Camille.

A pesar de todo, Daniel no aceptó que le pagara nada. La semana siguiente lo invité a desayunar para darle las gracias. Oportunamente, volvió a elegir ir al Merci.

Cuando llegué, ya estaba sentado. Parecía un gato allí quieto, mirando la mesa sin verla.

—¿Todo bien? —pregunté mientras tomaba asiento frente a él.

Daniel sonrió.

—¡De maravilla! Me has convertido en el tío más popular de la oficina. Aunque —añadió rápidamente— no se trata de eso, claro…

—No, está bien. Me alegro de que esto resulte… beneficioso para los dos.

—¿Sabes que se acerca el cumpleaños de Lindsay? —añadió.

Por supuesto que sabía cuándo era el cumpleaños de Lindsay: el 31 de octubre. Una nunca olvida los cumpleaños que aprendió de pequeña; me lo sabía tan bien como el mío.

—Bien, pues resulta que he estado pensando y… Nunca me deja organizarle nada, pero ya que este año estás de vuelta, he pensado que quizás podríamos hacer una fiesta sorpresa. ¿Podrías llevártela a pasar el día de compras o algo así y luego traerla a casa? He pensado en hacerlo el 1 de noviembre, para que no se lo espere.

Enarqué las cejas y traté de suavizar mi expresión.

—Bueno, es que realmente odia su cumpleaños. —Siempre lo había hecho, al menos desde que cumplió diecinueve años y dejó de ser la bailarina más joven de la compañía.

Esbozó una sonrisa torcida.

—Bueno, no es la única integrante de este matrimonio, y tendrá que aceptarlo. ¿La traerás o no?

Me sorprendió la rabia que desprendían sus palabras, el desprecio que a duras penas podía esconder su tono. Tenía que ir con cuidado. Al parecer, aquello no iba solo de hacer una fiesta. Y si lo ponía en perspectiva con el resto de cosas del mundo, no había para tanto: Lindsay tendría una fiesta, no le entusiasmaría, pero cuando quisiéramos darnos cuenta ya se habría acabado. Siempre podía avisarla con antelación.

—Claro —dije despacio—, pero, si yo fuera tú, no invitaría a nadie más que a sus amigos más cercanos. Nunca se sabe cómo reaccionará a las… sorpresas. Además, creo que va a tener muchas cosas en la cabeza con el *soutenance* a la vuelta de la esquina.

—Es cierto. Hablando de eso… me alegró mucho recibir tu correo electrónico. —Su tono había cambiado, sonaba más agradable, casi adulador.

Ay, Dios. ¿Iba a sacar el tema de niños otra vez? *Por favor, no lo hagas. No estoy ni de lejos todo lo bien que debo estar, mentalmente hablando, como para gestionar tus emociones ahora mismo*.

—Lo único que… ¿De verdad tenías que incluirla en ese ballet? —dijo con la voz ronca.

¿Esto? ¿Iba a tener que hablar de esto otra vez? ¿Por qué no podía confiar en que su mujer y yo sabíamos hacer nuestro trabajo y éramos capaces de cuidarnos solas?

—Es buena, Daniel. Es muy buena. No te preocupes. —Me incliné hacia delante para tratar de conseguir alguna reacción que no fuera malhumorada—. No se va a dejar en evidencia, va a asombrar a todo el mundo. No me sorprendería que incluso la nombraran bailarina principal este año. Porque se lo merece. Siempre ha tenido ese algo.

Nuestros ojos se encontraron.

—Sí, lo sé —dijo—. La vi repasar un poco en casa. Es fantástica. ¿Crees que no lo sé? Es lo primero que me gustó de ella, esa cualidad. Es imposible dejar de mirarla, ¿sabes? No puedes apartar la vista.

Pasó un largo rato antes de que continuara. Dentro de la cocina, a alguien se le resbaló una carga de platos y cayeron al suelo. Hicieron un ruido estrepitoso y la pequeña cafetería quedó en silencio. Luego, poco a poco, la gente volvió a hablar y se recuperó el bajo murmullo que nos rodeaba.

—¿Quieres tener hijos, Delphine?

Abrí la boca, dispuesta a dar mi respuesta habitual (*Algún día, tal vez, si encuentro al hombre adecuado*), cuando me di cuenta de lo impertinente que era la pregunta. Rubia o morena. Escupes o tragas. Virgen o puta. Los hombres siempre intentan que elijamos un bando, que declaremos nuestra lealtad, que revelemos qué tipo de mujer somos para que ellos puedan juzgar si lo estamos haciendo bien o no. ¿Por qué no pueden, simplemente, dejarnos ser personas?

Pero antes de que pudiera encontrar las palabras para decirle educadamente que no era asunto suyo, continuó:

—Tengo tres hermanas pequeñas, ¿lo sabías? —Negué con la cabeza, tratando de seguir su lógica—. Están todas en Burdeos, y no las veo ni la mitad de lo que me gustaría, pero, básicamente, las crie yo cuando nuestra madre se volvió a casar. Y ninguna de esas otras mierdas, digo, cosas —que se corrigió a sí mismo (aunque, en serio, ¿con quién creía que estaba hablando?)—, nada de eso me importaba, porque siempre pensaba: *Vale, esto es lo que se me da bien. Tendré muchos hijos y se me dará bien. Seré el mejor padre del mundo*.

Hice una mueca de disgusto. No era el mejor público para un hombre que hablaba de las alegrías de la paternidad. Pero Daniel no se dio cuenta de mi reacción y siguió mirándome con esos ojos grandes y atractivos.

—Pensé que a partir de los treinta se daría cuenta de a qué me estaba pidiendo renunciar y de a qué estaba renunciando ella al no querer tener hijos. Estos últimos años, pensaba: *Bueno, en algún momento se dará cuenta, ¿no? Llegará el momento en el que se dé cuenta de que esto del ballet es un callejón sin salida, y entonces buscará otra cosa*.

Esto del ballet. Intenté que no se me notara el asco en la cara, pero, aun así, noté que se me curvaba ligeramente el labio superior.

Las órdenes sonaban en mi cabeza, aquellas que habíamos seguido siempre: *Estira la pierna. Inclina la cabeza. No la mires a ella, mira al público*.

—Pero si consigue este ascenso… vamos a perder nuestra oportunidad de tener una familia —dijo antes de poner la cara entre

las manos.

Lleva toda la vida actuando, quería gritar, *¿y ahora quieres que interprete ser madre para dar sentido a la tuya?*

—¿No podrías hacer algo? —dijo finalmente—. ¿Poner a otra persona? ¿Alguien más joven? Si vuelve a ocurrir, lo dejará. Sé que lo hará. No sería capaz de soportarlo. Pero mientras sea la protagonista, no lo dejará. Y me preocupa perderme la oportunidad de ser padre. —Hizo una pausa—. Te pido que me des esa oportunidad.

—Sigo intentando descifrar —dije finalmente— si es que eres un cobarde o solo un idiota. Pero, en realidad, eres un poco de las dos. Si tuvieras algo de valentía, hablarías de esto con Lindsay. No con su amiga, a la que conoces desde hace medio segundo.

Clavó los dedos en la piel de su palma.

—Y, si fueras mínimamente inteligente —continué—, sabrías que lo que me pides no solo perjudicaría seriamente mi carrera, sino que también sabotearía a una de mis amistades más antiguas; la que tengo con una mujer cuyas decisiones, mira tú por dónde, respeto. Si tuvieras un poco de compasión, te darías cuenta de que Lindsay lleva toda la vida luchando para llegar aquí, y que, si quisiera ser tu útero andante y tu *au pair* personal, se habría ofrecido para la tarea hace años. Si tuvieras un poco de sensibilidad artística, te darías cuenta de que merece ser vista por tanta gente como podamos meter en un teatro. Y, si tuvieras un poco de sentido social, te darías cuenta de que hice todo lo posible por evitar decirte todo esto a la cara la última vez que nos vimos. Pero no lo tienes, así que me veo obligada a decírtelo ahora.

Golpeó la mesa con las palmas de las manos y levantó la cara. Tenía una expresión torturada.

—Pensaba que eras diferente al resto —dijo, y su voz se había vuelto tranquila y mezquina—. Pensaba que tú eras la simpática.

Negué con la cabeza y agarré el bolso.

—Todo el mundo lo piensa. No es cierto.

Su rostro estaba rojo como un tomate y tenía la frente sudada. Agarró el borde de la mesa con las manos y esbozó una sonrisa lenta y amarga.

—No, no lo es, ya veo. Eres tan hija de puta como las demás.

Dejé diez euros en la mesa.

—¿Y sabes qué? —dije mientras me ponía de pie—. No me importa lo más mínimo que sea así.

CAPÍTULO 28

Junio de 2012

Elige tu propia identidad, deja la antigua en el suelo como un abrigo de piel. Transfórmate en otra persona. Alguien que sabe más de la vida, más de lo que se aprende en el interior de un estudio de ballet. Esa persona se ha ido para siempre. La has dejado atrás para siempre.

Qué fácil es.

Tras siete años en San Petersburgo, parecía una persona nueva. Al menos, era una versión más pulida de la persona que había sido antes. Las mujeres rusas que conocí veían el mantenimiento de sus cuerpos como un servicio comunitario y un motivo de orgullo tremendo. Cuando llegué, estaba más interesada en las bibliotecas, en el lenguaje y en la historia que en cualquier otra cosa. Dentro de los antiguos, polvorientos y abandonados archivos del Mariinsky, ya no era una solista; era una coreógrafa en formación, aprendiz de uno de los grandes artistas de nuestros tiempos, e iba a demostrar a todo el mundo lo que valía.

Pero resultó que nadie tenía tantas ganas de escucharme. Para ellos, yo no era más que una extraña, siempre detrás de Dmitri, siempre observándolos demasiado de cerca con ojos intensos. Tardé cerca de un año en darme cuenta de que mi pelo secado al natural y mis padrastros no ayudaban. Años atrás, cuando fingíamos leer *Guerra y paz* en clase de literatura, la profesora nos dijo que los rusos siempre habían admirado el estilo francés. Resultó que tenía razón, lo único que solo admiraban el estilo francés del siglo xix. Mis zapatillas de deporte desgastadas y mis vaqueros rotos no iban a llevarme muy lejos.

Así que adapté mi propio régimen de mantenimiento para tratar de conservar la apariencia de una chica de diecisiete años. Al principio fue a regañadientes, luego con un pánico creciente a medida que los años empezaban a esculpir líneas en mi cara y a aflojarme la piel. Comenzó con una manicura semanal, lo cual, para mi sorpresa, me llevaba dos horas. Mucho más tiempo que en Francia, ya que las

esteticistas rusas utilizaban unas pequeñas herramientas motorizadas para eliminar cualquier rastro de cutícula, en lugar de empujarlas hacia dentro con un palito naranja y poco esmero. A eso había que añadir una cita mensual para depilarme: cejas, labio superior, axilas, línea del bikini y piernas. Invariablemente, volvía a casa llena de aceite, rosada y de mal humor. A los veintiocho años, me rendí ante el Botox: oí un breve sonido crujiente cuando la aguja tocó el hueso del entrecejo; luego me pasé días sin poder dejar de oírlo en mi cabeza. Con el láser, creo, empecé a los treinta: eliminé los vasos sanguíneos que se habían roto alrededor de la nariz y tensé los pómulos caídos. El maquillaje pasó de ser una rápida capa de rímel a hacerme la cara completa con base, corrector y delineador de ojos, lo cual me llevaba cuarenta y cinco minutos. Mi cabello, que solía secarse al natural, fue sometido a pasar por la peluquería una vez por semana y, más tarde, dos veces por semana, que fue cuando finalmente comprendí la utilidad que tenían los gorros de ducha.

Sin embargo, nunca consiguieron que me bronceara con espray. A día de hoy, sigo estando orgullosa de ello.

Aun así, no estoy segura de si los bailarines llegaron a verme de otra manera. Incluso a medida que metamorfoseaba físicamente en alguien que se parecía más a ellos en la superficie, mi peso siguió aumentando año tras año, hasta que mis huesos se ablandaron, las líneas de mi cuerpo se oscurecieron y llevar *maillot* se volvió impensable. Incluso cuando mis días pasaron de consistir en pasar horas estudiando en solitario, tratando de ponerme al día con la educación que debería haber recibido, a ir corriendo de la cafetería a los centros de belleza y al estudio (mi propio estudio). Incluso entonces, no esperaban a que terminara de hablar para darse la vuelta. No lo hacían de una forma lo suficientemente descarada como para reprenderles, pero sí lo suficiente como para que me escociera.

Mi vida en San Petersburgo.

Qué fácil era. Hasta que dejó de serlo.

—A ver si lo entiendo. —Hacía tiempo que habíamos acordado hablar en inglés entre nosotros—. ¿Estás rompiendo conmigo por Baryshnikov?

Dmitri suspiró.

—No estoy rompiendo contigo. —Su voz grave resonó en el vestíbulo de mármol tallado del Palacio Yusupov, más grande que todo nuestro apartamento. Di un respingo y miré para ver si alguien lo había oído, pero nuestro guía turístico aún no había llegado. Estábamos solos—. ¿Por qué tienes que ser siempre tan dramática? Lo único que digo es que *Noches de sol* era pura propaganda capitalista.

Se me habría marcado una línea en el entrecejo si no la hubiera

congelado con toxinas. *¿Noches de sol?* ¿La película en la que sale Baryshnikov bailando claqué con Gregory Hines? ¿En donde Helen Mirren lleva perlas y tiene acento ruso?

—Y yo solo digo que me encantaba cuando era pequeña —repuse —. Solía verla en el viejo videograbador de Stella como una vez al mes. No he mencionado la política en ningún momento.

Sacó la lengua.

—Todo es político. Especialmente aquí. ¿Cuándo te va a entrar en la cabeza? —Me dio un ligero golpe en la frente con el puño; intenté no apartarme.

No es broma. Siete años y nunca habíamos entrado en ese palacio de color amarillo, que es donde Félix Yusupov había asesinado a Rasputín un siglo atrás, a pesar de que estaba a la vuelta de la esquina. «No soy comunista, pero eso no significa que sea monárquico», dijo Dmitri con rabia cuando le propuse ir durante mi primera semana en la ciudad, y luego se cernió sobre mi hombro mientras yo hojeaba frenéticamente mi diccionario franco-ruso en busca de *monárquico*.

Pero, cuando pregunté por qué, Dmitri se quedó tan callado, tan aburrido, que lo dejé pasar. Él tenía veinte años cuando terminó la Guerra Fría; yo tenía ocho. Él estaba en la URSS; yo, en Francia. Tenía derecho a tener su propia opinión sobre los Románov. Sabía mucho mejor que yo quiénes eran.

—Hacer *Zarina* solo va a traer problemas —dijo Dmitri. Las palabras resonaron en aquella sala fría y austera—. Nadie quiere ver mierdas pro-Románov. Ni siquiera antes de que murieran.

—Tal vez —dije mientras me abrazaba a mí misma—, pero… no sé. A mí me parece interesante la interacción de los cuerpos y las instituciones. ¿No crees?

Sus tupidas cejas se juntaron.

—Continúo pensando que te iría mejor si hicieras algo sobre Rasputín. La zarina es una figura peligrosa. Incluso hoy en día.

¿Por qué la zarina más que cualquier otra persona? ¿Más que el Rasputín con ojos de loco? ¿Incluso hoy en día? Me imaginé a Margaux poniendo los ojos en blanco mientras él hablaba, intenté quitarme de encima la sensación de que la tenía a mi lado, observando, con ese brillo crítico en los ojos. No es que le contara las conversaciones que mantenía con Dmitri; nuestros correos electrónicos grupales hacía años que se habían reducido a actualizaciones de sucesos.

Dmitri llevaba tanto tiempo siendo famoso que había olvidado lo que era ser un asistente, ser el que está en las sombras. Si es que alguna vez lo había llegado a experimentar, claro. Si es que alguna vez

había llegado a experimentar lo que era que pasaran meses, luego años, y siguieras tratando de que sus bailarines te escucharan de una puta vez. *¿Podéis escucharme de una puta vez?* Y lo hacían, un poco, porque eras la novia del jefe, pero no escuchaban bien y siempre susurraban no sé qué mierdas en ruso que no lograba entender.

—Quiero hacer algo grande —dije en voz baja. *Habla más alto*, ordenó la Lindsay de mi cabeza con un rápido codazo en las costillas. Levanté la voz—. En mi primer ballet entero, quiero… hacer ruido. Ni siquiera era rusa, la zarina. Era alemana, y eso es…

Los ojos de Dmitri brillaron a pesar de su oscuridad.

—Tu *ruido* es la historia de otra persona. Mi historia.

—Lo sé… —levanté las manos para señalar a nuestro alrededor—. ¿Por qué crees que estamos aquí? Quiero aprender, Dmitri. Quiero hacer arte que… ya sabes, que diga algo. Algo más grande que mi ser. Algo más grande que el arte que trata sobre el propio arte. Algo que sea…

Pero me interrumpí cuando empezó a negar con la cabeza.

—Esto ha sido un error —dijo mientras se volvía hacia la enorme entrada que se arqueaba detrás de nosotros.

Lo observé, desconcertada.

—No lo entiendo. ¿Cuál es el problema? ¿Que no es mi historia? ¿O que es la tuya?

—¡Un error!

Y entonces se puso a hablar en ruso, demasiado rápido, con demasiada jerga para que yo lo entendiera. «Sigue con tus malditos cuentos de hadas». Eso es todo lo que conseguí entender. La pesada puerta se abrió y dio paso al sonido del Neva, que se movía lentamente por el canal.

—¿Madame Léger? —Me di la vuelta y me encontré a un hombre de mediana edad y con gafas que bajaba hacia mí por la escalera con alfombra roja—. ¿Empezamos la visita? ¿O está esperando a alguien más?

Mi cerebro se esforzó en buscar las palabras para decir que estaba sola en ruso.

—No —dije finalmente—. Me siento sola.

No rompimos hasta seis años después.

Octubre de 2018

Sucedió.

El video, finalmente, apareció.

Jock lo había publicado en un sitio de porno amateur. Solo ese, gracias a Dios. No había subido ninguno de los otros videos con las demás bailarinas. Una revista italiana de mala muerte hizo algunos pantallazos y con eso tuvo suficiente para escribir un artículo. Lo que decía en mis alertas de Google era: «*Porno amatoriale di Delphine Léger, ex ballerina del balletto nazionale di Parigi*». Ningún otro sitio las resubió, aunque uno, luego cinco, luego veinte, cubrieron el artículo de la publicación italiana. Un bucle interminable de mis peores pesadillas.

Quería repasar y evaluar cada movimiento que había hecho, todas las acciones y reacciones. Quería saber qué aspecto tenía. Quería analizar cada arruga y cada poro.

Tenía que verlo. No podía verlo. Tenía que saberlo. Ya lo sabía.

Me senté frente al ordenador durante lo que podrían haber sido minutos, horas, días. Estaba temblando, estaba llorando, y no me di cuenta de ninguna de esas cosas hasta que fui al baño a vomitar y me vi en el espejo.

Esta no era yo.

Cerré la ventana del navegador y abrí otra. Empecé a buscar abogados. Para cuando concerté una cita con una mujer especializada en acoso sexual y porno de venganza, volvía a ser lo suficientemente consciente de mi cuerpo como para obligarme a levantarme y darme una ducha. De repente, lo único que quería era el calor del agua, quitarme todo esto de encima, desprenderme de la piel como si fuera una serpiente para poder reemplazarla por una nueva.

Pero me pasé mucho, mucho rato debajo del chorro y seguía sin sentirme limpia.

* * *

Una vez que el vídeo hubo salido a la luz, sentí un cambio fundamental a nivel celular y, sin embargo, todos los detalles de mi vida cotidiana parecían iguales. ¿Cómo era posible? Cuando llegué al estudio al día siguiente y encontré a Lindsay esperándome, con el calentamiento hecho y lista para empezar, se quedó quieta mientras yo dejaba la bolsa.

¿Había visto la web? ¿Y las imágenes? De haberlo hecho, estaba segura de que le habría dado asco.

Un segundo después, sus brazos me rodeaban.

—¿Quieres hablar sobre el tema? —susurró.

—Eh… —¿Cómo se traducen los oscuros recovecos de la mente en palabras?—. No.

Asintió y, por un segundo, me quedé allí, con la cabeza apoyada en su hombro. Esto era todo lo que necesitaba, ahora mismo. Esto era suficiente.

Cuando me aparté, estaba tan tensa que vibraba como una cuerda. Pero entonces la miré: las sombras bajo los ojos, el pliegue entre las cejas, la boca caída. Su rostro era un dibujo; bajo la dura luz del estudio, parecía casi demacrado, esquelético. Algo iba mal, algo más allá de lo mío. ¿Por qué el trauma deja un rastro tan visible en el cuerpo de las mujeres? Es tan fácil de ver si sabes cómo mirar. Tal vez nos pasaba a todos, hombres y mujeres, solo que, como había pasado toda mi vida en un mundo lleno de mujeres, nunca había aprendido a ver el dolor de los hombres.

De todas formas, no creía que fuera así. Simplemente, éramos más legibles.

—Linds, ¿ha pasado algo?

Suspiró de forma exagerada: una taquigrafía deliberada para encubrir la profundidad de… de lo que sea que estuviera pasando en su interior.

—Daniel —dijo, y se encogió de hombros.

Me estremecí. Había estado sopesando contarle lo que había sucedido en el Merci, pero, finalmente, decidí que no me correspondía entrometerme en su matrimonio.

—Ah, joder. Lo siento. Nuestra charla… se desvió totalmente del tema. Perdí el control. Me pidió que te sacara del ballet, pero no quise involucrarme, y nunca se me ocurriría quitarte este papel, pero…

Negó con la cabeza.

—Lleva años con el tema de los niños. Se me acaban las formas de decirle que no vamos a tener ninguno, pero da igual lo que le diga, simplemente… no me escucha. No puedo ser esa persona para él. Le he dicho que deberíamos divorciarnos. —Su voz estaba cansada, y yo conocía ese cansancio, había sentido ese agotamiento en mis propios huesos. *Después de tanto tiempo. Aquí estamos.*

Tragué saliva.

—¿Y él qué ha dicho?

—Que vayamos a terapia de pareja. Otra vez. Como si hubiera algún terapeuta capaz de entender. —Agitó la mano para señalar el estudio. Por un momento, lo miró casi con añoranza, como si tuviera nostalgia de un momento que estaba viviendo. Luego se dio una palmada sobre el muslo—. Bueno, va a pasar y es lo que hay. En fin, ¿qué tienes para mí hoy?

—He hecho un croquis de algunos de los puntos con los que tengo más dudas. Es un poco intenso, ¿estás lista para empezar?

Lindsay siempre estaba lista. Asintió.

—Cuanto más pienso en esto, más creo que tenemos que mostrar de lo que eres capaz. Tú, no Camille, no las demás solistas o las demás bailarinas principales, siquiera. —Su boca cansada se torció en una sonrisa traviesa—. Así que, con cada movimiento que hagas, Linds, quiero que pienses en todas las correcciones que te han hecho y las ignores por completo. Quiero tus caderas desalineadas. Quiero tus hombros arqueados hacia atrás. Quiero esas grandes florituras con la mano. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Su rostro estaba resplandeciente.

—Sí —dijo—. Quieres que sea yo.

A lo largo de la tarde, fuimos desnudándola cada vez más para cada sección adicional. Le di mi bufanda y mi jersey para que se pusiera más capas; para el próximo ensayo tendría que traer del guardarropa unos collares muy largos. Todo lo que le decía lo asimilaba en segundos y me lo devolvía tal y como lo había imaginado. No, incluso mejor. Al deshacerse de la correa que la ataba al estilo del BOP, Lindsay mostraba un elegante y desesperado desenfreno que nunca antes me había imaginado, pero que mostraba cada secuencia a la perfección.

—Inténtalo de nuevo —le grité alrededor de las seis, justo cuando estábamos repasando la parte de *Maybe* por lo que había prometido que sería la última vez—. Esta vez sin agarrarte el torso así.

—¿Así cómo? —preguntó. Busqué en su rostro el sarcasmo, ya que siempre sabía lo que su cuerpo había estado haciendo en cada momento, pero no encontré ni rastro.

—En la última parte. Estabas haciendo esto. —Imité la forma en que había agarrado su caja torácica con fuerza en la última parte—. Tiene que ser más relajado. No tan controlado.

—Ah. —Una sombra pasó por sus ojos—. Lo siento.

—Tranquila, con repetirlo basta.

A mitad de camino, tuve que parar la música.

—No, mira, justo ahí…

Pero no pude terminar la frase porque salió corriendo hacia su bolsa y vomitó. Vomitó dentro de la bolsa de una forma igual de dramática que todo lo demás. Observé las violentas contracciones de su caja torácica. El mero hecho de verlo hizo que la saliva subiera a la parte posterior de mi boca y me provocara náuseas. Corrí hacia ella y le puse una mano en la espalda.

—Dios mío. ¿Estás bien?

Se limpió la boca y volvió a ponerse de pie. Sus ojos brillaban y desprendían ferocidad.

—Sí —graznó—. Perdón. Ya podemos seguir.

—¿Qué? No.

Esbozó una débil sonrisa.

—No tengo la gripe. Debo haber comido algo que no me ha sentado bien. No te voy a contagiar. Terminemos.

—Bueno —dije dubitativa—, si estás segura…

Y fue entonces cuando se agachó y vomitó sobre mis pies.

* * *

Lindsay dijo que no necesitaba ir al médico (sus palabras exactas fueron: «Se te ha ido la pinza»), pero yo insistí en llevarla a casa.

Mantuve una mano en su espalda mientras bajábamos al metro. ¿Y si era algo grave? Hay que estar muy enfermo para vomitar en público en lugar de aguantarse y correr al baño. Sobre todo si eres una bailarina; tu cuerpo no pierde el control así como así. ¿Y si esto no era solo una ostra en mal estado? ¿Y si era el primer signo del tipo de enfermedad que te carcome por dentro, del tipo que te consume y te posee, del tipo que te pone la vida patas arriba por el miedo y se regodea por ello? Ya lo había visto antes. Ocurre tan a menudo que todo el mundo tiene una historia al respecto. Si escuchas las suficientes, la tragedia empieza a volverse mundana. Todos vamos a morir. Y, sin embargo, cada vez que pasa, ahí está de nuevo: un nuevo mundo nace. Un mundo sin esa persona.

Mientras estábamos en el andén, noté el calor de sus músculos. Me resultaba tan familiar. Podía oler el sudor seco de su piel, el olor agrio del vómito.

La agarré del hombro.

—Mañana estarás mejor —dije—. Y, Linds, vas a lograrlo. Esta vez, creo de verdad que lo harás. Nathalie no tendrá más remedio que hacerte bailarina principal.

Sonrió, pero algo se tambaleaba detrás de esa sonrisa. La agarré con más fuerza mientras ella inclinaba la cabeza para estudiar mi rostro.

—Sí —respondió—, pero ¿y tú?

Di un paso atrás.

—¿Y yo qué?

—Creo que has estado evitando hacerte una pregunta importante. Quizá nunca te has parado a pensarlo, pero realmente creo que podría cambiarte la vida.

—¿A qué te refieres?

—Alguien tiene que formar parte de la próxima generación de coreógrafos famosos. ¿Por qué no tú? —dijo con énfasis—. ¿Por qué no tú, Delphine? Podrías ser conocida en todo el mundo. Podrías

cobrar lo que quisieras para que las compañías representaran tus espectáculos. Eres lo suficientemente buena, así que ¿por qué no?

Y, por un momento, volví a visualizarlo. Desde que Nathalie había acabado con *Zarina*, no me había permitido pensar en ello: la fama. Pero aquí estaba de nuevo. Mi nombre junto al de Balanchine. Junto al de Nureyev. Junto al de Petipa.

—Es un cuento muy bonito —dije finalmente.

—¿Un cuento?

Me encogí de hombros.

—Bueno, ¿quién sabe lo que va a pasar? Podría pasar cualquier cosa, ¿no?

Lindsay resopló.

—Lo único que digo, Delphine, es que alguien va a pasar a la historia. ¿Por qué no tú?

Para cuando tuve una respuesta que darle, el aire caliente atravesaba el túnel mientras el tren se acercaba a nosotras.

—Creo que, simplemente, la danza es lo único que me interesa. La única cosa en la que soy buena de verdad. La única cosa que he hecho que importa. Así que tengo que seguir adelante. Independientemente de lo famosa que llegue a ser… no puedo dejar de hacerlo. Podría intentarlo, pero no tendría sentido. Es lo que soy. ¿Me explico?

Su rostro de porcelana estaba en llamas mientras miraba al frente, hacia las vías.

—Sí —dijo finalmente—. Te explicas.

—Y pensar en ser famosa o en hacerme rica gracias a la danza… Lo deseo tanto que me duele. Quiero dejar un legado, y la danza es la única manera de conseguirlo, así que lo único que puedo hacer es… no pensar demasiado en el tema. Tratar de no desearlo tanto. Porque si me permito desearlo y luego fracaso, el fracaso me destruiría.

No dijo nada durante un largo rato.

—¿Y si no quererlo nos destruye también? —Me miró fijamente—. Vivir nuestras vidas como si esperáramos ser olvidadas. Como si el ahora fuera lo único que importa. Puede que sea más fácil para la mente vivir así, pero es más duro para el alma. —Abrió más los ojos —. Creo que deberías tenerlo en mente.

CAPÍTULO 29

Abril de 2018

—¿Un cuento inglés para niños? Nunca he oído hablar de él. ¿Un centauro… y Santa Claus? No, no lo creo. ¿Qué más?

No podía apartar los ojos de las perfectas uñas de color rojo que tenía Olga. Brillaban alrededor de la taza de té. No eran como las habría hecho una francesa, cortas y rojo mate, sino perfectamente ovaladas y relucientes, del tipo que emite destellos bajo las luces de la oficina del Mariinsky.

—Ah, vale. Bueno… —Contaba con que le gustaría la idea de hacer *El león, la bruja y el armario* por el potencial de tener público internacional, por las criaturas extrañas, el virtuosismo de los bailarines del Mariinsky… pero no fue el caso, y mi plan B era flojo. Ya sabía que era flojo—. Sé que ya hablamos sobre la posibilidad de retomar *Zarina*…

Los finos labios de la directora artística se estiraron aún más bajo el pintalabios rojo brillante.

—No —dijo Olga—. Tú hablaste sobre la posibilidad de retomarla. Si no recuerdo mal, lo que yo dije fue…

—«Ni lo sueñes» —murmuré—, sí.

Se rio.

—Mira, Delphine, nos encantaría volver a contar con tu trabajo. Tras el éxito de *Medusa*, los de arriba están empezando a prestarte atención. ¿Hay alguna posibilidad de que quieras hacer una serie de cortos en esa misma línea? ¿De veinte o treinta minutos?

Veinte minutos. Treinta. Llevaba casi una década pensando en estos segmentos. Y aunque al principio estaba desesperada por empezar, por pagar facturas, por hacerme un nombre, no podía quedarme aquí para siempre, dando vueltas a la rutina de retazos que había hecho a los veintitrés años. Salir de la cama a las diez para observar a los bailarines que iban a clase. Asistir a los ensayos de

Dmitri, ayudarlo a trabajar en las partes más difíciles, las que se atascaban. Reunir a mis bailarines para un breve ensayo de mi pieza al final del día, cuando sus músculos estaban ya doloridos y temblorosos, y sus cuerpos poco dispuestos a dar el cien por cien porque iban a tener que subirse al escenario en pocas horas. Verles la expresión de molestia a duras penas disimulada por tener que trabajar conmigo.

Al menos, por fin me pagaban. Aunque no era más que un pequeño consuelo.

Cuando expuse mis frustraciones ante Margaux y Lindsay en nuestro correo electrónico mensual, abriéndome a ellas después de años de distanciamiento gradual, las respuestas solo tardaron unas horas en llegar. *Vales más que eso, Delphine. Tienes que plantarte. No les permitas hacerte sentir pequeña.*

Me mordí el interior de la mejilla.

—La cosa es, Olga, que realmente creo que es hora de que empiece a trabajar en una obra más larga. Como dices, *Medusa* funcionó muy bien el año pasado. Y si no es con *León*, si no es con *Zarina*, vale, lo entiendo, pero nos conocemos desde hace diez años. ¿No puedes intentar confiar en mí y darme ese espacio?

Sus oscuras cejas se arquearon más de lo que creía posible.

—¿Un cheque en blanco?

—En esencia, sí.

Aquellas uñas rojas tamborileaban contra la madera brillante de su escritorio.

—¿Y de verdad estás dispuesta a arriesgarlo todo por esto?

—¿Arriesgarlo todo?

—A él. Dmitri. Vuestra relación.

—¿Por qué…? ¿Qué tiene que ver esto con él?

Cada rasgo de su rostro parecía haberse redondeado en una *O* perfecta.

—¿De verdad no lo sabes? —Juntó las manos en un puño, y se inclinó hacia delante sobre el escritorio—. Se puso muy celoso después de la pieza de la gorgona, Delphine. Por supuesto, nunca lo dijo como tal, pero irrumpió aquí exigiendo saber por qué *Medusa* tenía mucha más atención por parte de la prensa de la que tuvo *Baba Yaga*. Si te permitimos hacer un ballet completo…

Tenía la boca seca y traté de tragar. Los meses de mal humor, los hombros encorvados, la agresividad pasiva en sus ojos… Bueno, al menos ahora sabía qué lo había provocado.

—Eres muy buena. No me opondría a darte libertad —dijo Olga, encogiéndose de hombros—, pero depende de ti, supongo. ¿Quieres arriesgarte?

Le molestaba que yo tuviera éxito. Quería que me estuviera

quietecita.

—No —dije con voz ronca—. O… no por ahora, creo. Todavía no. Haré algo más sobre las gorgonas, supongo.

Su casco de pelo negro se balanceaba en señal de aprobación cuando me levanté para irme.

—Sí —dijo—, creo que es una sabia decisión.

Octubre de 2018

Esa tarde, vi a Margaux acercándose al Palacio Garnier desde la dirección opuesta, y corrí hacia ella.

—¡Margaux! ¿Dónde has estado? Te he estado llamando y enviando mensajes. —La miré con más atención—. Mierda, ¿estás bien?

Tenía el pelo suelto y grasiento. Le colgaba por los hombros en lugar de estar recogido en un moño, lista para trabajar. Tenía un brote de acné alrededor de la barbilla y la nariz, y no se había molestado en cubrirlo. Tenía los ojos enrojecidos, hinchados, tan morados por debajo que parecía que un niño los hubiera coloreado con un rotulador.

—Sí, ya me lo han dicho, lo has machacado —dijo sin entusiasmo —. Es genial.

—Pero no es solo eso —dije. Había tantas cosas que quería contarle—. A ver, ¿tienes tiempo para ir a comer?

Me miró directamente a los ojos.

—Lo cierto es que no.

Empezó a andar de nuevo. Estiré la mano y la agarré por el hombro.

—¡Eh, espera! ¿Qué haces?

Soltó un suspiro.

—¿Tú qué crees? Voy a ensayar, Delphine.

Cuando Margaux se enfadaba, solía gritarme. Era un pequeño precio a pagar para que las cosas se resolvieran rápidamente. No sabía cómo manejar a esta Margaux, la de la ley del hielo.

La última vez que nos habíamos visto… Me detuve. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? Cuando ella y Lindsay vinieron al apartamento para hablar de Jock. Di un paso atrás. Hacía unas semanas, había acudido a mí con un millón de problemas graves. Se abrió para mostrarme su dañado corazón: la bebida, los abortos, el asunto de Lindsay, todo.

Y no había hecho nada desde entonces. Lo único que había hecho

era pedirle que estuviera ahí para mí cuando yo no había estado ahí para ella. Que recogiera los pedazos de mi vida cuando ella también necesitaba mi ayuda. La vergüenza fluyó a través de mí y me sonrojé.

Vi que nuestra amistad se estaba yendo al traste. Hacía mucho que sabía que se estaba yendo al traste. No solo desde que había vuelto, también desde antes. Y supe que haría lo que fuera necesario para salvarla.

—¡Estas no somos nosotras! —grité, y mi voz, por una vez, contenía toda la ansiedad, todo el miedo que realmente sentía—. Nosotras no hacemos la mierda esta de enfurruñarnos como hacen otras. Algo va mal, me lo dices y lo solucionamos.

Me miró fijamente.

—Tal vez no podamos esta vez —dijo mientras se daba la vuelta.

Después de toda la mierda con Lindsay, ¿iba a ser Margaux la que colapsara? Tenía derecho a hacerlo. Pero si se caía, yo iba a estar a su lado en todo momento.

—¿Te acuerdas —dije rápidamente, antes de pararme a pensar— de la primera vez que nos vimos?

Se detuvo y se dio la vuelta. Sus ojos se habían suavizado, pero era casi imperceptible.

—Sí —respondió.

—Dijiste: «Hola, soy Margaux. Mido ciento treinta y dos centímetros y peso veintiocho kilos».

Ella frunció el ceño.

—No, no es verdad. No me habrían dejado entrar si hubiera sido tan gorda. Tú dijiste: «Hola, soy Delphine. ¿Sabes algo de sexo?».

—¡No es verdad!

—Claro que sí.

Y entonces los dos nos echamos a reír. Reímos con fuerza, las piernas casi nos fallaban.

—Ay, venga va —dijo, y me agarró el codo—. Vamos a tomar un café.

Nos sentamos en la terraza del Café de la Paix. Aunque acabáramos pagando nueve euros por nuestros cafés, valdría la pena. Al menos estábamos hablando.

—Marg —dije mientras ella sacaba el teléfono—, ¿qué sucede?

Una línea apareció entre sus cejas y apretó los labios.

—¿Alguna vez has sentido que has estado representando las mismas historias, una y otra vez, toda tu vida?

Extendí el brazo y la agarré de la mano.

—Todo el rato —contesté—. Todos los días.

Levantó los ojos para encontrase con los míos.

—Después de todo lo de Lindsay, y luego lo de Jock, me puse a

pensar… estoy tan harta. De este mundo. De esta locura de dramas que vivimos. O, más bien, que creamos.

Crucé los brazos sobre mi pecho.

—Entiendo, pero Margaux, las cosas están cambiando. ¡Lindsay está en mi ballet ahora! Aunque eso ya lo sabías. Y a Jock lo han despedido. —Me quedé callada.

Se encogió de hombros.

—Sí, vale. Los jugadores pueden cambiar, pero la dinámica es la misma. Y yo solo me dejo llevar. Nada de lo que diga o haga importa. —Sus ojos brillaban por las lágrimas—. Mientras, todos los días de mi vida son la misma puta mierda. Me despierto encontrándome mal. Empiezo a temblar. Bebo algo para sentirme normal. Necesito un trago para llegar al mismo punto desde el que todo el mundo parte.

Acomodé la mano alrededor de su barbilla.

—Debe de ser muy duro. ¿Has empezado a ir a las reuniones?

Sonrió con furia y se zafó de mí.

—¡He estado en rehabilitación durante las últimas dos semanas! —espetó—. Y nadie, excepto Julie, se ha dado cuenta. —Se quedó callada un momento—. Sabes, cuando me dijiste que ibas a volver, solo podía pensar en lo maravilloso que iba a ser. Me creí lo que decías. «Todo va a ser como antes». Pero ese es el problema. Que así es. Es exactamente como antes. Toda la mierda esta que hay en nuestras vidas es como… A ver qué oportunidades vamos a aprovechar hoy. ¿Qué van a hacer Lindsay y Delphine para convertirse en estrellas? Y se supone que yo debo ser la buena amiga que se alegra por todo lo bueno que os pasa y se pone triste cuando os sucede algo malo. Pero yo no soy así. ¿Qué pasa cuando es a mí a quien le suceden cosas malas? ¡O cosas buenas! —añadió a la defensiva, como si hubiera sido yo quien las hubiera pasado por alto.

Estaba demasiado aturdida como para responder.

—Tengo mis propios problemas. ¿Sabes que Julie está pasando por la FIV ahora? Sí —dijo mientras yo parpadeaba sorprendida—, está en Madrid esta semana. Sola, porque tengo actuaciones. Tiene cuarenta años, así que ha sido duro, pero ya no confía en que me mantenga sobria durante nueve meses. No después de haber perdido los dos primeros.

¿Cómo no me había dado cuenta de lo mucho que significaba para ella? Esos abortos no eran simples accidentes que había superado sin esfuerzo, no eran el fin de embarazos no deseados. No eran solo ejemplos que había utilizado para demostrar que realmente era una alcohólica. Eran tragedias en pleno derecho. Tragedias para las que yo no había estado presente. Tragedias de las que ni siquiera me había enterado.

—Siempre quisiste tener muchos hijos —dije.

Sus ojos verdes me miraron.

—No puedo creer que lo recuerdes —respondió ella.

¿Creía que solo me prestaba atención a mí misma? Por supuesto que lo creía, porque eso es lo que había hecho, e incluso había luchado por seguir haciendo. Eso era lo que nos había llevado a ese punto.

—Lo siento, Margaux. Lo siento mucho, muchísimo. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

Se le marcó un hoyuelo.

—Bueno. Estar aquí es un comienzo. Obligarme a estar aquí contigo es aún mejor.

Me dolió el corazón al ver su sonrisa. Necesitaba tan poco de mí para hacerla feliz. Me había pasado, ¿cuánto tiempo?, quizá desde siempre, negándoselo. Y lo único que necesitaba era que reconociera su dolor.

Le había fallado en muchos aspectos.

—No lo digo porque necesite que tengas una reacción en concreto —empecé lentamente—. Es posible que necesites tiempo para perdonarme. Es posible que nunca lo consigas. Y lo entendería. Pero quiero que sepas lo mucho que lo siento y lo furiosa que estoy conmigo misma por… por permitirme ignorar voluntariamente lo que te pasaba. Por no escuchar, por no verte. Y tienes razón, no es solo de ahora; siempre ha sido así. Te mereces saber lo enfadada que estoy conmigo misma por haber hecho eso. Y lo profundamente arrepentida que estoy también. Pero no tienes que hacer nada con esa información —añadí rápidamente—. No es tu responsabilidad perdonarme o hacerme sentir mejor. Solo… lo siento.

Su rostro, que había permanecido detrás de la famosa máscara de Margaux mientras yo hablaba, se suavizó ligeramente.

—Hay algo a lo que no puedo parar de darle vueltas —dijo finalmente— y es a por qué no te diste cuenta. ¿Por qué no hiciste nada cuando te pedí ayuda?

Porque quería creer que no era real.

Porque quería mantener viva en mi cabeza la imagen de ti que tenía cuando era adolescente.

Por un millón de razones, ninguna de las cuales me hace quedar particularmente bien.

—Supongo que… —Negué con la cabeza—… Estaba demasiado ocupada preocupándome solo de mí.

Su rostro se ensombreció.

—Esa es la respuesta fácil. Además, es lo que te acabo de decir. Esto no es un examen al que puedes llevar apuntes.

—No, tienes razón. —Pensé un momento—. Hice que lo que quería creer fuera más importante que lo que realmente estaba sucediendo. Quería que las cosas fueran como antes. Antes de todo lo que le hicimos a Lindsay, antes de que muriera mi madre, antes de Dmitri… Porque quizá así tendría la oportunidad de enderezar mi vida. Lo deseaba tanto, Margaux…

Asintió, se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Voy a contarle a Lindsay lo que hicimos —sentenció. Menudo desafío—. Tengo que hacerlo. Es hora de romper con la persona que era antes.

Las súplicas bailaban en mi mente. *Espera un mes*. *Dos*. *Espera hasta después del estreno del ballet*. *Espera hasta que me vaya*.

—Lo entiendo —dije finalmente—. ¿Me vas a avisar cuando vayas a hacerlo?

—Claro.

Y cuando se levantó para irse, no quedamos en vernos para el almuerzo ni nos abrazamos entre lágrimas ni nos prometimos el perdón ni mencionamos el futuro o el pasado. Pero cuando iba por la mitad de la calle, pasó una ráfaga de viento que le levantó la falda y dejó al descubierto el *maillot* que llevaba debajo. Se volvió hacia mí, como por instinto, y me guiñó un ojo.

Y sentí como si la viera por primera vez.

CAPÍTULO 30

Abril de 2018

Cuando una relación se desmorona, es como un edificio que se derrumba: empieza lentamente y luego cae de golpe.

¿Habría cambiado algo si se lo hubiera contado a Margaux y a Lindsay? Si hubiera dicho: *Estaba en el vestuario del Mariinsky, furiosa por la insistencia de Dmitri en ponerme en mi sitio, cuando descubrí algo para estar aún más furiosa*.

—Pareces cabreada —dijo mi amiga Galina, una figurinista. Sus palabras no tenían ningún peso emocional, sino que eran una mera observación.

—Sí, bueno. Es que lo estoy —murmuré—. Dmitri… —Pero no sabía las palabras en ruso para expresar por qué estaba tan molesta. Ni en francés tampoco.

Me hacía empequeñecer. Eso era, en parte.

Le gustaba que fuera pequeña. Mejor. Pero todavía no del todo.

Se aseguraba de que siguiera siendo pequeña, y le gustaba, y me había convencido de que eran mis propios defectos los que me impedían avanzar.

El rostro de Galina se ensombreció, preocupada, y me agarró del brazo, lo cual me hizo tropezar con un grupo de maniquíes que acabaron derribados, como si fueran bolos.

Si les hubiera dicho a Margaux y a Lindsay: *era abril, pero a las cinco de la tarde seguía anocheciendo y hacía frío, y ese día había un problema con la electricidad, por lo que las luces parpadeaban como en una película de terror mientras ella me hablaba en susurros*.

—Pobrecita —dijo un poco apenada y, en cierta manera, un poco entusiasmada—. Todas esas otras mujeres… estábamos seguras de que tenías que saberlo.

Me quedé mirando su cara cuadrada y pulida, segura de que la había entendido mal.

—¿Todas esas…?

Su boca se abrió mientras dejaba caer mi brazo.

¿Qué habrían hecho Margaux y Lindsay? Se habrían indignado por mí, pero yo estaba demasiado cansada para su indignación. Habrían intentado ser amables y tranquilizarme, lo cual nunca le salía natural a Margaux, pero yo no habría podido soportar su compasión.

Porque, ¿cómo se describe ese tipo de traición a alguien que nunca la ha experimentado? Había pasado décadas viendo cómo mi madre intentaba, sin éxito, mostrar al mundo por lo que había pasado. Podría habérselo explicado: *Es como descubrir que tu pareja tiene una terrible enfermedad, excepto que, de alguna manera, se las ha arreglado para transferirte todos los síntomas. Es como si te rociaran con una manguera, excepto que, en lugar de agua, lo que sale es todo lo malo que has creído de ti misma. Es como descubrir que todas las mujeres que pensabas que estaban locas eran en realidad normales, que sus acciones eran una respuesta lógica a las circunstancias de su vida, y, ah, sí: ahora tú eres una de ellas.*

Ahora eres una de esas mujeres que los hombres dicen que están locas, también.

Es cierto que nuestra relación tomó forma en un momento en el que yo era vulnerable. Estaba demasiado asustada para seguir adelante y dispuesta a dejar que el hombre más cercano me cobijara del naufragio de mi vida. Pero yo ya no era esa. Me había convertido en otra persona ante sus ojos, y a él no le gustaba.

Ya no me importaba lo que pensara de mí. Ya no iba a ser pequeña.

Salí del taller de vestuario y me di cuenta de que solo había tres personas en el mundo que nunca me habían hecho sentir pequeña: Margaux, Lindsay y Stella.

Le envié un correo electrónico a Nathalie desde el pasillo y una semana después ya tenía un contrato firmado con el BOP para la temporada 2018-2019.

Octubre de 2018

Resultó que no hizo falta preocuparme por saber cuándo volvería a ver a Margaux. Ese sábado, Lindsay nos envió un mensaje para que nos reuniéramos con ella a la hora del *brunch*.

Ahora hacía más frío, un clima otoñal. El otoño siempre me ponía un poco triste. El fin del verano, ver cómo todo se iba muriendo, cómo los recuerdos quedaban sepultados debajo de las hojas caídas. Llevaba una bufanda y un abrigo, al igual que Margaux. Lindsay apareció solo

con una camiseta de manga larga; no iba preparada para la temperatura que hacía y, aun así, no quería sentarse dentro.

Besé a Lindsay en la mejilla y me pareció que se estremecía.

Esa susceptibilidad al tacto… era un síntoma de cáncer, ¿verdad? Su rostro estaba tan pálido como el de mi madre en los días previos a su muerte.

Se sentó y se abrazó a sí misma. No dejaba de mirar a su alrededor.

Miré a Margaux, que enarcó las cejas y asintió brevemente, como si fuéramos agentes de policía a punto de interrogar a una delincuente.

Pero ella no había visto a Lindsay vomitar. No la había visto pálida, temblorosa y sudorosa.

Dios mío. Iba a decírselo.

Sacudí la cabeza frenéticamente. Margaux suspiró y apartó la mirada.

—¿Habéis visto —dijo finalmente Lindsay— que he colgado en Instagram un vídeo del ensayo?

—Hace días que no entro en Instagram —dijo Margaux.

—Cien mil visualizaciones —informó Lindsay.

Fruncí el ceño mientras sacaba el teléfono e iba al perfil de Lindsay.

—Me gustaría que no hicieras eso —dije como por acto reflejo—. Nos estamos acercando a lo que será la forma final; queremos que la gente venga a ver el espectáculo.

—Vendrán igualmente —replicó ella.

—No si pueden verlo todo en internet.

—Es solo un vídeo, Delphine. Además, querrán tener la oportunidad de verlo en directo. Y llegará el día en el que empezarán a venir solo para verme a mí.

Margaux resopló. Tenía cara de llevar una semana sin dormir.

—Suenas un poco demasiado confiada —dijo.

—Confío en este ballet —repuso Lindsay con un tono que se había vuelto algo agresivo.

—¿Tan bueno es?

—Sí, y tan buena soy yo al interpretarlo, también. —Se encogió de hombros—. Mira. Ya verás.

Nathalie se volvería loca si se enterara.

—Tienes que borrarlo —le dije.

—Tranquila, no pasa nada.

—Sí que pasa.

Los ojos de Lindsay, magullados y cansados, se apartaron de mí.

—Lindsay —dijo Margaux, rompiendo el silencio—, necesito…

—¿Pedimos? —la interrumpí—. ¿Qué os apetece?

Margaux entrecerró los ojos. Lo intentó de nuevo.

—Hace tiempo que quiero…

—¡Ah, hola! —le dije al camarero. Él dudó un segundo al ver mi sonrisa de maníaca—. Justo estamos decidiendo qué vamos a pedir. No estoy segura de qué les apetece a ellas, pero yo creo que quiero…

—Una botella de *pinot grigio* —dijo Margaux con la vista fija en mí.

—¡No puedes! —exclamé.

Suspiró y puso los ojos en blanco.

—Sí puedo. Por favor —añadió mirando al camarero, que asintió y se marchó.

—Margaux…

Levantó una mano.

—No quiero oírlo.

El camarero volvió con una botella de vino, cuya condensación se acumulaba en el vidrio verde a pesar del frío. Puso tres copas delante de nosotras y el cristal hizo un ruido al golpear la mesa de metal.

—Margaux, no bebas. Por favor —dije mientras ella agitaba los pocos centímetros que el camarero le había servido en la copa, se la llevaba a la nariz y asentía.

—Si tú estás tan decidida a escapar de la realidad, ¿por qué yo no puedo? —contestó.

El vino salió a borbotones de la botella y cayó en nuestras copas. Lindsay se quedó mirándolo fijamente, la débil náusea que se dibujaba en su rostro me dio una punzada en el corazón.

—Ah, qué bonito. Solo porque creo que hay que saber elegir el momento y el lugar adecuados…

—Chicas —dijo Lindsay.

—A la mierda tu tiempo. A la mierda tu lugar.

—¡Chicas! —gritó Lindsay. Sostuvo la copa de vino con un brazo extendido antes de dejar que se estrellara gloriosamente contra los adoquines—. Estoy embarazada —dijo sin ningún tipo de entusiasmo mientras la cafetería seguía en marcha a su alrededor.

Abril de 2018

Cenicienta sabía lo que iba a pasar. Creo que lo olvidamos cuando contamos su historia. El hada madrina le avisó con antelación: *A medianoche, todo esto desaparece*. Pero nunca hacemos caso a las cosas que nos dicen las mujeres mayores, ¿cierto? Tenemos que vivirlas en

nuestra piel. Así que, por muy horrible que sea ver cómo el carruaje vuelve a convertirse en una calabaza, y los caballos se encogen hasta convertirse en ratones, no puede decir que no se lo advirtieron. En lugar de sorpresa, Cenicienta debió sentir otra cosa, algo más parecido a la resignación y a la decepción. *Ay, esto*. *Bueno, claro, esto*.

¿Y qué mujer no ha sentido eso más veces de las que puede contar?

De camino a casa desde el teatro, volví a ser Cenicienta. Había superado rápidamente el choque que supuso descubrir la realidad, el frío golpe de la traición, y me había instalado en estado de agotamiento dolorosamente familiar y profundo. De nuevo, mi vida había saltado por los aires. Otra vez.

Y, sin embargo, había una idea que seguía rondándome por la cabeza: una mujer bailando sola al ritmo de *Is That All There Is*, de Peggy Lee.

Las primeras notas que tocaba el piano. Su voz ronca hablando mientras una bailarina salía al centro del escenario. O no en el centro, no; justo a un lado, a la izquierda del escenario. Y luego la caída de su voz, la pierna girando, reflejándolo…

Me detuve en medio de la estación Ulitsa Glinki, la gente se apresuraba a mi alrededor, todo eran movimientos externos que mi cerebro filtraba rápidamente. Y entonces me di cuenta. No era una princesa de cuento de hadas en harapos, mirando una calabaza. Independientemente de lo que había pasado con Dmitri, los últimos trece años me habían transformado en otros aspectos.

Ahora era una coreógrafa de pies a cabeza.

Pero nunca iba a serlo de verdad aquí, donde mi papel estaba totalmente definido por mi relación con Dmitri. Este nunca iba a ser mi lugar; siempre iba a ser el suyo. No podía estar aquí sola. Él siempre me eclipsaría.

Por eso mi instinto inmediato fue enviar un correo electrónico a Nathalie.

Pensé en la zarina. Varada a miles de kilómetros de su casa, entre gente que la odiaba. Decidida a demostrar su valía gestando un hijo, fue traicionada una y otra vez por su propio cuerpo, que solo le daba a la nación una hija tras otra, todas ellas innecesarias. Al menos, había conocido el amor verdadero, fuera lo que fuera aquello. Si no hubiera sido miembro de la realeza, ¿se habría quedado? ¿El amor habría sido suficiente para llevarla a través de las trampas para osos que ensuciaban su existencia en Rusia?

Yo ya no tenía amor, pero, a diferencia de ella, podía volver a casa.

Mi madre llevaba ya más de una década muerta. París parecía, por

primera vez, un lienzo sobre el que podía crear mi propia vida. Había pasado mi tiempo en San Petersburgo haciéndome mayor, sí, pero ahora, por fin, había llegado el momento de crecer.

Pero fueron trece años. Trece años que se esfumaron en un instante. Trece años que me había pasado construyendo a diario una historia de amor que ahora no parecía más que un experimento desperdiciado, un período que me haría sentir escalofríos cuando lo recordara, más adelante. Me quedé unos minutos de pie frente a nuestra antigua y maltrecha puerta antes de atreverme a entrar. No sé por qué. Creo que por la sensación agridulce de saber que estos eran los últimos momentos en que el apartamento nos pertenecía a los dos. Una especie de despedida.

Y allí estaba: en la mesa del comedor, donde siempre trabajaba, con su oscura cabeza inclinada sobre el cuaderno, como un niño. Utilizaba rotuladores para escribir los pasos, le gustaba la suavidad de la tinta al deslizarse por el papel, le ayudaba a ir más rápido. Me lo contó un día que me desperté en medio de una luminosa noche de San Petersburgo y lo encontré ahí, inspirado, con la mano volando por la página. Lo abracé por detrás y apoyé mi cabeza en la suya. Me sentía tan segura a su lado por aquel entonces.

Pero nunca lo había estado realmente.

No levantó la vista cuando entré en la habitación.

La humillación seguía ardiendo en mi interior, pero lo que más sentía era la derrota. Se había acabado lo de intentar que fuera la persona que yo quería que fuera. Ya ni siquiera iba a seguir tratando de convencerme a mí misma de que esa persona existía y que estaba enterrada bajo todas esas capas de arrogancia e indiferencia. Estaba cansada de contorsionarme para tratar de encontrar una posición que lo complaciera.

—Dmitri —dije—, hemos terminado.

Levantó la vista, confundido.

—¿Terminado?

—Te has estado tirando a todo lo que se movía. Y yo ya no puedo más.

Vi la mirada que cruzó su rostro antes de hablar. De animal atrapado, de jabalí enjaulado.

—Por el amor de Dios, Delphine. Eres francesa. ¿De verdad te molesta?

En ese momento, vi cómo era realmente. El pelo canoso, la cintura cada vez más ancha. La joven promesa que la compañía había visto en él años atrás, la mediocridad que había surgido de las semillas de su talento. Me imaginé a una mujer rusa en sus brazos, con su pelo largo y fino y sus piernas largas y finas, y lo único que sentí fue tristeza. Por

ella y por la chica que se había marchado de París por él trece años atrás.

—No, la verdad es que no me molesta. Ya no —respondí—. Por eso hemos terminado.

Se frotó la cara con aquellas enormes manos.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? ¿Que te vas?

Eché un vistazo al hogar que el apartamento de mi madre nos había permitido tener: una versión mejorada del piso que tenía Dmitri cuando yo llegué, en el mismo edificio, una planta más arriba, con una habitación más. Al principio, me pareció que estaba casi desnudo, con sus pertenencias diluidas en un espacio más grande y las mías contenidas en una sola maleta. Ahora, años después, mi vida con Dmitri estaba presente en cada objeto, mi existencia había ido insistiendo, poco a poco, en estar presente, hasta que el espacio se había hecho mío también. Estaba el póster de Isabelle Durand como Nikiya. El helecho que le compré a la insistente florista un sofocante día de junio. La antigua colcha que había encontrado en el fondo de un armario, bordada a mano por la madre de Dmitri, y que me había pasado días lavando y volviendo a lavar a mano hasta que los verdes y los rosas emergieron, vivos, y pudimos usarla en nuestra cama.

—No —dije lentamente—, no me voy. —Dejé que asimilara las palabras durante un momento, que la esperanza chispeara en su corazón. Disfruté de mi crueldad antes de tomar aire y continuar—. Eres tú el que se va. Vuelve dentro de cinco meses, si es que te lo puedes permitir. Pero yo ya me habré ido.

Octubre de 2018

Un minuto (¿o una hora?) más tarde, Margaux abrió la boca. Mi corazón parecía un animal atrapado en mi pecho, y no tenía pensamientos, solo instintos. Debería haber sentido alivio de que Lindsay no estuviera enferma, y lo sentí. Pero me invadió una sensación de malestar que vibraba en cada parte de mi cuerpo. Todo por lo que había trabajado, de repente estaba en peligro. Igual que cuando teníamos veintidós años, salvo que ahora no iba a tener tiempo de recuperarse.

¿Ves lo rápido que tu cuerpo puede volverse contra ti? Puede pasar en un solo instante.

No la felicites. No le preguntes por su carrera. Deja que ella hable primero.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —dijo Margaux.

Los ojos de Lindsay se abrieron de par en par.

—¿Cómo que qué voy a hacer? Voy a deshacerme de él.

Di algo, Delphine. Algo que muestre tu apoyo, algo que ayude.

«Más suave, Lindsay, eres una princesa y él, tu príncipe».

—¿Es eso… prudente? —dijo Margaux con precaución. Aunque no la suficiente. Estaba traduciéndolo mal. En francés, la frase suena como una pregunta: *¿Es esa una buena decisión?* En inglés, es más bien una afirmación, un juicio: *Esa no es una buena decisión*.

«Ve hacia él, ve hacia él. Ahora sonríe».

—¿Sería prudente conservarlo?

Margaux se mordió el labio.

—Tienes treinta y cinco años. Casi treinta y seis.

«Sonríe más».

—¿Y? —El tono de Lindsay era puro hielo.

Margaux ignoró la provocación y levantó las manos.

—¿Cuántas oportunidades más vas a tener?

«Sonríe como si fuera de verdad».

—Margaux. —La cara de Lindsay se había puesto roja, no de vergüenza, sino de frustración—. Hay una cosa de la que sí estoy segura, y es que no he llegado hasta aquí para quedarme aquí.

—¿Y eso significa que…?

Lindsay se agarró fuerte con los dedos al borde de la mesa, como si estuviera a punto de tirarla por los aires.

—Significa que estoy a punto de… de todo. Está pasando lo que siempre quise. ¿Cómo voy a dejar que una… cosa me lo arrebate?

—¿Una cosa? —espetó Margaux—. Es un bebé.

—Aún no, no lo es. —Lindsay estaba apretando la mandíbula.

—Sí que lo es. Estás creando una vida.

—Esa es una respuesta fácil. Demasiado fácil.

Se encogió de hombros.

—Significa mucho para algunas mujeres.

Los ojos de Lindsay ardían.

—Yo no soy «algunas mujeres».

—Pensé que tenías cáncer —conseguí decir.

—Bueno. Es más o menos lo mismo —dijo ella.

—¡Lindsay! —gritó Margaux. Parecía sorprendida de verdad, lo cual era raro en ella.

—Corta ya con esta tontería del catolicismo. Hay algo creciendo en mi cuerpo que no quiero.

—Sí, excepto que esto te lo puedes sacar dentro de nueve meses —replicó Margaux—. Y es un ser humano.

—Lo voy a sacar mucho antes —dijo Lindsay hoscamente.

—¿Cómo puedes aguantar esta mierda? —exclamó Margaux,

volviéndose hacia mí—. ¡Es un bebé! No es como si viviera de la beneficencia o tuviera un marido maltratador o su vida corriera peligro. ¡No hay nada en juego aquí!

—Sí —dije lentamente—. Sé lo que está diciendo y me parece… — Miré a Margaux. Nada de lo que dijera iba a convencerla. Ya lo sabía. Pero igualmente…—. Me parece que estamos comparando una vida potencial con una vida real.

Lindsay estaba haciendo lo que yo llevaba tiempo intentado hacer: tomar las riendas de su vida. ¿Cómo íbamos a negarle eso, después de todo?

—No vivimos nada que se parezca siquiera a una vida real —dijo Margaux, con los labios retraídos en una horrible sonrisa—. Y lo sabes.

Intenté otra táctica.

—Lindsay, ¿de cuánto tiempo estás?

Lindsay negó con la cabeza.

—Unas siete semanas. Todavía es pronto. Podría sufrir un aborto natural.

No me miraba a los ojos. Todas sabíamos que los abortos espontáneos deseados solo existían en las películas. En la vida real, solo sucedían cuando no los buscabas.

—¿Quieres tener hijos? —le pregunté. Había estado con Dmitri el tiempo suficiente como para reconocer la mirada de atrapada y resignada que apareció inmediatamente en el rostro de Lindsay. *Otra vez esta pregunta. ¿En serio? ¿Otra vez esta pregunta?*

—Quizá, algún día —respondió—. Pero… no sé. No con Daniel. Y no porque me sienta obligada a hacerlo.

Margaux negó con la cabeza y el pelo se movió alrededor de su cara.

—No existe el «algún día». Solo existe el ahora.

—¿Has leído esa frase en la pegatina de algún parachoques?

—Si es por el hecho de criar a un hijo o hija —dijo Margaux, y había un filo de esperanza en su voz—, yo puedo hacerlo. Julie y yo.

—Sí, no veo cómo esto podría acabar en catástrofe —murmuré en francés, antes de volver a cambiar al inglés—. Si es por el ballet, Linds, puedes tenerlo y volver. Todavía te quedan algunos años. Eres joven. —La mentira sabía a cobre.

—No, tú eres joven —replicó—. Yo no. Ya no lo soy.

—Soy mayor que tú.

Entrecerró los ojos con frustración.

—Treinta y seis años no son nada para una coreógrafa. Treinta y cinco… Bueno, vale, casi treinta y seis para una bailarina son… Esta es mi última oportunidad de avanzar. Nunca pasaré de *sujet* si me voy

ahora. Peor aún, nunca sabré si lo habría logrado. Se habrá decidido por mí.

No se equivocaba.

—Esto es lo que pienso —dijo Margaux, y yo hice una mueca de dolor ante lo que sabía que iba a suceder—: creo que estás enamorada de tu sufrimiento. Creo que llevas tanto tiempo esperando un ascenso que has decidido que eso te va a arreglar la vida, que todo lo que está mal es por culpa de tu puesto de trabajo. Y ahora estás a punto de conseguirlo y ni siquiera te das cuenta de que no va a mejorar nada. En realidad, va a empeorar mucho las cosas. Porque, ¿qué pasa cuando llegas a bailarina principal? ¿Qué pasa cuando lo logras y todo es exactamente lo mismo que siempre?

Lindsay negó con la cabeza.

—No lo sería. No lo será.

—Creo que este bebé es un regalo —dijo finalmente Margaux.

Lindsay la miró a los ojos, sin comprender. Se volvió hacia mí.

—Yo creo que… —Dudé. *Creo que, si lo tienes, te odiarás el resto de tu vida, y odiarás* aún más a Daniel. *Creo que también llegarás a odiar al bebé. Creo que siempre te arrepentirás de no haber terminado el ballet. Creo que, si lo haces, arruinarás el ballet.*

Pero no era solo el ballet. Era *mi* ballet. Tenía que mantenerme al margen.

—Creo que ya sabes lo que quieres hacer —terminé diciendo con desgana.

Lindsay arrugó la cara.

—Pues claro que sé lo que quiero hacer. Pero… —Tragó saliva—. No quería hacerlo sola.

Margaux se sentó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No estás sola —dije.

Una sonrisa triste cruzó su rostro, pero se desvaneció rápidamente.

—¿Necesitas que alguien te acompañe? —pregunté.

—Una de vosotras —dijo Lindsay en voz baja—. Supongo.

Sí, y estaba bastante segura de quién iba a ser.

—Margaux —dijo Lindsay, y su rostro parecía sincero—, sé que tú y Julie lo habéis intentado. Sé que puede resultarte difícil verme hacer esto, pero tú también eres bailarina. Has estado a mi lado mientras me abría paso hasta llegar aquí. Pensé que lo entenderías.

—No. No entiendo cómo es posible que no veas que la vida real va mucho más allá de lo que estamos viviendo. La vida puede ser… —Margaux cerró los ojos para encontrar las palabras—… Mucho más grande.

A Lindsay se le descompuso la cara. A mí me quería, pero a Margaux la admiraba.

—Está bien —le dije a Lindsay—. Yo iré contigo.

—¿Puedes ayudarme a concertar la cita?

Lo que sea.

—Claro.

—Te estás pasando con lo de dejar que se salga con la suya —me dijo Margaux en un francés lúgubre—. Solo te va a hacer daño.

—Deja de ser el Oráculo de Delfos. Es su puta vida.

No fue hasta después de decirlo que me di cuenta de que había respondido en inglés. Pero Lindsay se había recogido en sí misma y creo que ni siquiera se enteró.

CAPÍTULO 31

Octubre de 2018

—¡Puta zorra!

Las palabras resonaron en el paseo de la plaza de los Vosgos y, antes de que pudiera identificar la voz, sonaron unos pasos detrás de mí.

Me giré. Allí estaba él: Jock, con cara de querer estamparme la cabeza contra el suelo de ladrillo. La adrenalina se apoderó de mí. Adrenalina y un poco de arrepentimiento.

No. No era mi culpa. *No puedes ir por ahí asumiendo la responsabilidad de lo que hacen los hombres malvados, Delphine*.

—Quiero hablar contigo —dijo.

—Estoy ocupada —respondí. Lindsay tenía la segunda de las dos citas médicas obligatorias por ley; yo había prometido acompañarla.

«Tranquila, se me da bien hacer oídos sordos cuando me hablan en francés», dijo cuando le pregunté si quería que fuera con ella a la primera.

El día de la cita, me llamó asustada por algo relacionado con un objeto de metal. Después de convencerla de que me pasara con la doctora, le expliqué que era un espéculo. ¿Cómo es posible que nunca hubiera visto uno? Pero ella no había tenido a una madre que se hiciera pesada con que tenía que hacerse citologías y revisiones cuando era adolescente; nunca había tenido a nadie que la cuidara. Solo a nosotras.

Esta vez, iba a estar allí para ella.

—Me la suda lo ocupada que estés —respondió Jock. Tenía un aspecto horrible: el pelo grasiento, los ojos rojos—. Quiero hablar contigo. Esta es mi vida.

—¿Y acaso no es mi vida también? ¿Mi cuerpo? —espeté con un tono envenenado.

Por un momento, pareció retroceder, sorprendido de que hubiera sido capaz de reaccionar así.

—Necesito que te vayas de aquí. Creo que he sido bastante clara en que no quiero hablar contigo. He bloqueado tu número.

—Has arruinado mi carrera.

—No. No. Te la has arruinado tú.

Su brazo salió disparado. Me preparé para acabar con un ojo morado y luego vi cómo retiraba el puño ensangrentado de la pared de piedra.

Le pegaba con el aire que tenía de tío duro al que la vida había tratado mal. La hemorragia, la mano encogida. El daño autoinfligido.

—¿Qué sabrás tú de mí? —gritó—. Estaba enamorado de esas mujeres. ¡Joder, estaba enamorado de ti! ¿Por qué coño tengo que sufrir el resto de mi vida por haber estado enamorado?

Esta era una escena que mi yo de diecisiete años jamás se habría podido imaginar: Jock Gerard diciéndome que me amaba y lo único que yo sentía era desprecio. No paraba de soltar palabrotas, sudaba y se contorsionaba en posturas extrañas para intentar demostrar que tenía razón. Y nunca, nunca, sería capaz de ver por qué se equivocaba.

—Hiciste esos videos sin nuestro consentimiento. Si amas a alguien no le haces eso. No eres capaz de amar a las mujeres, para nada. Lo que a ti te gusta es coleccionarlas.

Miró hacia otro lado.

—¿Y qué si lo hago? ¿Y qué si me gusta coleccionarlas?

Sentí que mis labios se curvaban.

—Somos personas que… —empecé a decir, pero entonces me detuve. Me negaba a intentar convencerlo de mi humanidad.

Como tantos hombres antes que él, Jock quería algo, así que, simplemente, lo había tomado. Una y otra vez. Las mujeres eran desechables para él. Yo era desechable.

Por un momento, me imaginé agarrándolo del cuello hasta notar que su pulso se debilitaba y acababa por desaparecer. Jamás se imaginaría que era capaza de hacer algo así hasta que ya hubiera pasado. Era más grande que yo, por lo que no lo vería venir.

Mi mano se cerró en un puño.

Pero ni siquiera entonces lo convencería de nada. No existía ninguna versión de su mundo en la que yo tenía razón.

Y tenía que aceptarlo.

La voluntad de cambiarlo comenzó a escapar de mi cuerpo. Tras años de desear que cambiara, de repente, me di cuenta. Al desprenderme de eso, había quedado un gran espacio libre en mi interior. Me sentí libre. No me apetecía escuchar lo que quería decir en su defensa; ya ni siquiera me apetecía gritarle.

No tenía por qué insistir en hacerle ver que mi persona tenía un valor.

No tenía por qué responsabilizarme de sus sentimientos.

—Somos personas —sentencié mientras me miraba fijamente, con los ojos desorbitados y furiosos. La simplicidad de la revelación me dejó atónita. Nunca me lo había creído, hasta ahora. No podía creer que no lo hubiera visto antes. Lo poco que se había dignado a pensar en mí. Lo poco que había pensado en todas nosotras.

Se había salido con la suya durante tanto tiempo…

Bueno, al final resultaba que sí había hecho una cosa bien desde mi vuelta a París. No había dejado que Jock se saliera con la suya.

* * *

Esa misma semana, oí bullicio en el pasillo, el rodar de una maleta sobre los viejos suelos de mármol y el sonido de tres patas al andar, lo cual significaba que Stella había vuelto. Mi instinto inicial fue levantarme de un salto y tocar el timbre con insistencia hasta que me abriera la puerta y pudiera lanzarme a sus brazos para soltarle una retahíla de disculpas y promesas.

Sin embargo, algo me detenía. No quería volver a interpretar ese papel: la alumna descarriada, la adolescente narcisista. Tampoco ella debía ser siempre la profesora comprensiva, paciente e indulgente. Pero echaba de menos hablar con ella todos los días. Echaba de menos el calor del sol sobre mis hombros cuando nos sentábamos en su cocina, con las tazas de café en la mano. Y también echaba de menos algo más. Algo que nunca había formado parte de nuestra relación: el reconocimiento de quién era ella. Ahora yo era una adulta, y ella era una persona a la que quería conocer bajo sus propios términos.

Todos estamos atrapados en nuestras historias. Y es tan fácil ver a los demás a través de una única lente: la que los considera meros personajes de tu narrativa. Stella tenía razón. Solo la veía como una gurú, una mentora, como «la bruja simpática del vecindario». ¿Quién era Stella en su propia historia?

Cuando finalmente fui a casa de Stella ese mismo día, no llevé ninguna ofrenda de paz ni preparé ningún discurso. Simplemente, crucé el pasillo y toqué el timbre.

En los momentos previos a que se abriera la puerta, intenté recordar todo lo que había comprendido cuando Margaux se había enfrentado a mí. Que yo había causado su dolor, que era responsabilidad mía ofrecerle unas disculpas y luego dejarla en paz. Cada una tenía sus tiempos, y ella no era responsable de mis sentimientos.

Stella abrió la puerta de un tirón y me miró fijamente con sus

poderosos ojos, tan azules que casi parecían de neón en la oscuridad de la tarde. Respiré hondo y comencé.

—Estoy muy contenta de que hayas vuelto a casa, Stella. Hay algunas cosas que creo que debo decirte, y luego me iré.

Stella se quedó de piedra por la sorpresa, y luego asintió.

La seguí por el pasillo hasta la cocina. Sus movimientos eran bruscos al andar y me pregunté cuánto tiempo pasaría hasta que mejorara, hasta que volviera a ser la Stella de antes.

O tal vez ahora era alguien diferente. Tenía que dejar espacio para eso también.

—¿Sabes eso que nos pasa cuando somos pequeños —dije mientras nos sentábamos en la mesa— y pensamos que los padres son una especie de figura omnipresente? No son seres reales y tridimensionales para nosotros. Los tratamos como si fueran robots, como si su única función en la vida fuera servir nuestras necesidades, ya sea algo sencillo, como darnos comida, o algo mucho más complejo.

Tras un largo momento, asintió.

—Supongo que lo que estoy tratando de decir —continué— es que llevas mucho tiempo mostrándome quién eres, pero yo me negaba a verlo. Me resultaba más fácil seguir considerándote una figura materna, porque era lo que necesitaba. Pero eso era solo lo que yo necesitaba. A ti no te estaba haciendo ningún bien. Y al final ha resultado que, en realidad, lo que te ha hecho ha sido mucho daño.

Mientras hablaba, observaba su rostro cambiante bajo la tenue luz y sus manos cruzadas sobre la mesa. Yo estaba temblorosa, desgarbada. Me sentía como si me hubiera despojado de la piel y estuviera esperando a que ella me clavara una uña en algún músculo.

Respiré hondo y continué.

—Lo siento mucho, Stella. Y no tienes que decirme que está todo bien o que me perdonas ni nada por el estilo, porque no es así y ni siquiera me perdono a mí misma. No sé si alguna vez seré capaz de hacerlo. Pero sí quiero que sepas que… que lo siento de verdad, y que si en el futuro crees que podemos tener algún tipo de relación, te trataré con mucho más respeto. Han pasado varias cosas últimamente que me han hecho replantearme… bueno, todo. Estoy trabajando en mis actitudes y mis relaciones. Y esta relación es muy importante para mí.

Por un momento, nos quedamos ahí sentadas mirándonos la una a la otra. Fue un duro golpe descubrir que, a pesar de todo, seguía esperando a que me consolara.

—Lo siento —dije mientras me ponía de pie tan rápido que la silla chirrió detrás de mí—. Debería irme.

Stella extendió una mano.

—Todavía no —dijo—. Ahora me toca a mí.

Poco a poco, como si fuera un negociador de rehenes, me volví a sentar.

—Agradezco que me hayas dicho todo eso —comenzó. Su voz era ronca, más que de costumbre—. Agradezco que hayas reflexionado sobre ello, sobre todo. Creo que tienes razón. Tenemos que establecer mejor los límites entre nosotras de cara al futuro. —Hizo una pausa y continuó—: Llevo un tiempo dándole vueltas a si debería compartir cierta información contigo y a cómo abordar el tema, pero tienes razón en algo, y es que no podemos tener una amistad en la que estamos constantemente preocupadas por cómo va a reaccionar la otra. Así que te lo voy a contar y te voy a dar un abrazo, y luego te voy a pedir que te vayas a casa y trates de asimilar la información por tu cuenta. Y el domingo podemos hacer un *brunch* y ver cómo construimos esta nueva amistad. ¿Te parece?

Mi corazón llevaba un buen rato latiendo tan rápido que no pensaba que podía ir todavía más acelerado, pero para cuando terminó de hablar, yo estaba casi temblando al ritmo de los latidos.

Asentí con la cabeza.

—No pudieron hacer la sustitución de cadera —dijo Stella—. Al abrirme, descubrieron que el hueso se había deteriorado demasiado. Resulta que tengo una enfermedad llamada mieloma múltiple, en la que las células cancerígenas se acumulan en la médula ósea.

Stella observaba mi rostro con atención. Le apreté la mano y le indiqué con la cabeza que siguiera.

—Estoy en estadio tres. A mi edad, eso significa que tengo unos dos o tres años con tratamiento. Y, como sabes, he pasado por ese tipo de tratamiento, tanto con mi marido como con tu madre, y he visto cómo puede afectar a nuestros últimos días. No quiero eso para mí. Y por eso —dijo antes de respirar hondo y seguir—, he decidido no tratarlo.

Notaba tanta presión en el pecho que pensé que iba a sacar el corazón por la boca allí mismo. Pero no podía procesar esto aquí; podía reaccionar más tarde. Apreté la mandíbula para contener las lágrimas. Lo único que tenía que hacer era mantener la calma durante unos minutos más.

—Lo… entiendo —dije, apenas en un susurro—. Entiendo tu decisión.

Ya me estaba imaginando cómo sería mi vida sin ella. Me mordí la lengua con fuerza para no gritar: *¿¡Cómo puedes hacerme esto!? ¿¡Por qué me has hecho esto!?*

Pero la respuesta a ambas preguntas era la misma. Ella no me

estaba haciendo nada. Se lo estaba haciendo a sí misma. No lo *hacía* como tal. Dejaba que sucediera. Dejaba que pasara. Esto no iba sobre mí.

Todo el mundo había cambiado desde que volví a París. Los bocetos de las personas que habíamos sido en mis recuerdos estaban ahora matizados con niveles de claroscuro. Todos eran más de lo que recordaba: más complejos, más complicados. Más de lo que eran antes.

O, al menos, más de lo que yo pensaba que eran.

En el momento en el que Stella se acercó y me rodeó con los brazos, me invadió la futilidad del sentir cuando las personas a las que amamos cambian ante nuestros ojos. ¿Y qué era la muerte sino el cambio supremo?

Abracé a Stella con fuerza y esperé a que fuera ella quien se apartara. Mientras, mi cerebro buscaba algo racional que decir. Tenía que ocupar mi lugar como una de las personas adultas que había en esa habitación.

—¿Tienes toda la información que necesitas? —Fue todo lo que logré formular.

Ella sonrió.

—Sí, cariño —dijo.

Detrás de ella, las farolas de la plaza de los Vosgos se encendieron e iluminaron los árboles y sus ramas a todo color. Por un momento, me pareció vivir en todos los octubres que había conocido. Tenía cinco años, tenía veintidós, tenía diecisiete, tenía treinta y seis: todos aquí, todos al mismo tiempo; los días y los años derrumbándose alrededor de mis pies como los huesos de un esqueleto después de que le hayan arrancado los cables.

—Creo que ahora deberías irte a casa —dijo amablemente.

Eso era lo que había. Mientras las imágenes del apartamento vacío se abrían paso en mi mente, me recordé a mí misma que lo único que podía hacer era estar presente. Dar fe. Estar ahí.

Asentí.

—*Brunch* el domingo, entonces —dije.

Stella inclinó la cabeza hacia un lado.

—No hagas promesas que no puedes cumplir —me advirtió.

—No. Ya no hago eso.

CAPÍTULO 32

Octubre de 2018

En Francia, solíamos castigar el aborto con la pena de muerte, y de eso no hace tanto como creemos. Guillotinamos a la última mujer en 1943.

Cuatro años después de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno decidió gastar tiempo, dinero y energía en condenar la moral de una mujer. Una mujer que había proporcionado abortos gratis a las prostitutas.

Se llamaba Marie-Louise Giraud. Tenía treinta y nueve años. Era conocida como una *faiseuse d'anges.* Una creadora de ángeles.

El gobierno la procesó, pero no bajo ningún precepto moral, sino porque seguían tratando de aumentar la población después de la Primera Guerra Mundial.

Estaba tan harta de los hombres.

Lindsay estaba sentada en la sala de espera, con los ojos cerrados. Era una sala de espera estándar; era igual que todas las salas de espera en las que había estado. Me senté a su lado, pero no abrió los ojos hasta que le toqué el brazo.

—Ay, hola —me saludó.

—Hola. ¿Cómo estás?

Se encogió de hombros.

—No es mi plan preferido para pasar la tarde, pero… ya sabes.

—Sí.

Cerró los ojos de nuevo e inclinó la cabeza hacia atrás para apoyarla contra la pared.

—Cuéntame un buen chisme —pidió.

—Bueno…

En ese momento, una enfermera bajita y paliducha salió y la llamó por su nombre. Giré la cabeza hacia el puñado de mujeres que nos rodeaban. No estaba segura de que fuera legal que te identificaran así

en público.

Lindsay se rio de mi expresión mientras se ponía de pie.

—Eres una mojigata. A veces pienso que eres más estadounidense que yo —dijo—. Vamos.

La sala de procedimientos era alegre y, por los carteles de Lacan y Eva Hesse enmarcados en las paredes, extrañamente izquierdista. Las cortinas rojas y los helechos junto a la ventana no hacían más que aumentar el ambiente setentero. De hecho, me recordaba a la sala de estar de mi madre tal y como era. Solo le faltaba una barra bajo la ventana y ceniceros en las mesas auxiliares.

La enfermera hizo algunas exploraciones básicas y puso algunas inyecciones mientras Lindsay se desnudaba y yo acercaba una silla a la mesa.

—¿Te dan miedo las agujas? —pregunté en un susurro mientras la enfermera le limpiaba el brazo.

—¿Por qué iban a darme miedo las agujas?

—A algunas personas les pasa.

—Esta está a prueba de bomba —me dijo la enfermera en francés mientras le clavaba la jeringa.

—Tiene razón —dijo Lindsay.

Me reí.

—Me cuesta recordar que hablas francés —dije.

Ella esbozó una lánguida sonrisa.

—Eso es porque me resulta humillante cuando no entiendo bien las cosas. Y estoy tan cansada de que me hum… humi… de que me miren por encima del hombro.

—Hace efecto rápido —le dije a la enfermera.

—Sí, es muy bueno. —Se volvió hacia Lindsay—. El médico vendrá enseguida.

—¿Dónde crees que está? —preguntó Lindsay mientras la enfermera salía de la habitación.

—¿Dónde está el qué?

—El abortador.

—¿El…?

Hizo un ruido de frustración que salió lentamente desde el fondo de su garganta.

—El… ya sabes, la máquina esa.

Miré a mi alrededor.

—No lo sé. ¿Tienes miedo?

—Yo nunca tengo miedo —dijo—. Pero sí, un poco.

La agarré de la mano y se la apreté.

—Dicen que algunas personas no sienten absolutamente nada —dije para tratar de tranquilizarla.

Ella arrugó la cara.

—No es eso. Realmente, no me importa sentir dolor. Lo que me molesta es que me juzguen.

—Pero nadie… —Me detuve—. Daniel. ¿No se lo has dicho?

—No, ni voy a hacerlo. No, me refiero a Margaux.

—Ay, Lindsay. Sabes que no piensa de verdad ni la mitad de lo que dice.

—Pensaba de verdad todo lo que dijo.

Sí. Era así.

—Es lo correcto. No sé por qué no es capaz de verlo. No sé cómo hacérselo ver. —Sus ojos se abrieron de par en par ante mí de una forma casi cómica—. Lo correcto.

—No sé si existe lo correcto.

—Claro que sí. No seas tonta. Es solo que… —Inclinó la cabeza hacia un lado y me sonrió. Era una expresión grotescamente inapropiada.

—¿Qué?

—De pequeña, te dicen que puedes ser quien quieras. Hacer todo lo que te propongas. Solo tienes que quedarte ahí, apuntar a la luna, y darle a una estrella. ¿Cómo era ese dicho? —Vio la expresión de mi cara—. Da igual, lo decimos en Estados Unidos. Existe la idea de que puedes hacer lo que quieras. Pero nunca nadie te dice que van a juzgarte tanto.

—No debes tomártelo tan a pecho. Todo está condicionado por la propia… bueno, por la propia vida de Margaux, en realidad. Lo que ella quiere. Lo que ella cree que puede y no puede tener.

—Pero ¿no está todo condicionado por esas cosas en el caso de todos? —preguntó—. La único que me molesta de todo esto es que a partir de ahora habrá una parte de mi vida sobre la que todo el mundo puede opinar, ¿sabes? Lo que significa que nunca podré decirle a nadie lo que he hecho, y ni siquiera me avergüenzo de ello como tal.

—Bueno, sí —dije mientras cambiaba de posición en la silla—, pero, de todos modos, todo el mundo opina sobre nuestros cuerpos.

—No así. No de una forma tan obvia. De todos modos, siempre creí que la amistad prevalecería por sobre todo eso —dijo arrastrando ligeramente las palabras.

La agarré de la mano, que estaba dura y fría. Estaba tan drogada que un poco de sentimentalismo no le haría daño.

—Y así es —dije.

Me apretó los dedos, con los párpados caídos.

—No mucho —replicó—, pero, cuando llegue el final, sí que será así.

—Eso es bastante siniestro, Lindsay.

Ella abrió los ojos.

—¿Nunca piensas en ello? —preguntó—. Yo siempre lo pienso. Os imagino en mi funeral. Me hace sentir menos sola.

Me dolió el corazón.

—Pero ni siquiera estarás allí presente —dije.

—Claro que sí —dijo, y en ese momento entró el médico.

Agosto de 2018

Caminar por un aeropuerto es la única manera de estar en algún lugar y en ninguna parte al mismo tiempo. Y el tiempo que pasé esperando en el de Pulkovo me tranquilizó: era un lugar para personas unidas por la espera. Mientras llevaba la maleta hasta la puerta de embarque, me di cuenta de que, unas semanas antes, Dmitri había estado aquí. Sus pies habían recorrido estos mismos suelos resbaladizos, este mismo país de nadie, mientras volvía a casa de San Petersburgo tras la gira mundial.

Una parte de mí quiso volar hacia París en cuanto recibí el correo electrónico de Nathalie. Al fin y al cabo, ya no le debía nada a Dmitri. Y, sin embargo, me debía a mí misma enfrentarme a él en persona, para asestarle el triple golpe: *Sé que has tratado de limitar mi carrera. Sé que me has engañado durante años. Ahora, te dejo por la mejor compañía de ballet del mundo.*

Eso fue hace cinco meses. Y cada mañana desde entonces, me había despertado en el apartamento del que lo había echado, sintiendo una mezcla aparentemente imposible de certeza absoluta y ansiedad total. No veía la hora de que llegara el día de mi huida.

Tardé un momento en orientarme frente al panel de salidas. Las reformas que habían hecho en el aeropuerto hacían que se pareciera al Charles de Gaulle de una forma inquietante: el espacio abierto de las terminales, los altos techos abovedados con pequeñas luces incrustadas como si fueran estrellas. La única diferencia, en realidad, es que en París los techos del aeropuerto son redondeados, elevados, como en una catedral. En San Petersburgo, todo es angular. Afilado.

Noté una presión en el pecho al acercarme a la puerta de embarque. Unos pocos pasajeros salpicaban las filas de asientos de la sala de espera, pero la mayoría se había agrupado alrededor del mostrador de Air France. Por encima de las decenas de cientos de personas ansiosas, parpadeaba una pantalla LED. *Hora actual: 7:42. Vuelo programado: 11:00 [Retrasado]. Embarque: 12:30*.

Cinco horas. ¿Cinco horas aquí?

Respiré hondo. Tarde o temprano saldría.

Me senté junto a una ventana y dejé caer la bolsa a los pies. Trece años en Rusia y me iba con dos maletas grandes, un equipaje de mano y una *tote bag* llena de trastos. El peor concurso de la historia.

Embarque: 13:25, mostró la pantalla. Un quejido generalizado se elevó a mi alrededor. Por un momento, la impaciencia se apoderó de mí: ¿acaso no sabían que me iba a casa? ¿Cómo podían dejarme ahí colgada, como en pausa, durante tanto tiempo? El olor a polvo del apartamento de mi madre, el rico café de Stella, el humo de los cigarros de Lindsay y Margaux que se elevaba en el aire… Todo eso me estaba esperando.

Mientras concluía la temporada en el Mariinsky, mientras esperaba a que se hiciera efectivo el contrato con el BOP, mientras planeaba mi fulminante discurso final a Dmitri, también me volqué en mi correspondencia electrónica con Lindsay y Margaux. Al principio, con algo de timidez, y luego con una alegría creciente al recordar lo bien que me lo pasaba con ellas.

—¡Que os jodan! —gritó un hombre, y me giré para verlo vociferar a la pantalla de Air France, que ahora decía: *Embarque:* --.

Esos guiones amarillos parpadeaban insistentemente. No podía quedarme ahí más tiempo. Al otro lado de esta nada, había gente esperándome. Mi vida real estaba a punto de empezar de nuevo. Me puse en pie, dispuesta a asaltar el mostrador con otros doscientos rusos. Hasta que oí cómo algo se desgarraba; por un segundo, pensé que se me habían roto los vaqueros. En lugar de eso, mis pertenencias salieron disparadas de mi *tote bag* y quedaron esparcidas a mi alrededor. Me quedé mirando la costura inferior, que era la que se había roto, con los hilos agitándose porque les daba el sistema de ventilación del aeropuerto.

Cogí una pinza para el pelo, la cartera, el teléfono. Los metí en los bolsillos. Agarré todo lo demás y corrí a ocupar mi lugar al final de la fila.

Y luego, durante media hora, una hora, dos, me quedé esperando, cambiando el peso de un pie a otro, con los brazos cargados de posesiones que me habían parecido vitales unas horas antes. Ahora me oprimían la piel, me cortaban los brazos, me hacían sudar. El libro de Gogol que había comprado hacía una década para las clases de ruso, un abrigo de visón que había encontrado colgado en el fondo del armario mucho después de tener las maletas hechas y colocadas junto a la puerta, una botella metálica vacía que había comprado después de leer sobre el TEP y que quería llenar de camino a la puerta de embarque…

El teléfono zumbó dos veces seguidas en mi bolsillo. Un correo

electrónico. No parece correcto que algo tan insustancial, tan intangible como un correo electrónico tenga el poder de cambiar nuestras vidas. Y, sin embargo, después de que Olga (y después Galina) me contaran la verdad sobre Dmitri, cuando todavía el asco y la vergüenza me recorrían la sangre, allí, en mi bandeja de entrada, apareció un correo cuyo título invitaba a entrar, como en una obra de teatro: *Una invitación*, de Nathalie Dorival.

Mientras estuve en Rusia, seguí siendo objeto de la condena de Dmitri. Él era el sujeto: *Dmitri le ha hecho esto a Delphine*. Mientras me quedara allí, eso era todo lo que llegaría a ser.

¿Y qué pasaba con mi casa? ¿El lugar donde me había criado, el lugar donde tenían lugar todos mis recuerdos, el lugar que era *siempre una buena idea*?

Había cometido errores allí. Era consciente de ello. Pero había pasado tanto tiempo… Me había ido tan lejos… Y Lindsay nunca llegó a enterarse. ¿Era eso suficiente? Sabía que no podía reescribir el pasado. Sabía que mis últimos días en París, en 2004, siempre serían una herida abierta en la piel de mi vida.

Pero si lo que tenía que hacer era elegir entre ser la villana o ser la víctima… tenía claro cuál prefería ser.

Mi mente se despejó. Volvía a casa. Eso era lo único que importaba.

—¿Me guarda el sitio? —le pregunté a la mujer de pelo encrespado que estaba detrás de mí. Ella levantó las cejas, solo un centímetro, pero lo vi—. Vuelvo enseguida. Se lo prometo.

Asintió casi imperceptiblemente.

Al llegar al cubo de basura más cercano, dejé que todo lo que sostenía cayera dentro. Mi vida en San Petersburgo ocupaba su lugar entre los restos de McDonald's y los periódicos viejos. Con los brazos cubiertos de ronchas rojas, volví corriendo a mi sitio.

Entonces saqué el teléfono y abrí mi bandeja de entrada.

Air France.

«Por favor, evalúe su experiencia en el vuelo de San Petersburgo a París».

Por un segundo, me pregunté si ya había tomado el vuelo, si todo esto era un sueño febril. Pero un rápido vistazo a los signos escritos en cirílico me devolvió a la realidad.

Un segundo correo electrónico: «Por favor, evalúe su experiencia en el vuelo de San Petersburgo a París».

La pantalla LED parpadeó con el persistente zumbido de un mosquito. *Embarque: cancelado.*

Y un tercero: «Por favor, evalúe su experiencia en el vuelo de San Petersburgo a París». De repente, el despiste del aeropuerto me

pareció intolerable. Las luces que me rodeaban se quejaban a través del brillo de mis lágrimas. La mujer de pelo encrespado, que ahora estaba a mi lado, me miró con una preocupación muda.

—Perdón —me disculpé entre murmuros mientras me secaba las mejillas—, es que necesito subir a ese avión. —Ella ladeó la cabeza, sin comprender, mientras mis palabras resonaban. Había hablado en francés, no en ruso.

Y entonces sí que estaba llorando de verdad.

—Lo siento —espeté mientras ella movía los pies, incómoda. Era la única frase en ruso que podía recordar—. Lo siento, lo siento…

Su mano, fría y firme, se posó en mi espalda mientras me empujaba hacia el mostrador entre el resto de personas. Dos auxiliares de vuelo, con un maquillaje perfecto y listas para subirse a un escenario, me miraron.

—Francés —dijo la mujer con brusquedad.

—Necesito llegar a casa —dije en voz baja.

La chica morena esbozó una amplia sonrisa.

—Señora —dijo, y su acento ruso era espeso como la mayonesa—, le pedimos disculpas por las molestias…

Ahogué un sollozo.

—No lo entiendes. Tengo que volver a París. —Las azafatas intercambiaron miradas de preocupación. Entonces sentí los ojos sobre mí: la mujer detrás de mí, el anciano y la niña que tenía a un lado, el guardia de seguridad que estaba junto a la puerta. Me estremecí, pero ahí seguían: las miradas como insectos en mi piel.

»Por favor —dije—. Solo les pido que me dejen subir al avión. ¿No pueden dejarme subir al avión?

Observada. Todo el mundo me observaba. La gente que esperaba detrás de mí, la gente que pasaba; los desconocidos escudriñaban mi aspecto, mis actos, mis palabras, como si fuera Cenicienta y estuviera sacando lentejas de la ceniza; sopesaban mis virtudes y mis fracasos como si fueran Anubis con su pluma, como cuando el público del Palacio Garnier, sentado en esos asientos de terciopelo rojo, se inclina hacia delante para soltar un grito de asombro.

—¡Déjenme volver a casa! —supliqué a gritos.

Octubre de 2018

—No podré ir al ensayo de hoy —dijo Lindsay, somnolienta, mientras salíamos de la consulta del médico—. Al parecer, estoy sangrando por la vagina.

La rodeé con el brazo.

—Lo sé, corazón. No tenía en mente que fuéramos a ensayar hoy.

—Pero ni se te ocurra enseñárselo a la niñata esa, ¿eh? —dijo, apartándose con una fuerza inesperada—. Ese es mi baile.

—Lindsay, ¿está Daniel en casa? —le pregunté.

—Te lo dije. Daniel no lo sabe.

—Sí, pero es que… viéndote así, puede que se dé cuenta. —Aquello era un eufemismo. En el mejor de los casos, pensaría que se había pasado el día bebiendo.

—Mierda —dijo, y se detuvo, parpadeando bajo el brillante y frío sol—. No pensé que sería así. Pensé que sería más bien como… —Se quedó callada durante tanto rato que pensé que había perdido el hilo de sus pensamientos—. ¡Como cuando te quitan un lunar! —dijo triunfante.

—Bueno, no es el caso.

—Ya, no jodas.

—A ver, dame tu teléfono —le dije. Lo sacó del bolso y me lo dio.

—¿Para qué? —dijo unos treinta segundos después.

—Le voy a decir a Daniel que te quedas conmigo esta noche —respondí, tecleando—. Me estoy haciendo pasar por ti o pensará que hay algo raro. ¿Cómo se lo digo?

—Di: *Me quedo en casa de Delphine esta noche.*

Me detuve.

—¿Eso es todo? ¿Nada de *Te veo mañana* o algo así?

Negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera algo tipo *Un beso*?

Hizo una mueca. Suspiré.

—De acuerdo —dije, y pulsé enviar—. Listo. —Intenté devolverle el teléfono, pero tenía la palma de la mano apretada contra la boca—. ¿Estás bien? Vamos a la farmacia a…

—Ay, no es eso —dijo ella—. Es que… hoy es mi cumpleaños.

—Madre mía —dije sin pensar. No podía creer que lo hubiera hecho el día de su cumpleaños. Y que yo me hubiera olvidado.

Ay, mierda, y la fiesta.

—Lindsay… —dije tímidamente—, em… se me olvidó decirte una cosa, pero creo que… Joder. Daniel te ha organizado una cena sorpresa mañana, ¿vale? No pude detenerlo.

Hizo una mueca.

—¿Estás de broma? —dijo en un tono deprimido y molesto, propio de una adolescente—. No quiero ir. Uf, aunque se enfadará tanto si no me presento.

—Nos las arreglaremos para que estés ahí —dije. Me metí su teléfono en el bolsillo y saqué el mío—. Creo que solo seremos

Margaux y yo. O eso espero. Eso es lo que le dije que hiciera.

—Como si fuera a escucharte… —dijo ella mientras se llevaba la mano al estómago.

* * *

Lindsay durmió durante trece horas seguidas. Me desperté con el sonido de ella entrando en mi habitación, por el chirrido de la puerta y el roce de sus pies contra el suelo de madera.

—¿Delphine? —susurró de forma teatral.

—Sí —dije con los ojos aún cerrados—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Se sentó a los pies de la cama—. Me siento como si me hubiera atropellado un autobús, pero aparte de eso…

—Te dejé los analgésicos junto a la cama.

—¿Sí? Gracias.

No se movió durante un largo rato. Mi mente comenzó a luchar para volver a dormirse.

—Estoy preocupada por Daniel —dijo por fin. Su voz me cortó el proceso y en mi cabeza sonó fuerte, como un altavoz—. No ha respondido al mensaje que le mandaste.

Abrí los ojos. Me senté.

—¿Es eso normal?

Ella puso los ojos en blanco.

—Manda más o menos un mensaje por hora. Debe de estar muy enfadado.

—Pero no se lo contaste.

—No, y antes de que preguntes, no hay manera de que lo adivine por su cuenta. Es como… que me observa todo el tiempo, ¿sabes? Me observa constantemente, pero nunca me ve. No a mi verdadero yo. No como tú y Margaux. —Me miró, con los ojos desorbitados—. No será que…

—¿Margaux? Margaux no sería capaz de decírselo. —Me lo creí a medias, y pude ver en la cara de Lindsay que no se lo creía en absoluto.

—Afrontémoslo. Ninguna de las dos sabe lo que Margaux sería capaz de hacer o dejar de hacer llegados a este punto —dijo finalmente.

Me froté los ojos.

—Creo que, si lo supiera, estaría tirando la puerta abajo y gritando como ese tipo en *El padrino*.

Ella soltó una carcajada sin ganas.

—No, sería más bien que se pasaría un mes entero llorando y

pidiéndome que tuviéramos una conversación profunda tras otra.

—Pero no te haría el vacío, entiendo.

Negó con la cabeza.

—No es lo suficientemente testarudo.

—Eso es bueno. Siempre pensé que era lo peor.

Ella frunció el ceño.

—Eso es lo que haces tú cuando te enfadas.

Me reí.

—Lo sé. Por eso elijo esa forma de castigo. —Abrí las sábanas del otro lado de la cama—. Métete. Volvamos a dormir. No lo sabe, Lindsay. Que lo sepa o no depende de ti. Pero creo que no tienes que preocuparte.

Se arrastró hasta la parte superior de la cama a cuatro patas. Pasó mucho tiempo antes de que hablara. Yo ya estaba pasando la frontera entre el sueño y la vigilia cuando, finalmente, dijo flojito:

—Sí. Tal vez.

CAPÍTULO 33

Noviembre de 2018

—No puedo creer —le dije a Lindsay al bajar del taxi— que nunca haya visto tu casa.

Lindsay se bajó y se quedó a mi lado, mirando el edificio de piedra gris. Estábamos en pleno barrio de Batignolles, una zona que nunca he entendido del todo bien. Es una mezcla de esas extrañas tiendecitas, superespecializadas en cosas como juguetes sexuales para *skaters*, lugares de reunión *boho*, estaciones de tren sórdidas y museos del siglo xix. No lograba entender por qué alguien elegiría vivir allí. Nunca sabes qué esperar en un día determinado, en un momento dado.

Se encogió de hombros. Llevaba uno de mis vestidos negros y un par de tacones que le había dejado, parecía tan elegante y nerviosa como un caballo de carreras. Casi podía sentirla temblar cuando estaba a mi lado.

—No es nada del otro mundo —dijo ella.

—Creo que, en algún momento, tendremos que entrar —dije finalmente.

—Mierda. Tienes razón —dijo, y se dirigió hacia la puerta.

Arriba, Margaux estaba sentada en el sofá, frente a Daniel, que estaba en el sillón. Él estaba inclinado hacia ella, lo cual la hacía parecer una paciente de terapia poco dispuesta. En cuanto entramos por la puerta, se levantó de un salto.

—¡Sorpresa! —exclamó.

Tuve que aguantarme las ganas de reír mientras observaba a Lindsay, paseando la mirada entre él y Margaux.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó finalmente.

—No creí que quisieras que viniera nadie más.

—Y no quiero. —Lindsay arrugó el entrecejo y se volvió hacia mí —. Así que la sorpresa es…

—¿Una cena? —dije débilmente.

—Oh —dijo ella, y se volvió hacia él—. Gracias. Es perfecto.

—Llegas tarde —me siseó Margaux mientras la saludaba con dos besos. Me tenía agarrada por el hombro, con las uñas un poco clavadas. Su aliento olía mucho a vino, lo notaba incluso después de apartarme—. Hemos estado así durante media hora.

Daniel y yo nos observamos mutuamente.

No puedo creer lo que dijiste el otro día.

Lo dije en serio, y lo volvería a decir.

Eso no ha pasado, ¿de acuerdo? Por esta noche. Por esta noche, eso no ha pasado.

Me llevó un minuto, pero asentí y le di un beso en la mejilla.

—Disculpad, señoritas. Lindsay, ¿puedo hablar contigo un segundo en la cocina? —preguntó Daniel.

Lindsay se incorporó después de besar a Margaux.

—Claro —contestó, y lo siguió hasta allí, no sin antes darse la vuelta para poner los ojos en blanco.

—No puedo creer que me hayas dejado aquí sola con él —susurró Margaux mientras Lindsay desaparecía—. ¿Lo sabe siquiera?

—No —dije en voz baja—. Y más vale que siga así.

Margaux se giró y chocó con algo que había en el mueble de discos que tenía al lado.

Era un busto de bronce de tres chicas.

—Dios mío —dije mirando la escultura—. El mercadillo. —Esbozó una amplia sonrisa mientras yo corría hacia ella—. Teníamos ¿qué? ¿Dieciocho años?

—Diecinueve. Lindsay tenía dieciocho. Y pensamos que se parecían tanto a nosotras…

—¿Te acuerdas de quién es quién? —le pregunté.

Se quedó mirando las caras.

—Nos pareció tan obvio ese día.

—Creo que Lindsay era la de la izquierda —dije.

—No, Lindsay era la de en medio.

—Pero la de en medio es un poquito más alta, creo que esa era yo.

Nos sentamos durante un minuto para poder estudiarlo. ¿Las chicas que éramos en su día eran realmente intercambiables? En cualquier caso, era más espeluznante de lo que recordaba. La mirada fija que tenían, para empezar. ¿Siempre habían tenido esa mirada?

—¿No te parece que sus ojos son raros? —pregunté al cabo de un minuto. Margaux frunció el ceño.

Mientras, se oían voces en la cocina.

—¿Te has divertido, al menos? —Daniel hablaba en francés.

—Oh, sí, ha sido la bomba. —Lindsay no estaba para tonterías y contestaba a gritos en inglés.

Margaux y yo nos quedamos un momento en silencio, mirando la escultura. Esos ojos. Eran enormes, grotescos, irresistibles.

No dejaban de buscar.

Daniel salió de la cocina con una enorme sonrisa pegada al rostro.

—¡Bueno! —dijo—. ¿Nos sentamos a cenar?

—Un Burdeos fantástico, Daniel —dijo Margaux mientras se acercaba para servirse otra copa mientras los demás nos sentábamos a la mesa. Sentí que su mirada se posaba en mí, desafiante, y aparté la vista.

—Gracias —dijo Daniel con auténtico placer, y empezó un monólogo sobre la tienda de vinos que había en esa calle—… Y cuando el Beaujolais llegó por fin… —estaba diciendo cuando Lindsay dio un ligero golpe con la mano sobre la mesa.

—Ay, basta ya de eso. Hablemos de algo que nos interese a todas.

—Con que —dijo Margaux mientras se terminaba lo que le quedaba en la copa— treinta y seis, ¿eh? —Sus palabras eran pastosas, como si estuviera mascando pan.

—¿Deberíamos hacer algo? —me preguntó Lindsay en voz baja. Me encogí de hombros y noté que Margaux nos miraba fijamente.

—Susurros, susurros, susurros —dijo—. Todo el mundo tiene mucho que susurrar esta noche.

—¿Puedes hablar en inglés? —le pidió Lindsay.

—Dije que —repitió Margaux con un acento muy pronunciado— todos tenemos mucho que susurrar esta noche. ¿No es así?

Daniel me llenó la copa de vino y nos quedamos ahí sentados en un silencio estrepitoso.

—El pollo está delicioso —le dije a Daniel.

—Es faisán —dijo, pero sus ojos no se habían apartado de Lindsay.

—¿Cuál fue el primer cumpleaños que pasamos juntas? —preguntó Lindsay, tragando saliva—. No me acuerdo. —*Mírate, Linds. Ahí, intentándolo.*

Miré a Margaux, tratando de ser tan brillante y superficial como sus ojos.

—No sé. ¿Cuál era, Marg?

—El que yo cumplí nueve años —respondió—. Fuimos a ver *Giselle*.

—Toda la clase, ¿no? Y tu padre se presentó con un traje de gorila.

Sus labios amoratados esbozaron una sonrisa.

—Pero creo que solo éramos nosotras dos, Lindsay. Teníamos trece años cuando llegaste.

—No, yo tenía doce años —dijo ella—. Aquel mismo octubre cumplí los trece. Habíais ahorrado para comprarme una tarta de helado, pero no disteis con la manera de poder meterla y sacarla de la

cocina.

—¡Es cierto! —grité—. Así que lo guardamos en el alféizar de la ventana de Margaux porque ese año hacía mucho frío.

Lindsay asentía.

—Pero se derritió igual.

—Dejó una magnífica mancha después de deshacerse —dijo Margaux—, cuando por fin lo dejamos caer.

Apaciguadas considerablemente por el vino y los recuerdos, volvimos a la sala de estar después de la cena. Daniel sacó otra botella de no sé dónde y nos rellenó las copas.

Lindsay negó con la cabeza cuando llegó su turno.

—Mañana tengo que bailar.

Levanté las cejas.

—Lindsay, no tienes que… —Me corté justo a tiempo.

—¿No tiene que qué? —preguntó Daniel.

Lindsay me miraba tan fijamente que sus ojos parecían brillar. Negué con la cabeza.

—Linds, ¿estás bien? —preguntó él, volviéndose hacia ella.

Ella esbozó una amplia sonrisa: fue un error de cálculo. Nunca había visto a Lindsay sonreír así cuando estaba feliz de verdad.

—Estoy bien —respondió.

—¿Estás segura?

—Estoy bien —repitió mientras lo fulminaba con la mirada.

—Es solo que, esta semana, vamos a hacer una pausa de los ensayos mientras, em…, decido cómo será la siguiente sección —me inventé.

Lindsay se volvió hacia mí, su gratitud era demasiado visible para ser discreta. Ya puestos, podría haberme guiñado el ojo. *Protégete mejor*, quise decirle. *Deberías tener más cuidado*.

—¡Ah! —dijo Daniel—. Entonces, Linds, quizá esta sea una buena semana para tomarnos un descanso. Al fin y al cabo, tienes varios días de vacaciones.

Lindsay agitó la mano.

—Tengo clase igualmente.

—¿De qué sirve tener tantos días de vacaciones por contrato si nunca te los tomas? Podríamos pasar unos días en el sur. Visitar a mis hermanas. —Lindsay arrugó la nariz—. O ir a los Pirineos. Hacer algo de senderismo antes de que nieve.

—¿Desde cuándo me gusta hacer senderismo?

Una expresión sombría cruzó el rostro de Daniel.

—Daniel —lo llamé al ver cómo las mejillas de Lindsay empezaban a estar coloradas.

Ni me miró.

—O Suiza. Podríamos ir a ese balneario que tanto te gusta, ¿cómo se llama?

Acércate a él, Lindsay. Acércate a él. Sonríele.

—No me apetece hacer un viaje largo en tren, ¿vale?

—Daniel —dijo Margaux—, Julie y yo estamos planeando celebrar la Navidad en nuestra casa este año. Me preguntaba si tendrías alguna recomendación de vino…

Pero él levantó el dedo índice. *Dame un momento*.

—No quieres ver a mis hermanas. No quieres ir a los Pirineos. No quieres ir a Suiza. Entonces, ¿qué quieres, Linds?

Sonríele más.

Ella apretó los labios y miró al suelo.

—¿Deberíamos… irnos? —pregunté.

—Quedaos —susurró Lindsay—. Por favor.

Daniel sacudió la cabeza.

—Ah, claro. Para que puedan ponerse de tu lado, ¿no? Para que yo pueda ser el malo, para que podáis uniros en mi contra…

—Daniel —intentó pararlo Margaux mientras le ponía una mano en el brazo. Se controlaba sorprendentemente bien.

—… y así ser yo el gilipollas que intenta obligar a su mujer a tomarse unas putas vacaciones. —Levantó las manos—. Sí, soy horrible, ¿verdad? Soy lo puto peor, lo sé.

Sonríe como si lo sintieras de verdad.

—Daniel —dije yo.

Se dio la vuelta y me miró fijamente.

—Y tú. No me digas que no estás disfrutando cada puto segundo…

—¡Oh, por el amor de Dios, Daniel! —gritó Margaux en francés—. Lindsay ha abortado, ¿vale?

Hubo un tipo de silencio que nunca antes había escuchado.

Su voz, cuando habló, sonaba estrangulada.

—Lindsay, ¿es eso cierto?

Lo miró a la cara.

—Sí —respondió.

Y esperé a que llegara la explosión, las excusas. Esperé a que él le pegara o le gritara o algo; esperé a que ella le contara lo de la audición, el ballet, las cien mil visitas al vídeo de *Little Girl Blue*.

No esperaba que él se derrumbara en el sofá, llorando a mares.

—¿Por qué? —susurró, ronco.

Margaux y yo nos quedamos de piedra en nuestros sitios.

Pero Lindsay se volvió más fluida que nunca. Se sentó a su lado y empezó a pasarle los dedos por el pelo.

—Venga, ya está —dijo suavemente—. Todo va a salir bien.

No podía mirarla. Y no podía mirar a Margaux, que tenía que estar

igual de incómoda que yo. Lo único que quería hacer era cerrar los ojos, pero tampoco era capaz de hacerlo.

Lindsay seguía susurrándole:

—Todo va a ir bien. Y quizá, ya sabes, quizá esto sea una buena señal…

Él se levantó. Le temblaba todo el cuerpo.

—¿Una buena señal?

Al apartar las manos de la cara, parecía un anciano. Sus ojos enrojecidos parecían los de un reumático, su rostro estaba demacrado y manchado por el sol. Se volvió hacia las ventanas, con la mano acariciando distraídamente el lado de su cabeza. Las tres observamos cómo iba de un lado a otro, como si se hubiera vuelto senil, sin dejar de darse palmaditas en el lado de la cabeza.

Está borracho, me dije. *Solo está borracho*.

—Dios mío —murmuraba una y otra vez—. Dios mío. Dios mío.

Lindsay lo agarró del brazo.

—Entiendes por qué he tenido que hacerlo, ¿no? —le preguntó. Él dejó caer la mano y la observó, con los ojos muy abiertos por la incredulidad—. No te dije nada porque ni siquiera fue una decisión que hubiera que discutirse, y…

—Claro que ni siquiera fue una decisión que hubiera que discutirse —espetó él. Gesticulaba tanto que parecía haberse vuelto loco—. Claro que no. Tiene que haber un conflicto de deseos para que haya una discusión y, Lindsay, ¿cuándo has dejado tú que mis deseos entren en conflicto con los tuyos?

—No me refería a eso.

—Sí que sería eso si te pararas a pensar en ello un segundo, si tuvieras la capacidad de, no sé, Lindsay, ¿de qué? ¿De hacer introspección? ¿De tener compasión? ¿De amar?

Ella lo agarró de la muñeca.

—Si pudieras ponerte en mi lugar un segundo…

—Tu lugar. —Daniel resopló y dio un paso atrás—. ¿Tu lugar? Vivimos toda nuestra puta vida desde tu lugar. ¿Qué pasa con el mío? ¿Qué pasa con…? —Agitó el brazo y golpeó el busto de bronce. Antes de que pudiera verlo caer, se oyó un sonido como el que hace un pollo cuando rompes la carcasa para abrirlo, y el busto ya no estaba ahí.

Un grito profundo y salvaje salió de Lindsay. Había caído al suelo y se estaba agarrando el pie. Entre sus manos, el pie le temblaba como un pájaro ensangrentado y roto.

Estaba demasiado aturdida para llorar. La cara de Margaux mostraba el mismo horror que la mía.

Ninguna aguja ni ningún hilo iban a ser capaces de arreglar eso. Esta vez no.

Daniel cayó de rodillas.

—Dios mío —dijo—. Ay, Dios mío.

Pero cuando se agachó, lo vi. Vi cómo sus ojos se oblicuaron, cómo le cambió la mirada, cómo no pudo evitar que las comisuras se le levantaran mientras la observaba.

Estaba contento. Estaba sonriendo.

Las personas siempre acaban mostrando cuál es su verdadera cara.

Lindsay también lo vio y su rostro se enfrió. Estaba en un lugar profundo, ahora. En un lugar más allá de nosotras; el mundo se había reducido a ellos dos.

—Nunca fuiste capaz de verme —dijo en un tono tan frío y comedido que me hizo estremecer.

Daniel no escuchaba. Se limitaba a mirarle el pie, balanceándose de un lado a otro, con todo tipo de expresiones católicas saliéndole por la boca, y todo el tiempo conteniendo a duras penas tanto la alegría como el alivio. Estaba fingiendo preocupación, y no se le daba muy bien.

Utilizó las manos y la pierna buena para retroceder y alejarse de él. Las piernas le temblaban salvajemente mientras se ponía de pie.

—Nunca —repitió. Su tono se había vuelto curioso, interrogativo.

No quería mirar la cara de Daniel y, sin embargo, no podía apartar la vista. Todo el mundo tiene una opinión sobre nuestros cuerpos. Todo el mundo, siempre. Piensan y hablan de nuestros cuerpos como si les pertenecieran a todos y a cualquiera menos a nosotras mismas.

—Me pregunto cuánto tiempo llevas esperando —dijo, en parte para sí misma— a que madurara y sentara la cabeza. Creyendo que esto era una fase. Que esto era cualquier cosa menos lo que soy.

—Lindsay, tienes que sentarte —dijo bruscamente. Como si su pie le perteneciera.

Ella negaba con la cabeza.

—Bueno, ya lo has conseguido, ¿no? Ay, Daniel. Si hubieras llegado un día antes…

—Lindsay… —Se levantó tembloroso—. Lindsay, no deberías…

—¿Qué coño quieres? —dijo con una risita histérica, gesticulando para señalar esa cosa púrpura, ensangrentada y horriblemente hinchada que hasta hacía unos segundos era su pie—. Ya estoy jodida, ¿no lo ves?

—Quizá no. Quizá podemos arreglarlo… —dijo él.

Me volví hacia Margaux, pero estaba agarrada al respaldo de una silla del comedor con cara de tener náuseas.

—Llama a una ambulancia —le pedí. Pero ninguna de las dos se movió.

—Arreglarlo —se burló Lindsay con una risita—. ¿Arreglar esto?

¿Cuántos huesos crees que se han roto, Daniel? ¿Empezamos con las apuestas? Yo digo que doce o trece. No, trece. Tú te quedas con los doce, si quieres. ¿Alguien quiere los doce?

—Tienes que sentarte —repitió él, y le puso la mano en la muñeca.

Ella se lo quedó mirando mientras la agarraba. *No es tu pie, Daniel, es el suyo*. Mientras lo observaba, su rostro comenzó a transformarse. *No te pertenece, Daniel, se pertenece a sí misma*. En un segundo, pasó de ser la Lindsay de siempre a tener la boca abierta en una gran mueca, con los dientes al descubierto y la cara casi tan roja como su pie. *No es tu cuerpo, puto imbécil, es el suyo*.

—Nunca fuiste capaz de verme —dijo de nuevo, solo que esta vez fue un grito.

Y entonces se abalanzó sobre él. Agitó los brazos y le arañó los ojos. Sus puños hacían un sonido escalofriante con cada golpe, pero fue rápidamente ahogado por el estruendo que hicieron al abalanzarse sobre el aparador y el sofá, mientras él intentaba sujetarle las manos.

La había humillado. La había destrozado y luego había sentido satisfacción por haberlo hecho. Pero ella no tenía equilibrio, sus manos estaban resbaladizas por la sangre, así que acabó tropezando y golpeándose contra la pared. Ya no tenía fuerzas.

Sentí cómo la rabia recorría mis venas. Rabia por su incapacidad para reconocer el abismo entre sus cuerpos. Rabia por no haberla considerado nunca más que algo bonito y roto. Él solo la veía como un medio para un fin, un recipiente para su ego. Y ahora, su fuerza se desvanecía mientras él se alzaba sobre su frágil cuerpo. La fuerza que él le había quitado.

Lindsay, hecha un ovillo en el suelo, me observó los pies mientras me acercaba a ellos. Luego levantó la cara, como una niña que va a comulgar, para encontrarse con mis ojos.

Algo me invadió mientras nos mirábamos. El pasado, el futuro. Las chicas que fuimos y las mujeres en las que nos habíamos convertido.

Me giré hacia Daniel y le golpeé el pecho con las manos.

Mi público invisible cerró los ojos, con el placer palpitando a través de ellos como un ronroneo.

Tenía la mirada fija en Lindsay mientras su cuerpo impactaba contra la ventana. No fue hasta que su espalda se dio el golpe, casi rebotando en la superficie, que me miró.

«Pensaba que tú eras la simpática».

Pero las personas, Daniel… Las personas siempre acaban mostrando cuál es su puta cara.

Entonces su cuerpo atravesó el cristal y se precipitó.

CAPÍTULO 34

Noviembre de 2018

Sin mediar palabra, nos reunimos frente a la ventana. Rodeé la cintura de Lindsay con el brazo y ella se apoyó en mí, quitando el peso de su pie.

Ahí abajo, su cuerpo no era más que una masa oscura. La caída no había encendido ninguna luz de seguridad en aquel patio del siglo xvii. Lo único que podía ver eran siluetas: arbustos, escaleras, linternas.

Daniel.

Pasó una brisa que hizo sonar las hojas secas, como si fuera un susurro, Margaux me agarró la mano. La suya estaba caliente. Sus manos nunca estaban calientes; su sangre siempre estaba fría.

Estábamos en el sexto piso. Estaba muerto.

Pero mientras lo miraba fijamente, solo podía pensar en mi madre.

Todo el mundo habla de los *daddy issues*, pero nadie habla de los *mommy issues*. Mi padre no era más que una pizarra en blanco, un vacío del que yo había extrapolado ideas sobre quién era yo, sobre mi lugar en el mundo. Mi madre, en cambio, era omnipresente, ineludible. Su forma de comer a medias, sus vestidos ajustados, su imagen, su realidad. Todo ello estaba esculpido para complacer a un público de hombres que la observaban con los ojos entrecerrados desde un oscuro auditorio, con indiferencia.

Sé mejor.

¿Cómo?

Averígualo tú misma.

Con un hambre perpetua, se pasó toda la vida adaptándose frenéticamente a lo que creía que deseaban esos hombres.

La habitación palpitaba con la ausencia de Daniel. Hacía treinta segundos, estaba aquí con nosotras. Hacía treinta segundos, era una persona.

Ya no.

Como bailarinas, crecimos entrenando con otras chicas, supervisadas por mujeres. Pero los hombres siempre se cernían sobre nosotras: sus presencias y sus ausencias. Marc, Dmitri, Phillippe, Jacques… No estoy segura de si realmente importaba quiénes eran. Solo su existencia era suficiente para ponernos de rodillas. Siempre nos esforzábamos por ser mejores para ellos. Intentábamos satisfacer sus silenciosas expectativas, estudiábamos sus rostros sin descanso en busca de alguna reacción, nos autocorregíamos a la espera de obtener esa aprobación que tanto les costaba darnos. Una leve mirada de desaprobación a los muslos y nos poníamos a remodelar nuestros cuerpos enteros, pasando hambre, con el fin de esculpirnos a su gusto. Una simple mueca de decepción al vernos los brazos temblorosos y nos quedábamos en el estudio hasta altas horas de la noche para tallarnos en su forma ideal. Un entrecejo fruncido al vernos el estómago y al segundo estábamos tumbadas en el suelo haciendo abdominales hasta que acabábamos bañadas en sudor.

Y mientras las tres nos reuníamos en torno a la oscura ventana, abrazadas, solo podía pensar en lo orgullosa que estaría mi madre.

Por primera vez, había cambiado el cuerpo de un hombre. Lo había cambiado por completo. De forma permanente. Y lo había hecho todo por mi cuenta.

Sentí un subidón. Había llevado a cabo una acción y, aquí mismo, inmediatamente después, había presenciado cuáles eran las consecuencias. Aquí mismo, en el mundo real.

Él me había hecho enfadar.

Yo lo había hecho desaparecer.

Lindsay empezó a temblar. La abracé más fuerte, y ella me envolvió la mano con la suya mientras susurraba algo.

—¿Qué has dicho? —Mi voz se escuchó fuerte y contundente, más de lo que pretendía, al rebotar contra las viejas paredes de piedra.

—Gracias —repitió con voz áspera.

Y como si fuera una escena de película dirigida a la perfección, un cuadrado de luz se encendió y puso en relieve su horrible cuerpo roto. La sangre yacía en un charco bajo su cabeza, estática, pero extendiéndose a la vez.

Su rostro estaba iluminado, y se había puesto pálido excepto por la sangre de los labios, donde debió de morderse durante la pelea. Era el prototipo de vampiro de cualquier adolescente. Era un poeta romántico que moría de tisis en Venecia. Era una estrella del rock independiente que nunca había visto el sol.

—Tenemos que hacer algo —dijo Margaux con los ojos casi negros por la sombra mientras lo miraba fijamente.

Pero ¿qué íbamos a hacer? ¿Esconder el cuerpo? Lindsay estaba herida y, además, cabía la posibilidad de que alguien más, quien había encendido esa luz, lo hubiera visto ya.

Entrecerramos los ojos para verlo mejor. No sabría decir si era que el temblor de Lindsay nos atravesaba a las tres, pero yo también estaba temblando. De adrenalina. De poder.

—No —dije—. No hace falta.

No estábamos en una película, y nuestras vidas no funcionaban así. Siempre, siempre, había alguien observándonos, y era demasiado tarde. Era demasiado tarde desde que lo había empujado por la ventana. Era demasiado tarde desde mucho antes.

Además, no quería esconderlo. A pesar de que su cuerpo se había convertido en algo horrible y monstruoso, a pesar del horror que sentía por haber matado a alguien, también me sentía como si estuviera viendo el final de mi mejor ballet en un escenario.

En la oscuridad, sentí a mi madre al lado. Sonriendo.

Quizá, después de todo, este era su legado. Se había pasado la vida actuando ante el vacío. Pero yo, con dos manos en el pecho de Daniel, había conseguido darle la vuelta al guion; había creado el único ballet que realmente podía ser para nosotras y sobre nosotras al mismo tiempo. Había logrado lo que ella nunca pudo: nos habíamos convertido en espectadoras, por una vez. Era a nosotras a quienes había que complacer.

Y él era el que había fracasado.

Su muerte fue mi obra maestra. Porque, al fin y al cabo, el ballet no es más que eso: cuerpos que se mueven a través del tiempo y el espacio.

CAPÍTULO 35

Noviembre de 2018

No me entró miedo hasta que llegamos a la comisaría. Bajo las luces fluorescentes, la oficina sin paredes, todo a lo ancho, tenía un matiz acuático, azul neón. Y mientras me sentaba en una silla de plástico, propia de las escuelas públicas, me di cuenta de a qué me recordaba exactamente ese espacio casi vacío. Al Oceanario Planet Neptune, en San Petersburgo. Los laberintos de túneles retroiluminados, de color aguamarina, llenos de peces cautivos de todos los tamaños, incapaces de comprender los rostros humanos que miraban tras el cristal.

Había matado a un hombre.

Hice rodar el vaso de café de poliestireno entre mis manos. Lo último que necesitaba era cafeína. La ansiedad ya me recorría la sangre. ¿Por qué no había pedido un abogado? Media hora antes habría podido pedirlo de forma casual, cuando la ambulancia vino a por Lindsay, cuando la policía nos pidió a Margaux y a mí que fuéramos a dar cuenta de lo ocurrido: *Creo que debería hacer una llamadita rápida a mi abogado*. Ahora que estaba a solas con el policía, me haría parecer demasiado culpable.

Durante el trayecto por París a oscuras, el coche de policía me resultó familiar, incluso vulgar sin las sirenas: mientras Margaux y yo no intentáramos abrir las puertas, bien podría haber sido un taxi. Todavía con la adrenalina a flor de piel, me había hipnotizado la fachada de normalidad. Pero entonces Margaux fue trasladada a una sala y el grupo de policías se redujo a dos agentes: el hombre sentado con una quietud preternatural frente a mí y otro, en un extremo de la mesa de recepción, que se inclinaba para coquetear con la mujer que gestionaba las llamadas.

Estaba sola.

El agente que tenía delante (kevin granget, según rezaba la placa

del escritorio) tenía unos ojos preciosos: grandes y marrones, como los de un toro. No podía dejar que me embaucaran; nunca entendería lo que había hecho. No había ninguna posibilidad de convencerlo de que tenía razón.

—Así que, Mademoiselle Léger. —Su voz era tranquila, afelpada. Me distrajo; apenas me di cuenta de que pulsaba un botón del ordenador para empezar a grabarme. Ese tipo de sigilo viene de nacimiento. Y él era joven, demasiado. Tenía una década menos que yo, por lo menos. Era una especie de prodigio; ¿los otros cadetes debían envidiar ese talento tan precoz?—. Cuénteme su historia.

Lo único que era capaz de ver eran mis manos temblorosas, que empujaban la taza de café de forma casi imperceptible. ¿Por qué no podía controlar mi cuerpo ahora, en el único momento que importaba de verdad?

—Se cayó —dije, y mi voz era tan inestable como las olas del espectáculo de delfines del Planet Neptune—. Se cayó por la ventana.

—¿Y cómo cayó?

Si alguna vez alguien me hubiera preguntado, habría dicho que mentirle a la policía es muy fácil. No fácil al estilo de tomar la primera posición en un ballet, pero fácil igualmente. Lo único que tienes que hacer es ceñirte a tu historia, ¿no? Son solo palabras.

El café me salpicó y me quemó el dorso de la mano. Me estremecí, sacudí el líquido hirviente de mi piel y me la llevé a la boca.

Mi historia se basaba en algo más que palabras. Se basaba en el movimiento, en la física. ¿Y qué era la física sino la descripción de una realidad objetiva y medible? Mi mano movió la taza, que agitó el líquido, que cayó sobre mi mano. Mi mano golpeó su pecho, que golpeó la ventana antes de caer al suelo. No hay que ser un genio para darse cuenta de eso si se estudia la escena. Al fin y al cabo, los cuerpos contaban sus propias historias.

—Lo empujé. —Mi mano amortiguó las palabras y una arruga apareció en la frente del agente. Tal vez era más viejo de lo que pensaba.

—Disculpa, no he oído eso último.

Puse la mano, húmeda, sobre la mesa.

—He dicho…

Y entonces lo miré.

Sus ojos estaban muy abiertos, su mirada era intensa. No intensa en el sentido de que daba miedo, sino otra cosa.

Reconocí esa mirada. No por Dmitri o Jock o Daniel, siquiera. Era más antigua, más profunda. Como si un rastro ancestral de ADN en lo más profundo de mí me hiciera vacilar ante ella. Interpelaba a esa parte de mí que acababa de superar: la que deseaba ser una buena

chica para él. La que deseaba hacerlo feliz. La que fingía.

—Lo empujé —dije de nuevo, en voz alta—. Dejó caer una estatua en el pie de Lindsay.

La alarma se disparó en su rostro.

—No estoy seguro de entender a qué se refiere.

—¡Es su pie! Es una bailarina.

—Ah, ella es bailarina.

—Sí, las tres. Y si él fue capaz de hacerle eso… bueno. Y entonces yo estaba tratando de apartarlo de ella…

—¿La violencia física era propia del carácter del fallecido?

¿Acaso no sería ese un final perfecto para la historia? Bonito y limpio, todo en su sitio. El maltratador es empujado por la ventana, la mujer se salva gracias a la amistad y la camaradería femeninas y a todos esos lazos indelebles que a los hombres les gusta pensar que unen a las mujeres. Nunca llegan a fijarse en los lugares donde esos lazos se deshacen; no les importa lo suficiente como para prestar atención.

—No —dije, sorprendida por lo desafiante que sonaba mi voz—. Me sorprendió.

—Em… ¿Por qué cree que le sorprendió tanto?

—Porque… —La pregunta me devolvió a aquel segundo encuentro en el Merci, al tono de voz que tenía cuando me llamó «hija de puta». Quizás no debería haberme escandalizado tanto—… Porque parecía un tipo majo. No sé por qué pasa eso, pero… Creces pensando que lo único que tienes que hacer es conocer al hombre adecuado, uno que te adore y te idolatre y hable de lo mucho que respeta a las mujeres y toda la mierda esa, y que entonces estarás a salvo. Pero lo cierto es que, si eres una mujer, nunca estás a salvo, ¿a que no? No realmente.

Mientras escribía con furia, mi dirigió una mirada.

—¿Y a qué se debe eso?

Las humillaciones diarias, la forma en que servimos como lección para los hombres en nuestras vidas…

—Ustedes son más grandes que nosotras. Cuando todo ya está dicho y hecho, dependemos de su buena voluntad. No solo para facilitarnos las cosas, también para sobrevivir como tal. Si quieren, pueden matarnos, y nosotras somos conscientes de eso.

—¿Y entonces creyó que Monsieur Faidherbe pretendía hacerle daño? ¿O a Madame Faidherbe?

Había olvidado que ese era su apellido. Faidherbe fue un general del imperio, ¿no? ¿Un pariente de Daniel, tal vez? Estaba tan hasta el coño de los hombres famosos.

—Es que lo hizo. ¿Creo que le golpeó el pie con la estatua aposta? No, no al cien por cien. ¿Creo que se alegró de que ocurriera? Sí.

¿Creo que le gustó verla sufrir? Sí, joder si le gustó. —Tragué saliva—. Y es Mademoiselle Price. No Madame Faidherbe.

Se pasó la lengua por los labios, grabando lo que había dicho.

No lo entendía. Si lo hubiera entendido de verdad, no sería capaz de pasar la página con tanto desinterés.

¿Cómo podría hacer que lo viera?

—Él… se alegró.

—Y eso… —Me miró fijamente, con insistencia—… ¿La asustó?

—Me puso furiosa. Le rompió el pie porque estaba enfadado con ella. Y estaba enfadado porque ella había tomado una decisión sobre sí misma, sobre su cuerpo y su vida, y él la anuló por completo. Se creía con la potestad, con la grandeza suficiente, pero era mucho más pequeño que ella. Él no era nada. Así que, bien. ¿Quiere saber qué pasó? Esto es lo que pasó. Lo empujé.

—Lo empujó.

—Sí, lo empujé.

Sus ojos de toro se encontraron con los míos.

—Deme un segundo, Mademoiselle Léger —dijo con suavidad—. Parece que tenemos un problema con el equipo de grabación. —Se puso de pie frente al ordenador y pulsó algunos botones—. ¿Pichard? —llamó al policía mayor, que seguía coqueteando con la joven recepcionista—. Pichard —volvió a decir mi agente, y el hombre por fin nos miró—. ¿Puedes llamar a los de IT? Esta absurda máquina…

Pichard suspiró, se abrió paso torpemente por el laberinto de escritorios antes de desaparecer en una habitación trasera. Granget se quedó frente al monitor, haciendo *clic* aquí y allí.

Mientras esperábamos, mi mente empezó a dar vueltas. Después de todo, después del hambre y el esfuerzo y el sudor, ¿qué había hecho que mi madre siguiera adelante? ¿Maquillarse en su tocador, presentarse a las primeras citas? Le daban patadas en la cara una vez tras otra. La obligaron a dejar el ballet, el padre de su única hija la traicionó, se sintió desdichada y sola tras la puerta cerrada de su habitación después de lo de Phillippe… Y, sin embargo, cada vez, la fachada volvía a su sitio. La máscara de bailarina se cernía sobre su rostro. Su belleza regresaba, austera y gélida, para suavizar aquellas emociones tan rudas.

No podía actuar ante el vacío como ella había hecho. Ella creía que aquello tenía potencial para el amor, la aprobación, la aceptación. Pero yo ahora sabía que era una falsa promesa. El público nunca iba a darte lo que no estabas dispuesta, o no eras capaz, de darte a ti misma.

Pero saber actuar… Eso seguía siendo una herramienta de utilidad. Albergaba poder, un poder que podía usar. Al igual que lo

había usado ella.

Iba a guardar esta furia dentro de mí, como ella; era inevitable. Y tal vez, a veces, incluso actuaría en consecuencia. Pero todas las circunstancias de mi vida —el dinero, la apariencia, el trabajo que hacía— se combinaban para darme una negación plausible. Era una especie de maldición.

Pero también una especie de bendición.

Granget había dejado de teclear y había puesto las palmas de las manos sobre el escritorio para inclinarse hacia mí.

—No estoy del todo seguro —dijo en voz baja— de por qué no me dejas ayudarte.

Me sobresalté y eché la cabeza hacia atrás. En ese mismo momento, Pichard salió a toda prisa de la habitación de atrás.

—Dicen que debería funcionar bien —dijo levantando esos pesados hombros—. Inténtalo de nuevo.

Granget pulsó un botón y volvió a sentarse.

—Lo siento, Mademoiselle Léger. No entendí bien su respuesta a una pregunta anterior. —Y su voz volvió a ser suave como el terciopelo—. ¿Este tipo de comportamiento era habitual en monsieur Faidherbe?

Fruncí el entrecejo. Me sostuvo la mirada.

Cuando me miraba, ¿qué veía? Una cara bonita. Tutús y zapatillas de ballet y rosa por todas partes. Todo lo relacionado con las bailarinas está siempre recubierto de un filtro: nos suaviza y nos hace aptas para el consumo general.

—Tengo que decir —comencé lentamente— que era el tipo de hombre que parece inofensivo, pero, realmente, no era un comportamiento inusual. Era… un tipo que se enfadaba fácilmente. Esa era su esencia.

A veces, una verdad y un atrevimiento suenan igual.

Granget estaba anotando algo de nuevo. Cuando levantó la vista, me di cuenta de que me había equivocado con sus ojos. No se parecían en absoluto a los de un toro. Eran de un marrón más intenso, casi negro. Ojos nocturnos.

—¿Y tuvo un temor razonable a que la vida de Lindsay Price estuviera ante un peligro inminente?

Agrandé los ojos.

—Pues verá —dije, y en el vacío de la sala, mi voz tenía un timbre extraño. Como de niña. Como si estuviera coqueteando—, lo cierto es que sí.

La comisura de su boca se levantó.

—Muy bien. Permítame imprimir la transcripción para que pueda revisarla. Bueno, lo que queda de ella. De nuevo, me disculpo por

nuestras dificultades técnicas. —Apretó un botón y una impresora cobró vida al otro lado de la sala—. Un juez de instrucción se pondrá en contacto con usted en los próximos meses para verificar lo sucedido. Le rogamos que no salga del país mientras dure la investigación y que se abstenga de hablar de este caso con la prensa o con el público.

Pichard se acercó y me puso la transcripción en la mano. Todavía estaba caliente y olía a tóner fresco.

—Por favor, léasela y ponga sus iniciales al lado de lo que acaba de contarme —continuó Granget, con un delicado énfasis en esa palabra, *contarme*—, y firme también en el pie.

Me quedé mirándolo sin dejar de parpadear mientras me acercaba un bolígrafo por la mesa.

—¿No soy una asesina? —susurré.

Enarcó sus pobladas cejas.

—Como sabrá, eso depende principalmente del magistrado. Pero, personalmente, creo que no. Lo que ha confesado es una agresión. Homicidio involuntario, en el peor de los casos. O lo sería, si Monsieur Faidherbe no hubiera atacado a Mademoiselle Price. Por lo que me ha dicho, *en defensa de terceros* parece resumirlo bastante bien. Solo hay que mirar el pie de Mademoiselle Price para comprobarlo. —Continuó hablando mientras echaba la silla hacia atrás y se levantaba—. Por favor, sepa que tiene derecho a contratar a un abogado para cualquier reunión futura y, si quiere mi consejo más sincero, le recomiendo encarecidamente que lo haga. ¿Por qué no lo ha hecho esta noche?

—No lo sé.

—Le sugiero que tenga más cuidado en el futuro. —Parpadeé y me dio una palmadita en la mano—. Las personas inocentes son las que más necesitan un abogado, Mademoiselle Léger. Al fin y al cabo, los argumentos a favor de los culpables son limitados.

CAPÍTULO 36

Noviembre de 2018

En cuanto Granget me dejó en libertad, me dirigí directamente al hospital, abriéndome paso entre la prensa que ya se había reunido en la recepción de la planta baja. Deseosos. Hambrientos. Querían conseguir un trozo de Lindsay, capturar una imagen suya con la cámara. *No somos vuestras*, pensé mientras me cubría la cabeza después de que un fotógrafo me reconociera y empezaran los flashes. *No os pertenecemos*.

Lindsay estaba tumbada de espaldas y yo cogí aire, sin poder reprimir un agudo sonido al inhalar. Le habían suspendido el pie en un cabestrillo que colgaba del techo. Al oír mis pasos, intentó moverse para ver quién era. La cubierta de plástico de la cama crujió. Era como un animal herido en una caja de cartón; no tenía dónde ir y luchar era inútil, pero o bien no se daba cuenta o creía que podía cambiarlo, porque seguía luchando por levantarse.

—Ey, ey, ey —dije, apresurándome para acercarme a su lado.

Su rostro era un poema. Tenía unos anillos de color azul púrpura que envolvían sus ojos cansados. Puse mi mano sobre la suya y se derrumbó de nuevo.

Sus ojos brillaron al mirarme.

—Si dices que lo sientes, te mato —dijo. Tragué saliva—. Porque si no lo hubieras hecho tú, lo habría hecho yo —continuó—. Toda mi vida. Literalmente todo por lo que he trabajado. Adiós, así de rápido. ¿Tú también lo viste? ¿Esa sonrisa?

—Sí, la vi —dije con voz ronca.

Ella asintió bruscamente.

—Así que lo has hecho por mí. Has sido como… una extensión de mi cuerpo. Por tanto, no te atrevas a sentirte culpable.

Con manos débiles, acerqué una silla a la cama. Ella torció el cuello para poder seguir mirándome con esa mirada feroz y ardiente.

—No estoy segura de que pueda hacerlo —dije después de un rato —. No sabía que era capaz de algo así. De matar a alguien. Especialmente a… Bueno. No estoy segura de en qué me convierte eso. No estoy segura de qué clase de monstruo soy.

Sus cejas se alzaron.

—Eres la misma persona de siempre —dijo.

—¿Tú crees?

—Siempre.

¿Qué había visto en mí? ¿Había visto antes esta rabia asesina que yo no era consciente de que tenía?

—No sabía que era así. La ira, y luego la… —*La alegría*, quería decir. La alegría, pero también la conmoción, el miedo ante el poder que había dentro de mí: saber que era capaz de esto. Que era capaz de asesinar—. He matado a tu marido. Lo he alejado de ti.

Hizo una mueca de desaprobación.

—Esta es exactamente la conversación que no quería tener —dijo —. En ese momento, yo misma lo habría hecho si hubiera podido, pero no pude, así que lo hiciste tú, y me alegro de que esté muerto. Sí. —Me clavó los ojos—. De verdad que me alegro.

Y entonces se puso a llorar.

Me obligué a observarla. Se lo debía: ser testigo de su dolor.

—Puedes odiarlo y llorarlo al mismo tiempo.

—No es eso —dijo, ahogándose un poco para luego recuperar el aliento—. O no exactamente. Es que… todavía estoy tratando de encontrarle sentido a un mundo sin él.

Él era su familia. Su única familia, en realidad, además de Margaux y yo. No había visto a sus padres en años. Ellos odiaban volar; ella nunca se tomaba días libres. Daniel era su única vida fuera del BOP. Y ahora…

Aunque me dije que no debía preguntarlo, cuando quise darme cuenta ya estaba haciendo la pregunta:

—¿Cuándo te enamoraste de él por primera vez?

—No lo sé. ¿Alguna vez lo amé de verdad? —Apretó los labios. Los tenía secos—. No, no estoy siendo justa. Creo que fue en nuestra segunda cita. Ni siquiera me besó en la primera, así que asumí que era una especie de fan gay. Pero era agradable pasar tiempo con él. Sabía escuchar, ¿sabes? —dijo desafiante.

—Sé que lo era.

—Sí. Bueno. Hasta cierto punto. Sea como sea, estábamos andando por la orilla del río y, de repente, se detuvo y me dijo: «Llevo mucho rato queriendo besarte, pero tengo tanto miedo». Y yo me reí y le dije: «¿Por qué ibas a tener miedo de mí?». Y él dijo: «Porque eres pura vida». Y en ese momento pensé: *Este hombre me ve. Entiende mis*

motivaciones.

Las lágrimas se deslizaban ahora por su cara y se extendían en pequeños charcos oscuros sobre la almohada.

—Que le jodan —espetó—. Obviamente, me equivocaba. Una vez que nos casamos, todo se redujo a las cosas que no podía darle, a las cosas que deseaba y a él le asustaban, a cómo conseguía arruinarlo todo. Cuando me diste el papel de Janis, se enfadó tanto que tiró una estantería al suelo. Hizo tal estruendo que casi se me sale el corazón por la boca del susto. Estábamos peleando como adultos y, un segundo después, se ponía a dar golpes en la pared como un adolescente. No soportaba… No entendía. Nunca fue capaz de verme. Solo quería mirarme. Estoy tan cansada… estaba tan cansada —se corrigió con sorpresa— de contorsionarme para encajar con él.

Me había equivocado. No le debía papeles en ballets, no le debía un público. Lo único que le debía era, precisamente, lo que ella acababa de darme: la verdad.

—No sé cómo explicarlo, pero… eso es exactamente lo que llevo sintiendo desde hace un tiempo. Que hay hombres que, simple y llanamente, no nos ven como personas. Que solo nos ven como personajes en las historias de sus vidas. Esa idea lleva un tiempo formándose en mí. Y luego, ¿lo que hizo? ¿La forma en que te miró? —Cerré los ojos—. Quería matarlo. Pero en ese momento habría matado a cualquiera.

Pasó mucho tiempo antes de que dijera algo; cuando por fin se volvió hacia mí, su rostro estaba hambriento.

—Siento no haberlo hecho yo. Lo digo de verdad.

Entrecerré los ojos; fuera, el día se había vuelto brillante. Estábamos por encima de los árboles, en una habitación privada, y veía todas las ramas que había debajo de nosotras y cómo se extendían hacia el cielo.

—Entonces, ¿cuándo van a dejarte que te vayas de aquí?

—La semana que viene. Quieren hacer la primera cirugía hoy mismo.

—¿La primera?

—Necesitaré dos o tres, más adelante.

—Pero puedes ir a casa mientras tanto.

Ella resopló.

—Total, aunque lo arreglen, dentro de seis meses —dijo mientras señalaba el pie con la cabeza— nadie será capaz siquiera de adivinar que alguna vez fui bailarina.

Estaba tratando de evitar mirarle el pie. Cuando se movió, vislumbré el moretón de color marrón oscuro y púrpura, con unos asquerosos anillos verdes, y la extraña forma que tenía, parecida a la

garra de un oso.

—Claro que sí. Confía en mí.

—Lo digo por los pies. Incluso por mi pie bueno. Las uñas volverán a crecer, las ampollas se curarán…

La danza te arranca la piel. Cubres los parches en carne viva con gasas, mallas y satén. Pero el daño que hay debajo nunca deja de rozarse, nunca deja de supurar; no hasta que paras.

—¿Dónde ha ido a parar tu maquillaje? —preguntó finalmente.

—Eh… —Mi risa me sorprendió—. Me lo habré ido quitando con la mano, supongo.

—¿Recuerdas cuando te enseñé a maquillarte?

Fue en la segunda gala a la que fuimos juntas. Cuando éramos muy pequeñas, ninguna de las chicas se molestaba en ponerse nada, solo un poco de polvos para evitar que brilláramos demasiado bajo la luz. Pero el año en que cumplí los catorce, decidimos que éramos lo suficientemente mayores como para ir más allá.

En el atestado camerino lleno de cajitas de madera y luces que nos enmarcaban la cara, Lindsay sacó una bolsa de maquillaje. No cualquier maquillaje: maquillaje estadounidense. Maybelline, Bobbi Brown y CoverGirl. Con una cara de concentración que nunca antes le había visto, me delineó los ojos con un lápiz negro.

Recuerdo lo asombrada que me quedé cuando vi el resultado.

Lindsay sonrió.

—Me encantaban esos vestuarios. Antes de que me hicieran *quadrille*, claro. Solía llegar antes que nadie para poder estar un minuto a solas y fingir que era una *étoile*. Aunque, claro, las *étoiles* tienen su propio camerino. Pero por aquel entonces ni siquiera lo sabía. Me sentaba allí y pensaba: *Será así cuando sea famosa*.

Bueno, ahora somos famosas de cojones.

—Linds —dije, con un sollozo ahogado en el fondo de la garganta —, eras tan buena.

—Pero yo no quiero… no quería ser solo *buena*. Quería ser la mejor. —Su rostro volvió a replegarse sobre sí mismo. Giró la cabeza hacia la ventana.

—Te sentirás mejor cuando salgas del hospital. —Me miró con escepticismo—. No, en serio. Este es el peor lugar del mundo.

Sonrió ligeramente, aunque las lágrimas seguían bajándole por las mejillas.

—Sí, lo sé. Hablando de eso, siempre me he preguntado… ¿Fue todo esto —dijo mientras hacía un gesto para señalar la habitación y las máquinas que soltaban pitidos— y la muerte de tu madre lo que te hizo abandonar París? ¿O fui yo?

Aquí estaba. La pregunta de la que había estado huyendo durante

trece años.

Y aquí estaba ella. La mujer de la que había estado huyendo esos trece años. Una mujer que lo sentía todo, que no reprimía nada. Nos mostraba su amor y su rabia a todos y el que no fuera capaz de soportarlo podía irse a la mierda.

Fingir que no sabía de qué hablaba habría sido… indigno de ella.

—Fuiste tú —dije.

Ella asintió.

—Supuse que era una posibilidad.

Lo único peor que contárselo era callármelo.

Las palabras se me atascaron en la garganta y tomé aire para liberarlas.

—Fue mi culpa, Lindsay. Tu accidente. Yo te hice tropezar. No vi venir el taxi, te juro que nunca quise que pasara algo así, solo quería que te cayeras.

El pulso me retumbaba en los oídos, pero ella se limitó a inclinar la cabeza.

—Sí. Lo sé.

—¿Lo… lo sabes?

Su mirada era clara y directa.

—Siempre lo he sabido. Te vi pisar los cordones. Y aguantaste demasiado tiempo como para que fuera un accidente. No soy tan tonta.

—Pero… nunca dijiste…

—¿Qué iba a decir? Al principio, sinceramente, pensé que iba a matarte. Pero entonces… —Hizo una mueca—. A ver, todos hacemos gilipolleces. No digo que aquello no fuera una gilipollez enorme, pero lo que yo iba a hacer… bueno, eso también era una gilipollez bastante grande. Me llevó un tiempo reconocerlo, entender cómo os debisteis sentir tú y Margaux. Y, entonces, supongo que me autoconvencí de que, de una forma algo retorcida, solo estabas tratando de protegerme.

Miré hacia nuestras manos, entrelazadas en las sábanas. Tenían unas venas tensas, propias de la mediana edad. La mía estaba sudorosa y temblorosa, pero, aun así, no me soltaba.

—No sé si esa era mi intención.

—Puede que no —dijo ella—. Pero es lo que hiciste.

Mi corazón explotó en mil pedazos.

Me lo perdonaba todo de antemano. Cualquier cosa que hiciera.

Lindsay sonrió.

—Pero va en serio. Pensé que iba a matarte. Estaba furiosa. Durante mi estancia en el hospital, solo pensaba en todas las cosas que te haría para vengarme. Empujarte delante de un autobús. Empujarte por las escaleras. No sé, nunca he sido muy planificadora. Me llevó

semanas superarlo. Pero me ayudó el hecho de no tener que verte porque no iba a ensayar, y, cuando volví, me di cuenta de que tenía que dejarlo pasar.

Me reí, con el cuerpo temblando.

—Tú nunca dejas pasar nada. ¿Todavía tengo una diana en la espalda?

Puso los ojos en blanco.

—Como si no hubiera tenido oportunidades… Vale, está bien, está claro que no soy la mejor en eso de dejar pasar las cosas, pero en ese momento fui capaz de hacerlo. Una parte de mí sabía que podía aferrarme a eso, pero que, si lo hacía, estaría renunciando a ti. Sea como sea —dijo con los ojos cerrados—, creo que solo me di cuenta de lo dispuesta que estaba a luchar por esto, por ti, cuando nos dijiste que te ibas a Rusia. Lo único que sabía era que no quería vivir en un mundo en el que no fueras mi amiga.

Solo fui capaz de asentir, el llanto me impedía hablar. Lloraba por todas las decisiones equivocadas que había tomado: por abandonar a Lindsay y Margaux por Dmitri; por todo el dolor que aún no me había permitido sentir, por Daniel, por Jock, por Stella. Por mi madre.

Pero también lloraba porque era feliz.

Nos vi a nosotras mismas de pequeñas en esa habitación, a nuestro lado.

Estaban asustadas, inseguras y fascinadas. Inmóviles. Pura energía potencial esperando en la cima de una colina. No sabían en qué se convertiría esa energía; ni siquiera sabían aún que era capaz de transformarse, de cambiar, algún día. Lo único que sabían era que, frente a ellas, las esperaba el futuro, un mundo de posibilidades.

Un escenario perfecto y vacío.

—Creo que eres un poco como una heroína —dije finalmente.

—Obvio, soy un puto caballero de brillante armadura. —Sonreía.

Lentamente, las niñas desaparecieron.

—Lindsay —dije después de un rato—, ¿estarás bien?

Fuera, los árboles agitaban sus ramas hacia el cielo.

—No sé. Es como que no tengo nada a lo que aspirar ahora, ¿sabes? Solo existe un gran vacío. —Suspiró—. Supongo que lo bueno de estar aquí es que tendré kilos y kilos de analgésicos a mi disposición. Un billete de ida barato si las cosas se ponen muy feas, ¿eh?

Le sacudí el hombro.

—Cierra el pico. Existen cosas más allá del ballet. Lo que pasa es que aún no lo ves.

Hizo una mueca.

—Si lo hay, no tengo ni idea de lo que puede ser.

—Lo descubrirás. Solo necesitarás tiempo y espacio.

Sus ojos estaban llorosos cuando se encontró con mi mirada. Me la aguantó durante un buen rato.

—¿Sabes cuál es la única lección que nunca llegué a aprender? —comenzó, antes de tragar saliva y apretar los labios.

Esperé a que terminara, pero su boca vacilaba a pesar de lo mucho que intentaba mantenerla a raya.

—Cómo irme —dijo finalmente—. Cómo marcharme.

Le limpié las mejillas con un pañuelo y se dejó. Esta vez se quedó quieta.

—Yo nunca he tenido ese problema —confesé.

Dejó que sus ojos se cerraran.

—Pensaré en qué voy a hacer a partir de ahora, ¿vale?

En el pasillo, Margaux estaba esperando.

—Lo sabe —dije mientras la rodeaba con los brazos—. Ya lo sabía. —Sentí que Margaux se ponía rígida—. Y está bien. Estamos bien.

Margaux se apartó y me puso las manos en los hombros.

—Aún no —dijo mirándome a los ojos—. Pero lo estaremos.

Asentí y la dejé ir. Era lo que necesitábamos, todas y cada una de nosotras: soltar lo que teníamos dentro. Ser visibles.

Y, al menos entre nosotras, por fin lo éramos.

EPÍLOGO

Mayo de 2019

—Venga va —le dijo Margaux a Lindsay.

Desde más abajo de la colina, Lindsay levantó la cara hacia nosotras. Tenía las mejillas rosadas.

—Lo estoy intentando —dijo con la lengua fuera—. Tengo un pie roto, ¿recuerdas?

La brisa agitaba nuestros cabellos; parecían Medusas en el viento. Me quedé entre dos árboles, apretando la urna de Stella contra mi pecho, y, por un momento, pude sentirla allí con nosotras.

Observando. Escuchando. Sonriendo.

Stella había muerto en primavera, su estación favorita. «Todo renace», decía siempre. Una mañana de abril, la encontré sentada en la cocina, con la cabeza suavemente apoyada en la mesa y una taza de café humeante frente a ella. Y lo supe. No me hizo falta tomarle el pulso, no me hizo falta tocarle la piel para entender lo que había pasado.

Había conseguido exactamente lo que quería; esta parte de su historia había terminado bajo sus propios términos.

Stella se había ido; y Stella estaba en todas partes.

En los meses posteriores al accidente de Daniel, a medida que su estado empeoraba poco a poco, las cuatro habíamos forjado nuestra propia amistad. Tener a Stella allí con Lindsay y Margaux me recordó que ambas eran y no eran las personas que había conocido hacía media vida. Los recuerdos y las experiencias compartidas nunca desaparecerían. Y, sin embargo, mientras las tres se contaban las historias de sus vidas, no dejaba de asombrarme lo poco que sabía, lo mucho que me faltaba por aprender sobre estas mujeres que me habían influenciado tanto.

Podría pasarme toda una vida aprendiendo.

Ya se había celebrado el funeral público de Stella en Saint-Sulpice,

donde cientos de sus amigos de todo el mundo habían acudido a rendirle homenaje. Se habían llevado sus cenizas para esparcirlas por todo el mundo. Las tres nos ofrecimos a llevar la parte de ella que se quedaría en París.

Estábamos en la cima de la colina de Buttes-Chaumont, lo más parecido a una zona salvaje que había en esta ciudad, con el Templo de la Sybille arqueándose en la cima, abierto a los elementos por todos lados. Debajo de nosotras había un lago de agua turbia, no muy profundo y de corrientes lentas que rodeaba la isla; en sus orillas, los árboles y las flores silvestres eran una explosión de vida.

Más allá de todo, se dibujaba el horizonte de París.

Solo unos meses antes, habría dicho muchas cosas sobre Stella. *Fue ella quien me enseñó a hablar*. *Quien me mostró lo que valgo*. *Quien me ayudó, después de todo este tiempo, a crecer*. Pero, al final, yo era solo una fracción de su historia.

Lindsay fue la primera en hablar. Explicó cómo ella y Stella luchaban con sus muletas como si fueran espadas. Luego Margaux, que contó una historia de cuando las dos hablaron sobre remedios populares de todo el mundo para combatir la infertilidad.

Y luego me tocó a mí.

—Inmediatamente después de que Stella recibiera el diagnóstico —dije con voz suave—, estaba desayunando con ella en su cocina. Ese día yo estaba preparando el café. Ella lo odiaba; decía que siempre lo hacía demasiado flojo. Y cuando me giré para mirarla, estaba sentada, apoyada en la pared, con el sol dándole en la cara. —Tragué saliva, respiré hondo y continué—. Y le pregunté: «¿Qué estás haciendo?». Ella no abrió los ojos, siguió sentada bajo la luz, pero me contestó: «Estoy practicando la muerte».

Lindsay ahogó un grito y Margaux levantó las cejas; yo sonreí.

—Dijo: «Siempre he pensado que morir será un poco como disolverse en el sol. Dejaremos atrás nuestros pequeños marcos y veremos el cuadro completo por primera vez. El panorama completo. Me gusta sentir el sol en la cara porque puedo practicar la vida y practicar la muerte, ambas cosas al mismo tiempo».

Sin tener que pedírselo, Lindsay se agachó y agarró la urna. Aflojó la tapa y empezó a agitarla suavemente.

En ese mismo instante, Stella pasaba a formar parte de todo. Sus cenizas se iban a arrojar al Gran Cañón, se iban a esparcir por el suelo de un jardín de Kioto y sobre el hielo de una estación de investigación de la Antártida, iban a flotar en el aire sobre las ruinas mayas y a ir a la deriva por el mar Báltico, cerca de donde había nacido.

Y ahora también volaban con el viento de París.

Nuestras vidas habían cambiado desde el mes de noviembre

anterior. Lindsay, Margaux y yo habíamos sido objeto de fascinación pública. Mucho más visibles de lo que habíamos sido nunca como bailarinas. Y el hecho de que la historia contada en la prensa no fuera exactamente correcta, el hecho de que se dijera que Daniel era una especie de monstruo, el hecho de que nos atribuyeran unos motivos que nunca habíamos tenido; todo eso era un compromiso que estaba dispuesta a aceptar. No era toda la historia. No era la historia exacta. Pero sabíamos la verdad, y eso era lo que importaba.

Julie me había enviado un correo electrónico al final de la segunda estancia de Margaux en el centro de rehabilitación, en febrero. Nos encontrábamos allí durante las horas de visita. Sugirió, en tono delicado y formal, que tal vez Lindsay y yo querríamos ir a cenar a su casa para celebrar el regreso de Margaux. Resultó que Lindsay seguía en el hospital tras la segunda operación, pero yo sí que fui. Vacilante, insegura. ¿Cuándo fue la última vez que hice una nueva amiga? ¿Hacía diez años? ¿Trece? Sin embargo, de alguna manera, mientras estábamos comiéndonos las pastas de hojaldre, hablando de los hermanos de Julie, de la papelería de su padre y de su propia panadería, me di cuenta de lo mucho que me gustaba. No solo por Margaux, sino ella como persona.

—¿Delphine? —me preguntó Lindsay una vez hubo salido del hospital—. ¿Qué hiciste con tu apartamento de San Petersburgo?

Dmitri no había vuelto, pero yo no me había podido permitir dejarlo libre.

—¿Mi apartamento? Lo subarrendé, pero el contrato de alquiler termina en agosto. ¿Por qué?

—La cosa es que mi pensión está muy bien y tal, pero el día a día es difícil si no tienes nada que hacer, si no tienes ningún propósito. He estado pensando en pasar un tiempo en el extranjero.

—¿Y qué harías allí?

—Enseñar inglés, por supuesto.

Y mientras Margaux y yo nos reíamos a carcajadas ante la idea de que cientos de niños rusos aprendieran a hablar y a decir palabrotas como Lindsay, ella nos desafió a ambas y empezó un programa de formación unas semanas después, en París. Iban a enviarla a Shanghái para que hiciera tres semanas de prácticas en julio. Si aprobaba, podría ir a San Petersburgo. Podía ir a cualquier parte.

Tenía planeado quedarme en París, pero en los días posteriores a la muerte de Stella, había logrado aceptar que no quedaba nada para mí en el apartamento de mi madre. Era mi herencia, sí. Pero también lo era la danza, y a eso también había renunciado. Tal vez mi verdadera herencia siempre había sido otra cosa: esa ira que se escondía debajo de la piel y el instinto de saber cuándo usarla.

Así que vendí el piso. Ahora estaba mirando pisos de una sola habitación en la orilla izquierda. La vida no tenía que ser siempre o una cosa o la otra, no tenía que ser hogar o no hogar. Podía ser familiar y extraña, ambas cosas a la vez.

El magistrado dictaminó en enero que la muerte de Daniel fue «accidental» tras dos meses de interminables testimonios. Esta vez, con un caro equipo de abogados presente. No me sentó del todo bien. Su muerte siempre viviría en mí, oscura y sangrienta: lo mejor y lo peor que había hecho. Una parte de mí deseaba que el magistrado hubiera dictaminado que se trataba de un suicidio. Al fin y al cabo, si nos poníamos a mirar, él había sido el causante de su propia muerte. Solo había que interpretar un poco la realidad. Pero, claro, luchar por ese veredicto habría implicado tener que difuminar los hechos hasta tal punto que podía comprometer nuestra credibilidad. Al final, yo era legalmente inocente, y él también. Y, sin embargo, había muchas cosas que esa sentencia no tenía en cuenta: mis emociones, por ejemplo. Ni las suyas.

Mientras tanto, la reacción de Nathalie ante la atención de la prensa solo destacó por ser exactamente la que se podía esperar.

—Mira, he tenido dos escándalos este año y, de alguna manera, te las has arreglado para estar en el centro de ambos.

—Supongo que tienes razón.

—Creo que sería mejor que dejáramos esta relación aparcada un tiempo. Al menos hasta que todo esto se acabe.

Era justo el tipo de libertad que necesitaba. El dinero del piso, combinado con lo que Stella me había dejado y la indemnización por daños y perjuicios que probablemente recibiría de la revista italiana a la que todavía estaba demandando, sería suficiente para empezar de cero. *Little Girl Blue* se iba a estrenar en un pequeño teatro de Ámsterdam en noviembre, protagonizada por una bailarina suiza con la que siempre había querido trabajar. No sabía exactamente lo que vendría después. Últimamente, me había permitido imaginar la posibilidad de dirigir una compañía de danza propia, compuesta exclusivamente por mujeres. La idea era aterradora, estimulante, fascinante. Ahora sabía, por fin, que esos sentimientos eran difíciles de conseguir. Había que prestar atención cuando se manifestaban.

Al pie de la colina de Buttes-Chaumont, Margaux estaba perfectamente inmóvil, con la mirada fija al frente. Margaux, la misma que había solicitado una excedencia; Margaux, la misma que seguía tratando de decidir qué quería hacer en el futuro; Margaux, la que estaba en proceso de curación.

—Chicas —dijo en voz baja—, mirad.

Lindsay y yo dirigimos la mirada al prado que teníamos delante.

Había un grupo de niñas de siete u ocho años, no mucho mayores, saltando como hadas errantes. A su alrededor, había envases de zumo vacíos esparcidos por todas partes. Su ropa no era de ese rosa intenso ni con esos estampados brillantes que llevábamos nosotras a finales de los ochenta, pero, por lo demás, podríamos haber sido nosotras perfectamente.

Estaban escuchando música, alguna canción pop que no conocía. Una de ellas extendía los brazos y daba vueltas por el parque al ritmo de la música. Otra hacía un extraño baile robótico en el que solo iba moviendo una parte de su cuerpo cada vez. Otra daba vueltas sobre el césped. Y otra se limitaba a saltar arriba y abajo, con los ojos cerrados.

Era primavera en París; el aire era dulce. Las abejas zumbaban y las mariposas flotaban alrededor de los árboles.

No tenían ni idea de que alguien las estaba mirando.

Y allí estaban: simplemente, bailando.

AGRADECIMIENTOS

Mi más profundo agradecimiento a:

En primer lugar, ¡a las Sarah! A Sarah Phair, cuya pasión, empuje y talento le han encontrado a este libro un hogar, incluso cuando eso ha implicado tener que enviar mensajes de texto a toda velocidad en vuelos que cruzaban el país. Estoy muy agradecida por tenerte en mi equipo. A Sarah Cantin, cuya brillante visión de la novela le infundió una nueva vida y cuyas incomparables habilidades editoriales me guiaron a través de este proceso con gracia y perspicacia. No me imagino a nadie mejor para hacer de editora de este libro. Y a Sallie Lotz (¡una Sarah de verdad!), que tiene un ojo agudo e incisivo, y cuyo amor por Francia y el ballet llega incluso a superar el mío. Su entusiasmo y creatividad me ayudaron a sobrellevar algunas fases de la edición muy complicadas.

A todas las personas de St. Martin's Press que han dado vida a este libro. No puedo agradecerle lo suficiente a Olga Grlic esta maravillosa portada, que ha superado mis expectativas con creces. La edición de Sona Vogel hizo que el libro fuera legible, mientras que el diseño de Devan Norman lo hizo hermoso. Mi más sincero agradecimiento a los responsables de marketing y publicidad, quienes hicieron correr la voz de que este libro existía: Erica Martirano, Katie Bassel, Brant Janeway y Kejana Ayala. Y a todos los demás en SMP que apoyaron este libro en el trayecto hacia la publicación: muchas gracias por vuestro apoyo.

A Jess Pan, que ha sido mi faro durante mucho tiempo. Tus ánimos me hicieron seguir adelante en los momentos más oscuros. Sin ti, este libro no existiría; tus notas, ideas y chistes sobre plátanos evitaron que me tirara por la ventana (¡y que cometiera otros quince mil errores!). Eres una editora increíble y una gran amiga, y me siento abrumada por la suerte que tengo de tenerte en mi vida.

A mi familia: a mi padre, Steve Kapelke, que proporcionó un *feedback* estelar a lo largo de muchos borradores; a mi hermana Liana Kapelke-Dale, que engulló más de una versión de esta historia en

tiempo récord y compartió conmigo sus agudas percepciones; a mi madre, Kathleen Dale; a mi hermana Jessi LeClair; a mi cuñado, David LeClair; a mis sobrinos, Alden y Alex LeClair; a mi tío, Phil Kapelke; y a mis primos Paul, Joan, Tom y Kevin Cushing. Todos hacéis que volver a casa sea un gusto. Y a Elliot, al que echaré siempre de menos.

A los miembros del Dramática Writers Group de París por su mirada editorial, sus críticas inquebrantables y perspicaces, y su amistad: Albert Alla, Peter-Adrian Altini, Peter Brown, Amanda Dennis, Nina-Marie Gardner, Sophie Hardach, Rafael Herrero, Matt Jones, Corinne LaBalme, Samuel Leader, Ferdia Lennon, Reine Arcache Melvin, Spencer Matheson, Mark Mayer, Dina Nayeri, Chris Newens, Helen Cusack O'Keefe, Tasha Ong, Alberto Rigettini, Jonathan Schiffman y Nafkote Tamirat. Un agradecimiento especial a Tasha por presentarme a este maravilloso grupo de escritores. A Charles Coustille y Albert Alla (¡otra vez!) por sus conocimientos sobre las complejidades de los nombres y el sistema judicial franceses. Cualquier error es, sin lugar a dudas, cosa mía.

A la gente de mis «trabajos para pagar facturas» por hacer que nunca me sienta que estoy en un trabajo para pagar facturas. Estoy especialmente agradecida a Kristin Fracchia, Rita Neumann, Naomi Tepper y, por supuesto, a Bhavin Parikh de Magoosh; y a Sherri Doudt, Jae Osebach, Charissa Raynor y Chris Hedrick de NextStep.

A Jenna Casey, Colette Cavanagh y Mia Psorn, las *montmartroises* originales: hay tantos lugares aquí que siempre me harán pensar en vosotras. Aunque ninguna de nuestras aventuras se haya plasmado en estas páginas, siempre las guardaré como un tesoro, ¡y espero con ansias las que están por venir!

A Martine Corbière, sin la cual nunca habría sido capaz de superar mis primeros meses en Francia (de no ser por ti, ¡estoy segura de que no habría vuelto a ver mi maleta!). No solo hiciste que mi regreso fuera posible, sino la mejor experiencia posible. Y a Annie Wiart, que me ayudó a superar mis horrendos inicios en el camino hacia el aprendizaje del francés y me guio hacia la comprensión.

Y a Susanne Hofmarcher, que siempre será París para mí.